



TROZOS ESCOGIDOS  
DE  
LITERATURA CASTELLANA



6875

TROZOS ESCOGIDOS

DE

# LITERATURA CASTELLANA

DESDE EL SIGLO XII HASTA NUESTROS DÍAS

(ESPAÑA Y AMÉRICA)

POR

CALIXTO OYUELA

Catedrático de literatura castellana en el Colegio Nacional de la Capital.

---

(SEGUNDA EDICIÓN, REVISADA)

TOMO V—VERSO

6875



BUENOS AIRES

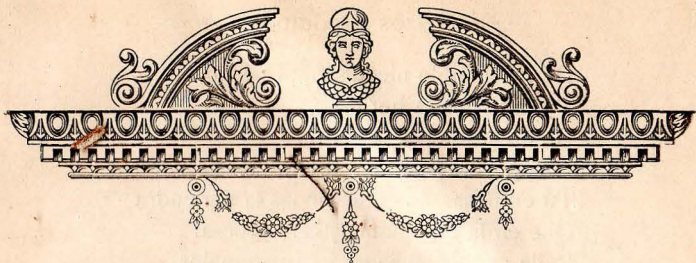
---

Ángel Estrada y Ca.—Bolívar 466

---

MDCCLXXXIX





## SIGLO XIX

Silva.

*Á la Agricultura de la Zona Tórrida.*

Salve, fecunda zona,  
Que al sol enamorado circunscribes  
El vago curso, y cuanto sér se anima  
En cada vario clima,  
Acariciada de su luz, concibes!  
Tú tejes al verano su guirnalda  
De granadas espigas; tú la uva  
Das á la hirviente cuba:  
No de purpúrea fruta, ó roja ó gualda,  
Á tus florestas bellas  
Falta matiz alguno, y bebe en ellas  
Aromas mil el viento;  
Y greyes van sin cuento  
Paciendo tu verdura, desde el llano  
Que tiene por lindero el horizonte,  
Hasta el erguido monte,



De inaccesible nieve siempre cano,  
Tú das la caña hermosa,  
De do la miel se acendra,  
Por quien desdeña el mundo los panales:  
Tú en urnas de coral cuajas la almendra  
Que en la espumante jícara rebosa:  
Bulle carmín viviente en tus nopales,  
Que afrenta fuera el múrice de Tiro;  
Y de tu añil la tinta generosa  
Émula es de la lumbre del zafiro;  
El vino es tuyo, que la herida agave  
Para los hijos vierte  
Del Anáhuac feliz; y la hoja es tuya,  
Que cuando de sñave  
Humo en espiras vagarosas huya,  
Solazará el fastidio al ocio inerte.  
Tú vistes de jazmines  
El arbusteo sabèo  
Y el perfume le das que en los festines  
La fiebre insana templará á Lieo.  
Para tus hijos la procerá palma  
Su vario feudo cría,  
Y el ananás sazona su ambrosía:  
Su blanco pan la yuca,  
Sus rubias pomas la patata educa,  
Y el algodón despliega al aura leve  
Las rosas de oro y el vellón de nieve.  
Tendida para ti la fresca parcha  
En enramadas de verdor lozano,  
Cuelga de sus sarmientos trepadores  
Nectáreos globos y franjadas flores;  
Y para ti el maíz, jefe altanero  
De la espigada tribu hincha su grano;  
Y para ti el banano  
Desmaya al peso de su dulce carga;



El banano, primero  
De cuantos concedió bellos presentes  
Providencia á las gentes  
Del Ecuador feliz con mano larga.  
No ya de humanas artes obligado  
El premio rinde opimo:  
~~No~~ es á la podadera, no al arado  
Deudor de su racimo;  
Escasa industria bástale, cual puede  
Hurtar á sus fatigas mano esclava:  
Crece veloz, y cuando exhausto acaba,  
Adulta prole en torno le sucede.

Mas ¡oh! si cual no cede  
El tuyo, fértil zona, á suelo alguno,  
Y como de natura esmero ha sido,  
De tu indolente habitador lo fuera:  
¡Oh! ¡Si al falaz rúido  
La dicha al fin supiese verdadera  
Anteponer, que del umbral le llama  
Del labrador sencillo,  
Lejos del necio y vano  
Fausto, el mentido brillo,  
El ocio pestilente ciudadano!  
¿Por qué ilusión funesta  
Aquellos que fortuna hizo señores  
De tan dichosa tierra y pingüe y varia,  
Al cuidado abandonan  
Y á la fe mercenaria  
Las patrias heredades,  
Y en el ciego tumulto se aprisionan  
De míseras ciudades,  
Do la ambición proterva  
Sopla la llama de civiles bandos,  
Ó el patriotismo la desidia enerva;



Do el lujo las costumbres atosiga  
Y combaten los vicios  
La incauta edad en poderosa liga?  
No allí con varoniles ejercicios  
Se endurece el mancebo á la fatiga;  
Mas la salud estraga en el abrazo  
De pérvida hermosura,  
Que pone en almoneda los favores;  
Mas pasatiempo estima  
Prender aleve en casto seno el fuego  
De ilícitos amores;  
Ó embebecido le hallará la aurora  
En mesa infame de ruinoso juego.  
En tanto á la lisonja seductora  
Del asiduo amador, fácil oído  
Da la consorte: crece  
En la materna escuela  
De la disipación y el galanteo  
La tierna virgen, y al delito espuela  
Es antes el ejemplo que el deseo.  
¿Y será que se formen de ese modo  
Los ánimos heróicos denonados  
Que fundan y sustentan los Estados?  
¿De la algazara del festín beodo,  
Ó de los coros de liviana danza,  
La dura juventud saldrá, modesta,  
Orgullo de la patria y esperanza?  
¿Sabrá con firme pulso  
De la severa ley regir el freno;  
Brillar en torno aceros homicidas  
En la dudosa lid verá sereno:  
Ó animoso hará frente al genio altivo  
Del engreído mando en la tribuna,  
Aquel que ya en la cuna  
Durmió al arrullo del cantar lascivo,

Que riza el pelo, y se unge, y se atavía  
Con femenil esmero,  
Y en indolente ociosidad el día,  
Ó en criminal lujuria, pasa entero?  
No así trató la triunfadora Roma  
Las artes de la paz y de la guerra;  
Antes fióllas riendas del Estado  
Á la mano robusta  
Que tostó el sol y encalleció el arado:  
Y bajo el techo humoso campesino  
Los hijos educó, que el conjurado  
Mundo allanaron al valor latino.

¡Oh! ¡Los que, afortunados poseedores,  
Habéis nacido de la tierra hermosa  
En que reseña hacer de sus favores,  
Como para ganáros y atraeros,  
Quiso naturaleza bondadosa!  
Romped el duro encanto  
Que os tiene entre murallas prisioneros.  
El vulgo de las artes laborioso,  
El mercader, que necesario al lujo,  
Al lujo necesita,  
Los que anhelando van tras el señuelo  
Del alto cargo y del honor ruidoso,  
La grey de aduladores parasita,  
Gustosos pueblen ese infecto caos:  
El campo es vuestra herencia; en él gozaos.  
¿Amáis la libertad? El campo habita,  
No allá donde el magnate  
Entre armados satélites se mueve,  
Y de la moda, universal señora,  
Va la razón al triunfal carro atada,  
Y á la fortuna la insensata plebe,  
Y el noble al aura popular adora.



¿Ó la virtud amáis? ¡Ah! ¡Que el retiro,  
La solitaria calma  
En que, juez de sí misma, pasa el alma  
Á las acciones muestra,  
Es de la vida la mejor maestra!  
¿Buscáis durables goces,  
Felicidad, cuanta es al hombre dada  
Y á su terreno asiento, en que vecina  
Está la risa al llanto, y siempre, ¡ahl siempre  
Donde halaga la flor, punza la espina?  
Id á gozar la suerte campesina;  
La regalada paz, que ni rencores  
Al labrador, ni envidias acibaran;  
La cama que mullida le preparan  
El contento, el trabajo, el aire puro;  
Y el sabor de los fáciles manjares,  
Que dispendiosa gula no le aceda;  
Y el asilo seguro  
De sus patrios hogares  
Que á la salud y al regocijo hospeda.  
El aura respirad de la montaña,  
Que vuelve al cuerpo laso  
El perdido vigor, que á la enojosa  
Vejez retarda el paso,  
Y el rostro á la beldad tiñetde rosa.  
¿Es allí menos blanda por ventura  
De amor la llama que templó el recato?  
¿Ó menos aficiona la hermosura  
Que de extranjero ornato  
Y afeites impostores no se cura?  
¿O el corazón escucha indiferente  
El lenguaje inocente  
Que los afectos sin disfraz expresa  
Y á la intención ajusta la promesa?  
No del espejo al importuno ensayo

La risa se compone, el paso, el gesto;  
Ni falta allí carmín al rostro honesto  
Que la modestia y la salud colora;  
Ni la mirada que lanzó al soslayo  
Tímido amor, la senda al alma ignora.  
¿Esperaréis que forme  
Más venturosos lazos himeneo,  
Do el interés barata,  
Tirano del deseo,  
Ajena mano y fe por nombre ó plata,  
Que do conforme gusto, edad conforme,  
Y elección libre, y mutuo ardor los ata?

Allí también deberes  
Hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas  
Heridas de la guerra: el fértil suelo,  
Áspero ahora y bravo,  
Al desacostumbrado yugo torne  
Del arte humana, y le tribute esclavo.  
Del obstruído estanque y del molino  
Recuerden ya las aguas el camino:  
El intrincado bosque el hacha rompa,  
Consuma el fuego: abrid en luengas calles  
La oscuridad de su infructuosa pompa.  
Abrigo den los valles  
Á la sedienta caña;  
La manzana y la pera  
En la fresca montaña  
El cielo olviden de su madre España:  
Adorne la ladera  
El cafetal: ampare  
Á la tierna teobroma en la ribera  
La sombra maternal de su bucare:  
Aquí el verjel, allá la huerta ría. ...  
¿Es ciego error de ilusa fantasía?



Ya dócil á tu voz, agricultnra,  
Nodriz de las gentes, la caterva  
Servil armada va de corvas hoces;  
Mírola ya que invade la espesura  
De la floresta opaca; oigo la voces;  
Siento el rumor confuso; el hierro suena;  
Los golpes el lejano  
Eco redobla; gime el ceibo anciano,  
Que á numerosa tropa  
Largo tiempo fatiga:  
Batido de cien hachas se estremece,  
Estalla al fin y rinde el ancha copa.  
Huyó la fiera: deja el caro nido,  
Deja la prole implume  
El ave, y otro bosque no sabido  
De los humanos, va á buscar doliente...  
¿Qué miro? Alto torrente  
De sonora llama  
Corre, y sobre las áridas rüinas  
De la postrada selva se derrama.  
El raudo incendio á gran distancia brama,  
Y el humo en negro remolino sube,  
Aglomerando nube sobre nube.  
Ya de lo que antes era  
Verdor hermoso y fresca lozanía,  
Solo difuntos troncos,  
Sólo cenizas quedan, monumento  
De la dicha mortal, burla del viento.  
Mas al vulgo bravío  
De las tupidas plantas montaracés,  
Sucede ya el fructífero plantio  
En muesrra ufana de ordenadas haces.  
Ya ramo á ramo alcanza,  
Y á los rollizos tallos hurta el día:  
Ya la primera flor desvuelve el seno,

Bello á la vista, alegre á la esperanza:  
Á la esperanza, que riendo enjuga  
Del fatigado agricultor la frente,  
Y allá á lo lejos el opimo fruto,  
Y la cosecha apañadora pinta  
Que lleva de los campos el tributo,  
Colmado el cesto y con la falda en cinta,  
Y bajo el peso de los largos bienes  
Con que al colono acude,  
Hace crujir los vastos almacenes.

¡Buen Dios! no en vano sude,  
Mas á merced y á compasión te mueva  
La gente agricultora  
Del Ecuador, que del desmayo triste  
Con renovado aliento vuelve ahora,  
Y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,  
Tantos años de fiera  
Devastación y militar insulto,  
Aún más que tu clemencia antigua implora.  
Su rústica piedad, pero sincera,  
Halle á tus ojos gracia: no el risueño  
Porvenir que las penas le aligera,  
Cual de dorado sueño  
Visión falaz, desvanecido llore:  
Intempestiva lluvia no maltrate  
El delicado embrión: el diente impío  
De insecto roedor no lo devore:  
Sañudo vendaval no lo arrebate,  
Ni agote al árbol el materno jugo  
La calorosa sed de largo estío.  
Y pues al fin te plugo,  
Árbitro de la suerte soberano,  
Que suelto el cuello de extranjero yugo  
Erguiese al cielo el hombre americano;



Benedicida de ti se arraigue y medre  
Su libertad: en el más hondo encierra  
De los abismos la malvada guerra,  
Y el miedo de la espada asoladora  
Al suspicaz cultivador no arredre  
Del arte bienhechora,  
Que las familias nutre y los Estados:  
La azorada inquietud deje las almas,  
Deje la triste herrumbre los arados.  
Asaz de nuestros padres malhadados  
Expíamos la bárbara conquista.  
¿Cuántas doquier la vista  
No asombran erizadas soledades,  
Do cultos campos fueron, do ciudades?  
De muertes, proscripciones,  
Suplicios, orfandades,  
¿Quién contará la pavorosa suma?  
Saciadas duermen ya de sangre ibera  
Las sombras de Atahualpa y Motezuma.  
¡Ah! Desde el alto asiento  
En que escabel te son alados coros  
Que velan en pasmado acatamiento  
La faz ante la lumbre de tu frente  
(Si merece por dicha una mirada  
Tuya la sin ventura humana gente),  
El ángel nos envía,  
El ángel de la paz, que al crudo ibero  
Haga olvidar la antigua tiranía  
Y acatar reverente el que á los hombres  
Sagrado diste, imprescriptible fuero:  
Que alergar le haga al injuriado hermano  
(¡Ensangrentóla asaz!) la diestra inerte  
Y si la innata mansedumbre duerme,  
La despierte en el pecho americano.  
El corazón lozano

Que una feliz oscuridad desdeña,  
Que en el azar sangriento del combate  
Alborozado late,  
Y codicioso de poder ó fama  
Nobles peligros ama;  
Baldón estime sólo y vituperio .  
El prez que de la patria no reciba,  
La libertad más dulce que el imperio,  
Y más hermosa que el laurel la oliva.  
Ciudadano el soldado,  
Deponga de la guerra la librea:  
El ramo de victoria  
Colgado al ara de la patria sea,  
Y sola adorne al mérito la gloria.  
De su triunfo entonces, patria mía,  
Verá la paz el suspirada día;  
La paz, á cuya vista el mundo llena  
Alma serenidad y regocijo,  
Vuelve alentado el hombre á la faena,  
Alza el ancla la nave, á las amigas  
Auras encomendándose animosa,  
Enjámbrase el taller, hierve el cortijo,  
Y no basta la hoz á las espigas.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida  
Alzáis sobre el atónito Occidente  
De tempranos laureles la cabeza!  
Honrad el campo, honrad la simple vida  
Del labrador, y su frugal llaneza.  
Así tendrán en vos perpetuamente  
La libertad morada,  
Y freno la ambición, y la ley templo.  
Las gentes á la senda  
De la inmortalidad, ardua y fragosa,  
Se animarán, citando vuestro ejemplo.



Lo emulará celosa  
Vuestra posteridad, y nuevos nombres  
Añadiendo la fama  
Á los que ahora aclama,  
«Hijos son estos, hijos  
(Pregonará á los hombres)  
De los que vencedores superaron  
De los Andes la cima:  
De los que en Bocayá, los que en la arena  
De Maipo y en Junín, y en la campaña  
Gloriosa dé Apurima,  
Postrar supieron al león de España.»

ANDRÉS BELLO.

(Venezolano).

### Alocución á la Poesía.

Divina Poesía,  
Tú de la soledad habitadora,  
Á consultar tus cantos enseñada  
Con el silencio de la selva umbría;  
Tú á quien la verde gruta fué morada,  
Y el eco de los montes compañía;  
Tiempo es que dejes ya la culta Europa,  
Que tu nativa rustiquez desama,  
Y dirijas el vuelo adonde te abre  
El mundo de Colón su grande escena.  
También propicio allí respeta el cielo  
La siempre verde rama  
Con que al valor coronas:

También allí la florecida vega,  
El bosque enmarañado, el sesgo río,  
Colores mil á tus pinceles brindan;  
Y céfiro revuela entre las rosas;  
Y fúlgidas estrellas  
Tachonan la carroza de la noche;  
Y el Rey del cielo, entre cortinas bellas  
De nacaradas nubes, se levanta;  
Y la avecilla en no aprendidos tonos  
Con dulce pico endechas de amor canta.

¿Qué á ti, silvestre ninfa, con las pompas  
De dorados alcázares reales?  
¿Á tributar también iras en ellos,  
En medio de la turba cortesana,  
El torpe incienso de servil lisonja?  
No tal te vieron tus más bellos días  
Cuando en la infancia de la gente humana,  
Maestra de los pueblos y los reyes,  
Cantaste al mundo las primeras leyes.  
No te detenga ¡oh Diosal  
Esta región de luz y de miseria,  
En donde tu ambiciosa  
Rival Filosofía,  
Que la virtud á cálculo somete,  
De los mortales te ha usurpado el culto;  
Donde la coronada hidra amenaza  
Traer de nuevo al pensamiento esclavo  
La antigua noche de barbarie y crimen:  
Donde la libertad vano delirio,  
Fe la servilidad, grandeza el fasto,  
La corrupción cultura se apellida:  
Descuelga de la encina carcomida  
Tu dulce lira de oro, con que un tiempo  
Los prados y las flores, el susurro



De la floresta opaca, el apacible  
 Murmurar del arroyo transparente,  
 Las gracias atractivas  
 De natura inocente,  
 Á los hombres cantaste embelesados;  
 Y sobre el vasto Atlántico tendiendo  
 Las vagarosas alas, á otro cielo,  
 A otro mundo, á otras gentes te encamina,  
 Do viste aún su primitivo traje  
 La tierra, al hombre sometida apenas;  
 Y las riquezas de los climas todos,  
 América, del Sol joven esposa,  
 Del antiguo Océano hija postrera,  
 En su seno feraz cría y esmera.

¿Qué morada te aguarda? ¿Qué alta cumbre,  
 Qué prado ameno, qué repuesto bosque  
 Harás tu domicilio? ¿En qué felice  
 Playa estampada tu sandalia de oro  
 Será primero? ¿Donde el claro río  
 Que de Albión los héroes vió humillados,  
 Los azules pendones reverbera  
 De Buenos Aires, y orgulloso arrastra  
 De cien potentes aguas los tributos  
 Al atónito mar? ¿Ó donde emboza  
 Su noble cima el Ávila entre nubes,  
 Y la ciudad renace de Losada?  
 ¿O más te sonreirán, Musa, los valles  
 De Chile afortunado que enriquecen  
 Rubias cosechas y süaves frutos;  
 Do la inocencia y el candor ingenuo  
 Y la hospitalidad del mundo antiguo  
 Con el valor y el patriotismo habitan?  
 ¿Ó la ciudad que el águila posada  
 Sobre el nopal mostró al azteca errante

Y el suelo de inexhaustas venas rico  
Que casi hartaron la avarienta Europa?  
Ya de la mar del Sur la bella reina,  
Á cuyas hijas dió la gracia en dote  
Naturaleza, habitación te brinda  
Bajo su blando cielo, que no turban  
Lluvias jamás ni embravecidos vientos.  
¿Ó la elevada Quito  
Harás tu albergue, que entre canas cumbres  
Sentada, oye bramar las tempestades  
Bajo sus pies, y etéreas auras bebe,  
Á tu celeste inspiración propicias?  
Mas oye do tronando se abre paso  
Entre murallas de peinada roca,  
Y, envuelto en blanca nubes de vapores  
De vacilantes iris matizada,  
Los valles va á buscar de Magdalena  
Con salto audaz el Bogotá espumoso.  
Allí memorias de tempranos días  
Tu lira aguardan; cuando en ocio dulce  
Y nativa inocencia venturosos,  
Sustento fácil dió á sus moradores,  
Primera prole de su fértil seno  
Cundinamarca; antes que el corvo arado  
Violase el suelo, ni extranjera nave  
Las apartadas costas visitara.  
Aun no aguzado la ambición había  
El hierro atroz; aun no degenerado  
Buscaba el hombre bajo oscuros techos  
El albergue, que grutas y florestas  
Saludable le daban y seguro,  
Sin que señor la tierra conociese,  
Los campos valla, ni los pueblos nuro.  
La libertad sin leyes florecía,  
Todo era paz, contento y alegría;



Cuando de dichas tantas envidiosa  
Huitaca bella, de las aguas diosa,  
Hinchando el Bogotá, sumerge el valle:  
De la gente infeliz parte pequeña  
Asilo halló en los montes:  
El abismo voraz sepulta el resto.  
Tú cantarás cómo indignó el funesto  
Estrago de su casi extinta raza  
Á Nequeteba, hijo del Sol, que rompe  
Con su cetro divino la enriscada  
Montaña, y á las ondas abre calle.  
El Bogotá, que, inmenso lago un día,  
De cumbre á cumbre dilató su imperio;  
De las ya estrechas márgenes que asalta  
Con vana furia, la prisión desdeña,  
Y por la brecha hirviendo se despeña.  
Tú cantarás cómo á las nuevas gentes  
Nenqueteba piadoso, leyes, y artes,  
Y culto dió; después que á la maligna  
Ninfa mudó en lumbrera de la noche,  
Y de la Luna por la vex primera  
Surcó el Olimpo el argentado coche.

Ve, pues, ve, á celebrar las maravillas  
Del Ecuador: canta el vistoso cielo  
Que de los astros todos los hermosos  
Coros alegran; donde á un tiempo el vasto  
Dragón del Norte su dorada espira  
Desvuelve en torno al luminar inmóvil  
Que el rumbo al marinero audaz señala,  
Y la paloma cándida de Arauco  
En las australes ondas moja el ala.  
Si tus colores los más ricos mueles  
Y tomas el mejor de tus pinceles,  
Podrás los climas retratar, que entero

El vigor guardan genital primero  
Con que la voz omnipotente, oída  
Del hondo caos, hinchió la tierra, apenas  
Sobre su informe faz aparecida,  
Y de verdura la cubrió y de vida.  
Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso  
Que vnestros verdes laberintos puebla,  
Y en varias formas y estatura y galas  
Hacer parece alarde de sí mismo,  
Poner presumirá nombre ó guarismo?  
En densa muchedumbre  
Ceibas, acacias, mirtos se entretejen,  
Bejucos, vides, gramas:  
Las ramas á las ramas,  
Pugnando por gozar de las felices  
Auras y de la luz, perpetuo guerra  
Hacen, y á las raíces  
Angosto viene el seno de la tierra.  
¡Oh! ¡Quién contigo, amable Poesía,  
Del Cauca á las orillas me llevara,  
Y el blando aliento respirar me diera  
De la siempre lozana primavera  
Que allí su reino estableció y su cortel  
¡O, si ya de cuidados enojosos  
Exento, por las márgenes amenas  
Del Aragua moviese  
El tardo incierto paso,  
¡Ó reclinado acaso  
Bajo una fresca palma en la llanura,  
Viese arder en la bóveda azulada  
Tus cuatro lumbres bellas,  
¡Oh Cruz del Sur! que las nocturnas horas  
Mides al caminante  
Por la espaciosa soledad errante;  
Ó del cucuy las luminosas huellas



Viese cortar el aire tenebroso,  
 Y del lejano tambo á mis oídos  
 Viniera el són del yarabí amoroso!

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado  
 Algún Marón americano ¡oh Dios!  
 También las mieses, los rebaños cante,  
 El rico suelo al hombre avasallado,  
 Y las dádivas mil con que la zona  
 De Febo amada al labrador corona:  
 Donde cándida miel llevan las cañas,  
 Y animado carmín la tuna cría,  
 Donde tremola el algodón su nieve,  
 Y el ananás sazona su ambrosía;  
 De sus racimos la variada copia  
 Rinde el palmar, de azucarados globos  
 El zapotillo, su manteca ofrece  
 La verde palta, da el añil su tinta,  
 Bajo su dulce carga desfallece  
 El banano, el café el aroma acendra  
 De sus albos jazmines, y el cacao  
 Cuaja en urnas de púrpura su almendra.

.....  
 ANDRÉS BELLO.

---

La oración por todos.

(*Imitación de Victor Hugo*)

I.

Ve á rezar, hija mía. Ya es la hora  
 De la conciencia y del pensar profundo:

Cesó el trabajo afanador, y al mundo  
La sombra va á colgar su pabellón.  
Sacude el polvo el árbol del camino,  
Al soplo de la noche; y en el suelto  
Manto de la sutil neblina envuelto,  
Se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! su rueda de cambiante nácar  
El occidente más y más angosta;  
Y enciende sobre el cerro de la costa  
El astro de la tarde su fanal.  
Para la pobre cena aderezado,  
Brilla el albergue rústico; y la tarda  
Vuelta del labrador la esposa aguarda  
Con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera  
Uno tras otro fúlvido diamante;  
Y ya apenas de un carro vacilante  
Se oye á distancia el desigual rumor.  
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,  
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;  
Y á los destellos últimos del día,  
Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime: el viento  
En la arboleda, el pájaro en el nido,  
Y la oveja en su trémulo balido,  
Y el arroyuelo en su correr fugaz.  
El día es para el mal y los afanes.  
¡Hé aquí la noche plácida y serenal!  
El hombre, tras la cuita y la faena,  
Quiere descanso y oración y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños  
Conversan con espíritus alados;  
Y los ojos al cielo levantados,



Invocan de rodillas al Señor.  
 Las manos juntas, y los pies desnudos,  
 Fe en el pecho, alegría en el semblante,  
 Con una misma voz, á un mismo instante  
 Al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa,  
 Sobre su cuna volarán ensueños,  
 Ensueños de oro, diáfanos, risueños,  
 Visiones que imitar no osó el pincel.  
 Y ya sobre la tersa frente posan,  
 Ya beben el aliento á las bermejas  
 Bocas, como lo chupan las abejas  
 Á la fresca azucena y al clavel.

Como, para dormirse, bajo el ala  
 Esconde su cabeza la avecilla,  
 Tal la niñez en su oración sencilla  
 Adormece su mente virginal.  
 ¡Oh dulce devoción que reza y ríe!  
 ¡De natural piedad primer aviso!  
 ¡Fragancia de la flor del paraíso!  
 ¡Preludio del concierto celestial!

## II.

Ve á rezar, hija mía. Y ante todo,  
 Ruega á Dios por tu madre; por aquella  
 Que te dió el sér, y la mitad más bella  
 De su existencia ha vinculado en él;  
 Que en su seno hospedó tu joven alma,  
 De una llama celeste desprendida;  
 Y haciendo dos porciones de la vida,  
 Tomó el acíbar y te dió la miel.

Ruega después por mi. Más que tu madre

Lo necesito yo . . . Sencilla, buena,  
Modesta como tú, sufre la pena,  
Y devora en silencio su dolor.  
Á muchos compasión, á nadie envidia  
La vi tener en mi fortuna escasa.  
Como sobre el cristal la sombra, pasa  
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos. . . ¡ni lo sean  
Á tí jamás! . . . los frívolos azares  
De la vana fortuna, los pesares  
Ceñudos que anticipan la vejez;  
De oculto oprobio el torcedor, la espina!  
Que punza á la conciencia delincuente,  
La honda fiebre del alma, que la frente  
Tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,  
Conozco el mundo, y sé su alevosía;  
Y tal vez de mi boca oirás un día  
Lo que valen las dichas que nos da.  
Y sabrás lo que guarda á los que rifan  
Riquezas y poder, la urna aleatoria,  
Y que tal vez la senda que á la gloria  
Guiar parece, á la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,  
Y cada instante alguna culpa nueva  
Arrastra en la corriente que la lleva  
Con rápido descenso al ataúd.  
La tentación seduce; el juicio engaña;  
En los zarzales del camino, deja  
Alguna cosa cada cual: la oveja  
Su blanca lana, el hombre su virtud.

Ve, hija mía, á rezar por mí, y al cielo  
Pocas palabras dirigir te baste:



«Piedad, Señor, al hombre que criaste:  
Eres Grandeza; eres Bondad; ¡perdón!»  
Y Dios te oirá; que cual del ara santa  
Sube el humo á la cúpula eminente,  
Sube del pecho cándido, inocente,  
Al trono del Eterno la oración.

Todo tiende á su fin: á la luz pura  
Del sol, la planta; el cervatillo atado,  
Á la libre montaña; el desterrado,  
Al caro suelo que lo vió nacer;  
Y la abejilla en el frondoso valle,  
De los nuevos tomillos al aroma;  
Y la oración en alas de paloma  
Á la morada del Supremo Sér.

Quando por mí se eleva á Dios tu ruego,  
Soy como el fatigado peregrino,  
Que su carga á la orilla del camino  
Deposita, y se sienta á respirar:  
Porque de tu plegaria el dulce canto  
Alivia el peso á mi existencia amarga,  
Y quita de mis hombros esta carga,  
Que me agobia de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea,  
En esta noche de pavor, el vuelo  
De un ángel compasivo, que del cielo  
Traiga á mis ojos la perdida luz.  
Y pura finalmente, como el mármol  
Que se lava en el templo cada día,  
Arda en sagrado fuego el alma mía,  
Como arde el incensario ante la cruz.

### III

Ruega, hija, por tus hermanos

Los que contigo crecieron,  
Y un mismo seno exprimieron,  
Y un mismo techo abrigó.  
Ni por los que te amen sólo  
El favor del cielo implores:  
Por justos y pecadores,  
Cristo en la cruz expiró

Ruega por el orgulloso  
Que ufano se pavonea,  
Y en su dorada librea  
Funda insensata altivez;  
Y por el mendigo humilde  
Que sufre el ceño mezquino  
De los que beben el vino  
Porque le dejen la hez.

Por el que de torpes vicios  
Sumido en profundo cieno,  
Hace aullar el canto obsceno  
De nocturno bacanal;  
Y por la velada virgen  
Que en su solitario lecho  
Con la mano hiriendo el pecho,  
Reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,  
En cuyo pecho no vibra  
Una simpática fibra  
Al pesar y á la aflicción;  
Que no da sustento al hambre,  
Ni á la desnudez vestido,  
Ni da la mano al caído,  
Ni da á la injuria perdón.

Por el que en mirar se goza  
Su puñal de sangre rojo,



Buscando el rico despojo,  
 Ó la venganza crüel;  
 Y por el que en vil libelo  
 Destroza una fama pura,  
 Y en la aleve mordedura  
 Escupe asquerosa hiel.

Por el que surca animoso  
 La mar, de peligros llena;  
 Por el que arrastra cadena,  
 Y por su duro señor;  
 Por la razón, que leyendo  
 En el gran libro, vijila,  
 Por la razón, que vacila;  
 Por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos  
 Los que penan y trabajan;  
 Y de todos los que viajan  
 Por esta vida mortal.  
 Acuérdate aun del malvado  
 Que á Dios blasfemando irrita.  
 La oración es infinita:  
 Nada agota su caudal.

## IV.

¡Hija! reza también por los que cubre  
 La soporosa piedra de la tumba,  
 Profunda sima, adonde se derrumba,  
 La turba de los hombres mil á mil:  
 Abismo en que se mezcla polvo á polvo,  
 Y pueblo á pueblo; cual se ve á la hoja  
 De que al añoso bosque abril despoja,  
 Mezclar las suyas otro y otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra

Donde segada en flor yace mi Lola,  
Coronada de angélica aureola;  
Do helado duermé cuando fué mortal;  
Donde cautivas almas piden preces  
Que las restauren á su ser primero,  
Y purguen las reliquias del grosero  
Vaso, que las contuvo, terrenal.

¡Hijal cuando tú duermes, te sonries,  
Y cien apariciones peregrinas,  
Sacuden retozando tus cortinas;  
Travieso enjambre, alegre, volador.  
Y otra vez á la luz abres los ojos,  
Al mismo tiempo que la aurora hermosa  
Abre también sus párpados de rosa,  
Y da á la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas! . . . ¡Si supieras  
Qué sueño duermen! . . . su almohada es fría;  
Duro su lecho, angélica armonía  
No regocija nunca su prisión.  
No es reposo el sopor que las abrumba;  
Para su noche no hay albor temprano;  
Y la conciencia, velador gusano,  
Les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo  
Hará que gocen pasajero alivio,  
Y que de luz celeste un ruyo tibio  
Logre á su oscura estancia penetrar;  
Que el atormentador remordimiento  
Una tregua á sus víctimas conceda,  
Y del aire, y el agua, y la arboleda,  
Oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo con pavor secreto  
La sombra ves, que de los cielos baja,



La nieve que las cumbres amortaja,  
 Y del ocaso el tinte carmesí:  
 En las quejas del aura y de la fuente,  
 ¿No te parece que uua voz retaña?  
 Una doliente voz, que dice: «Niña,  
 Cuando tu reces, ¿rezarás por mí?»

Es la voz de las almas. Á los muertos  
 Que oraciones alcanzan, no escarnece  
 El rebelado arcángel, y florece  
 Sobre su tumba perennal tapiz.  
 Mas ¡ay! á los que yacen olvidados  
 Cubre perpetuo horror, hierbas extrañas  
 Ciegan su sepultura; á sus entrañas  
 Árbol funesto enreda la raiz.

Y yo también (no dista mucho el día)  
 Huésped seré de la morada oscura,  
 Y el ruego invocaré de un alma pura,  
 Que á mi largo penar consuelo dé.  
 Y dulce entónces me será que vengas,  
 Y para mi la eterna paz implores,  
 Y en la desnuda losa esparzas flores,  
 Simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás á mi enemiga estrella,  
 Si disipadas fueron una á una  
 Las que mecieron tu mullida cuna  
 Esperanzas de alegre porvenir?  
 Si, le perdonarás; y mi memoria  
 Te arrancará una lágrima, un suspiro  
 Que llégue hasta mi lóbrego retiro,  
 Y haga mi helado polvo rebullir.

ANDRÉS BELLO.

## A Cristóbal Colón.

Venient annis saecula setris:  
 Quibus Oceanus vincula rerum  
 Laxet et ingens pateat tellus  
 Thetisque novos det egat orbes  
 Nec sit terris ultima Thule.

(Si NECA, *Medea*).

Tu frágil carabela  
 Sobre las aguas con tremante quilla,  
 Desplegada la vela,  
 ¿Dó se lanza llevando de Castilla  
 La veneranda enseña sin mancilla?

Y abriéndose camino  
 Del no surcado mar por la onda brava,  
 ¿Por qué, ciega y sin tino,  
 Del pérfido elemento vil esclava,  
 La prora inclina á donde el sol acaba?

¿No ves cómo á la nave  
 Desconocidos vientos mueven guerra?  
 ¿Cómo, medrosa, el ave,  
 Con triste angurio que su vuelo encierra,  
 Al nido torna de la dulce tierra?

La aguja salvadora,  
 Que el rumbo enseña y que á la costa guía,  
 ¿No ves cómo á deshora  
 Del Norte amigo y firme se desvía  
 Y á Dios y á la ventura el leño fía?

Y el piélagos elevado  
 ¿No ves al Ecuador, y cuál parece  
 Oponerse irritado  
 Á la ardua empresa, y cuál su furia crece,



Y el sol cómo entre nublos se oscurece?

¡Ay! que ya el aire inflama  
De alíferas centellas lluvia ardiente;  
¡Ay! que el abismo brama;  
Y el trueno zumba; y el bajel tremente  
Cruje y restalla, y sucumbir se siente.

Acude, que ya toca  
Sin lonas y sin jarcia el frágil leño  
En la cercana roca;  
Mira el encono y el adusto ceño  
De la chusma sin fe contra tu empeño;

Y cuál su vocería  
Al cielo suena; y cómo, en miedo y saña  
Creciendo, y agonía,  
Con tumulto y terror, la tierra extraña  
Pide que dejes por volver á España!

¡Ay triste! que arrastrado  
De pérfida esperanza, al indo suelo,  
Remoto y olvidado,  
Quieres llevar flamífero tu vuelo!  
¿No ves contrario el mar, el hombre, el cielo?

La perla reluciente  
Y el oro del Japón buscas en vano;  
En vano á Mangí ardiente;  
Ni de las hondas aguas del Oceano  
Jamás verás patente el grande arcano.

Vuelve presto la prora  
Al de Hesperia feliz, seguro puerto,  
Donde del nauta llora,  
Jusgándole quizá cadáver yerto,  
La inconsolable madre el hado incierto!

Engañosa sirena

Vanamente el error cante en su lira:  
¡Colón! clava la antena;  
Corre, vuela; no atrás, avante mira;  
Al remo no des paz; no temas iral

Y aunque fiero, atronado,  
Ruja el mar, dance el hombre y breme el viento  
Con furia desatado,  
Resista el corazón, y al rudo acento,  
De tus pinos aviva el movimiento!

Por la fe conducido,  
Puesta la tierra en estupor profundo,  
De frágil tabla asido,  
Tras largo afán y esfuerzo sin segundo,  
Así das gloria á Dios, y á España un mundo.

¡Oh noble, oh claro día  
De ínclita hazaña y la mayor victoria  
De la humana osadía,  
En fama excelso, sin igual en gloria,  
Eterno de la gente en la memoria!

En la tostada arena  
Te vió, sabio ligur, mojar en llanto,  
De asombro el alma llena,  
Y en voz de amor y de alabanza en canto,  
Entonar de David el himno santo;

De Cristo el alto nombre  
Aclamar triunfador entre la gente,  
Y un culto dar al hombre  
Desde el gélido mar y rojo Oriente  
Al confín apartado de Occidente;

Y la sacra bandera



Que nuevo Dios y nuevo rey pregona,  
Al viento dar ligera  
Del astro de los Incas en la zona,  
Astro luego de Iberia y su corona.

La veleidosa plebe,  
Humillada á tus pies, en plauso ahora  
Al cielo el grito mueve;  
Y el que del sol en las regiones mora,  
Ángel te llama y como Dios te adora.

¡Que humana fantasía  
Dirá tu pasmo, y cuánto el pecho encierra  
De orgullo y de alegrías  
Trocada en dulce paz vé aquí la guerra;  
Cual divina visión allí la tierra

No el que buscas ansioso,  
Mundo perdido en tártaras regiones;  
Mundo nuevo, coloso  
De los mundos, sin par en perfecciones,  
De innumerables climas y naciones.

De ambos polos vecino  
Entre cien mares que á sus pies quebranta  
El Ande peregrino,  
Cuando hasta el cielo con soberbia planta  
Entre nubes y rayos se levanta.

Allí raudo, espumoso,  
Rey de los otros ríos, se arrebata  
Marañón caudaloso  
Con crespas ondas de luciente plata,  
Y en el seno de Atlante se dilata.

De la altiva palmera  
En la gallarda copa dulce espira

Perenne primavera;  
Y el cóndor gigantesco fijo mira  
El almo sol y entre sus fuegos gira

Allí fieros volcanes;  
Èmulo al ancho mar lago sonoro;  
Tormentas, huracanes;  
Son árboles y piedras un tesoro,  
Los montes plata y las arenas oro.

¿Qué tardas? Lleva á Europa  
De tamaño portento alta preseal  
Hiera céfiro en popa,  
Ó rudo vendabal, que pronto sea,  
Y absorto el orbe tu victoria vea!

El piélagos sonante  
Abrirá sus abismos; sorda al ruego  
La nube fulminante  
Su terrífica voz lanzará luego,  
Y tinieblas y horror y lluvia y fuego.

Y del mar al bramido  
Unirá contra tí la envidia artera  
Su ronco horrible aullido.  
¡Piloto sin ventura! ¿á qué ribera  
Llegará tu bajel en su carrera?

¿Qué será de tu gloria?  
Tu nombre, entre las gentes difamado,  
¿Morirá sin memoria?  
¿Ó tal vez, de las ondas libertado,  
Por tu empresa un rival será premia lo?

Todo será: el delirio  
De férvido anhelar que vence y llora:  
Gozo, gloria, martirio;  
Cadena vil y palma triuufadora;



Cuanto el hombre aborrece y cuanto adora.

Mas ¿qué á tu fe del viento,  
Del rayo y la traición crudos azares?  
Levanta el pensamiento,  
¡Elegido de Dios! hiende los mares  
Y con nombre inmortal pisa tus lares!

No Argos más gloriosa  
Llevó á Tesalia el áureo vellocino  
De Colcos la famosa,  
Ni, de Palas guiada, en el Euxino  
Con esfuerzo mayor se abrió camino.

De gente alborozada  
Hierva ondeando el puerto, el monte, el llano,  
Cual en tierra labrada  
Mece la blonda espiga en el verano  
Con rudo soplo cálido solano.

Y de ella sale un grito  
De asombro y de placer que al mar trasciende  
Con ímpetu inaudito:  
¡Colón! exclama, y los espacios hiende,  
Al polo alcanza, hasta el empíreo asciende,

Del incógnito clima  
¡Oh rey de Lusitania! los portentos  
Y la mies áurea opima,  
Llorando el corazón duros tormentos,  
Airados ven tus ojos avarientos.

De ti y de tus iguales,  
El anglio poderoso, el galo fuerte,  
Á las plantas reales  
¿Un mundo no ofreció y excelsa suerte  
Del tiempo vencedora y de la muerte?

Si de Enrique tuvieras

El ánimo preclaro, ajena hazaña  
En mal hora no vieras,  
Ni el mar inmenso que la tierra baña  
Hacer de entrambos mundos una España.

Ni á Iberia agradecida,  
Del aurífero Tajo hasta Barcino,  
Ofrenda merecida  
De incienso y flores, cual á sér divino,  
Rendirle fler en el triunfal camino.

Su esfuerzo sobrehumano,  
Tus joyas, Isabel, trocó en imperios;  
Por él ya el orbe ufano  
Saluda tu estandarte, y son hesperios  
Del uno al otro mar los hemisferios.

¡Fernando! ¿qué corona  
Al puésped de la Rábida guardada,  
Sus hechos golardona?  
Bastará tu corona, que empeñada  
Con todo su poder se vió en Granada?

Dílo tú que en el templo  
Vagas inulta en medio á los despojos  
¡Oh sombra de alto ejemplo!  
En cuya mano y sien miran los ojos  
Grillos por cetro y por corona abrojos!

Mas no á la gran Castilla  
El rostro vuelvas, ni á Isabel, ceñudo;  
No es suya la mancilla;  
Que á ti fué abrigo cuando más desnudo;  
Al indio madre; al africano escudo.

Y unirá su alta gloria  
Á tu gloria la tierra agradecida  
Con perpetua memoria,



Cuando en el indio suelo, al fin rendida,  
Vigor nuevo rocobre y nueva vida.

Que Dios un vasto mundo,  
Cual de todos compuesto, no formara  
Sin designio profundo;  
Ni allí de sus tesoros muestra rara  
En cielo y tierra y aguas derramara.

Tu alada fantasía,  
Al contemplarlo, en el Edén primero  
Volando se creía;  
Y Edén será en el tiempo venidero,  
De la cansada humanidad postrero,

Donde busquen asilo  
Hombres y leyes, sociedad y culto,  
Cuando otra vez al filo  
Pasen de la barbarie, en el tumulto  
De un pueblo vengador con fiero insulto.

¡Ay de ellas, las comarcas,  
Viejas en el delito y la mentira,  
De pueblos, de monarcas,  
Cuando el Señor, que torvo ya los mira,  
Descója el rayo y se desate en ira!

Por las tendidas mares  
Entonces vagarán, puerto y abrigo,  
Paz clamando y altares;  
Y después de las culpas y el castigo,  
Nuevo mundo hallarán cordial y amigo.

¡Colón! el mundo hermoso  
Que de su seno á las hinchadss olas  
Arrancaste animoso,  
Coronando de eternas aureolas  
Las invencibles armas españolas,

Así de polo á polo  
Resuena el canto, extiende tu renombre  
Por los cielos Apolo,  
Y, emblema de virtud y gloria al hombre,  
De una edad á otra edad lleva tu nombre.

RAFAEL MARÍA BARALT.

(Venezolano).

---

### A la noche.

El Ángel de la tarde en la pradera  
Con un beso de paz durmió las flores,  
Y del bosque los dulces trovadores  
Le entonaron su cántiga postrera.

Huyó la luz... Las sílfides nocturnas  
Rápidas cruzan el dormido viento,  
Y vierten sobre el mundo soñoliento  
El opio blando de sus negras urnas.

Huyó la luz... Sobre sus blancas huellas  
El Ángel de la noche se adelanta,  
Y sobre el éter diáfano levanta  
Su toldo azul de pálidas estrellas.

El mar, la funte, el pájaro salvaje,  
La blanda brisa, el ronco torbellino,  
Cuando empiezas ¡oh noche! tu camino,  
Á su modo te rinden homenaje.

No por guardar el sueño de la tierra



El bullicio se apaga entre la sombra,  
Es porque, envuelto en su gigante alfombra,  
Desciende el Dios que su misterio encierra.

Y esa inefable paz que nos regala  
La inercia nocturnal de los sentidos,  
Ese coro de mágicos sonidos  
Que en la callada atmósfera resbala,

Son un dón celestial, un dón querido,  
Que encontramos los hombres en la cuna,  
Para endulzar las horas sin fortuna  
Que atosigan el pecho dolorido.

Entonces en el caliz de los lirios  
Las almas de las vírgenes se mecen,  
Y aspirando su aroma se adormecen  
En celestes y púdicos delirios.

Tal vez, en sus ensueños vaporosos,  
El recuerdo del mundo las despierta,  
Y oyen un Ángel que les dice «¡Alerta!»  
Y vuelven á sus nichos misteriosos.

Esas gotas de límpido rocío  
Que ornán del valle el manto de esmeralda,  
Lágrimas son que derramó en su falda  
Un espíritu errante en el vacío.

Tal vez, al levantarse en el oriente,  
El alba de su lecho de jazmines,  
Alumbra de los blancos serafines  
La fugitiva nube transparente.

Tal vez murmura entre la brisa mansa  
El eco de los arpas celestiales,  
Cuando el bando de genios inmortales

Á su mansión beatífica se avanza.

Yo sé tan sólo ¡oh noche! que es tu imperio  
La soledad augusta y religiosa;  
Que eres la virgen pura y misteriosa  
Que llora de la luz el cautiverio.

Yo sé que los quejidos que derrama  
La vieja ceiba al despedir sus hojas,  
El eco errante son de tus congojas  
Que resbala fugaz de rama en rama;

Y sé también que el pájaro salvaje,  
La fresca brisa, el ronco torbellino,  
Cuando emprendes tu lóbrego camino,  
Á su modo te rinden homenaje.

Mas yo el arpa tomé. . . Tal vez mi canto  
Interrumpió tu majestuosa calma. . .  
¡Noche! . . . perdón, si en su delirio el alma  
Profanó tu silencio augusto y santo.

ABIGAÍL LOZANO.

(Venezolano)

---

### Última luz.

Poco me resta de vida!  
Las fuerzas van decayendo  
Y el alma va presintiendo  
La funesta despedida.  
En mitad de mi carrera

Llegando al límite voy!  
 La luz que mirando estoy  
 Es quizá mi luz postrera.

Rotos del cuerpo los lazos,  
 Por las ondas remecido,  
 Me voy á quedar dormido,  
 Cual de una madre en los brazos.

Al frente mi esposa está:  
 Pobre niña, alma sencillal  
 Lágrimas de su mejilla  
 Ocultándomelas va.

Llora, infeliz! tu quebranto  
 No será el postrero, no;  
 Si llego á faltarte yo,  
 Amargo será tu llanto.

Si la vida transitoria  
 Se va cual al mar un río,  
 Quita por piedad, Dios mío,  
 Á mi mente la memorial

No asalte mi pensamiento  
 Ayl la imagen de mi hija,  
 Mi hora postrera no aflija,  
 Santo Dios, ese tormento!

Niña que al mundo despierta  
 Y que á la vida se lanza,  
 Hallando de la esperanza  
 Cerrada, al salir, la puerta,  
 ¿Á dónde, á dónde las dos  
 Irán en duelo profundo,  
 Sin más amparo en el mundo  
 Que la voluntad de Dios?

Tú á quien los buenos adoran,  
 Ten piedad de mi dolor,  
 Tú que eres padre, Señor,  
 El padre de los que lloran.



Yo sufro en paz mi destino,  
Héme humilde y resignado  
Como el viajero cansado  
En la mitad del camino.

Jamás odio ni rencor  
En mi pecho formó nido.  
Mucho sufrí; estoy rendido  
Bajo el peso del dolor.

Constante mi pena fué  
Y á la tumba va conmigo,  
Como el perro del mendigo  
Que muere del dueño al pié:

Hijita del alma mía,  
Tu memoria placentera  
Vaga por mi cabecera  
En mi lecho de agonía.

Para mi no tuvo gloria  
La vida, fulgor de un día,  
Mañana sin mediodía  
Y recuerdo sin memoria.

Ayl si mañana mi prenda  
Sedienta á una puerta toca,  
Calmad la sed de su boca  
De mi memoria en ofrenda.

Y si el viento del destino  
Contra mi hija se levanta,  
Ayl arrancad de su planta  
Las espinas del camino.

Allá en orilla lejana,  
Con alma pura de niño,  
Me guarda tierno cariño  
Una santa y noble anciana;

Es mi madre, ella también  
Por el hijo ausente llora,  
Porque la pobre me adora

Como á su perdido bién.

No le digais por piedad,  
Que su hijo ya no existe,  
Pues la infeliz no resiste  
Pesar tan grande á su edad.

Madre, esposa, hija del alma,  
Pedazos del corazón,  
Rezad por mi; la oración  
La angustia del pecho calma.

Al abandonar la vida  
Pienso en Dios y en ellas pienso,  
Pues es mi amor tan inmenso  
Cual triste mi despedida.

Llevo en paciencia mi cruz,  
¡Oh Dios! que mi última hora  
Bañe tu luz bienhechora  
Pues mira mi última luz.

VICENTE CAMACHO.

(Venezolano)

---

En la instalacion del Concilio Ecuménico

*De 8 de Diciembre de 1869.*

ODA.

erá que adunados á porfía  
Horrisono huracán, mar bramadora,  
Toque á su último día

La nave salvadora  
Que el arca de salud en sí atesora?

¿Diestro el error, en tanto que amenaza  
Suerte infeliz al combatido leño,  
Con insidiosa traza  
Y adulator beleño,  
Remero y timonel hundirá en sueño?

Sopla ensañados vientos la herejía,  
La ignorancia nublados aglomera,  
Y luz de la sombría  
Escena, allá en la esfera,  
De Satán la mirada reverbera.

Mas ¿dónde el fuerte, en dónde el prepotente  
Sino en la barca está? Rasga tu velo,  
Irradia en luz fulgente  
Ó rebozado cielo,  
Y con fausto á la nave acrece el vuelo.

Ya en baldo ruge el mar y silba el noto:  
Cedole todo ya, nada resiste;  
Si avezado el piloto  
Y fuerte el leño viste,  
Hombre de poca fé, ¿dudar pudiste?

Mira ya cuál ufana el seno hiende  
Del contrario elemento. ora vencido,  
Y cómo al puerto tiende  
El lino sacudido,  
Alba paloma revolando al nido.

Pues qué, cuando se aviste, y vencedora  
La aclame el vigilante en la alta cumbre,  
Y de ella en pos, la prora  
Moviendo se vislumbre



Una nave tras otra en muchedumbre . . . !

¡Miradlas ya! Sobre las ondas vuela  
Empavesado alígero cortejo,  
Rumbo á su sacra estela,  
Luminoso reflejo  
Que el cielo aclara cual brillante espejo.

¿Qué mar dejan atrás? todos los mares.  
¿Qué zona les dió ser? todas las zonas.  
Nilo, Ural, Manzanares,  
Hudson, Plata, Amazonas,  
Al bajel redentor rinden coronas.

Tejió Persia aquel lino de colores;  
Dió el Líbano á ese mástil gallardía;  
De los robles mejores  
Que la verde Erín cría  
Labró aquella sus bancos y crujía.

¿Esotras? Vienen rumbo de Occidente.  
Aun se descubre allí la palma esbelta  
De la región ardiente  
Donde Orinoco suelta  
Sus ondas en el mar por áurea delta.

Esa el ancla levó donde gigante  
Su rojo faro el Cotopaxi inflama:  
Esta, donde espumante  
Niágara se derrama,  
Y arrebatado y fragoroso brama.

Unas, de donde el Funza hirviente salta;  
Otras, de donde en lluvia de centellas  
Pocatepec esmalta  
La negra noche; aquellas . . .  
¡Y la Cruz, y la Cruz en todas ellas!

¡Oh glorial ¿No son esas las galeras  
Del genovés intrépido que un día  
Sacó á luz las riberas  
De un mundo que aun dormía  
Su infantil sueño bajo el onda fría?

¡Eterno galardón, lauro fecundo!  
Èl es ¡oh Español tu mejor diadema,  
La fé que á Dios da un mundo.  
¿Y será que, blasfema  
Y ciega abjures hoy tu santo lema?

¿Ferrea maza batiendo delirante,  
Rompes tú misma en tu plecara historia  
Las letras de diamante  
Que iluminan tu gloria,  
Y á la del cielo enlazan tu victoria?

¿Y eres tú la que ayer tan alto ejemplo  
En la Santa Cruzada al orbe fuiste?  
¿La que el pagano templo  
Del Inca á Dios volviste,  
Y más alta que el sol la Cruz pusiste?

¿Ya católica, y hoy la frente uncida  
Á bárbara impiedad? ¿Ya vencedora  
Del error, y hoy vencida?  
¿La cristiana Señora,  
Del cismático infiel émula ahora?

No: no será. ¿Que labio osó la afrenta?  
Asombrar su blasón ¿quién nunca pudo?  
Á un bien que la sustenta  
El Fuerte, y le hace escudo,  
Y á sí la estrecha en perdurable nudo.

El arca de la fe, puerto seguro

Halla al fin: sobre aladas bendiciones  
 Triunfante asciende al puro  
 Sagrario, las naciones  
 Formándole dosel con sus pendones.

¿Quién es aquella que subiendo viene  
 La sagrada colina, tan altiva?  
 ¿Qué orlada la sien tiene  
 De laurel y de oliva,  
 Y cruzada legión por comitiva?

Tanto yelmo y loriga, tanto arreo  
 ¿Nuncian próxima lid? ¿O joya tanta  
 Magnífico torneo?  
 Si lleva ofrenda santa,  
 ¿Hacia dónde veloz mueve la planta?

¿Y a dónde sino al monte que corona  
 De la Iglesia de Dios la Santa Silla,  
 Si es la altiva amazona  
 La indómita Castilla,  
 Y a Dios tan solo su cerviz humilla?

Apresúrate, ven; llega la hora . . . .  
 Lanzóla el bronce ya; retumba, atruena,  
 Alada, vibradora,  
 Aire, mar, tierra llena,  
 Vuela á la eternidad, y allí resuena.

¡Gloria, gloria al Señor en las alturas!  
 ¡De rodillas el mundo en el gran día!  
 ¡Orad las almas puras  
 Que conocéis la vía  
 Mas cierta y breve que á los cielos guía!

Implora ¡oh Padre Santo! al Soberano  
 Porque las nubes del error disuelva;



Y así bajando al llano  
De la intrincada selva,  
Al redil protector la oveja vuelva.

¡Esperanza, amor, fé! Todo lo alcanza  
Quien con la gran constelación camina:  
Amor, fé y esperanza  
Es la ciencia divina;  
Sonrisa, luz y voz de la faz trina.

Y tú también, castísima Paloma,  
Al cristiano Ararat el ala agita,  
Á la sagrada Roma,  
Y en el aula bendita  
Con tus nuevas de paz te precipita.

Dios te salve ¡oh Maríal! Tú conoces  
Este sol claro; su fulgor amigo  
Hoy nos repite á voces  
Que el Señor es contigo;  
Con nosotros sé Tú: dános abrigo.

Há diez y nueve siglos ¡oh Maríal!  
El bello paraninfo el ala diestra  
Movió á ti en fausto día,  
Y de alianza en muestra,  
Tu ventura á la par nunció y la nuestra.

¿Cuál, pues, á Tí mas grato ó mas propicio  
Al ansia de salud que nos devora,  
Ni cuál mayor auspicio  
Que el tuyo ¡oh gran Señoral!  
Al que luz de verdad del cielo implora?

Así de cercos fúlgidos tu frente  
Ciña el ángel que enciende la mañana,  
Que por tu ruego aliente

La gracia soberana  
Al pastor santo y á la grey cristiana

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

(Venezolano)

---

En un Cementerio.

Me ha dicho en sueños un ángel,  
Que al hombre obligan dos siembras:  
La que sustenta su cuerpo,  
La que á su alma sustenta;

Que al cuerpo, junco de un día,  
Basta un día de tarea,  
Mas que es otra la que cumple  
Al alma, planta perpetua.

¿Qué sembrásteis para el cielo,  
Moradores de la huesa?  
¡Hablad, decid! . . . ¡Oh alma mía,  
Su paz á las tumbas dejad!

En el campo de la muerte  
Deben callar los poetas,  
Por más que vibre su pecho  
Lleno de tristes endechas;

Porque las humanas voces,  
Las voces ensordecieran  
Con que el silencio nos habla

De las regiones eternas.

¡Oh soledades sombrías,  
Ultima morada nuestra!  
¡Oh muda ciudad, hogares  
Donde la nada se alberga!

¡Oh blancos postes, ruinas  
De las humanas miserias,  
Escombros de las pasiones,  
Polvo de torres soberbias!

¡Cuántas ¡ay! desmoronadas!  
¡Cuánto obelisco por tierra!  
¡Cuánta grandeza de barro!  
¡Cuánta esperanza de piedra!

¿Aquel corazón, que ardía,  
Es ese mármol que hiela?  
¿Aquellos brazos potentes,  
Los de ese leño sin fuerza?

El pecho altivo en que tuvo  
El orgullo su vivienda,  
¿Es esa cueva de huesos  
Donde ese reptil se hospeda?

¿Y cómo duerme así el sabio  
De las vigiliias perpétuas?  
¿Cómo está inerte la niña  
De las danzas y las fiestas?

¡Cuánto sufrir insensible!  
¡Cuánto anhelar que no anhela!  
¡Cuánto poder impotente!  
¡Cuánto pensar que no piensa!



Pasaron; y de su planta  
No guarda el polvo una huella;  
Mientras duran los arreos  
Con que su nada cubrieran.

Ya no hay sien, brazos ni pecho  
Para insignias ni preseas,  
Para el brazaletes de oro,  
Para la rica diadema.

La áurea copa del banquete,  
Ya no hay mano que la mueva;  
El libro abierto del sabio,  
Ya no hay ojos que lo lean....

¡Ver, sentir, pensar!.... ¡Oh alma!  
¿Serás imagen funesta  
De la lava que devora  
Las entrañas de la sierra?

¿Morirá tan sólo el ente  
Que de vivir alardea,  
Y en su sér quedará todo  
Cuanto en derredor le cerca?...

¡Ay! es misterio del cielo,  
Que al polvo tu polvo vuelva;  
Más sólo en tu pecho, oh humano,  
Divina chispa se alberga;

Y tu alma es el espíritu  
De cuanto guarda la tierra;  
Todo, por tí, bulle y vive;  
Muerto, sin tí, todo queda.

Sin tí loriga y escudo  
Inmóviles del muro cuelgan,

Muertos quedan los pinceles,  
La pluma y la espada muertas.

En el clave y la campana  
Es tu alma la que suena;  
Que tú la expandes é infundes  
Bajo mil formas diversas:

La das al cirio, y es llama;  
La das al carro, y es rueda;  
La das al globo, y es éter;  
La das al bajel, y es vela.

Y todo se anima y mueve;  
Y todo torna á su inercia,  
Sin alma como tu cuerpo,  
Cuando la tuya se ausenta.

Mas todo, pese á la muerte,  
Guardará marca maestra,  
De tu poderosa mano  
Y de tu mente suprema.

El mármol mismo, tallado,  
Al publicar tu miseria,  
Con la voz con que te abata  
Dirá de tu preeminencia;

Y tú alma, palpitante,  
De luz y de voces llena,  
Quedará hablando á los siglos,  
De ese libro en la leyenda.

Mira pues, mortal, tus obras:  
Todo un pensamiento encierran;  
Y el pensamiento es simiente  
Que vid ó muerte procrea.

Y pues es fuerza que el fruto  
Como la simiente sea,  
Si anhelas fruto de vida,  
De vida has de hacer la siembra.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

---

### La gloria del Libertador.

¡Altivo pensamiento!  
Con raudas alas en ardor fecundo  
Remonta al firmamento,  
Y audaz evoca en tu anhelar profundo  
La egregia sombra del creador de un mundo;

Al numen soberano  
Que hundió la tierra en silencioso arrobo,  
Cuando en la hercúlea mano,  
Moderno atlante, sacudiendo el globo,  
Fué Junín...y Ayacucho...y Carabobol

¡Campos de inmensa glorial  
Donde al fugar que los espacios llena,  
Rescata la victoria,  
La del Inca y del Sol región serena  
Y las que el ronco Cotopaxi atruena;

Do del clarín vibrante  
Al eco que retumba por la esfera,  
Belígera, tonante,  
Nace Colombia, se levanta, impera,



Y agita entre huracanes su cimera.

Colombia de su frente  
Surgió gentil, como Minerva, armada,  
Fulmíneo el casco ardiente,  
La sien de resplandores coronada,  
Y al són de los cañones arrullada.

Y envuelto en su ígnea lumbre,  
El vuela y triunfa y pasma y maravilla  
La tierra. . . y la ardua cumbre  
Del Ande enhiesto, que tremante brilla,  
A su paso triunfal la sien humilla.

Después. . . del monte altivo  
Domeña la cerviz. . . arranca al cielo  
El Iris de luz vivo,  
Y de los siglos desgarrando el velo,  
Ata el Destino á su glorioso vuelo.

Así sobre la nube  
El aguila caudal en la tormenta  
Por los espacios sube,  
Y el trueno burla que á su faz reвяienta,  
Y el etér con sus alas atormenta;

Y victoriosa luego,  
Y de su arrojo y su poder ufana,  
Del sol aspira el fuego,  
Se anega en alma luz. . . y soberana  
Mide en redor la inmensidad lejana

.....  
Del Ande al Delta umbrío,  
Do Marañon soberbio se dilata  
En el ponto bravío  
Y las vencidas ondas desbarata  
En rizas plumas de luciente plata;

Y del Rímac sonoro  
 Y el turbio Pilcomayo á las riberas  
 Que baña en perlas y oro  
 El Atlántico mar, bajo praderas  
 De jazmines y rosas y palmeras;

Del uno al otro polo  
 Del orbe oculto en los ignotos mares  
 Trasciende un himno solo:  
 Es América que alza sus cantares  
 Al vengador de sus excelsos lares.

¡Mirad! ya triunfante  
 Destroza la coyunda que la estrecha,  
 Y el penacho flotante  
 Y el carcaj de las lides ya desecha,  
 Y rompe el arco y la salvaje flecha;

Y la esplendente zona  
 Del Iris que los ámbitos matiza,  
 Cual fúlgida corona,  
 La paz de un hemisferio simboliza,  
 Y al Numen que la ofrenda, diviniza.

Él es quien á la gloria  
 Arrebata sus títulos egregios,  
 Y un mundo da á la Historia,  
 Y rasgas los vestustos privilegios,  
 Y al polvo arroja los escudo regios.

.....

No ya al estruendo sumo  
 Que levanta el Pichincha, cuando en ira  
 Revienta, y trombas de humo,  
 Volar su carro vencedor se mira,  
 Que entre esplendores y entre sombras gira;

Ni al són de los clarines  
De la inmortal llanura, en ansia extrema,  
Las indómitas crines  
Del soberbio león, que ruje y trema,  
De su frente arrancar con la diadema.

¡No! que en la etérea cumbre  
De la fama, á los siglos su faz vierte  
Rayos de viva lumbre  
Y un mundo escuda con su brazo fuerte,  
Árbitro del destino y de la muerte;

Y allí bajo su planta  
Horizontes sin fin . . . campos de estrellas,  
Ígneo sol que levanta  
Su cuadriga de luz entre centellas,  
Polvos de oro dejando tras sus huellas;

Y allí soberbios ríos  
Que arrebatan sus ondas entre espumas,  
Y cráteres sombríos,  
Y excelso monte en cuyas densas brumas  
Cierne el cóndor gigante sus plumas;

Y espacios donde impera  
Rugiente el huracán, y aves y flores,  
Y eterna primavera,  
Y auras y luz y músicas y olores . . .  
Y una raza sin siervos ni señores.

¡Esa! la que en portentos  
Brilla, entre inmensos piélagos perdida,  
Que mujen turbulentos,  
¡Tierra del porvenir! ¡del sol querida!  
¡Trono de luz y manantial de vida!

Esa fué la que un día,



Reina del mundo, tu robusta mano,  
Tras la inmortal porfia,  
Engalanó del manto soberano  
Y el cetro de oro que arrancó al Tirano;

Y luego, entre el tumulto  
De pueblos y tribunos y legiones,  
La sublimaste al culto  
Del Derecho, grabando en sus blasones  
La eterna libertad de las naciones.

¡Arcángel del destino!  
Tu verbo fecundiza un hemisferio,  
Y del poder latino  
La raza que arrancaste al cautiverio,  
Dios te aclamó de su glorioso imperio.

¡Después. . . ¡terror profundo!  
Silente asombro. . . ! Por la vez postrera  
Tu voz escucha el mundo. . .  
Y euvuelto de Colombia en la bandera  
Vuela tu alma á la infinita esfera.

Sube, audaz pensamiento,  
Al alcázar del Dios de la Victoria,  
Y arroja por el viento,  
Encendido en los rayos de su gloria,  
El resplandor de su inmortal memoria!

FRANCISCO G. PARDO.

(Venezolano)

---

## El Castillo Derruido.

*Elegía á la señora A. H. de G. en la muerte de su esposo.*

Las nubes en montones  
Bajan y asombran la elevada sierra,  
Y ya con roncós sonés  
El trueno llama á guerra,  
Y los cielos se turban y la tierra;

Dobléganse las flores  
Al soplo de los vientos, se estremecen  
Los árboles mayores,  
Las chozas se oscurecen,  
Y las hojas volando desaparecen;

Y la lluvia golpea  
El monte, el llano y el pajizo techo,  
Y el pastor acarrea  
La manada al repecho,  
Y el campo en turbios ríos ve deshecho:

Ayl el alto castillo  
De ronco trueno con fragor cercado  
Y con siniestro brillo!  
Y el rayo desatado,  
Y el muro roto y su señor postrado!

Y al rededor, lamento  
Y confusión y ruido y triste llanto,  
Todo el vasto aposento...  
Y la tormenta en tanto  
Crece, y las gentes huyen con espanto....

Las horas lentamente

Pasan, y aquella tempestad sombría,  
Y el sol en el oriente  
Esparce el nuevo día,  
Y el campo es todo flores y alegría.

La viuda sola yace  
Bajo el crespón del duelo desolada;  
Ay! su día no nace!  
Que la noche pasada  
Quedó sobre ella toda aposentada!

Y qué, si no procura  
Nuevo sol para tí dulce reparo?  
Desde tu noche oscura  
Mira al común amparo,  
¿No es el amor de Dios día más claro?

ELOY ESCOBAR.

(Venezolano).

---

Gloria.

Bésame, Gloria: el cielo  
Está en tus labios y tu frente dora;  
Aparta el blanco velo,  
Porque admire en la faz que me enamora  
El rosicler de la soberbia aurora.

Tu lengua cabellera  
Ondula suelta al céfiro liviano,  
De tan noble manera,



Como velando á la mirada en vano  
Ambos secretos de tu seno arcano.

Tu mano y tu mejilla  
Blancas me acuerdan el almendro tierno;  
Tu rara beldad brilla  
Al dulce encanto de tu mundo interno:  
Fuiste, y tu molde lo rompió el Eterno.

Pero ¿á qué se aventura  
Copiar tu faz mi temeraria lira,  
Si ciego en tu hermosura,  
El alma calla y el silencio admira  
Cuando colgado de tu amor se mira?

Por tí mis penas amo  
Y en onda amarga de dolor navego:  
Tú, en tanto, á mi reclamo  
Sorda, no ves que al desoir mi ruego  
Se apura el alma en amoroso fuego.

Voltea la campana  
Que á incendio clama y devorante amago;  
Tal vez su furia insana  
Piedad te inspire . . . y por el aire vago  
Se alza y humea mi escondido estrago.

Mi corazón te invoca.  
Desciende, oh maga veleidosa, y deja  
Que sedienta mi boca  
Libe en tu labio, que mi ardor refleja,  
La rubia miel de la oficiosa abeja.

Y pues tus claros ojos  
Son ya de mi destino vencedores,  
Acude, ven; despojos

Á tu beldad, te doy versos y flores  
 Donde oculto mi amor muere de amores.

¿Qué á mi de la riqueza  
 El costoso oropel de que blasona,  
 Ni del poder la alteza?  
 ¿Qué á mi en la frente, si tu amor me abona,  
 Delfica rama, ni mural corona?

Amor en sí resume  
 Toda natura: es luz, gérmen fecundo,  
 Canto, color, perfume,  
 Fuego central, corriente del profundo,  
 Alma del alma y corazón del mundo!

Mas cerrada tu puerta  
 No se abre ingrata, y en callado duelo  
 Gime el alma desierta;  
 Y ardiendo á par de mi amoroso anhelo,  
 Alma Venus gentil alumbra el cielo.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA.

(Venezolano)

A una indiana.

Indiana hermosa,  
 Tez de canela, boca de rosa,  
 Si tú me amaras, en el momento

*Yo te daría*

*Todos los astros del firmamento,  
 Todas las rosas de Alejandria.*

Que eres tan bella  
Como entre sombras brillante estrella,  
Como la aurora cuando aparece  
De luz bañada,  
Como la luna que resplandece  
Al ocultarse de madrugada.

Entre estos montes  
Altos, ceñidos por horizontes  
Iluminados del sol naciente,  
Tú te adelantas  
Como bajada desde el Oriente  
Brotando hierbas, flores y plantas.

Mas ya hechiceros  
Mire tus ojos como luceros,  
Ya dulces oiga de tu garganta  
Las melodías,  
Cuando con gracia que el alma encanta  
Del collar juegas con las peonías;

Ó te halle alerta  
De tu cabaña junto a la puerta  
Cuando la noche ya se avecina,  
Con rostro ufano  
Viendo que llega por la colina  
Azada al hombro tu padre anciano;

Siempre te admiro;  
Mas al mirarte lanzo un suspiro;  
Que indiferente te oigo diciendo:  
«Si él me entregara  
Lo que orgulloso me está ofreciendo,  
¡Pobre poeta! ¡Cuánto le amara! ...»

Indiana hermosa,  
Tez de canela, boca de rosa,



Ámame. . . . El canto que doy al viento,  
Mi poesía,  
Vale los astros del firmamento,  
Vale las rosas de Alejandría.

DOMINGO R. HERNÁNDEZ.

(Venezolano)

---

Visión del Juicio Final.

(Jerusalén)

Con lágrimas amargas contemplaba  
Aquel funesto estrago, y el suspiro  
Mi lastimado pecho trabajaba:

Cuando vuelto de un éxtasis me miro,  
Al resplandor de un fósforo distante,  
Colocado en un árido retiro.

El Espíritu Eterno en un instante  
Allí me trasladó; su diestra fuerte  
Me llevó cual relámpago brillante.

¡Espantoso lugar, do se convierte  
En polvo la creación, y se dilata  
El pavoroso reino de la muerte!

Una serie de rocas ciñe y ata  
De una parte sus lindes; el Mar Muerto  
Baña por otra aquella tierra ingrata.

Al extender la vista en el desierto,

De secos esqueletos descamados  
El infecundo suelo vi cubierto.

Y de craneos y huesos separados,  
De sus primeros troncos divididos,  
En confuso desorden hacinados.

Nunca experimentaron mis sentidos  
Sensación más intensa de amargura,  
Ni á compasión mayor fueron movidos.

Entónces se apagó la llama pura  
Que brillaba serena y esplendente,  
Y sus alas tendió la noche oscura.

Poseído de horror bajé la frente,  
Y al suelo la incliné con triste lloro:  
Después, volviendo el rostro hacia el Oriente,

Mientras á Dios en mi aflicción imploro,  
Miro escrito entre luces en el cielo  
El nombre de Jehováh con letras de oro.

«¡Oh tú, fuente de vida y de consuelo!  
Dije con voz rendida y fervorosa,  
¿Por qué destruyes tu obra en este suelo?»

¿Al seno de la nada tenebrosa  
Entregarás ¡oh Padre! tus hechuras,  
Trasuntos de tu ciencia portentosa?

Muévante á compasión las penas duras  
Á que nacen tus hijos condenados:  
No les niegues del todo tus dulzuras. »

En esto se agolparon mil nublados,  
Y cercaron mis ojos de repente,  
Dejándolos en sombras sepultados.

En nueva turbación cayó mi mente,

Y en hondos pensamientos sumergida,  
Vagaba en lo pasado y lo presente.

Una lumbre de lo alto procedida  
Por la tercera vez brilló á mis ojos,  
Y una seña de paz esclarecida

Disipó de mi pecho los enojos:  
Un Arcángel en medio despedía  
Resplandores clarísimos y rojos.

El firmamento eterno comprimía  
Al asentar sus plantas, y eclipsaba  
Con su luz la diadema que ceñía.

Con paso varonil se adelantaba,  
Y el profundo cristal del mar undoso  
Sus luces y sus fuegos reflejaba.

Un viejo venerable y respetuoso,  
Vestido de una túnica de lino,  
Y en la mano un bastón de oro precioso,  
Reverente á encontrar al Ángel vino,  
Y arrodillado en tierra alzó el semblante,  
Todo arrobado en éxtasis divino.

Mudo permanecía en tal instante:  
La barba sobre el pecho le bajaba,  
Cruzados ambos brazos por delante.

El cielo de esplendores le bañaba,  
Y en posición inmóvil su figura,  
Su sombra sobre el suelo proyectaba.

El Ángel, descendiendo de la altura,  
Con una ascua vivísima de fuego  
Á sus labios tocó con mano pura.

El semblante inclinó radioso luego,



Y en su seno inspiró con sacro aliento  
Un alto y divinal desasociado.

Sobre las alas rápidas del viento  
Alzó otra vez el vuelo presuroso,  
Y allá en las nubes colocó su asiento.

El anciano salió de su reposo,  
Y de santo fervor su seno henchido  
Y lleno de entusiasmo glorioso:

Puesto en pie gravemente, revestido  
De excelsa majestad, la voz alzando,  
Y el cetro de oro al cielo dirigido:

Del poder recibido firme usando,  
«Volved de nuevo ¡oh muertos! á la vida:  
En nombre del Eterno yo lo mando.»

Dijo, y al punto, un aura que impelida  
Bajaba de los montes al desierto,  
Por un poder incógnito movida;

El suelo resquebrado, seco, yerto,  
De florecillas frescas y olorosas  
Con su soplo vital dejó cubierto.

Y viéronse en el punto presurosas  
Las reliquias humanas reunirse,  
Renovando su enlace, artificiosas:

Con nervios y cartílagos unirse,  
De carnes, miembros y vigor llenarse,  
De fresca piel en torno revestirse:

Un pueblo entero poderoso alzarse,  
Y entre cantos de Hosanna, con presteza  
En tribus diferentes congregarse.

Colocado el profeta á su cabeza,

Con poderoso esfuerzo lo regía,  
Lleno de majestad y de grandeza.

El Ángel desde lo alto dirigía  
Su marcha, y le indicaba su destino:  
La tierra se aplanaba y abatía:

Los montes no estorbaban el camino:  
Saltaban de contento los collados:  
Brillaba en lo alto el cielo cristalino:

Claras fuentes y lagos sosegados,  
Vergeles, huertos, frescas alamedas,  
Hallaba á su descanso preparados,

Y frutos en las verdes arboledas:  
La mano del Eterno le cubría,  
Dando sombra á sus sendas y veredas:

Jerusalem, Jerusalem, decía  
La turba innumerable, y sus acentos  
La bóveda celeste repetía.

Entónces resonaron en los vientos  
Mil himnos de alabanza y de victoria,  
Á que unieron alegres sus concentos  
Los espíritus puros de la gloria.

JOSÉ JOAQUÍN PESADO.

(Mejicano)

---

## Rendimiento enamorado.

Levantad, amada Musa,  
De mi pluma el bajo vuelo,  
Hasta el cielo donde vive  
Mi amoroso pensamiento,

QUEVEDO.

Donde el Albano turbio y caudaloso,  
Entre montañas ásperas nacido,  
Baja por hondo cauce pedregoso;  
Y con sonante curso retorcido  
Ciñe la hermosa villa y el aldea  
Y el bosque umbroso y prado florecido,  
Allí reside Elisa: allí campea  
Su divina belleza: allí galana  
Todo lo vivifica y hermosea.  
Con ella vive en opresión tirana  
El mismo Amor, en hábito sucinto,  
Sin arco ni carcax, en forma humana.  
Todo espira placer en su recinto;  
Las gracias y las risas amorosas  
La siguen en confuso laberinto.  
Mas ¡ay! y ¡qué de pruebas dolorosas,  
Qué de afectos fervientes y deseos  
Burlaron sus entrañas rigurosas!  
Su esquivaza la da nuevos arreos,  
Y heridos corazones de amadores  
Á sus plantas la sirven de trofeos;  
Brillaba el sol con nuevos resplandores,  
Y á la templada luz de primavera  
Despertaban las aves y las flores;



Cuando mis ojos por la vez primera  
Miraron la deidad, y el pecho mío  
Sintió del crudo amor la llaga fiera;

Desde entonces esclavo el albedrío  
Quedó al imperio de su rostro bello,  
Y á su honesto desdén y á su desvío.

La espléndida madeja de cabello,  
Que en proporción vistosa se derrama  
En ondas de oro por el albo cuello;

La frente de marfil, la dulce llama  
Que en sus serenos ojos arde y brilla,  
Todo, mi triste corazón inflama.

¡Oh tú, que eres hermosa á maravilla!  
Si supieras las dudas que me aquejan,  
¡Cómo estimaras mi pasión sencilla!

Si tus severos padres no te dejan,  
Ni tu mismo recato te permite  
Oír amores, que de tí me alejan;

Siquiera por piedad, Elisa, admite  
Que mis amantes ojos te veneren,  
Y que sólo á mirarte me limite.

Yo sé, que mis miradas te refieren  
Los íntimos secretos que á sus solas  
Las entrañas y el alma les confieren.

Al contemplar los dotes que acrisolas,  
Se conturba mi triste pensamiento,  
Como en profundo mar las turbias olas,

Cuando allá removidas de su asiento  
Por la tendida playa van sonando,  
Agitadas del austro turbulento.

No hay palabras de amor, no hay verso blando  
Que puedan mitigar el fuego ardiente  
Que mi interior ¡ay Dios! está abrasando.

¡Qué triunfadora siempre, qué presente  
Estás á mi memoria noche y día,  
Númen de mis afectos y mi mente!

¡Portento de modestía y gallardía!  
¡Gloria de la región veracruzana!  
¡Lustre y decoro de la patria mía!

¿Quién gozó de tu vista soberana,  
Que no quedase con placer rendido  
Juzgándote deidad en forma humana?

¿Quién ante tus altares fué admitido,  
Que á tus vivos reflejos deslumbrado  
El alma no rindiese y el sentido?

¿Quién no se conoció todo abrasado  
De inextinguible ardor? ¿Quién pudo verte  
Sin sentirse en un punto trasformado?

¿Y quién sin adorarte, conocerte?  
¡Criatura celestial! ¡Mujer divina!  
¡Cuán distante estoy yo de merecerte!

Pero siguiendo el astro que me inclina  
Al amor, mi esperanza se levanta  
Hasta tocar la luz que me ilumina.

Si soy merecedor de dicha tanta,  
Permíteme, señora, que yo imprima  
Mi labio humilde en tu adorada planta.

¡Oh, si el fuego sagrado que sublima  
El canto del mortal, y lo derrama  
Del polo helado hasta el opuesto clima,



Vivificase el estro que me inflama!  
Tu nombre y tu beldad, Elisa mía,  
Vivieran en los ecos de la fama.

Tu cantor solamente me diría,  
Y descendiendo entonces de mi frente  
El laurel de la sacra poesía,

Á tí lo consagrara reverente;  
Perpetuando en tus aras la memoria  
De mi abrasado amor, de gente en gente.

Al dejar esta vida transitoria,  
Ocuparas de lleno en las alturas  
El círculo esplendente de la gloria.

Venciendo del olvido las oscuras  
Sombras, gozaras siempre los honores  
Que el mundo rinde á las esencias puras.

Sonaran donde quiera tus loores,  
Y hasta los rudos pueblos más distantes  
Te aclamaran deidad de los amores.

Á tí se dirigieran los amantes  
Elevando sus ruegos á tu trono,  
Entre inciensos y antorchas rutilantes.

Pero ya que los cielos en mi abono  
No igualaron su dón á mi deseo,  
Ni alzaron de mi voz el débil tono,

Lo que puedo te doy: aquesto creo  
Que merezca de tí ser admitido,  
Dándome tú el valor que no poseo.

Que á veces la deidad ha preferido  
El pobre dón del rústico villano,  
Con amor en sus templos ofrecido,



Al presente del rico ciudadano.  
Yo te ofrezco el afecto más sincero  
Que ha existido jamás en pecho humano.

Cuando recuerdo Elisa que te quiero,  
Y que habiendo nacido para amarte  
Al universo todo te prefiero;

Cuando fija la mente en contemplarte,  
Preveo yo que en el sepulcro frío  
Aun habrán mis cenizas de adorarte;

Se exalta mi valor, crece mi brío,  
Sabiendo que tan alto pensamiento  
Nació en mi corazón y es todo mío.

Si admites los aplausos de mi acento  
Y recibes el dón de mi alabanza,  
El premio logrará mi rendimiento  
Que en la tierra mortal ninguno alcanza.

JOSÉ JOAQUÍN PESADO.

---

### Una tempestad, de noche, en Orizaba.

El carro del Señor, arrebatado  
De noche, en tempestad que ruge y crece,  
Los cielos de los cielos estremece,  
Entre los torbellinos y el nublado.

De súbito, el relámpago inflamado  
Rompe la oscuridad y resplandece;  
Y bañado de luces, aparece

Sobre los montes, el volcán nevado.

Arde el bosque, de viva llama herido;  
Y semeja de fuego la corriente  
Del río, por los campos extendido.

Al terrible fragor del rayo ardiente,  
Lanza del pecho triste y abatido,  
Clamor de angustia la aterrada gente.

JOSE JOAQUÍN PESADO.

---

### El pico de Orizaba.

*A mi amigo el Sr. D. Miguel Castellanos.*

De eterna nieve revestido, encima  
De un monte y otro monte te adelantas;  
El rayo abrasador truena á tus plantas,  
Al empireo tu frente se sublima.

¿Qué espíritu al mirarte no se anima?  
Tú al quebrantado náufrago levantas,  
Si llega á divisar las luces santas  
Con que el iris de paz brilla en tu cima.

Cuando la noche dilatando el vuelo,  
Con diadema de estrellas te corona,  
Signo de amor entre la tierra y cielo;

El alma á sus afectos se abandona,

Y elevándose á Dios, rompe sin duelo  
El lazo que á la tierra la aprisiona.

JOSÉ JOAQUÍN PESADO.

---

### Leyendas Mexicanas.

#### I.

#### *La Princesa de Colhuacan.—(año de 1338.)*

Cuando en sus primeros días  
Formabo México hermosa,  
En vez de palacios ricos  
Humildes huertos y chozas,

En su ancha plaza descuella,  
Construido de piedras toscas,  
Cuadrado, macizo templo,  
De árboles cercado y sombras,

En donde el dios de la guerra  
Turba belicosa invoca,  
Y en sus altares sangrientos  
Víctimas humanas postra;

Y los nobles le veneran,  
Porque de su fuerza ignota  
Piensan que al Estado vienen  
Los reveses y victorias;

Y quieren que ante sus aras,



Siempre con la sangre rojas,  
Llama se conserva viva,  
Se quemem gratos aromas.

Y convocando á consulta  
Los sacerdotes idólatras,  
Añadir quieren al culto  
Nuevo brillo y nueva forma;

Y por resultado ordenan,  
Que una doncella se escoja  
Bella, ilustre, bien nacida,  
A quien elevar á diosa:

Designando á la elegida  
Al són de bélica trompa,  
Madre de su dios guerrero  
Y de las deidades todas:

A quien invoque el soldado  
En la lucha sanguinosa,  
El sacerdote en el templo,  
Y en el hogar la matrona.

El hijo del magistrado  
Principal, á quien abonan  
La fama entre los valientes,  
Y el cariño de las tropas;

Aquel que, como en palacio,  
En los campamentos mora,  
El primero en el asalto:  
El último en la derrota;

El de los golpes certeros,  
El de la macana y honda,  
El de la espada á la cinta,  
que mejor lanzas bota;

El que en la carrera vence  
A los venados y corzas,  
Y, en las selvas, á las fieras  
Con sólo sus brazos doma;

Aqueste, á la hija del rey  
De Colhuacan, real moza,  
Con obsequios y finezas  
Públicamente enamora.

Como amante la pretende,  
Idolatra como esposa,  
Venera como princesa,  
Y estima como señora.

Por ella el pueblo visita,  
Por ella mitotes forma,  
En areitos la celebra,  
Su huerto y palacio ronda.

El pensamiento en sus prendas,  
La faz en su vista absorta,  
Inmóvil el sol le encuentra  
Y desvelado la aurora;

Que es la flor de sus verjeles,  
Es la perla de su concha,  
Pluma de sus flechas rica,  
Y de su nido paloma.

Ella corresponde tierna  
Á sus ansias cariñosas,  
Que en sus amores se abrasa  
Y á sus incendios se arroja.

Sólo en sus amores piensa,  
Sólo de su amor blasona,

Envanecida de ver  
Que está envidiadas de todas.

De una á otra corte se cruzan  
Las embajadas gozosas,  
Para fijar el momento  
De las suspiradas bodas;

Y con ellas juntamente  
Declarar por nueva diosa  
Á la princesa, escogida  
Entre las mujeres todas.

El padre anciano la entrega,  
En su ventura se goza,  
Y la doncella se ofrece  
Á las miradas curiosas.

Los ojos ardientes, negros,  
De vivo coral la boca,  
De sus cabellos las trenzas  
Bajan por el cuello, airosas.

Los pies calzados de plata,  
De oro en sus brazos ajorcas,  
Al hueipili que la viste  
Franjas de púrpura adornan.

Ya de la mansión paterna  
Amante sale y llorosa,  
Que deja dulces recuerdos  
Y lleva tiernas memorias.

Volviendo atras la cabeza  
El patrio suelo abandona,  
Y en el esquife ligero  
Del lago surca las ondas.



Á la contrapuesta orilla  
Con planta gallarda toca,  
Do más que del ara egregia,  
Se finge de amor las glorias.

El pueblo alegre la mira,  
Cantos en su honor entona,  
Flores á su paso riega,  
Ciñe su frente de rosas.

Derecho al templo camina  
Cercada de ilustre pompa,  
Do imagina que la aguarda  
El esposo que la adora.

Al punto que de la estancia  
Interna, pisa las losas,  
Y de los ojos del vulgo  
Densa cortina la roba,

Se escucha agudo gemido  
Que mal comprime y ahoga  
Mano que un dogal aprieta,  
Puñal que un pecho destroza.

En tanto el estruendo rudo  
Que forman cornetas roncadas,  
Se prolonga, ensordeciendo  
El aire por muchas horas.

Las regiones de Occidente  
Apénas el sol colora,  
Y cercada de tinieblas  
Se alzó la noche espantosa.

Levantada la cortina,  
Á la luz de mil antorchas,

Se ve el cadáver sangriento  
De la malograda esposa.

El sacerdote inhumano  
Sus manos en sangre moja,  
Y de la piel que la quita  
Ufano al ídolo adorna.

El pueblo aplaude insensato,  
El sacrificio pregona,  
Y á mirar la deidad nueva  
Ante las aras se agolpa.

Así el idólatra ciego  
Que á Dios no tiene por norma,  
Quebranta sus leyes santas  
Cuando dice que le adora.

El amante encarcelado  
El echo bárbaro nota,  
Quiere salir á impedirlo,  
Y una guardia se lo estorba.

Entonces lleno de furia  
Contra los muros se arroja,  
Y en los guijarros del suelo  
Deja la cabeza rota.

El padre de la doncella  
Que entre las turbas siguióla,  
Y á quien la entrada al santuario  
Impidió fuerza traidora;

Visto el trágico suceso,  
A su dolor se abandona,  
Y sin aliento y sin fuerzas  
Sobre el suelo se desploma:

Mas vuelto á pocos instantes  
Del dolor que lo sofoca,  
En estas voces siniestras  
Su inmensa pena desfoga:—

«Tiempo vendrá, pueblo impío,  
De aquesta tierra deshonra,  
En que justiciero el cielo  
Tu espada y tu cetro rompa.

«La naturaleza ultrajas  
Y sus sentimientos borras:  
¡Triste de tí! á quien ya vela  
La justicia vengadora.» —

JOSÉ JOAQUÍN PESADO.

---

### El monte Sinaí.

El sensible Jehová, que compasivo  
Mostró en Belén un corazón tan blando,  
Y en el lóbrego huerto suspirando  
Por los hombres oró bajo el olivo:

Aquel Señor que de una cruz pendiente  
De dolor agoniza y de congoja,  
Que con sangre y sudor el monte moja,  
Y muere como víctima inocente:

Para dar en las vastas soledades  
Sus leyes á Judá, bajó tremendo,  
Volando entre tiniebla y fuego horrendo



Como vuelan las negras tempestades.

Al pasar el Señor, quedaron mudas  
Las olas del Mar Rojo, y la ballena  
Huyendo baja á la profunda arena,  
Para esconderse entre las peñas rudas.

Los ojos de Jehová relampaguean  
Tremendamente, y su carroza ardiendo  
De lo alto se despeña con estruendo,  
Y sus ejes y ruedas centellean.

Le acompañan las nubes tenebrosas,  
Bramando le precede el torbellino,  
Y, girando en inmenso remolino,  
Le siguen las tormentas estruendosas.

Llega al monte, y el monte se deprime,  
Y su ancho fundamento se estremece,  
Una sombra terrible lo oscurece . . .  
Sigue un momento de estupor sublime.

Mas súbito el relámpago relumbra,  
Mil veces y otras mil la llama viva  
Brilla del Sinai, en la cumbre altiva,  
Y entrambos mares y el desierto alumbra.

Uno tras otro el trueno se sucede,  
Uno tras otro lo repite el eco,  
Tiembla el Oreb al estallido seco,  
Tiembla espantado el pueblo, y retrocede.

Ruedan los rayos por la falda en torno  
Y de alto abajo los abetos hienden,  
Los orgullosos árboles se encienden,  
Y queda el monte convertido en horno.

Habló el Señor, y aquella voz severa  
Resuena como el mar alborotado:  
Díctale leyes á su pueblo amado.  
¡Pueblo feliz, si á su Señor temieras!

«Ama, le dice, al Hacedor inmenso,  
Y dobla en su presencia la rodilla,  
Sírvele fiel con voluntad sencilla,  
Y en el altar le ofrecerás incienso.

«No adores á los dioses impotentes  
Que la mano labró del estatuario,  
Pues el sagrado olor del incensario  
Me lo deben á mí todas las gentes.

«No jures por Jehová, ni por sus leyes,  
Ni por la tierra ó por la mar undosa;  
En dulce calma el sábado reposa  
Con tus hijos, tus siervos y tus bueyes.

«Honra á tus padres con piedad sagrada,  
Y llegarás á respetable anciano;  
Jamás oprimas á tu pobre hermano,  
Nunca en su sangre teñirás la espada.

«Jamás profanes tu inocente lecho  
En los brazos de lúbrica molición,  
Ni el oro ajeno alguna vez codicies  
Ese tu noble y generoso pecho.

«Cándida la verdad pose en tu labio  
Como en el lirio azul la mariposa;  
No tiendas redes á la ajena esposa:  
¡Ay del autor de semejante agraviol!

Dijo, y la tempestad sigue entretanto,  
Y agita ronco el aquilón las nubes:

Con sus alas se cubren los querubes  
Á cada trueno, pálidos de espanto.

El abrasado Sinai parecía  
Altísima pirámide de lumbre:  
Negros celajes vagan por su cumbre  
Como las olas de la mar sombría.

Asustada retírase la gente  
Del monte oscuro que terrible humea:  
Sólo Moisés, mientras la llama ondea,  
Con el Señor conversa frente á frente.

MANUEL CARPIO.

(Mexicano)

---

### México.

Esplendido es tu cielo, patria mía,  
De un purísimo azul, como el zafiro:  
Allá tu ardiente sol hace su giro,  
Y el blanco globo de la luna fría.

Qué grato es ver en la celeste altura  
De noche las estrellas á millares,  
Canopo brillantísimo y Antares,  
El magnífico Orion y Cinosura,

La Osa mayor, y Arturo relumbrante,  
El apacible Júpiter y Tauro,  
La bella Cruz del Sur, y allí Centauro,  
Y tú el primero, oh Sirio centellante!



¡Qué soberbios y grandes son tus montes!  
¡Cómo se elevan hasta el alto cielo!  
¡Cuán fértil, cuán espléndido es tu suelo!  
¡Qué magníficos son tus horizontes!

Tus inmensas cadenas de montañas  
Hendidas por hondísimos barrancos,  
Coronadas están de hielos blancos,  
Y en la falda dan humo las cabañas.

Mil espantosos cráteres se miran  
En la cima de montes y collados,  
Unos quedaron quietos y apagados,  
Otros sus llamas con furor respiran.

Terrible es ver desde una excelsa cumbre  
Allá abajo las negras tempestades,  
Y brillar en las vastas soledades  
De grandiosos relámpagos la lumbre.

El Popocatepelt y el Orizaba  
El suelo oprimen con su mole inmensa,  
Y están envueltas entre nube densa  
Sus cúspides de hielos y de lava.

Allí los ciervos de ramosas frentes  
El bosque cruzan á ligeros saltos,  
Y entre pinares y peñascos altos  
Se derrumban las aguas á torrentes.

Tus volcanes de inmensa pesadumbre  
Asombran con sus peñas corpulentas:  
Braman entre sus bosques las tormentas  
Y un cráter es su procelosa cumbre.

Globos de fuego arrojan de sus bocas,  
Columnas de humo, y grandes llamaradas,  
Ardiente azufre, arenas inflamadas,

Negro betún y calcinadas rocas.

Entonces se conmueve el fundamento  
De los montes azules, y en contorno  
Á cien leguas se extiende de aquel horno  
El rudo y formidable movimiento.

El magnífico Dios de las naciones,  
Al repartir al mundo su tesoro:  
«Tenga México, dijo, plata y oro,»  
Y en tí vertió sus opulentos dones.

De tristes cerros la nublosa cima  
Y en sus abismos la fecunda tierra,  
Ricos metales sin medida encierra,  
Que el hombre vil más que el honor estima...

La África rica á quien el sol abruma,  
La Europa y Asia henchidas de grandezas,  
No tienen las espléndidas riquezas  
Que la patria que fué de Moctzuma.

Á México el Criador en sus bondades  
Le ha dado un aire diáfano y sereno,  
Aguas hermosas, fértil el terreno,  
Verdes campiñas, ínclitas ciudades.

Mas, ¡ay! que las ciudades que algún día  
Fueron su escudo y su brillante gloria,  
Sólo nos han dejado su memoria  
En sus escombros y ceniza fría.

¡Qué grato es ver los altos cocoteros  
Ceder al peso de sus frutos ricos,  
Y flotar sus flexibles abanicos  
Al soplo de los céfiros ligeros!

Hermoso es ver en la estación florida

Altos naranjos exhalando aromas;  
Allí descansan tímidas palomas,  
Y la sencilla tórtola se anida.

Crece los espinosos limonares  
Bajo los tamarindos bullidores,  
Y en torno brotan delicadas flores,  
Y en torno silban anchos platanares.

Allá en Oajaca embelesado admira  
En la campiña fértil y lozana,  
Verdes nopales de esplendente grana,  
Hermosa cual la púrpura de Tiro.

En las selvas revuelan los zorzales,  
Mirlas, tucanes de plumajes gayos,  
Encarnados y verdes papagayos,  
Tordos azules, rojos cardenales.

Colibrís mil de bullicioso vuelo,  
De azules plumas, verdes y doradas,  
Del viajero arrebatan las miradas,  
Como el arco magnífico del cielo.

En México plantó naturaleza  
Bosques inmensos de árboles salvajes,  
Bajo cuyos densísimos follajes  
Se propaga intrincada la maleza.

Allí el tigre feroz, de ojos altivos,  
Embiste al toro montaraz y al ciervo,  
Y la sangre les bebe aquel protervo,  
Les bebe á caños aún estando vivos.

Allí la boa gigantesca oprime  
En sus inmensos círculos el tronco  
Del ancho cedro, y su silbido bronco



Se oye á lo lejos con terror sublime.

Y esa serpiente en su furor provoca  
Al mismo tigre que al desierto espanta,  
Y lo liga y lo estrecha y lo quebranta,  
Y le hace echar la sangre por la boca.

Así en el mundo, en merecido pago,  
El orgulloso al orgulloso doma:  
Así en un tiempo la altanera Roma  
Quebrantó la soberbia de Cartago.

En el desierto grave y silencioso,  
Entre sus melancólicas palmeras,  
Se deslizan las víboras ligeras,  
O estánse quietas en falaz reposo.

Terrible es ver aquel su atrevimiento,  
Aquellos ojos como fuego puro,  
Aquel mirar tan fijo y tan seguro,  
Que infunden el terror y el desaliento.

Terribles son sus agitados cuellos,  
Y aquella lengua rápida y vibrante,  
Y aquel cuerpo tan ágil y ondulante,  
Y aquel silbar que eriza los cabellos.

Allí revuelan los halcones vagos,  
Y las gloriosas águilas se lanzan,  
Y en su raudo volar la nube alcanzan,  
Ó leves tocan los risueños lagos.

Juega aquí la zarceta, y entre tanto  
El ánsar con estrépito se baña,  
Mientras el tordo en la flexible caña  
Entona triste su sencillo canto.

Mil pájaros acuáticos azotan

Con sus alas la espléndida laguna,  
Y á la luz apacible de la luna  
Nadan tranquilos, ó en el agua flotan.

La triste garza estólida se pára  
Junto á la blanca flor de la ninfea,  
Y posada en un pie no se menea,  
Cual si fuera de mármol de Carrara.

Los soberbios nenúfares ofrecen  
Flores de oro y azul, bellas y ricas,  
Las espadañas con sus verdes picas  
Al fresco viento lánguidas se mecen.

En las selvas, abrigo de las fieras,  
Con las lluvias de férbidos estíos.  
Se ven crecer los bramadores ríos  
Que anegan y fecundan sus riberas.

Undoso corre bárbaro Mercala,  
El selvoso del Norte, el Alvarado,  
El soberbio de Lerma tan nombrado  
Que las olas enturbia de Chapala.

Arranca el agua en su veloz corriente  
Palmas y sauces, álamos y pinos,  
Y envueltos en ruidosos remolinos  
Lanza sus troncos en la mar hirviente.

Asi la vida pásase, y ligera  
En su curso á los hombres arrebatá:  
Van escantados con la orilla grata  
Y entran por fin al mar que los espera.

En las grandes sabanas, á millares,

Vuelan libres sus bárbaros caballos,  
Ó quietos se apasientan con los tallos  
De blandas yerbas, sin temor de azares.

Al oír del salvaje el alarido,  
Al retumbar el trueno en los desiertos,  
Aquellos brutos ágiles é inciertos  
Corren haciendo un espantoso ruido.

Suelta la crin al viento vagoroso,  
Noble la frente y levantando el cuello,  
Grande su pecho, ardiente su resuello,  
Saltan la rambla, el valladar y el foso.

Mas ya escucho bramar tus huracanes  
Que cabañas sin cuento echan abajo,  
Y que arrancan los árboles de cuajo,  
Como si fueran tiernos arrayanes.

Nubes de polvo y de men'uda arena  
Girando se levantan hasta el cielo,  
Y á lo lejos se extiende oscuro velo,  
Y el ancho bosque con el viento suena.

Se alzan las olas, y los mares rugen,  
Y en las playas se azotan formidables;  
Mientras los gruesos y tirantes cables  
De los navíos con espanto crujen.

Pero cansada de volar mi mente,  
Cede al peso de tanta maravilla,  
Y aquí en el polvo sin vigor se humilla,  
Y se anonada de rubor mi frente.

Mas fácil fuera de tus bosques grandes  
Contar las hojas que arrebató el viento,  
Enfrenar de la mar el movimiento,



Ó levantar la masa de los Andes;

Que pintar tus arroyos y tus flores,  
Tus verdes campos y apacibles grutas,  
Y tus perfumes y sabrosas frutas,  
Y tus aves de espléndidos colores;

Y tus colinas y praderas gratas,  
Tus soledades, lagos y bajíos,  
Tus grandes montes y soberbios ríos,  
Tus abismos é hirvientes cataratas.

Mas ¡ay! que á tal grandeza y tanta gloria  
Se mezcla involuntario el desconsuelo  
De que nos sobreviva acá en el suelo  
Un vil ciprés, indigno de memoria.

Es mi voto postrero, patria mía,  
Pedirle al cielo que dichosa seas;  
Pedirle al cielo que otra vez te veas  
Como en un tiempo cuando Dios quería,

El te devuelva tu riqueza y galas,  
Y te enjague tus lágrimas hermosas,  
Y te corone de laurel y rosas,  
Y te cubra benigno con sus alas.

Trigo abundoso brote en tus llanuras,  
Brotén las yerbas en tus verdes prados,  
El llano y monte cubran los ganados  
Y al márgen pasten de las aguas puras.

Á tu seno retorne la alegría,  
Se unan tus hijos con amante lazo,  
Suelte las armas tu cansado brazo  
Como en un tiempo cuando Dios quería.

De la prosperidad, en fin, la copa.

Benigno el cielo sobre tí derrame,  
Mientras el mar enfurecido brame  
Entre tus playas y la altiva Europa.

MANUEL CARPIO.

---

### El lago de Catemaco.

Rumbo á los mares de Oriente  
Y del Tuxtla en San Andrés,  
Poniendo el cielo á mis pies  
¡O lago! hechizas mi mente.

En tus orillas, del mar  
Se escucha el cercano ruido,  
Como si á un hijo dormido  
Arrullara su cantar.

Abriendo el bosque, dilata  
Su seno el valle gracioso,  
Para mecer amoroso  
Al lago de olas de plata.

Como collar de esmeralda  
Le ciñen verdes colinas,  
Que á las ondas cristalinas  
Dan la sombra de su falda.

Detrás árboles salvajes  
Le forman orla hechicera,  
Y cuelga la enredadera  
rofosos cortinajes.

Do quier que dirijo el vuelo  
De mi vista enamorada,  
La encuentro más encantada  
De los encantos del suelo.

Ya es el bosque y su grandeza  
Con sus caducos sabinos,  
Ya la salvaje rudeza  
De enredaderas y espinos;

Ya son murallas de flores  
Atrayendo, voluptuosas,  
Pájaros y mariposas  
De vivísimos colores;

Ya abre el algodón su seno  
Y vierte flores de espuma,  
Ya agita cual leve pluma  
Sus blancas hebras el heno;

Ya son rocas despeñadas,  
Que en horrendo cataclismo  
El fuego lanzó al abismo  
Donde se alzan descarnadas;

Y ni árbol, ni flor, ni rama,  
Ni ave de siniestro canto,  
Perturban el hondo espanto  
Que aquel abismo derrama.

Ya que son de labradores  
Avisan blancas paredes,  
Ya anuncian aquellas redes  
Cabañas de pescadores;

Ya el modesto campanario,  
Del paisaje en armonía,



El alma lleva al santuario  
Junto á la Virgen María.

En medio al lago espacioso  
Hay una isleta de flores,  
De encantos tan seductores,  
De echizo tan delicioso,

De sombra tan celestial,  
Que en vano intento el traslado:  
Es paraíso encerrado  
En una urna de cristal.

No es el clavel, no el jazmín,  
No en sus sonrisas la rosa,  
Ni la dahalia pretenciosa  
Embelleciendo el jardín;

Son toldos, son cortinajes,  
Son chorros de flores bellas,  
Son como lluvia de estrellas  
Sobre las ramas salvajes.

Entre las hojas saliendo,  
Cuelgan, se agrupan, se tienden,  
Se encaraman y descienden  
Hasta las aguas cayendo.

Es un manantial de aromas  
De ámbar y de limonero,  
El que trinan los jilgueros  
Y se arrullan las palomas.

Lago hermoso, así te vi,  
Desterrado de mis lares;  
Y ensayándote cantares  
Con tus ecos me dormí,

Recuerdo que en el pesar  
Distraje á veces mi duelo,  
Viendo en tí el azul del cielo  
Y en tí las nubes pasar,

Cual siempre mi alma, Dios mío,  
En horrorosa orfandad,  
Encontrando soledad  
Por donde quiera y vacío.

Lago apacible y sereno,  
Tú tranquilo me escuchaste  
Cuando te hacía contraste  
La tempestad de mi seno.

El cielo te hizo nacer,  
Lago encantador, aquí,  
Porque quiso á su placer  
Más bello mirarse en ti.

Y yo buscaba tu abrigo;  
Que, acercándonos los dos,  
Si á ti te mriaba Dios,  
Yo lo encontraba contigo.

Yo fuf tu voz: ave errante,  
Dejé tu orilla: el quebranto  
Quiere te mande mi canto  
Desde una región distante.

Tu en apacible descanso  
El valle ameno contentas,  
Sin bramadoras tormentas,  
Siempre cristalino y manso.

A mi tu memoria llega  
Como un acento hechicero

De la tierra, al marinero  
Que sin brújula navega.

Y tiene tu trovador  
Cantos para tus primores,  
Para tus pintadas flores,  
Para tu limpio esplendor;

Tiene la misma ternura  
De los juveniles años,  
Aunque amargos desengaños  
En copa extranjera apura.

Tú fuistes bien de mi vida;  
Yo te amé cual si tuvieras  
Un alma con que sintieras  
A ti mi existencia unida.

Duerman las aguas serenas  
En que fiel me retrataste,  
Manteniendo aquel contraste  
Con mi inquietud y mis penas.

Mas si algun ave suspira  
Junto á ti con tierno amor,  
Vuélvete á ver si es la lira  
De tu ausente trovador.

GUILLERMO PRIETO.

(Mexicano)

---



## Grandeza del hombre como obra de Dios.

(Fragmento de un poema titulado «Orgullo y miseria»)

Alma de la Creación! cuando del seno  
De tu poder salía,  
Como en el centro de la nube de oro  
Tras la tiniebla el luminar del día,  
Al himno de los pájaros cantores,  
Al hosanna sublime de los mares,  
Al brotar los fulgentes luminares,  
Al volar el incienso de las flores,  
Al proclamarte en su estampido el trueno,  
Al ensalzar ¡oh Dios omnipotente!  
Retumbando magnífico el torrente,  
Tu misterioso nombre . . .  
Dijiste: «¡nazca el hombre!»  
Y con tu luz resplandeció su frente.  
Hijo de Dios, arcángel humanado,  
Espíritu inmortal, goza tu herencia:  
El verde campo y sus espigas de oro:  
La flor de seda con su dulce esencia,  
El duro pedernal con su tesoro;  
El mar inmenso con sus hondas huellas,  
El aire y el reptil que esmalta el suelo,  
Y el magnífico cielo  
Con su dosel espléndido de estrellas;  
Le gozaste: á su mágico embeleso  
Te adormeciste, ebrio de ventura,  
Y te sacó del sueño la hermosura  
Al blando tacto de su ardiente beso.  
Brotó el sol de su vasta inteligencia,

Y todo le alumbró; domó los mares  
 Con inseguro leño,  
 En globo frágil le miró el vacío,  
 Y sumiso á sus pies repitió el viento  
 Su poderoso acento  
 Al exclamar: «¡El universo es mío!»  
 En el grano del ámbar su secreto  
 Le arranca al rayo: su poder quebranta,  
 Y ese monstruo de llama, horror del viento,  
 Dócil se humilla á su soberbia planta;  
 Dice al hombre: «Serás mi confidente,  
 Lleva mi pensamiento en rauda vuelo:»  
 Tiende su hilo el telégrafo obediente,  
 Y vuela la palabra inteligente  
 En el rayo del cielo. . . .  
 ¡Hijo de Dios! alcázar de su gloria,  
 ¿Podré considerarte vil gusano  
 Y lodo ruin y miserable escoria,  
 Presa de crimen, fuente de pasiones  
 Y de los tuyos víctima ó tirano?  
 ¿Nos dirá ese huracán cuando retumba,  
 Nos dirán esos astros con su lumbré:  
 «Esta es arca de cieno y podredumbre. . .  
 El fin de los mortalea es la tumba...?»  
 Blasfemo delirar! atroz mentira  
 Que robó al templo el ornamento de oro,  
 Y que sembrando decepción y lloro,  
 Contra la triste humanidad conspira.  
 ¡Grande inmortalidad! ¡Tú vindicaste  
 Al hombre hijo de Dios! ¡Tú le mostraste  
 Sin dardos de venganza:  
 Tú, divino, en la tumba iluminaste  
 La seductora faz de la esperanza!  
 ¡Grande inmortalidad! Creencia querida,  
 Velo del alma, amparo de la suerte!

Tú convertiste el antro de la muerte  
En senda hermosa de la eterna vida.

GUILLERMO PRIETO.

---

### El Verano.

Ya el verano se acerca  
Coronado de rosas,  
Vertiendo por los campos  
Flores de todas formas.  
Los prados que rodean  
Mi granja encantadora,  
Empiezan á cubrirse  
De hierbas olorosas.  
¡Ojalá vieras, Fabio,  
La fuente bullidora  
Que baña los cimientos  
De una arruinada choza!  
Á su orilla sentado  
Vieras rodar las olas,  
Formando remolinos  
Las aguas espumosas.  
El manzano que un día,  
Junto á musgosa roca  
Plantamos los dos juntos  
Al despuntar la aurora,  
¡Qué airoso está! ¡qué bello!  
¡Qué gentilmente asoman  
Las sabrosas manzanas



Entre las verdes hojas!  
Aquella grande palma  
De susurrante copa,  
Á cuyo pie dormías  
Las siestas calorosas,  
Ya por el suelo yace  
Falta de jugo y hojas:  
Ejemplo formidable  
Á las hermosas todas.  
¡Qué seca estás! ¡qué triste!  
Los pájaros se asombran  
Cuando ven abatida  
Palma tan orgullosa.  
Pero la que sembraste  
En la cercana loma,  
Esa sí está muy bella,  
Muy verde y silbadora.  
¡Cuántas veces sentado  
Bajo su inmensa copa,  
Miró alzarse la luna  
Espléndida y redonda!  
Deja el poblado, Fabio,  
Deja su vana pompa,  
Que el verano se acerca  
Coronado de rosas.

JOSÉ BERNARDO COUTO.

(Mexicano)

---

## Las amapolas.

El sol en medio del cielo  
Derramando fuego está,  
Las praderas de la costa  
Se comienzan á abrasar,  
Y se respira en las ramblas  
El aliento de un volcán.

Los arrayanes se inclinan,  
Y en el sombrío manglar  
Las tórtolas fatigadas  
Han enmudecido ya;  
Ni la más ligera brisa  
Viene en el bosque á jugar.

Todo reposa en la tierra,  
Todo callándose va,  
Y sólo, de cuando en cuando,  
Ronco, imponente y fugaz,  
Se oye el lejano bramido  
De los tumbos de la mar,

Á las orillas del río,  
Entre el verde carrizal,  
Asoma una bella joven  
De linda y morena faz;  
Siguiéndola va un mancebo  
Que con delirante afán  
Ciñe su lijero talle,  
asi le comienza á hablar:

— «Ten piedad, hermosa mía,  
Del amor que me devora,

Y que está avivando impía  
Con su llama abrasadora  
Esta luz del mediodía.

Todo suspira sediento,  
Todo lánguido desmaya,  
Todo gime soñoliento,  
El río, el ave y el viento  
Sobre la desierta playa.

Duermen las tiernas mimosas  
En los bordes del torrente;  
Mustias se duermen las rosas,  
Inclinando perezosas  
Su rojo caliz turgente.

Piden sombra á los mangueros  
Los floripondios tostados;  
Tibios están los senderos  
En los bosques perfumados  
De mirtos y limoneros.

Y las blancas amapolas,  
De calor desvanecidas,  
Humedecen sus corolas  
En las cristalinas olas  
De las aguas adormidas.

Todo invitarnos parece;  
Yo me abraso de deseos:  
Mi corazón se estremece,  
Y ese sol de Junio acrece  
Mis febriles devaneos.

Arde la tierra, bien mío;  
En busca de sombra vamos



Al fondo del bosque umbrío,  
Y un paraíso finjamos  
En los bordes de ese río.

Aquí en retiro encantado,  
Al pie de los platanares,  
Por el remanso bañado,  
Un lecho te he preparado  
De eneldos y de azahares.

Suelta ya la trenza oscura  
Sobre la espalda morena;  
Muestra la esbelta cintura,  
Y que forme la onda pura  
Nuestra amorosa cadena.

Late el corazón sediento;  
Confundamos nuestras almas  
En un beso, en un aliento....  
Mientras se juntan las palmas  
Á las caricias del viento.

Mientras que las amapolas,  
De calor desvanecidas,  
Humedecen sus corolas  
En las cristalinas olas  
De las aguas adormidas.»—

Así dice amante el joven,  
Y con lánguido mirar  
Responde la bella niña  
Sonriendo.....y nada más.

Entre las palmas se pierden,  
Y del día al declinar,  
Salen del espeso bosque,  
Á tiempo que empiezan ya.

Las aves á despertarse  
Y en los mangles á cantar.

Todo en la tranquila tarde  
Tornando á la vida va,  
Y entre los alegres ruidos,  
Del sud al sopro fugaz,  
Se oye la voz armoniosa  
De los tumbos de la mar.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

(Mexicano)

---

### ECOS.

Sobre esos sueños  
Que en un sollozo,  
Del alma inquieta  
Parten del fondo,  
Y en el espacio  
Toman contornos  
Indefinibles  
Y vaporosos;  
Sobre la nieve  
Que cubre en copos  
De las montañas  
El regio trono;  
Sobre el ropaje  
Multicoloro  
Del ancho llano,

Del bosque umbroso;  
Sobre los mares  
Azules y hondos;  
Sobre las nieblas  
Que arroja el Noto;  
Sobre esos mundos  
Que ven mis ojos,  
De lo infinito  
Girando en torno;  
Envuelta en nubes  
Y rayos de oro,  
Volando pasas  
Tú sobre todo!

JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS.

(Mexicano)

---

**Ante un cadáver.**

¡Y bien! Aquí estás ya . . . sobre la plancha  
Donde el gran horizonte de la ciencia  
La extensión de sus límites ensancha.  
Aquí donde la rígida experiencia  
Viene á dictar las leyes superiores  
Á que está sometida la existencia.  
Aquí donde derrama sus fulgores  
Ese astro á cuya luz desaparece  
La distinción de esclavos y señores.  
Aquí donde la fábula enmudece,  
Y la voz de los hechos se levanta,



Y la superstición se desvanece.

Aquí donde la ciencia se adelanta  
Á leer la solución de ese problema  
Que sólo al enunciarle nos espanta.

Ella que tiene la razón por lema,  
Y que en tus labios escuchar ansía  
La augusta voz de la verdad suprema.

Aquí estás ya, tras de la lucha impía  
En que romper al cabo conseguiste  
La cárcel que al dolor te retenía.

La luz de tus pupilas ya no existe;  
Tu máquina vital descansa inerte,  
Y á cumplir con su objeto se resiste.

Miseria y nada más. . . dirán al verte  
Los que creen que el imperio de la vida  
Acaba en donde empieza el de la muerte.

Y suponiendo tu misión cumplida,  
Se acercarán á ti, y en su mirada  
Te mandarán la eterna despedida. . .

Pero no, tu misión no está acabada,  
Que ni es la nada el punto en que nacemos,  
Ni el punto en que morimos es la nada.

Círculo es la existencia, y mal hacemos  
Cuando, al querer medirla, le asignamos  
La cuna y el sepulcro por extremos.

La madre es sólo el molde en que tomamos  
Nuestra forma, la forma pasajera  
Con que la ingrata vida atravesamos.

Pero ni es esa forma la primera  
Que nuestro sér reviste, ni tampoco  
Será su última forma cuando muera.

Tú, sin aliento ya, dentro de poco  
Volverás á la tierra y á su seno,  
Que es de la vida universal el foco.

Y allí, á la vida en apariencia ajeno,

El poder de la lluvia y del verano  
Fecundará de gérmenes tu cieno;  
Y al ascender de la raíz al grano,  
Irás del vegetal á ser testigo  
En el laboratorio soberano;  
Tal vez para volver cambiado en trigo  
Al triste hogar, donde la triste esposa,  
Sin encontrar un pan, sueña contigo;  
En tanto que las grietas de tu fosa  
Verán alzarse de su fondo abierto  
La larva convertida en mariposa,  
Que en los ensayos de su vuelo incierto,  
Irá al lecho feliz de tus amores  
Á llevarle tus ósculos de muerto.  
Y en medio de esos cambios interiores,  
Tu cráneo lleno de una nueva vida,  
En vez de pensamientos, dará flores,  
En cuyo caliz brillará escondida  
La lágrima, tal vez, con que tu amada  
Acompañó el adiós de tu partida.  
La tumba es el final de la jornada,  
Porque en la tumba es donde queda muerta  
La llama en nuestro espíritu encerrada.  
Pero en esa mansión á cuya puerta  
Se extingue nuestro aliento, hay otro aliento  
Que de nuevo á la vida nos despierta.  
Allí acaban la fuerza y el talento,  
Allí acaban los goces y los males,  
Y allí acaban la fe y el sentimiento.  
Allí acaban los lazos terrenales,  
Y mezclados el sabio y el idiota,  
Se hunden en la región de los iguales.  
Pero allí donde el ánimo se agota  
Y perece la máquina, allí mismo  
El sér que muere es otro sér que brota.



El poderoso y fecundante abismo  
Del antiguo organismo se apodera,  
Y forma y hace de él otro organismo.

Le abandona á la historia justiciera  
Un nombre, sin cuidarse, indiferente,  
De que ese nombre se eternice ó muera.

Èl recoge la masa únicamente,  
Y cambiando las formas y el objeto,  
Se encarga de que viva eternamente.

La tumba sólo guarda un esqueleto,  
Mas la vida en su bóveda mortuoria,  
Prosigue alimentándose en secreto.

Que al fin de esta existencia transitoria,  
Á la que tanto nuestro afán se adhiere,  
La materia, inmortal como la gloria,  
Cambia de formas, pero nunca muere.

MANUEL ACUÑA.

(Mexicano)

---

### Ausencia.

¡Quién me diera tomar tus manos blancas  
Para apretarme el corazón con ellas,  
Y beber con tus lágrimas preciosas  
La casta luz de tus pupilas bellas!

¡Quién me diera sentir sobre mi pecho  
Reclinada tu espléndida cabeza,  
Recogiendo en el alma tus suspiros,



Tus suspiros de amor y de tristeza!

¡Quién me diera posar un solo instante  
Mi cariñoso labio en tus cabellos,  
Y así pudiera mi alma enamorada  
Besar tu frente resbalando en ellos!

¡Quién me diera robar un solo rayo  
De aquella luz de tu mirar en calma,  
Para tener al separarnos luego  
Con qué alumbrar la soledad del alma!

¡Oh, quién me diera ser tu misma sombra,  
El mismo ambiente que tu rostro baña,  
Y por besar tus ojos celestiales,  
La lágrima que tiembla en tu pestaña!

Y ser un corazón todo alegría,  
Nido de luz y de divinas flores  
En que durmiese tu alma de paloma  
El sueño virginal de sus amores!

Mas nada soy . . . Y sólo en mi tristeza,  
Tengo ceñido el corazón de abrojos . . .  
¿Cuándo esta noche de la negra ausencia  
Disipará la aurora de tus ojos?

MANUEL M. FLORES.

(Mexicano)

---

Eva.

Era la sexta aurora. Todavía  
El ámbito profundo  
Del éter el *Fiat-lux* estremecía.

Era el sereno despertar del mundo,  
Del tiempo la niñez. Amanecía,  
Y del Creador la mano soberana  
Ceñía en gasas de topacio y rosa,  
Como la casta frente de una esposa,  
La frente virginal de la mañana.

Rodaban en la atmósfera ligera  
Las olas de oro de la luz primera,  
Y levantando púdica su velo  
Gentil la primavera,  
Al ostentar magnífica sus galas,  
Iba en los campos vírgenes del suelo  
Regando flores al batir sus alas.

Opulentas cascadas de verdura  
Tapizaban soberbias los barrancos,  
Y eran su espuma caprichosa y rica  
Rosas purpúreas y jazmines blancos.

El denso bosque, presintiendo el día,  
Llenaba su follaje de rumores;  
Flotaba en el espacio la armonía,  
Y la colina desbordaba en flores;  
El agua, alegre, juguetona, huía  
Entre cañas y juncos tembladores,  
Y de la aurora bajo el ancho velo  
Se besaba la tierra con el cielo.

Era la hora nupcial. Todas las olas  
De los ríos, las fuentes y los mares,  
Juntándose amorosas, preludiaban  
Un ritmo del Cantar de los Cantares;  
El incienso sagrado del perfume  
Se exhalaba de todas las corolas;  
Vagarosos los tímidos cefiros,

Al rumor de sus alas, ensayaban  
Un concierto de besos y suspiros;  
Y cuantas aves de canoro acento  
Se pierden en las diáfanas regiones,  
Desatando el raudal de sus canciones,  
Inundaban de músicas el viento.

Era la hora nupcial. Naturaleza  
De salir del caos aún deslumbrada,  
Ebria de juventud y de belleza  
Virginal y sagrada,  
Velándose en misterio y poesía,  
Sobre el tálamo en rosas de la tierra  
Al Hombre se ofrecía.

¡El Hombre! Allá en el fondo  
Más secreto del bosque, do la sombra  
Era más tibia del gentil palmero,  
Y más mullida la musgosa alfombra,  
Más tupidas las flores,  
Y más rico y fragante el limonero;  
Y llevaba la brisa más aromas,  
La fuente más rumores,  
Y cantaban mejor los ruiseñores,  
Y lloraban más dulces las palomas;  
Do más bello tendía  
Sus velos el crepúsculo indeciso,—  
Allí el Hombre dormía:  
Aquel era su hogar, el Paraíso.

El mundo immaculado  
Se mostraba al nacer grande y sereno;  
Dios miró lo creado,  
Y encontró que era bueno.

Bañado en esplendor, lleno de aurora,



De aquel instante en la sagrada calma,  
 Á la sombra dormido de una palma  
 Estaba Adán. Su frente pensadora,  
 Su noble faz augusta de belleza,  
 En medio de su sueño se cubrían  
 De una vaga tristeza.  
 Oreaba sus cabellos el cefiro;  
 Blandamente su pecho respiraba,  
 Pero algo como el sopro de un suspiro  
 Por su labio pasaba.  
 ¿Padeecía?... ¡Quizás!... En su retiro  
 Sólo el Creador con el dormido estaba.

Era el hombre primero, y ya su labio,  
 De la existencia en el primer momento,  
 Bosquejaba la voz del sufrimiento.  
 La inmensa vida palpitaba en torno,  
 Pero él estaba solo... El aislamiento  
 Transformaba en proscrito al soberano...  
 Entonces el Señor tendió su mano,  
 Y el costado de Adán tocó un instante...

.....  
 ....

Suave, indecisa, sideral, flotante  
 Cual ligero vapor de las espumas,  
 Cual casto rayo de la luna errante  
 En un jirón perdido de las brumas;  
 Cual nacida del caliz de las flores,  
 Con sus pétalos hecha y sus colores,  
 Viviente perla de la aurora hermosa,  
 Lampo de luz del venidero día  
 Condensado en la forma voluptuosa  
 De un nuevo ser que vida recibía,—  
 Una blanca figura luminosa

Alzóse junto á Adán. ..Adán dormía.  
La primera mujer. ..¡Fúlgido cielo  
Que bañó con su lumbre  
La mañana primer de las mañanas!  
¿Viste luego en la vasta muchedumbre  
De las hijas humanas,  
Alguna más gentil, más hechicera,  
Más ideal que la mujer primera?

La misma mano que extendió los cielos  
Y los alumbra con auroras bellas;  
La que salpica los etéreos velos  
Con rocío de estrellas;  
La que viste de azul los horizontes,  
Los campos de esmeralda,  
Y de nieve la cumbre de los montes,  
Y de verde oscurísimo su falda;  
La que hace con el iris esplendente  
Diademas al magnífico torrente  
Que su raudal de plata  
Entre nube de espumas  
Desborda en tormentosa catarata;  
La que toma del iris los colores,  
Para con ellos colorar las plumas,  
Para con ellos matizar las flores;  
La mano que en la gran naturaleza  
Pródiga vierte perennal hechizo,  
La del eterno Dios de la belleza,  
¡Oh, primera mujer. . .ésa te hizol. . .

La dulce palidez de la azucena  
Que se abre con la aurora,  
Y el blanco rayo de la luna llena,  
Dejaron en su faz encantadora  
La pureza y la luz. Los frescos labios,

Como la flor de la granada, rojos;  
Esa luz, que es un sol para las almas,  
En la limpia mirada de los ojos;  
Y por el albo cuello,  
Voluptuoso crespón de sus hechizos,  
La opulenta cascada del cabello  
Cayendo en ondas de flotantes rizos.

Su casta desnudez iluminaba,  
Su labio sonreía,  
Su aliento perfumaba,  
Y el mirar de sus ojos encendía  
Una inefable luz, que se mezclaba  
Al albor del crepúsculo indeciso. . .  
¡Eva era el alma en flor del Paraíso!

Y de ella en derredor, rica la vida  
Se agitaba dichosa;  
Naturaleza toda palpitante,  
Cefía sus contornos voluptuosa:  
Las hojas le cantaban  
La canción del susurro melodioso,  
Al compás de las fuentes que rodaban  
Su raudal cristalino y sonoro:  
La arrullaba la brisa con rumores,  
Su cabello empapaba con aromas,  
Y trinaban mejor los ruiseñores,  
Y lloraban más dulce las palomas;  
En tanto que las flores,  
Húmedas ya con el celeste riego,  
Temblando de cariño á su presencia,  
Su pie bañaban de fragante esencia  
Y se inclinaban á besarle luego.

Iba á salir el sol; amanecía,  
Y á la plácida sombra del palmero



Tranquilo Adán dormía.  
 Su frente majestuosa acariciaba  
 El ala de la brisa que pasaba,  
 Y su labio entreabierto sonreía.

Eva le contemplaba,  
 Sobre el inquieto corazón las manos,  
 Húmedos y cargados de ternura  
 Los ya lánguidos ojos soberanos.  
 Y poco á poco, trémula, agitada,  
 Sintiendo dentro el seno comprimido  
 Del corazón el férvido latido;  
 Sintiendo que el aliento que salía  
 Del labio abierto del gentil dormido,  
 Abrasándole el suyo, la atraía,  
 Inclínose sobre él...

Y de improviso

Se oyó el ruido de un beso palpitante...  
 ¡Se estremeció de amor el Paraíso!...  
 Y alzó su frente el sol en ese instante.

MANUEL M. FLORES.

---

### En la distribución de premios de la Exposición.

Has triunfado por fin ¡oh patria mía!  
 El destino sonríte á tu alma fuerte  
 Y te corona de esplendor el día,  
 ¡Sublime desposada de la suerte!

<sup>1</sup> Se refiere el poeta á la Exposición Industrial celebrada últimamente en México.

Has triunfado; del luctuoso lecho  
Reina te alzaste y á tu trono subes  
Irguiendo la cabeza soberana  
En un cielo sin sombras y sin nubes.  
Ese rumor eterno que se une  
Al rugido del mar en tu ribera,  
Es el grito de la hélice batiendo  
Las olas por doquiera,  
De la hélice que empuja los bajeles  
Á las costas del suelo mexicano,  
Ceñido en torno de turgentes velas,  
Que en la clámide azul del Oceano  
Tienden la blanca red de sus estelas.  
Si el soplo frío del invierno baja  
De las urnas de hielo de los montes,  
Y se extiende la fúnebre mortaja  
Á los ver calientes horizontes;  
Vendra la primavera, y cuando tiemble  
De amor la madre tierra en sus entrañas,  
Las mieses bordarán de flores de oro  
Los pliegues de tu manto en las montañas.  
Tú que en aras magníficas enciendes  
Puro incienso á la industria, á la ciencia  
Y en el regio festín de tu opulencia  
Tu inmensa copa á las naciones tiendes;  
Tú, la gran redimida del trabajo,  
Mereces tal destino: de tus venas,  
Tu sangre, tu oro en ríos brotó al mundo,  
Que desde entonces se lanzó sediento  
Á tu pecho fecundo.  
Como un arco triunfal fuiste elevada  
En mitad de la tierra, y tu camino  
Llegó á ser ¡oh mi patria! la jornada  
De todo peregrino.  
Fuiste la patria universal, la ingente

Locomotiva que escaló tus montes,  
De un mar al otro mar surcó la tierra;  
Sus guirnaldas de humo, los gigantes  
Árboles de tus selvas coronaron;  
Las rocas á su voz se separaron,  
Y en sus grietas profundas, palpitantes,  
Del Génesis los ecos despertaron.  
Ser feliz mereciste  
Tú que sólo dejaste el hacha, altiva,  
Cuando ya grande y libre  
Amar la libertad pudiste en calma,  
Y empapada mostrar la santa oliva  
Con tu sangre y las lágrimas de tu alma.  
Por eso hoy bajo tu techo augusto  
Convocas á los nobles lidiadores  
Del trabajo, y en prueba de victoria,  
Les muestra ese sol, el fulgurante  
Broche de luz de tu laurel de gloria.

.....

JUSTO SIERRA.

(Mexicano.)

---

Tras de los mares.

¡Ahl si mi ensueño realizar pudiera,  
¡Cuán dichoso sería!  
Soñar amor al pie de una palmera  
Allá en los bosques de la patria mía.  
Sentir la brisa ardiente y perfumada  
De aquel sol tropical á los destellos,



Como inquieta mujer enamorada  
Perezosa jugar con mis cabellos.  
Reposar sobre el musgo humedecido,  
La sociedad burlando y la fortuna,  
Y así, con el espíritu adormido,  
Pasar las tardes y esperar la luna.  
Ver el lejano monte  
Y escuchar del distante campanario  
El eco que recoge solitario  
La oscura inmensidad del horizonte.  
Ver los purpúreos lánguidos reflejos  
Del sol cuando desmaya,  
Y mirar cómo enciende, allá á lo lejos,  
Su lumbre el pescador, sobre la playa.  
Seguir el rumbo á la gentil barquilla  
Que ostenta en fondo azul su blanca vela,  
Veloz abriendo con endeble quilla  
Orlas de espuma y luminosa estela.  
Ver que en su cuna de celajes brota,  
Maga de amores, de la noche el astro,  
Brillando hermosa tras la nube rota  
Como encendido globo de alabastro.  
Oír los tumbos de la mar, que fiera  
En sus muros de arena aprisionada,  
Sus ondas rompe audaz en la ribera  
Rugiendo alborotada.  
Ver de las aves de la noche el vuelo,  
Los cantos escuchar de los pastores,  
Y mirar en el suelo  
Los cocuyos brillar entre las flores,  
Como brillan los astros en el cielo.  
Sentir cómo se arrulla la paloma  
Que en platanar sonante se ha hospedado,  
Y ver que el floripondio abre callado  
Urnas de nieve rebosando aroma.

Del liquidámbar, árbol pebetero,  
Reposar á la sombra dulcemente,  
Y refrescar con gozo el labio ardiente  
En los frutos del alto cocotero.  
Escuchar en la noche susurrando,  
Entre blancos nelumbios y juncales,  
El arroyo que pasa refrescando  
Los verdes y floridos cafetales.  
Ver las pomas de oro  
Que esmaltan el manglar, y en la callada  
Selva, escuchar el ritmo tan sonoro  
Del *sinsonle* que sueña en la enramada.  
Oír del picaflor el aleteo,  
Seguir á la pintada mariposa,  
Y cual ella, en las alas del deseo,  
Volar libando miel de rosa en rosa.  
Admirar los sabinos majestuosos  
Que vieron de otra edad las pompas vanas,  
Cómo entregan á vientos rumorosos  
Sus guedejas de canas.  
Vivir en el modesto caserío,  
En la gruta, en el llano,  
Cruzar el lago, visitar el río,  
Ver desde el bosque umbrío  
La helada cima del volcán lejano.  
Abismarse en los astros y en las flores  
Contemplando el espacio y la pradera,  
Y en la hamaca ligera  
Pasar las horas y soñar amores;  
Esto sólo quisiera  
Ver y soñar mi ardiente fantasía,  
Al pie de una palmera  
Allá en los bosques de la patria mía.

JUAN DE DIOS PEZA.

(Mexicano)

## César en casa.

*(Cantos del hogar)*

Juan, aquel militar de tres abriles,  
Que con gorra y fusil sueña en ser hombre,  
Y que ha sido en sus guerras infantiles  
Un glorioso heredero de mi nombre;

Ayer, por tregua al belicoso juego,  
Dejando en un rincón la espada quieta,  
Tomó por voluntad, no á sangre y fuego,  
Mi mesa de escribir y mi gaveta.

Allí guardo un laurel, y viene al caso  
Repetir lo que saben mil testigos:  
Esa corona de oropel y raso  
La debo, no á la gloria, á mis amigos.

Con sus manos pequeñas y traviesas,  
Desató el niño de la verde gufa  
El lazo tricolor do están impresas  
Frasas que no descifra todavía.

Con la intención de un sér que se emociona,  
Miró las hojas con extraño gesto,  
Y poniendo en mis manos la corona,  
Me preguntó con intención:—«¿Qué es esto?»

—«Esto es—repuse—el lauro que promete  
La gloria al genio que su luz inunda. . . .»

—«¿Y tú por qué lo tienes?»

—Por juguete,

Le respondió mi convicción profunda.

Viendo la forma oval, pronto el objeto  
Descubre el niño de la noble gala;



Se la ciñe faltándome al respeto,  
Y hecho un héroe se aleja por la sala.

¡Qué hermosa dualidad! Gloria y cariño  
Con su inocente acción enlazó ufano;  
Pues con el lauro semejaba el niño  
Un diminuto emperador romano.

Hasta creí que de su faz severa  
Irradiaban celestes resplandores,  
Y que anhelaba en su imperial litera  
Ir al Circo á buscar los gladiadores.

Con su nuevo disfraz quedé asombrado,  
(No extrañéis en un padre estos asombros),  
Y corrí por un trapo colorado  
Que puse y extendí sobre sus hombros.

Mirélo así con cándido embeleso,  
Me trasformé en su esclavo humilde y rudo.  
Y—«¡Ave, César!—le dije, dame un beso,  
¡Yo, que muero de penas, te saludo!»

—«¿César?—me preguntó lleno de susto,  
Y yo, sintiendo que su amor me abrasa,  
—¡César!—le respondí—¡César augusto  
De mi honor, de mi nombre y de mi casa!»

Quitéle el manto, le volví la espada,  
Recogí mi corona de poeta,  
Y la guardé deshecha y empolvada,  
En el fondo sin luz de mi gaveta.

JUAN DE DIOS PEZA.

(Mexicano)

---

## Reyerta infantil.

*(Cantos del hogar).*

¿Quieres averiguar, lector paciente,  
Si tiene la niñez principios fijos?  
Ven á escuchar el diálogo siguiente  
Que aquí sostienen con calor mis hijos.

Concha tiene seis años; Margarita  
Los cinco va á cumplir; Juan tres apenas;  
Pero ninguno de ellos necesita  
Fuego en el pensamiento ni en las venas.

Lo tienen y de sobra: su lenguaje  
Lo hallarás infantil, mas nunca hueco;  
Hoy discuten los tres, porque les traje  
Un fusil, un canario y un muñeco.

Á Juan, que quiere ser soldado grave,  
Armé al fin con un rifle en miniatura;  
Á mi ambiciosa Concha le di el ave,  
Y el muñeco á Margot, toda ternura.

Que Juan dispare en su ilusión más grata,  
Margot arrulle mientras Concha cuida,  
Ni el canario es verdad, ni el rifle mata,  
¡La ilusión es el alma de la vida!

Como florece el campo en primavera,  
Desborda la niñez en ilusiones:  
Rifles de zinc y pájaros de cera,  
Muñecos de cartón; todo ficciones.

Un niño con un arma entre las manos  
Y risas de bondad en el semblante,

Me recuerda á esos ángeles enanos  
Que dibujó Doré, leyendo el Dante.

Si viérais á mi Juan con su penacho,  
Con barboquejo de velludo cuero,  
Semejante en lo erizo á su mostacho  
De infatigable y toscó granadero.

Creyérais que labrada por el arte,  
Es una estatua de arrogancia llena;  
Un soldado que ha visto á Bonaparte  
Cruzar los Alpes ó triunfar en Jena.

Yo, mirándolo así, lo aplaudo y callo:  
En sus hermanas ve gente guerrera;  
Convierte cada caña en un caballo;  
Cada silla le sirve de trinchera.

Entra por las alcobas victorioso . . . . .  
¿Quién lo va á detener? Marte lo inflama . . . . .  
Es la estera su puente, salva el foso  
Y rinde una ciudad sobre una cama.

Hoy se llena de arrojó y valentía;  
Margot de compasión, Concha de celo:  
¡Qué venturosa edad! Despunta el día . . . .  
Verde es el campo y trasparente el cielo.

—Mira, le dice Concha á Margarita  
Con la expresión de un celo extraordinario:  
Esa muñeca tuya tan bonita  
No vale lo que vale mi canario.

—Mi muñeca es mejor, cierra los ojos,  
Se duerme entre mis brazos, va á la escuela,  
Tiene cabellos rubios, labios rojos . . .

—Sí, todo lo tendrá, pero no vuela.



—Cambiaremos juguetes . . .

—No. Yo juego

Nada más con mi niña todo el día.

—Me la das, ó te pego. . . .

—¿Que? ¿Te pego?

—No es tuya nada más.—Si sólo es mía.

—La quiero.—No me importa.—Te la quito.

—Yo la defenderé.—Voy á tomarla.

—Ven.—Allá voy.—¿Me pegas? doy un grito.

—Déjamela, Margot. . . .—No he de dejarla.

Ya tiene Concha el rostro colorado,  
Ahoga Margot su llanto en un suspiro,  
Y entonces Juan, el rifle preparado,  
Sale y grita á las dos:—Cállense, ó tiro.

Callan ambas á un tiempo, como puede  
Callar cualquiera ante su faz bravía,  
Y él agrega muy serio:—¿Qué sucede?  
¡Yo soy un coronel de artillería!

Con esta frase que su audacia encierra,  
Vuelve á las niñas bienestar profundo,  
Que aunque incúo el derecho de la guerra,  
Aplaca muchas riñas en el mundo.

JUAN DE DIOS PEZA.

---

### Amor.

En una fresca mañana  
Y por la vega florida,  
Alegre y entretenida

Canta una linda serrana:

—«Tengo un amor tan callado,  
Tan puro, tan inocente,  
Como la mansa corriente  
Que se desliza en el prado.

Jamás de los sinsabores  
Llegó la triste amargura  
Á turbar su linfa pura  
Sobre su lecho de flores.

Y con tan amante prisa  
Corren sus ondas suaves,  
Que ni las oyen las aves,  
Ni las alcanza la brisa.

No enluta noche importuna  
Sus encantos virginales,  
Que entre sus limpios cristales  
Quiebra sus rayos la luna.

Amo con tan dulce calma,  
Que no sé por darle nombre,  
Si soy el alma de un hombre  
Ó él es el alma de mi alma.

Con ese amor se engalana  
Orgullosa el pecho mío,  
Como gota de rocío  
Con el sol de la mañana.

Y ni la nube del cielo  
Turba la luz de mi vida,  
Ni cruza vaga y perdida  
La sospecha en nuestro cielo.

De la tarde misteriosa

Á los últimos fulgores,  
Le cuento yo mis amores  
Á la encina y á la rosa.

Y voy alegre y parlera,  
Como loca en mi contento,  
Y digo mi pensamiento  
Al bosque y á la pradera;

Con el aura que suspira,  
Con la fuente que murmura,  
Con el ave que en la altura  
En círculo inmenso gira,

Con la leda mariposa,  
Con el celaje flotante,  
Con todo, mando á mi amante  
Una memoria dichosa.

Y me habla dél, el aroma  
Que desde los valles sube,  
Y me hablan la blanca nube  
Y el gemir de la paloma.

Y me habla en el Occidente  
El rico manto de gualda  
Y la alfombra de esmeralda  
Por donde cruza el torrente.

Dice su nombre á mi oído  
La brisa con dulce anhelo,  
Y yo por causarla celo  
Repito el nombre querido.

Entonces de gozo llena,  
Sin que tal encanto cese,  
Porque la brisa le bese



Grabo ese nombre en la arena.

Y cuando de allí me alejo,  
Vuelvo á mirar con ternura  
Que al irme se me figura  
Que hago mal porque le dejo.

Paso la noche en contento  
Contemplando las estrellas,  
Pues miro escrita con ellas  
Su cifra en el firmamento.

Y en inocente deseo  
Tanto mi ilusión se exalta,  
Que si una estrella me falta  
Me parece que la veo.

Y así pasa mi existencia  
Tan dulce, tan sosegada,  
Que vive el alma embriagada.  
De amor con tan pura esencia.

Y este amor es tan callado.  
Tan tierno y tan inocente,  
Como la limpia corriente  
Que se desliza en el prado.»

VICENTE RIVA PALACIO.

(Mexicano)

---

Victor Hugo.

¿Qué palabra mejor que la que canta?  
¿Qué timbres de más prez que los que encierra  
**Eso** rey triunfador á cuya planta

Es un mezquino pedestal la tierra?  
 ¿Qué fuerza más divina  
 Que la de ese Titán que escala el cielo,  
 Desafiando al rayo,—que fulmina  
 Todo lo que se empina  
 Sobre este bajo y miserable suelo:  
 Espíritu y volcán, torre y encina?  
 ¡El cóndor gigantesco de los Andes,  
 El buitre colosal de orlado cuello,  
 No ha batido jamás alas tan grandes,  
 Ni ha visto de tan cerca un sol tan bello!

El poeta es el antro en que la oscura  
 Sibila del progreso se revuelve;  
 El vaso en que la vida se depura,  
 Y, libre de la escoria, se resuelve  
 En verdad, en virtud y en hermosural  
 ¡No hay gloria de más claros arreboles  
 Que la de ser en la penumbra inmensa,  
 Uno de esos crisoles  
 En que la luz del alma se condensa,  
 Como el fuego del éter en los soles!

El vidente está allí, noble y sereno:  
 Si los hombres lo afligen porque es bueno  
 Y en su yerma heredad siembran la ortiga,  
 El los consuela, y del terruño ageno  
 Recoge el cardo, como Ruth la espiga!  
 ¡Arbol que el viento del otoño hiere  
 En la hoja, en la flor, en el retoño!  
 ¡Arbol que al viento del otoño muere  
 Y que perfuma el viento del otoño!  
 Todo el vapor que del pantano sube  
 Miasmático y sombrío,  
 Se cuaja arriba en tormentosa nube,  
 ¡Pero desciende en bienhechor rocío!

¿Qué importa que el sublime Prometeo,  
 Bajo el chispazo que su frente atrae,  
 Muerda el polvo en la lid, si, como Anteo,  
 Se endereza mayor siempre que cae?

La ráfaga que zumba

No ha de apagar la estrella.

¡Dejad que al fin el trovador sucumbal

¡La luz de su astro, como nunca bella,  
 Brotará por las grietas de su tumbal

¡Oh soñador excelso!— Yo te he visto

Tocar el cielo, en el batido estuario,

Ara de tu ideall—Tú, como Cristo,

Completaste el Tabor con el Calvario!

Misionero de luz propicio al ciego,

Tu genio, semejante á un meteoro,

Llovió desde el zenit lenguas de fuego

Y abrió en la inmensidad surcos de orol

—No es cierto que tu espíritu esté falto

De esa unidad espléndida y bruñida

Que constituye el mérito más alto

De un libro, de un diamante y de una vida;

Pero pagaste el natural tributo!

Primero, el huevo, y en seguida, el avel

Es fuerza que la flor preceda al fruto

Y el hombre empiece donde el niño acabel

Roja y azul, la sangre que te anima

Hizo de tí la aurora que refleja

La púrpura del sol que se aproxima

Y el zafir de la noche que se aleja.

Tu frente audaz, que el pensamiento arruga,

Puede alzarse sin mancha! Dios te impele.

Nadie reprocha á la rastrera oruga

Que se convierta en mariposa y vuele!—

Envueltos en su túnica inconsútil,



Tus veinte años de destierro gimen. . . . .  
 El crimen te absolvió. . . . . ¡Pero fué inútil!  
 ¡Tu no absolviste al crimen!  
 Y allí, de pie sobre tu peña sola,  
 Nueva Pathmos, ceñida por la ola;  
 Allí, vuelto á los réprobos distantes,  
 Y en tu lengua de hipérboles y elipsis,  
 Lanzaste, nuevo Juan, los fulgurantes  
 Relámpagos de un nuevo Apocalípsis!  
 —Y tú no fuiste el único en el duelo,  
 En la pena, en el Gólgota, en la injuria. . .  
 Cuanto era cumbre ó remontaba vuelo,  
 Sufrió el embate de la misma furia.  
 Mas, ¿cómo pudo ser? ¿qué fuerza extraña,  
 Qué ingente cataclismo  
 Decapitó de un golpe la montaña,  
 Aventando sus crestas al abismo?  
 ¿Qué tempestad de tenebrosos rastros,  
 Qué estallido de horno  
 Rompió el volcán, bajo su nimbo de astros,  
 Arrojando sus águilas en torno?  
 ¡Profanado el augusto tabernáculo  
 Y erguidos y triunfantes los protervos!  
 ¡Apagada la zarza en el pináculo  
 Y allí agrupados en festín los cuervos!  
 ¡El pueblo subyugado por la tropa;  
 El pueblo audaz, que con ardor fecundo,  
 Dando su sangre en holocausto á Europa,  
 Reivindicó la libertad del mundo!  
 ¡Radiante y vencedor el culto falso!  
 ¡La virtud perseguida con encono!  
 ¡El deber expirando en el cadalso  
 Y la infamia sentándose en el trono!  
 ¡Oscurecido el sol! ¡La Francia esclava!  
 —¿En dónde estaba Dios, que no vefá,

Puesto que así dejaba  
Prevalecer la noche sobre el día?—

¡Oh poeta! Tu espíritu enamora:  
Es cual la estatua que el egipcio estulto  
Honraba por sonora:  
Tiene el supremo pedestal: el culto,  
Y la suprema inspiración: la aurora!  
Sin rival cuando canta y cuando gime,  
Tu voz reina en el duelo y en la fiesta.  
Tus versos son la música sublime,  
No de una lira, sino de una orquestal  
No hay nota por tu acento no emitida:  
Tan grande en la inquietud como en la calma,  
Tocas todo el registro de la vida,  
Recorres todo el diapasón del alma!  
Siempre con igual éxito, tu numen  
Brotó en odas, idilios y elegías;  
Y es que en ti se completan y resumen  
Píndaro, Anacrëonte y Jeremías!  
Tu genio no es el bólido infecundo  
Que en vano estalla en el celage incierto:  
Es la columna que dirige el mundo,  
Camino del Edén, por el desierto!  
El ideal que el porvenir reserva  
Y que hace ahora su primer ensayo,  
Saldría de tu frente, cual Minerva  
Surgió de la cerviz del dios del rayo!  
Ángeles que combaten con vestiglos  
Y que alcanzan victoria tras victoria,—  
Tus himnos brillan como el sol!—La historia  
No ha producido en los mayores siglos  
Gloria que pueda superar tu glorial

.....  
.....

¡Contemplad al coloso!  
 Ved cómo lucha y lucha y no desmaya;  
 Cómo pisa, radiante y majestuoso,  
 El más alto crestón del Himalaya:  
 Cómo allí,—puesto en Dios el pensamiento,—  
 Revela un nuevo mundo en cada grito . . . . .  
 ¡Atlas en que se apoya el firmamento!  
 ¡Atalaya que explora lo infinito!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

(Mexicano)

---

## Preludios

### *Fragmentos de un libro*

#### I.

Los árboles al sentir  
 La ráfaga, se doblegan,  
 Y tal parece que bregan  
 Por desprenderse y huír!  
 Caós de plata y zafir  
 Que la vaga niebla esfuma,—  
 Las olas entre la bruma  
 Hierven, se encespan, batallan,  
 Y son volcanes que estallan  
 En explosiones de espumal.

Fulgurante culebreo.



Que rasga el negro capuz;—  
Trémula grieta de luz  
Que simula un parpadeo;  
Repentino centelleo  
Que fascina y amedrenta, —  
El relámpago revienta,  
Y, á los ojos del pavor,  
Es un gesto de furor  
En la faz de la tormental

Desde el fondo del follaje,  
Plañidera algarabía  
Responde, en la sinfonía  
Del viento y del oléaje,  
Al trueno, fragor salvaje  
Que rueda, retumba, aterra,  
Cual si, en formidable guerra,  
Titanes de ferreos brazos,  
Rompieran en mil pedazos  
El cielo sobre la tierra!

## II.

Al influjo creador,  
El firmamento es abismo,  
El planeta es cataclismo  
Y el espíritu es dolor!  
En mí y á mi alrededor,  
Palpita el astro que hierel.....  
Y, voz de cisne que muere,  
Mi acento crepuscular,  
Canta y llora, y es al par  
*Te-Deum y Miserere!*

Soy la larva que procura,

En su carcel azarosa,  
 Convertirse en mariposa  
 Y esmaltar el aura pura!  
 Soy la linfa siempre oscura  
 Que ama el sol canicular,  
 Porque quiere arder, brotar  
 Del pantano que la estanca,  
 Transformarse en nube blanca,  
 Ser espléndida y volar!

Soy la cumbre cuyo anhelo  
 Es mover un cráter roto,  
 Y, en medio de un terremoto  
 Lanzar su erupción al cielo!  
 Soy el aterido suelo  
 En que el nuevo abril germina!  
 Soy la rama que se inclina,  
 Mientras un pájaro en ella  
 Mira con ansia una estrella  
 Y despliega el ala y trina!

## III.

En las garras del dolor,  
 El hombre, que es polvo vil,  
 Se eleva . . . . como el reptil  
 Á sido por el condor!  
 El fuego exterminador  
 Trueca la arena en cristal,  
 Y, de la goma oriental,  
 —Aspera y acre resina—  
 Hace la esencia divina  
 Que perfuma el ideal!

El numen—virtud suprema

Que el mundo insulta y aclama—  
Es una llama, y la llama  
Resplandece, pero quemal  
Bajo un sublime anatema,  
El genio, foco y crisol,  
Sube, envuelto en su arrebol,  
Hasta el zenit de la gloria,  
Y, luminar de la historia,  
Sufre el tormento del soll

## IV.

Seres-faros que, al lucir,  
Teneis por fuerza que arder,  
Cumplid con vuestro deber:  
Alumbrad hasta morir!  
Luchad por el porvenir,  
Alzados sobre la insidia,  
Que ni triunfa quien no lidia,  
Ni es grande el que se levanta  
Sin sentir bajo su planta  
El pedestal de la envidia!

No hay en el campo una flor  
Que, sin un huésped voraz,  
Sea, en el aura fugaz,  
El aroma y el color!  
Agresivo mediador  
Que ese doble halago hechiza,  
El insecto se desliza . . . . .  
Y, en su misión errabunda,  
Devora, pero fecunda;  
Mata, pero inmortaliza!

El fris, claro dosel,



Tras la borrasca violenta;  
Después de la lid sangrienta,  
La corona de laurel!  
Oh Humanidad! Oh Israel!  
El bien prometido es cierto!  
Mas Canaán es un huerto  
Á donde no ha de llegar  
Quien no sepa atravesar  
El Mar Rojo y el desierto!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

---

### A Byron.

Eras á un tiempo el ángel y el vestigio;  
El astro y el espectro en el cometa;  
Todo un siglo hecho hombre; todo un siglo  
De befa y de pasión hecho poeta.

Te calumniabas con insigne dolo;  
Y bello y tentador y altivo y fiero,  
Fuiste un Don Juan que se cantaba solo,  
Un Luzbel trovador y aventurero.

Trataste al mundo como el mónstruo á Edipo;  
Pasmaste con enigmas la fe ciega;  
Te pusiste la máscara de un tipo,  
Como el actor en la tragedia griega.

Del fango impuro á tu soberbia frente  
Subió un vapor que oscureció tu juicio;

Te dejaste arrastrar por la corriente  
Y diste pompa y esplendor al vicio.

Y tu numen fue entonces un mal hado,  
Nutrido y lleno de impiedad sangrienta:  
Para cada fanal tuvo un nublado,  
Y para cada vela una tormenta!

Llegaste á las supremas ironías  
Como cediendo á impulsos espontáneos;  
Profanabas la tumba en tus orgías,  
Bebiendo el vino del placer en cráneos.

Tus lúgubres acentos repitieron  
El grito aterrador, el grito mismo  
Que los bajeles de Tiberio oyeron  
Bajo una tempestad sobre el abismo.

Sombra y desolación eran la suerte:  
Vino tu genio, codiciaba palmas,  
Y fue el corcel en que montó la Muerte  
En ese Apocalipsis de las almas.

Trágico, taciturno, sobrehumano,  
Entré tanta ceniza y tanto escombros,  
Pasaste con tu cítara en la mano,  
Como un verdugo con su hierro al hombros!

Cual de una nube de borrasca y guerra,  
Y en medio de una convulsión, caíste:  
Pisaste ortigas al tocar la tierra,  
Y la cruzaste claudicando y triste.

Afán de emigración jamás extinto  
Te arrojó sin cesar sobre las naves:  
Errar de clima en clima es un instinto  
En ciertos genios como en ciertas aves.

Las olas te atraían; y mostrabas  
 Vivo placer á las riberas solas,  
 Cuando, soberbio nadador, rasgabas  
 Desnude y ágil y tenaz las olas.

Igual al mar por tu doblez extraña,  
 Reflejabas el cielo á que terdías;  
 Y, audaz y atronador y hecho montaña,  
 Te alzabas hasta él y lo escupías?

No envidiabas al píelago sus dones:  
 Tú tenías también ímpetus, brumas,  
 Trombas, brillos, honduras, explosiones,  
 Mónstruos, perlas, vorágines y espumas!

¿Fuiste un loco? . . Tal vez; pero esplendentes!  
 El sentido común, razón menguada,  
 Nunca ha sido ni artista, ni vidente,  
 Ni paladín, ni redentor. . . ni nada!

¡Cuán grandes fueron tus postreros días!  
 ¡Cuán excelsos tus últimos anhelos!  
 Eras Manfredo en el Jung Fran: querías  
 Caer; pero caer desde los cielos!

¿Por qué llevarte á la natal ribera?  
 ¿Por qué robarte á Missolonghi? ¿Acaso  
 Fue nunca tierra para tí extrangera  
 La tierra del Olimpo y del Parnaso?

La británica orilla en vano oprime  
 Tu ilustre polvo con su arena recia:  
 Grecia guardó tu aparición sublime;  
 Tu verdadero monumento es Grecia!

Duerme. Tu gloria crecerá entretanto  
 Mientras palpita el corazón de un hombre.



Descansa en paz. Las ondas de Lepanto  
Eternamente cantarán tu nombre!

Y cuando la razón fría y adusta  
Dispare un dardo á tu azarosa vida,  
La heroica sombra de tu muerte augusta  
Interpondrá su redentora egida.

SALVADOR DÍAZ MIRÓ

---

### Al Niágara.

Templad mi lira, dádmela, que siento  
En mi alma estremecida y agitada  
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo  
En tinieblas pasó, sin que mi frente  
Brillase con su luz! . . . Niágara undoso,  
Tu sublime terror sólo podría  
Tornarme el dón divino que ensañada  
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla  
Tu trueno aterrador; disipa un tanto  
Las tinieblas que en torno te circundan;  
Déjame contemplar tu faz serena,  
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.  
Yo digno soy de contemplarte: siempre  
Lo común y mezquino desdeñando,  
Ansié por lo terrífico y sublime.  
Al despeñarse el huracán furioso,  
Al retumbar sobre mi frente el rayo,

Palpitando gocé. Vi al Océano  
 Azotado por austro proceloso  
 Combatir mi bajel, y ante mis plantas  
 Vórtice hirviente abrir; y amé el peligro.  
 Mas del mar la fiereza,  
 En mi alma no produjo  
 La profunda impresión que tu grandeza.

Sereno corres, majestuoso, y luego  
 En ásperos peñascos quebrantado,  
 Te abalanzas violento, arrebatado,  
 Como el Destino irresistible y ciego.  
 ¿Qué voz humana describir podría  
 De la sirte rugiente  
 La aterradora faz? El ama mía  
 En vago pensamiento se confunde  
 Al mirar esa férvida corriente,  
 Que en vano quiere la turbada vista  
 En su vuelo seguir al borde oscuro  
 Del precipicio altísimo; mil olas,  
 Cual pensamientos, rápidas pasando,  
 Chocan y se enfurecen,  
 Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,  
 Y entre espuma y fragor desaparecen.

¡Ved! llegan, saltan! El abismo horrendo  
 Devora los torrentes despeñados:  
 Crúzause en él mil iris, y asordados  
 Vuelven los bosques el fragor tremendo.  
 En las rígidas peñas  
 Rómpe se el agua: vaporosa nube  
 Con elástica fuerza  
 Llena el abismo en torbellino; sube,  
 Gira en torno, y al éter  
 Luminosa pirámide levanta,

Y por sobre los montes que le cercan  
Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en tí busca mi anhelante vista  
Con inútil afán? ¿Por qué no miro  
Al rededor de tu caverna inmensa,  
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas  
Que en las llanuras de mi ardiente patria  
Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,  
Y al soplo de las brisas del Oceano  
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene...  
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,  
Ni otra corona que el agreste pino  
Á tu terrible majestad conviene.  
La palma y mirto, y delicada rosa,  
Muelle placer inspiran y ocio blando  
En frívolo jardín; á ti la suerte  
Guardó más digno objeto, más sublime;  
El alma libre, generosa, fuerte,  
Viene, te ve, se asombra,  
El mezquino deleite menosprecia,  
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Omnipotente Dios! En otros climas  
Vi monstruos execrables,  
Blasfemando tu nombre sacrosanto,  
Sembrar error y fanatismo impío,  
Los campos inundar en sangre y llanto,  
De hermanos atizar la infanda guerra,  
Y desolar frenéticos la tierra.  
Vilos, y el pecho se inflamó á su vista  
En grave indignación. Por otra parte,  
Vi mentidos filósofos que osaban  
Escrutar tus misterios, ultrajarte,



Y de impiedad al lamentable abismo  
 Á los míseros hombres arrastraban:  
 Por eso te buscó mi débil mente  
 En la sublime soledad: ahora  
 Entera se abre á ti; tu mano siente  
 En esta inmensidad que me circunda,  
 Y tu profunda voz hiere mi seno  
 De este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrentel  
 ¡Cómo tu vista el ánimo enajena,  
 Y de terror y admiración me llenal  
 ¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza  
 Por tantos siglos tu inexhausta fuente?  
 ¿Qué poderosa mano  
 Hace que al recibirte  
 No rebose en la tierra el Océano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,  
 Cubrió tu faz de nubes agitadas,  
 Dió su voz á tus aguas despeñadas,  
 Y ornó con su arco tu terrible frente.  
 Ciego, profundo, infatigable corres,  
 Como el torrente oscuro de los siglos  
 En insondable eternidad! . . . Al hombre  
 Huyen así las ilusiones gratas,  
 Los florecientes días,  
 Y despierta al dolor? . . . ¡Ay! agostada  
 Siento mi juventud, mi faz marchita,  
 Y la profunda pena que me agita  
 Ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día  
 Mi soledad y mísero abandono  
 Y lamentable desamor . . . ¿Podría  
 En edad borrascosa

Sin amor ser feliz?.. ¡Oh! si una hermosa  
Mi cariño fijase,  
Y de este abismo al borde turbulento  
Mi vago pensamiento  
Y ardiente admiración acompañase!  
¡Cómo gozara, viéndola cubrirse  
De leve palidez, y ser más bella  
En su dulce terror, y sonreírse  
Al sostenerla mis amantes brazos!  
¡Delirio de virtud!.. ¡Ay! desterrado,  
Sin patria, sin amores,  
Sólo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!  
¡Adiós! ¡Adiós! Dentro de pocos años  
Ya devorado habrá la tumba fría  
Á tu débil cantor. ¡Duren mis versos  
Cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso,  
Viéndote algún viajero,  
Dar un suspiro á la memoria mía!  
Y al abismarse Febo en occidente,  
Feliz yo vuela do el Señor me llama,  
Y al escuchar los ecos de mi fama  
Alce en las nubes la radiosa frente.

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

(Cubano)

---

### En el Teocalli de Cholula.

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban  
Los Aztecas valientes! En su seno,  
En una estrecha zona concentrados,

Con asombro se ven todos los climas  
Que hay desde el polo al ecuador. Sus llanos  
Cubren á par de las doradas mieses  
Las cañas deliciosas. El naranjo  
Y la piña y el plátano sonante,  
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan  
Á la frondosa vid, al pino agreste,  
Y de Minerva al árbol majestuoso.  
Nieve eternal corona las cabezas  
De Iztaccihual purísimo, Orizaba  
Y Popocatepec; sin que el invierno  
Toque jamás con destructora mano  
Los campos fertilísimos, do ledo  
Los mira el indio en púrpura ligera  
Y oro teñirse, reflejando el brillo  
Del sol en occidente, que sereno  
En hielo eterno y perennal verdura  
Á torrentes vertió su luz dorada,  
Y vió á naturaleza conmovida  
Con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde: su ligera brisa  
Las alas en silencio ya plegaba,  
Y entre hierbas y árboles dormía,  
Mientras el ancho sol su disco hundía  
Detrás de Iztaccihual. La nieve eterna,  
Cual disuelta en mar de oro, semejaba  
Temblar en torno de él, un arco inmenso  
Que del empíreo en el zenit finaba,  
Como espléndido pórtico del cielo,  
De luz vestido y centellante gloria,  
De sus últimos rayos recibía  
Los colores riquísimos. Su brillo  
Desfalleciendo fué: la blanca luna  
Y de Venus la estrella solitaria



En el cielo desierto se veían.  
 ¡Crepúsculo feliz! Hora más bella  
 Que la alma noche ó el brillante día,  
 ¡Cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa  
 Choluteca pirámide. Tendido  
 El llano inmenso que ante mí yacía,  
 Los ojos á espaciarse convidaba.  
 ¡Qué silencio! ¡Qué paz! ¡Oh! ¿quién diría  
 Que en estos bellos campos reina alzada  
 La bárbara opresión, y que esta tierra  
 Brota mieses tan ricas, abonada  
 Con sangre de hombres en que fué inundada  
 Por la superstición y por la guerra....?

Bajó la noche en tanto. De la esfera  
 El leve azul, oscuro y más oscuro  
 Se fué tornando: la movable sombra  
 De las nubes serenas, que volaban  
 Por el espacio en alas de la brisa,  
 Era visible en el tendido llano.  
 Iztaccihual purísimo volvía  
 Del argentado rayo de la luna  
 El plácido fulgor, y en el oriente,  
 Bien como puntos de oro, centellaban  
 Mil estrellas y mil... ¡Oh! ¡yo os saludo  
 Fuentes de luz, que de la noche umbría  
 Ilumináis el velo  
 Y sois del firmamento poesía!

Al paso que la luna declinaba,  
 Y al ocaso fulgente descendía,  
 Con lentitud la sombra se extendía  
 Del Popocatepec, y semejaba  
 Fantasma colosal. El arco oscuro

Á mí llegó, cubrióme, y su grandeza  
 Fué mayor y mayor, hasta que al cabo  
 En sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,  
 Que, velado en vapores transparentes,  
 Sus inmensos contornos dibujaba  
 De occidente en el cielo.  
 ¡Gigante del Anáhuac! ¿Cómo el vuelo  
 De las edades rápidas no imprime  
 Alguna huella en tu nevada frente?  
 Corre el tiempo veloz, arrebatando  
 Años y siglos, como el Norte fiero  
 Precipita ante sí la muchedumbre  
 De las olas del mar. Pueblos y reyes  
 Viste hervir á tus pies, que combatían  
 Cual hora combatimos, y llamaban  
 Eternas sus ciudades, y creían  
 Fatigar á la tierra con su gloria.  
 Fueron: de ellos no resta ni memoria.  
 ¿Y tú eterno serás? Tal vez un día  
 De tus profundas bases desquiciado  
 Caerás; abrumará tu gran ruina  
 Al yermo Anáhuac; alzaránse en ella  
 Nuevas generaciones, y orgullosas  
 Que fuiste negarán. . .

Todo perece  
 Por ley universal. Aun este mundo  
 Tan bello y tan brillante que habitamos,  
 Es el cadáver pálido y deforme  
 De otro mundo que fué. . .

En tal contemplación embebecido  
 Sorprendióme el sopor. Un largo sueño  
 De glorias engolfadas y perdidas  
 En la profunda noche de los tiempos,

Descendió sobre mí. La agreste pompa  
De los reyes aztecas desplegóse  
Á mis ojos atónitos. Vefá  
Entre la muchedumbre silenciosa  
De emplumados caudillos, levantarse  
El déspota salvaje en rico trono,  
De oro, perlas y plumas recamado;  
Y al són de caracoles belicosos  
Ir lentamente caminando al templo  
La vasta procesión, do la aguardaban  
Sacerdotes horribles, salpicados  
Con sangre humana rostros y vestidos.  
Con profundo estupor el pueblo esclavo  
Las bajas frentes en el polvo hundía,  
Y ni mirar á su señor osaba,  
De cuyos ojos férvidos brotaba  
La saña del poder.

Tales ya fueron

Tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo;  
Su vil superstición y tiranía  
En el abismo del no ser se hundieron.  
Sí, que la muerte, universal señora,  
Hiriendo á par al déspota y esclavo,  
Escribe la igualdad sobre la tumba.  
Con su manto benéfico el olvido  
Tu insensatez oculta y tus furores  
Á la raza presente y la futura.  
Esta inmensa estructura  
Vió á la superstición más inhumana  
En ella entronizarse. Oyó los gritos  
De agonizantes víctimas, en tanto  
Que el sacerdote, sin piedad ni espanto,  
Les arrancaba el corazón sangriento;  
Miró el vapor espeso de la sangre  
Subir caliente al ofendido cielo



Y tender en el sol fúnebre velo;  
Y escuchó los horrendos alaridos  
Con que los sacerdotes sofocaban  
El grito del dolor.

Muda y desierta  
Ahora te ves, Pirámide. Más vale  
Que semanas de siglos yazcas yerma,  
Y la superstición á quien serviste  
En el abismo del infierno duermal  
Á nuestros nietos últimos, empero,  
Sé lección saludable; y hoy al hombre  
Que, ciego en su saber fútil y vano,  
Al cielo, cual Titán, trueno orgulloso,  
Sé ejemplo ignominioso  
De la demencia y del furor humano.

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

---

### En una tempestad.

Huracán, huracán, venir te siento,  
Y en tu soplo abrasado  
Respiro entusiasmado  
Del señor do los aires el aliento.

En las alas del viento suspendido  
Vedle rodar por el espacio inmenso,  
Silencioso, tremendo, irresistible,  
En su curso veloz. La tierra en calma  
Siniestra, misteriosa,  
Contempla con pavor su faz terrible.

¿Al toro no miráis? El suelo escarban  
De insoportable ardor sus pies heridos:  
La frente poderosa levantando,  
Y en la hinchada nariz fuego aspirando,  
Llama la tempestad con sus bramidos.

¡Qué nubes! ¡qué furor! El sol temblando  
Vela en triste vapor su faz gloriosa,  
Y su disco nublado sólo vierte  
Luz fúnebre y sombría,  
Que no es noche ni día ...  
¡Pavoroso color, velo de muerte!  
Los pajarillos tiemblan y se esconden  
Al acercarse el huracán bramando,  
Y en los lejanos montes retumbando  
Le oyen los bosques, y á su voz responden.

Llega ya... ¿No le veis? ¡Cuál desenvuelve  
Su manto aterrador y majestuosol...  
¡Gigante de los aires, te saludo...!  
En fiera confusión el viento agita  
Las orlas de tu parda vestidura...  
¡Ved...! en el horizonte  
Los brazos rapidísimos enarca,  
Y con ellos abarca  
Cuanto alcanzo á mirar de monte á montel

¡Oscuridad universal...! Su soplo  
Levanta en torbellinos  
El polvo de los campos agitado...  
En las nubes retumba despeñado  
El carro del Señor, y de sus ruedas  
Brotó el rayo veloz, se precipita,  
Hiere y aterra al suelo,  
Y su lívida luz inunda el cielo.

¿Qué rumor? ¿Es la lluvia. .? Desatada  
Cae á torrentes, oscurece el mundo,  
Y todo es confusión, horror profundo.  
Cielo, nubes, colinas, caro bosque,  
¿Dó estáis? Os busco en vano:  
Desparecisteis. . La tormenta umbría  
En los aires revuelve un océano  
Que todo lo sepulta. . .  
Al fin, mundo fatal, nos separamos:  
El huracán y yo solos estamos.

¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno,  
De tu solemne inspiración henchido,  
Al mundo vil y miserable olvido  
Y alzo la frente, de delicia lleno!  
¿Dó está el alma cobarde  
Que teme tu rugir. . .? Yo en ti me elevo  
Al trono del Señor: oigo en las nubes  
El eco de su voz; siento á la tierra  
Escucharle y temblar. Ferviente lloro  
Desciende por mis pálidas mejillas,  
Y su alta majestad trémulo adoro.

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

---

### La madrugada.

Necio y digno de mil quejas  
El que ronca sin decoro,  
Cuando el sol con rayo de oro  
Da en las domésticas rejas.



¿Puede haber cosa más bella  
Que de la arrugada cama  
Saltar, y en la fresca grama  
Del campo estampar la huella?

Campo digo, porque pierde  
La mañana su sonrisa,  
En no habiendo agreste brisa  
Mucho azul y mucho verde.

No hay que gozarla en ciudad:  
En todo horizonte urbano  
Se estaciona de antemano  
Triste vaporosidad.

Luego ver tanto edificio  
Alto, serio. . . . Angustia dan:  
El alba, el sol, allí están  
Como sacados de quicio.

No: yo he de andar á mis anchas  
Una campiña florida,  
Por ver del alba querida  
La faz virgen y sin manchas.

Verla en oriente lucir  
Diáfana, rosada y bella,  
Como una casta doncella  
Que enamora al sonreir.

Yo no sé como hay cabeza  
Tan interesada y fría,  
Que no ame al rayar el día  
La hermosa naturaleza.

Vedla rejuvenecerse,  
Vedla rodar con el río,  
Brillar pura en el rocío,

Con los árboles mecerse:

Arrastrada en el reptil,  
Tiesa y alzada en el bruto,  
Dulce en el colgado fruto,  
Risueña en la flor gentil.

¡Oh Dios! . . . ¡Allá en mis niñeces,  
Antes de brotarme el bozo,  
Con qué sencillo alborozo  
Vine á ver esto mil veces!

Ya una errante mariposa  
Con su matiz me atrafa;  
Ya olvidado me ponfa  
Á contemplar una rosa.

Siempre alegre.—Ya se ve:  
Nunca entonces cavilaba;  
Ni mis cejas arrugaba  
Algún triste no sé qué.

Después como entré en más años  
Y como ví una hermosura,  
Tuve por triste locura  
Ver sol, montes y rebaños.

¡Qué ingrato fui!—Pero bien  
Se vengó naturaleza:  
Aquella ingrata belleza  
Olvidóme con desdén.

Vertí un mar de llanto: el alma  
No se me hallaba sin ella:  
Al fin una amiga estrella  
Dolióse y me puso en calma.

¡Oh, qué dolor tan agudo

El olvidar! . . . Pero al cabo,  
Rotos los grillos de esclavo,  
Curóme el médico mudo:

El tiempo, el tiempo veloz,  
Que tiñe nuestras cabezas  
De blanco, y tantas bellezas  
Deja sin luz y sin voz.

De entonces acá me place  
Ver la escena matutina  
Segunda vez: medicina  
Celestial que me rehace.

Con todo, mis cicatrices  
Se ensangrientan, y suspiro,  
Adonde quiera que miro  
Dos amadores felices.

Y aun con menos ocasión:  
Si oígo el susurro alterno  
De dos palmas, en lo interno  
Se me angustia el corazón.

Si en un ramo miro á solas  
Dos aves cantar querellas,  
Si relucir dos estrellas,  
Si rodar dos mansas olas,

Si dos nubes enlazarse  
Y por el eter perderse;  
Si dos sendas una hacerse,  
Si dos montes contemplarse;

Me paro; y con ansiedad  
Recuerdo que á nadie adoro:  
Miro tanto enlace y lloro  
Mi continua soledad.

JOSÉ JACINTO MILANÉS.

(Cubano)



## La flor de la caña.

Yo vi una veguera  
Trigueña tostada,  
Que el sol envidioso  
De sus lindas gracias,  
Ó quizá bajando  
De su esfera sacra  
Prendado de ella,  
Le quemó la cara.  
Y es tierna y modesta  
Como cuando saca  
Sus primeros tilos  
La flor de la caña.

La ocasión primera  
Que la vide, estaba  
De blanco vestida,  
Con cintas rosadas;  
Llevaba una gorra  
De brillante paja,  
Que tejió ella misma  
Con sus manos castas,  
Y una hermosa pluma  
Tendida, canaria,  
Que el viento mecía  
Como flor de caña.

Su acento divino,  
Sus labios de grana,  
Su cuerpo gracioso,  
Ligera su planta;  
Y las rubias hebras  
Que á la merced vagan

Del céfiro, brillan  
De perlas ornadas,  
Como con las gotas  
Que destila el alba,  
Candorosa ríe  
La flor de la caña.

El domingo antes  
De semana santa,  
Al salir de misa  
Le entregué una carta,  
Y en ella unos versos,  
Donde le juraba  
Mientras existiera  
Sin doblez amarla.  
Temblando tomóla,  
De pudor velada,  
Como con la niebla  
La flor de la caña.

Halléla en el baile  
La noche de Pascua,  
Púsose encendida,  
Descogió su manta,  
Y sacó del seno  
Confusa y turbada,  
Una petaquilla  
De colores varias.  
Diómela al descuido,  
Y al examinarla,  
He visto que es hecha  
Con flores de caña.

En ella hay un rizo  
Que no lo trocara  
Por todos los tronos

Que en el mundo haya;  
Un tabaco puro  
De Manicaragua,  
Con una sortija  
Que ajusta la *capa*,  
Y en lugar de *tripa*,  
Le encontré una carta,  
Para mí más bella  
Que la flor de caña.

No hay ficción en ella  
Sino estas palabras:  
«Yo te quiero tanto  
Como tú me amas.»  
En una reliquia  
De rasete blanca,  
Al cuello conmigo  
La traigo colgada;  
Y su tacto quema  
Como el sol que abrasa  
En Julio y Agosto  
La flor de la caña.

Ya no me es posible  
Dormir sin besarla;  
Y mientras que viva  
No pienso dejarla.  
Veguera preciosa  
De la tez tostada,  
Ten piedad del triste  
Que tanto te ama;  
Mira que no puedo  
Vivir de esperanzas,  
Sufriendo vaivenes  
Como flor de caña.



Juro que en mi pecho  
Con toda eficacia,  
Guardaré el secreto  
De nuestras dos almas;  
No diré á ninguno  
Que es tu nombre Idalia,  
Y si me preguntan  
Los que saber ansian  
Quién es mi veguera,  
Diré que te llaman,  
Por dulce y honesta,  
La flor de la caña.

GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN VALDÉS.

(Plácido.—Cubano.)

---

Entonces.

¡Oh! ¡qué grato sería,  
Libre y feliz, sin pesadumbre alguna,  
Con la adorada mía  
Por la floresta umbría  
Vagar al rayo de esta blanca luna!

¡Y orillas de la fuente  
Ver la niña soltar sus trenzas blondas  
Al aromado ambiente,  
Y el agua transparente  
Con su imagen jugar sobre las ondas!

Y no con tanto anhelo,

Harto el herido corazón de quejas  
Y amargo desconsuelo,  
Un pedazo de cielo  
Ponerme á mendigar desde estas rejas.

¡Oh! ¡cuántas, dueño amado,  
Noches tan llenas de esplendor, tan bellas,  
En tiempo afortunado  
Los dos hemos pasado  
Al trémulo brillar de las estrellas!

Del espacio señora,  
Con sus dardos de plata perseguía,  
Eterna viajadora,  
La Diana cazadora  
Nube tras nube en la región vacía.

Contaba sus dolores  
El ruiseñor á los favonios leves,  
Nos daban sus olores  
Las tempraneras flores  
Y un fresco soplo las postreras nieves.

¡Y la suerte entretanto  
Tramaba convertir en un lamento  
El amoroso canto,  
Trocar la risa en llanto  
Y el gozo puro en sin igual tormento!

¡Quién entonces creyera  
Que tan pronto, mi bien, gimiendo á solas,  
De ti, fiel compañera,  
Separado me viera  
Por dura cárcel y profundas olas!

Y ¡quién pensar podría  
Que la ilusión del porvenir risueño,

En no lejano día  
 Volando pasaría  
 Como una sombra en fugitivo sueño!

¿Y estas son las hermosas  
 Albas del porvenir? ¡Delirio insano!  
 ¡Ay mis lirios y rosas!  
 ¡Oh dichas engañosas!  
 ¡Oh breves gozos del amor humano!

JUAN CLEMENTE ZENEA.

(Cubano)

---

A la poetisa habanera

SEÑORA DOÑA LUISA DE FRANCHI-ALFARO,

*después de haber leído la delicada composición que me dedica  
 en el precioso volumen de sus sentidos versos.*

¿Por qué á la *indiana pradera*,  
 Mansión de luz y de flores,  
 Anhelas que mi arpa austera  
 Vaya á exhalar la postrera  
 Vibración de mis dolores?

Para ese edén de delicia,  
 ¿Por qué mi canto reclama,  
*Luisa*, tu voz, si propicia,  
 Bajo el sol que lo acaricia,  
 La casta musa te inflama?



¡De Cuba-hermosa sirena!  
Desde tu golfo encantado,  
En estas playas resuena  
Tu eco feliz, que enajena  
Mi corazón fatigado.

¡Ay! paréceme que aspiro  
En esos blandos cantares  
Auras de los patrios lares,  
Y hasta que escucho el suspiro  
Con que mecen los palmares.

Y percibir imagino  
Olor de vírgenes montes . . . . .  
Y que entre albor matutino  
Me llega el eco argentino  
De los canoros sinsontes.

Mas si el pecho agradecido  
Te tributa bendiciones,  
Por las gratas emociones  
Que despertar han sabido  
Tus deliciosas canciones,

No esperes que la voz mía  
En ese plácido ambiente  
Do exhalas tu poesía,  
Lance en agreste armonía  
Quejas de un alma doliente.

Tú, que aun gozas los albores  
Del alba de tu existencia,  
Libre de impuros vapores,  
Canta tus dulces amores  
Y la paz y la inocencia.

Canta esa patria florida,

Joya del cetro español. . . .  
¡Canta esa virgen querida,  
Del mar en brazos dormida  
Por los halagos del sol!

¡Canta, sí, canta la Antilla,  
Perla y reina de esos mares! . . . .  
Mientras que yo mis pesares  
Lamento triste á la orilla  
Del humilde Manzanares.

Si orna algún lauro mi frente,  
En esta orilla nació. . . .  
Y no cual conquista, no,  
Cual generoso presente  
Lo estimo y lo guardo yo.

De España en el noble suelo  
Descanse rota mi lira . . .  
Mas al astro que te inspira  
Dile tú, que alumbra un cielo  
Por el que mi alma suspira!

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

(Cubana)

---

## El Pescador

*Romance.*

Reina la noche: mis ojos,  
Desde una estrecha ventana,  
Contemplan inmensidades

Que apenas la mente abarca.

La gran bóveda del cielo,  
De estrellas mil recamada,  
Matiza su azul oscuro  
Con leves nubes de nácar.

La Osa brilla ante mi vista,  
Y á mi derecha levanta  
Con lentitud majestuosa  
La luna su frente pálida.

Á sus tibios resplandores,  
Que argentan del mar las aguas,  
Miro elevarse el castillo,  
De la ciudad noble guarda. . . .

¡De la ciudad, que dormida  
Diviso allá en lontananza,  
Do se dibujan sus torres  
Como inmóviles fantasmas!

Se encumbra inmensa á mi izquierda  
La cadena de montañas,  
Que de este hermoso país  
Son gigantes atalayas;

Y en cuyas cumbres áun brillan  
De nieve lucientes franjas,  
Mientras cubren los castaños  
De densa sombra sus faldas.

¡Todo es silencio en la tierra!  
¡Todo es en el cielo calma,  
Y frescura en el ambiente,  
Y soledad por las playas!

Á quebrantarse en su arena,  
Que ciñen de orlas de plata,  
Con monótono rüido  
Llegan las olas sin pausa;

Que sólo ellas de la vida  
Parece que impulsos guardan,



Cuando en reposo profundo  
Naturaleza descansa.

Por todo el líquido llano  
Sólo distingo una barca,  
Que recogidas las velas  
Allá se mece á distancia;  
Y á los cándidos albores  
Que entre las brumas la alcanzan,  
Parece cisne viajero  
Que pliega al dormir sus alas.

¡Oh! ¡nada más!—Ni un sér miro  
Que mi vigilia comparta,  
Para admirar de esta noche  
La paz, cual solemne, grata.

Pero no; que brillar veo,  
Aunque pequeña y lejana,  
Desde el blanco caserío  
Que entre peñas se destaca,  
Una luz . . . sí . . . Ya se aviva,  
Y revela á mis miradas  
Que el pescador laborioso  
Velando su red prepara.

¡Compañero de mi insomnio,  
Yo te saludo!—¡Que plazca  
Al Señor darte una pesca  
Cual no sueña tu esperanzal

¡Escuchal á la voz del mar  
Su voz junta la campana,  
Que anuncia que está la noche  
Ya á la mitad de su marcha.

¡Al remo pronto! no pierdas  
Las horas, que vuelan rápidas,  
Mientras de la brisa al soplo  
Se encrespan las olas mansas.

¡Ah! me obedece: sus velas

Ya la barquilla desata,  
Y con suspiro armonioso  
Acude el viento á llenarlas.

Ya escucho el golpe del remo,  
Ya surca la proa el agua,  
Y hermoso rastro de espuma  
La linea borda que traza.

De pronto al rumor distante  
Que va difundiendo el aura,  
Se asocian tonos sencillos,  
Mas de una dulzura extraña.

Son agrestes armonías  
Del hijo del mar, que canta,  
Á la vez que el bote vuela  
Por la llanura salada,

Buscando el sitio en que el cielo  
Le tiene dispuesta carga,  
Con que á una pobre familia  
Sustento en la aurora traiga.

¡Rema, rema, pescador,  
Mi bendición te acompaña,  
La mar su imperio te entrega,  
La luna tu senda aclarar!

Dormido el mundo, ni eco  
De sus pasiones infaustas  
Mi pensamiento conturba,  
Ni tu trabajo embaraza;

Y vela, al par de nosotros,  
El Señor de cuerpos y almas,  
Que ve le sirven tus miembros  
Mientras mi mente le ensalza.

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

---

## A un arroyo

¡Cuán lento vas, arroyo cristalino,  
Con expresión sencilla  
Rizando en tu camino  
La verde alfombra de flotante lino  
Que blando crece en tu espumosa orilla!

¡Cuán ricas de ilusión resbalan solas,  
Ceñidas de amapolas  
Y blancas azucenas,  
En dulces giros las modestas olas  
Que nacen en tus márgenes serenas!

Ebrias de amor las aves candorosas  
Se miran dulcemente,  
Cual visiones hermosas,  
En el espejo claro y transparente  
De tus humildes aguas silenciosas.

El césped blando y la feraz llanura,  
Te ofrecen regaladas  
Su cándida verdura;  
Y en grato són las auras perfumadas  
Tranquilas besan tu corriente pura.

Suaves te dan los bosques sus aromas,  
Los valles sus primores,  
Las selvas sus palomas,  
Su sombra grata las enhiestas lomas,  
Y el cielo mismo su dosel de amores.

Y en las de mayo hermosas alboradas,  
Flotante en tus espumas,  
Te arrullan sosegadas,



Del blanco cisne las nevadas plumas,  
Las hojas por los céfiros llevadas.

Hijo tal vez de agreste peña dura,  
Tu manantial de plata,  
Por la feraz llanura  
Como una cinta blanca se dilata  
Ceñida de riquísima verdura.

Y ajeno de ansiedad y de pesares,  
Por selvas y palmares,  
Sin suspirar congojas,  
Tranquilo vas al seno de los mares  
Cubierto siempre de fragantes hojas.

Niño también me deslicé inocente  
Con paso indiferente  
En ilusión de amores,  
Tras el vivo matiz de hermosas flores  
Y el mágico cristal de mansa fuente.

Y libre como garza voladora,  
Con infantil decoro  
Y gracia encantadora,  
Besando fuí tus arenillas de oro  
Al rayo suave de la blanca aurora.

Entonces ¡ay! con cuán brillante arreo  
Agitaba mis alas  
En casto devaneo,  
Rodeado siempre de celestes galas,  
Por los eternos campos del deseol

Mas de entonces ahora... ¡cuántos daños  
Han causado á mi vida  
Los tristes desengaños,  
Una tras otra la ilusión perdida

Bajo el peso terrible de los años!

Yo soy aquel infante candoroso  
De las guedejas blondas  
Y mirar cariñoso,  
Que tantas veces se agitó en tus ondas  
Como entre flores el sunsún hermoso.

Yo soy el mismo; pero el alma mía  
Tristemente ha perdido  
Toda aquella alegría;  
Y en vano busca en tu corriente fría  
El dulce encanto de su Edén perdido.

Sigamos ¡ay! sigamos la jornada,  
Llorando yo mis penas  
Con alma resignada,  
Y tú rizando el manto de azucenas  
Que se mece en tu margen sosegada.

Sigamos, sí: que no hay mayor ventura,  
Ni más dulce consuelo,  
Tras de tanta tristura,  
Como la ofrenda que se eleva al cielo  
Contemplando las glorias de natura.

Tal vez mañana, triste y abatido  
Por los placeres vanos,  
Aquí vendré perdido,  
De horrible tedio el corazón herido,  
Mustia la frente y los cabellos canos!

Y al recordar las horas inocentes  
De aquella edad sencilla,  
Dos lágrimas ardientes,  
Tan puras cual tus lánguidas corrientes,  
Cuajadas brillarán en mi mejilla!

Tú dulcemente correrás, callado,  
Sin escuchar mis ayes,  
Mientras que fatigado  
Buscando iré por los vecinos valles  
Algún recuerdo de mi bien pasado.

Y sentado en tu margen fresca y grata,  
Con plácida alegría,  
Veré cuál se retrata  
Sobre tus ondas de color de plata  
La imagen ¡ay! de mi vejez sombría!

Prosigue, pues, arroyo, tu carrera,  
Mientras que suspirando  
En celestial quimera,  
Perdido voy por la gentil pradera  
Con lágrimas tus aguas salpicando:

Que iguales en la vida y en la suerte,  
Uno será el destino  
Que con acento fuerte  
Nos sorprenda á los dos en el camino,  
Y nos lleve al abismo de la muerte.

RAFAEL MARÍA MENDIVE.

(Cubano)

---

**A la señorita T. Figueredo y Socarrás**

*en su muerte.*

Ya el cisne del arroyuelo  
Perdió sus gentiles galas,  
Tuvo que plegar las alas



Al tender su primer vuelo!  
Dura suerte  
Que nos sorprenda la muerte,  
En esa edad de emociones  
Y ocultas palpitaciones;  
Cuando soñando quimeras  
Cierne sus alas la mente,  
En el éter transparente  
De diez y ocho primaveras!

Cuando á través de un cendal  
De luz, el mundo se mira,  
Y se siente y se respira  
Un aire primaveral;  
Y los sueños  
Vaporosos, halagüeños,  
Nos embriagan con la esencia  
De la primera inocencia;  
Y allá en el alma, cual una  
Lluvia de igneo meteoro,  
Vuelan mariposas de oro  
Y tiemblan rayos de luna.

¡Oh niña casta y gentil,  
Muerta en tus dichas primeras,  
Cual mueren las tempraneras  
Rosas de marzo y abril!

Tu hermosura  
Eclipsó la muerte oscura,  
Hiriendo apenas sus galas  
Con la punta de las alas:  
No te dejó cruento rastro,  
Y así duermes dulcemente  
Como una Venus yacente  
En su lecho de alabastro.

Vi con profunda amargura  
Llegar tu supremo instante,  
Vi cubrirse tu semblante  
De una nítida blancura:

Vi tu frente  
Doblarse lánguidamente;  
En tu pupila apagada  
Temblar tu postrer mirada,  
Y por tus megillas yertas  
Vi rodar el llanto frío,  
Cual dos gotas de rocío  
Sobre dos camelias muertas.

¡Cómo el recuerdo me hiere  
De tu marchita belleza!  
¡Qué infinita es la tristeza  
De una joven que se muere!

Aun te veo  
Al vago y tardo chispeo  
Del flamero funerario  
Que alumbraba tu calvario;  
Y á su luz tenue y cobarde,  
Contemplo en tu frente fría  
La dulce melancolía  
Del héspero de la tarde.

Yo vertí con aflicción  
Por tu ausencia repentina,  
Esa lluvia cristalina  
Que brota del corazón.

¡Que elocuente,  
Es llorar cuando se sientel  
El llanto es iris que calma  
Las tempestades del alma . . . . !  
¿Mas, por qué tu larga ausencia

Todos llorando sentimos,  
Si en la tumba recibimos  
Germen de nueva existencia?

Feliz . . . ¡Huyes con la palma  
De la virgen inocente,  
Sin una mancha en la frente,  
Sin una sombra en el alma!

Si la tierra  
Se agita en perpetua guerra,  
Y sólo encuentran los ojos  
Nieblas, y los pies abrojos;  
Si hondas las penas nos hieren  
En los mundanos desiertos,  
¿Á qué llorar por los muertos?  
¡Dichosos los que se mueren!

¿Á qué llorar? si el caído  
Sabe, en acerbo quebranto,  
Que nuestras gotas de llanto  
Sorbe voraz el olvido:

Que el consuelo  
Borra esa pena, ese duelo,  
Que allá en el alma nos dejan  
Los que del mundo se alejan?  
¡Ayl por eso esculpe nombres  
En las losas el cincel,  
¡Que hasta el mármol es más fiel  
Que el corazón de los hombres!

Goza tu vida inmortal  
Do las almas se confunden,  
Y se encienden y se funden  
En el alma universall

Ya tu vida  
Es una chispa perdida



En la impenetrable esencia  
De la infinita existencia . . . .  
Y de tu ausenciaal través,  
¿Qué nos dejas, niña hermosa?  
¡Tu nombre sobre una losa,  
Sobre la losa un ciprés!

JOSE JOAQUÍN PALMA.

(Cubano)

---

### A un arroyo

¿Veis ese arroyuelo blando  
Que va la yerba lamiendo,  
Cómo se acerca sonriendo,  
Cómo se aleja llorando?

Es una blanca madeja  
Que con sus hebras encanta,  
Cuando se aproxima canta,  
Y llora cuando se aleja.

Cinta de cristal sonora  
Que en aljófara se desliza,  
Como un alma alegre ríe,  
Como un alma triste llora.

Ya forma en su murmurio  
Copos de blancas espumas,  
Rizados como las plumas,  
De los ánades del río;

Ya temblando se alborozaba  
Si el aura sus linfas mece,  
Ó bien corriendo parece  
Que se queja ó que solloza.

Y cuando viene á besar  
Las flores con su corriente,  
Se llega tan mansamente  
Que no se siente llegar.

Entre sus espumas frías  
Y mis yertas ilusiones  
Hay vagas palpitaciones  
De secretas simpatías.

Él baja del soto umbrío  
Sólo, humilde, sin estruendo,  
Y va corriendo, corriendo  
Hasta perderse en el río.

Su existencia viene á ser  
Una existencia latente,  
Que corre tan mansamente  
Que no se siente correr.

Y yo con paso lijero  
Busco el lugar del olvido,  
Trovador desconocido,  
Ignorado caballero.

Vengo á su orilla á sertir  
La fe muerta, el bien pasado,  
Y á vivir tan ignorado,  
Que no me sienta vivir.

JOSÉ JOAQUÍN PALMA.

---

## La tentativa del León y el éxito de su empresa. (1)

*Fábula moral.*

La tentativa de abatir al hombre  
 Que por su ingenio y su virtud se eleva,  
 Cantar deseo, Musa, si propicia,  
 De tal conformidad mi voz alientas  
 Que sujiera instrucciones saludables,  
 Al mismo tiempo que la risa mueva.

Había en los desiertos africanos,  
 Entre un grupo de rocas, una cueva,  
 Donde parió una Leona su cachorro  
 Y le ocultó con suma diligencia.  
 Después que con su leche le ha nutrido,  
 De carnes elegidas le alimenta  
 Y da, con excelentes instrucciones,  
 La última mano á su piedad materna.  
 Le refiere sus nobles ascendientes,  
 No para que sus glorias le envanezcan,  
 Sino para que imite sus virtudes,  
 Cuyos modelos tiene tan de cerca.

—¡Qué gloria tener, dice, un padre ilustre!  
 ¡Qué confusión el no seguir sus huellas!  
 ¿Hablarás del honor de una familia  
 Que en tí produzca su mayor afrenta?  
 Debes ser compasivo y generoso,  
 Por lo mismo que nadie tiene fuerza  
 Para dañarte, y esceptuando el hombre,

(1) Aunque en la primera página de este volumen se expresa que las producciones en él contenidas pertenecen al siglo XIX, y aunque ello es así, no hemos querido eliminar la presente fábula, obra notabilísima de un poeta guatemalteco que floreció á mediados del siglo pasado. Anticipamos igual advertencia acerca del ecuatoriano Ramón Viescas, también del siglo XVIII, cuya composición insertamos más adelante.



Todo á tu imperio fuerte se sujeta.

El León orgulloso aquí se enoja,  
Sus ojos encarnados centellean,  
La piel movable de su frente agita,  
Y sacude erizada la melena.

—¿Quién es, pregunta, quién, ese viviente  
Que resistir á mi pujanza pueda,  
Cuya sola mención ha acibarado  
Las palabras más dulces y halagüeñas?  
Con solo. . . —En este instante da un bramido  
Que estremece la gruta, el bosque atruena,  
Y el eco que repiten las montañas  
Por todo el horizonte se dispersa.

—El hombre,— dice la prudente madre,—  
Es animal de una mediana fuerza,  
Que la suele aumentar el ejercicio,  
Sin que á la tuya compararse pueda;  
Mas con sagacidad, industria y maña,  
Todo lo rinde, todo lo sujeta:  
Oprime el mar, se sirve de los vientos,  
Arranca las entrañas á la tierra,  
Y, lo que me horroriza al referirlo,  
El rayo ardiente á voluntad maneja.  
Y así, evita encontrarlo, huye, hijo mío,  
Acelerado corre á tu caverna:  
Es el hombre feroz con sus hermanos,  
Cómo no lo será con una fiera!—

—¿Qué yo me esconda?— dice,—he de buscarle  
Y en singular batalla aquel que venza  
Tendrá la primacia, no fundada  
En la opinión; fundada en la experiencia:  
Sé que temeridad y cobardía  
Son dos extremos que el valor detesta;  
Mas se deben probar todos los medios  
De conseguir una gloriosa empresa.

—La ardiente juventud te precipita,—  
 Le replica la madre,— no es prudencia  
 Buscarse por sí mismo la desgracia  
 Aunque es valor sufrirla cuando llega.  
 Entónces el Leon dice:—¿Haré alarde,  
 Pese á mí! de rendir la mansa oveja,  
 Que no pudiendo oscurecer mi gloria,  
 De mis garras es víctima indefensa?  
 Estoy determinado: no te canses  
 En oponer á mi pasión violenta  
 De la razón los débiles estorbos;  
 Ó me veas triunfante ó no me veas.

Dice, y al punto presuroso parte  
 Cuando la noche á descorrer empieza  
 El manto obscuro que hace majestuoso  
 El pálido esplendor de las estrellas.  
 Sin rumbo fijo, sin torcer el paso  
 Por el tupido bosque se abre senda,  
 Insensible á las puntas de las zarzas  
 Que le hacen obstinada resistencia.  
 Sale, por fin, al anchuroso campo,  
 Y en él un animal se le presenta  
 Que á los plateados visos de la luna  
 Con atención, más sin temor observa.

—Robusta es la cerviz,—dice;—en la frente  
 Tiene con sus adornos la defensa.  
 ¡Qué nerviosos los pies! que forcejudas  
 Deben ser esas manos corpulentas!  
 ¡Con cuánta impavidez, qué satisfecho  
 Yace creyendo que ninguno pueda  
 Tener atrevimiento de inquietarle,  
 Disputando con él la preeminencial

En tanto distraído tremolaba  
 La grande cola, que en las hojas secas,  
 Cae de los árboles vecinos,

Formaba extraño ruido, que amedrenta  
Al fatigado Buey que descansaba  
Para tomar de nuevo su tarea.

Perezoso se apoya en una mano,  
La otra después, con lentitud asienta,  
É impeliéndose al punto se levanta  
Dejando ver cual es su corpulencia.

Retirarse el León es cobardía;  
Hacerle frente peligrosa empresa,  
Cualquier extremo tiene precipicio;  
Mas después de un momento, delibera  
Que es preferible una gloriosa muerte  
Á una vida comprada con bajezas.  
Así determinado, se adelanta  
Escusando camino al que sospecha  
Ser el hombre á quien busca furibundo,  
Y horrible y denonado se presenta.

¿Tú eres,—le dice,—el hombre que presume  
Ser solo soberano de la tierra,  
Creyendo que su rango y primacía  
Todo animal, temblando, reverencia?—  
No—responde—¡ay de mí! no soy el hombre:  
Soy de los infelices que sujeta;  
Á quien por los más útiles servicios  
Da la más dura y vil correspondencia.  
Al punto que nací, mandó á mi madre  
Que mi alimento natural partiera  
Entre él y yo, y sólo á ciertas horas  
Tomaba hambriento la ordeñada teta.  
Después impuso á mi cerviz el yugo,  
Aun antes de cumplir tres primaveras,  
Para hacerme arrastrar enorme carga;  
Y si el peso y el sol me desalientan,  
En lugar de apiadarse, enfurecido,  
Con su aguijón me hiere sin clemencia.



Si en las sutiles cañas las espigas,  
Agitadas del aura balancean,  
Yo he preparado el delicioso cuadro  
Abriendo surcos en la dura tierra,  
Que con tanta abundancia le produce  
El grano cuyas pajas me presenta.  
¡Ay! cuando me envejezco en su servicio,  
De qué suerte corona mi carreral  
Después de maneatarne, á sangre fría  
Me da el golpe fatal: no le penetran  
Los gritos y clamores repetidos  
Que mis útiles obras le recuerdan.  
Mira sin conmoción correr la sangre;  
Y se sirven mis carnes en su mesa,  
Sin horror, como vianda delicada.  
Y pues esto del hombre te da idea,  
Toma este rumbo y apresura el paso  
Que yo debo tomar la parte opuesta,  
Porque si tú deseas encontrarle,  
Yo ápetezco y procuro no me vea.—

La fiera rencorosa estas palabras  
Escuchó con asombro, y no sospecha  
Que acaso el Buey será uno de los criados  
Que hablan mal de sus amos y exajeran  
Lo bien que sirven, y lo poco ó nada  
Que por ser fieles y oficiosos medran.  
Es su enemigo el hombre y esto basta  
Para creer las calumnias más groseras:  
Pues así le parece justifica  
El ódio que en su pecho reconcentra;  
Mas el taimado señaló aquel rumbo,  
Deseoso de acabar la conferencia,  
Y así le hizo vagar toda la noche  
Sin hallar cosa que á hombre se parezca.  
La aurora, en cuyos labios como rosas

Una sonrisa tímida se expresa,  
Escucha las pintadasavecillas  
Que con dulces gorgéos la celebran;  
En tanto el León descubre otro viviente  
Que al Buey en la estatura se asemeja.  
Á él dirige su marcha acelerado  
Y con tono insultante así que llega:

—Eh ¿tú eres el vil hombre? le pregunta;  
Pero aquel animal que airoso muestra  
Gallarda petulancia, noble orgullo,  
No le da tan de pronto la respuesta.  
Primero atentamente lo examina:  
En los pies se recarga; ambas orejas  
Hacia él dirige; y luego le responde:

—Del hombre á quien se rinde mi soberbia,  
Un criado soy que con placer le sirvo  
Tomando como más sus empresas.  
En sus largas jornadas le conduzco  
Puesto sobre mi lomo: con la espuela  
Me bate los ijares, y yo entonces  
Corriendo más veloz que una centella,  
Alcanzo á los rebeldes fugitivos  
Que no quieren estar á su obediencia.  
Si es demasiado mi fogoso empeño  
Con el freno al instante lo modera,  
Y con el mismo freno me prescribe  
El paso en que he de andar y por qué senda.  
¡Qué peligros arrostro por servirle!  
Cuando el clarín y los timbales suenan,  
Herizada la crín, hiriendo el suelo,  
Como sensible á la gloriosa empresa,  
Lejos de amedrantarme los horrores,  
Á mi señor advierto la impaciencia  
Con que deseo entrar con él en parte  
De los riesgos y afanes de la guerra.

Suena entonces de lejos un relincho,  
Y el caballo, al oírlo:—Aunque quisiera,  
Dijo, seguir hablando, me precisa  
Ir adonde me llaman con urgencia.

Luego volviendo las torneadas ancas,  
Con tal ímpetu emprende la carrera  
Que á la fiera en los ojos encendidos  
Con las patas arroja las arenas.  
Al León, no el dolor, sino el insulto  
Le es insufrible: de la acción violenta  
Jura vengarse, y para hacerlo pronto,  
Frota los ojos con las manos vueltas.  
Mas después que los abre, el veloz potro  
Ya no parece en la llanura inmensa.  
Sigue, no obstante, por el mismo rumbo  
Creyendo que se oculta en las hileras  
De unos frondosos árboles que mira;  
Mas pierde la esperanza cuando llega  
Al sitio majestuoso consagrado  
Al genio reflexivo. Las Napeas,  
Con el dedo en los labios, á los Faunos,  
Que avanzan por mirarlas más de cerca,  
Silencio imponen, y las blandas alas  
Zefiro con sorpresa mueve apenas.  
Duerme la ninfa de una clara fuente  
Que deja ver su reluciente arena:  
Después copia los suces de la orilla;  
Y más en lo profundo representa  
La perspectiva angusta de los cielos,  
Por la parte oriental que Febo incendia.  
¡Qué hermoso carmesí! ¡Qué franjas de oro!  
La avenida de luz por allá deja,  
Sobre un hermoso fondo azul celeste,  
Un jaspeado color de madre-perla.  
Al León este cuadro nada importa,



Siendo su celestial magnificencia  
Para aquel corazón bueno y sensible  
Que odio, envidia, venganza no envenenan.  
Trepaligero al sauce más antiguo:  
Mira por todas partes y no encuentra  
Por ninguna el objeto de sus iras;  
Pero siendo oportuno á sus ideas  
Aquel sitio, en el brazo más robusto  
Que hay en la rama principal se sienta.  
Ve desde allí venir hacia la fuente  
Un animal de poca corpulencia,  
Aunque muy bien formado, que clamando  
Con voz aguda su dolor expresa.  
Cuando llegó á distancia que podía  
El León escucharle. . . . ¡qué sorpresa!  
¡Qué accesos de furor! Habla del hombre,  
Á quien, como si oyéndole estuviera,  
Con el dulce entusiasmo del cariño  
Le dirige la voz de esta manera:

—¿Dónde, señor, estás que no me escuchas?  
De mi lealtad acaso no te acuerdas.  
¿Quién como yo te advierte los peligros  
Ó se expone á morir en tu defensa?  
Ningún criado te da mas testimonios  
De amor, de sumisión y de obediencia:  
Pues si las leves faltas me castigas  
No opongo á tu furor más que la queja.  
Lamiéndote la mano que me hiere,  
Y postrado á tus pies pido me vuelvas  
A tu amistad, y una mirada tuya,  
Golpes, desprecios, todo lo compensa.  
Si me mandas seguir alguna caza,  
¡Con qué empeño, qué celo, qué presteza,  
La persigo, la alcanzo y de ella triunfo!  
Mas sobrio te la entrego, sin que pueda

Mi integridad faltar aun en el caso  
 De que el hambre furiosa me acometa.  
 Cuando duermes, yo velo cuidadoso:  
 Rondo la casa por que no sorprenda  
 Algún extraño tan preciosa vida:  
 Muestro además mi celo en la defensa  
 De animales á quienes dañaría  
 Si el placer que te causan no advirtiera...  
 Mas por aquí el olfato... ciertamente...  
 Si, por aquí pasó, según la huella.

Decía el perro cliendo las pisadas  
 Que vió estampadas en la blanda tierra.  
 Sigue el rastro creyendo que ninguno  
 Nada de lo que dijo oír pudiera;  
 Y el enemigo lo escuchaba todo,  
 ¡Esas facilidades de la lengual

El León confundido no percibe  
 Qué magia, qué virtud el hombre tenga,  
 Pues que los animales más valientes  
 De grado se le rinden ó por fuerza.  
 Baja no obstante, y se encamina al sitio  
 En que el perro observó la humana huella.  
 Al llegar, cuidadoso la examina,  
 Y, viendo su tamaño, considera  
 Que excediendo á la suya en otro tanto,  
 Tendría su rival doble grandeza.  
 En traje de prudencia disfrazado  
 El pálido Temor, temblando llega,  
 Y tomar la espesura le persuade  
 Con el semblante, la actitud y señas.  
 Mas luego la Opinión inexorable,  
 Que tiraniza el globo de la tierra,  
 Con ojos torvos *Qué dirán!* le grita:  
 No dice más ni aguarda la respuesta.

Venid acá, censores inflexibles,



No aguardeis á que el éxito se vea  
 Para fallar en tono decisivo:  
 El León vuestro sabio juicio espera.  
 Cuando ya no le sirva, si es vencido,  
 Será locura proseguir la empresa;  
 Como si vence, debe ser cordura  
 No abandonar una victoria cierta.

Al León fatigado, que no sabe  
 Á donde encaminarse, ó qué hacer deba,  
 Un matorral espeso le convida,  
 Y en él, dudoso á descansar se interna,  
 Notando que allí puede sin ser visto  
 Observar cuanto pasa por de fuera.  
 El sueño le acomete; él se resiste  
 Y lo rechaza en fin cuando ve cerca  
 Un animal bien hecho, cuya mole  
 Sólo sobre sus pies mantiene recta.

—No arman sus manos, dice, corvas uñas;  
 Es adorno su pelo, no cubierta;  
 Calma y bondad anuncia su semblante;  
 Todo es blandura, gracias, inocencia.  
 En tu favor previenes, ser amable!  
 ¿Serás, dulce viviente, serás presa  
 Que esclavice y degrade el feroz hombre?  
 ¡No hará tal, que yo salgo á tu defensa!  
 Se levanta, se estira, se sacude,  
 Y se dirige al que auxiliar intenta;  
 Mas como ve su turbación, le dice:  
 —El hombre es á quien busco, nada temas.  
 —Pues bien, yo soy el hombre ¿qué buscabas?  
 Qué se ofrece?—le dijo con firmeza.  
 —Eres tú—le pregunta—eres el mismo?  
 —Sin duda soy el mismo—le contesta.  
 —Cómol exclama el León—tantas maldades  
 Ocultas con tan bellas apariencias?



—Dejemos—dijo el hombre—los insultos  
 Que irritan, aunque propios de una bestia;  
 Y así para evitar contestaciones  
 Puedes volver al bosque y yo á la aldea.  
 —No—responde el León—no nos iremos;  
 Hoy mismo quiero ver por experiencia  
 Si acaso eres conmigo tan valiente  
 Como tirano con las otras bestias.

Pone el hombre en tortura su discurso  
 Por que le suministre alguna treta;  
 Mas la presencia de ánimo no pierde,  
 Que es lo que en tales casos aprovecha.  
 —Mira—dijo al León—siempre la fama . . . .  
 Ya se ve, es imposible que uno pueda  
 Á todos contentar. Mas no me opongo:  
 Estoy conforme con lo que tú quieras;  
 Pero antes que riñamos, es preciso  
 Hacer para mi casa un haz de leña.  
 Porque si tú me vences, ya eso menos  
 Tendrá que hacer mi débil compañera;  
 Cuando no, quedaré debilitado,  
 Porque no hay enemigo que no ofenda.

El León no advertía que en un tronco,  
 Cuyas profundas raices lo sustentan,  
 Y que tenía cerca su enemigo,  
 Una hacha muy pesada estaba puesta.

Tomóla pues el hombre, y allí mismo  
 La clavó con tal ímpetu y violencia  
 Que bien se percibió crugir el tronco,  
 Vibrar el aire, retemblar la tierra.  
 Después con tono impávido le dice:

—Si apeteces cuanto antes la contienda,  
 Ven á ayudarme á dividir el tronco.—  
 El León, que reñir á punto lleva:  
 —Cómo quieres—pregunta—que te ayude?  
 Y el hombre contestó:—De esta manera.

Y atrás doblando un pie, sobre sí tira  
El extremo del mástil con gran fuerza;  
El un lado de la hacha fué el apoyo;  
Con el otro venció la resistencia  
Del tronco haciendo en él una abertura,  
Y pujando le dice:—Con presteza  
Agarra la hendidura... que me canso...  
Tira luego por esa parte opuesta  
Con valor... ahora... fuerte. Y el incauto  
Mete las manos hasta las muñecas  
Para abrir más el tronco; pero el hombre  
Soltando la palanca, preso deja  
Á su rival, que brama de coraje  
Y del dolor que le hace ver estrellas.

Entonces con irónica sonrisa  
Le decía:—Verás por experiencia  
Si acaso soy contigo tan valiente  
Como tirano con las otras bestias.  
¡Rebeldel á palos domaré tu orgullo,  
Y, amarrado después con fuerte cuerda,  
Te llevaré arrastrando por las calles  
Para que en la horca deshonrado mueras.

Tanto el tormento de la mordedura  
Como lo doloroso de la afrenta,  
Angustian al León: pierde el sentido,  
Se desmaya inclinando la cabeza  
Contra el pérfido tronco; mas volviendo  
En sí otra vez, le dice:—¡Hombre! respeta  
Los decretos del cielo en la desgracia  
Que hacer mayor pretendes con la afrenta.  
Si acaso te es tan dulce la venganza,  
Tienes tú mano armada, y yo cabeza;  
Hiere al que ingenuamente reconoce  
Que á todo es superior tu inteligencia.  
—No—dijo el hombre entonces—vive honrado.

Y al mismo tiempo fácilmente suelta  
 Al vencido León, y sigue hablando:  
 Mucha gloria es vencerte, noble fiera;  
 Mas sin comparación es más glorioso  
 El triunfo celestial de la clemencial

FR. MATÍAS CÓRDOBA.

(Guatemateco)

**Fragmento de El reloj.**

(*Tradiciones de Guatemala*).

Era por aquel tiempo alférez real  
 De la *Noble Ciudad de Goathemala*,  
 Don Cornelio Peléznez de Cabral,  
 Bajo cuyo apellido le señala  
 Un viejo cronicón municipal;  
 Mas él dejó el Peléznez por la mala  
 Pronunciación que daba muchas veces,  
 Ocasión á llamarle Pelanueces.

Por tanto conservó el apelativo  
 De Cabral, sin Peléznez, liso y llano:  
 Era chico de cuerpo, de ojo vivo,  
 De carácter tal cual: algo liviano,  
 Un poco tonto, un poco vengativo,  
 Un poco sinvergüenza, un poco vano,  
 Un poco falso, adulador completo,  
 Por lo demás, bellísimo sujeto.

Sólo si le tachaban una cosa,  
 Que era el ser muy judío, muy avaro,  
 Escepto, sin embargo, con su esposa,



Que siendo una mujer de ingenio raro,  
Joven, alegre, antojadiza, hermosa,  
Y con mil cualidades, era claro  
Que hacía de Cabral cuanto quería,  
Y hasta la bolsa, á su pesar, le abría.

Doña Clara, además de su hermosura,  
(Porque este era su nombre: doña Clara),  
Que en verdad parecía una pintura,  
Tenía un cierto no sé qué en la cara  
Y una cierta expresión en la figura,  
Que el más hábil pintor no la pintara,  
Y un mirar, y un reir con un salero  
Capaz de volver loco al mundo entero.

Sobre su pie brevísimo y pulido  
Que apenas al andar dejaba huellas,  
Al ondular las faldas del vestido  
Podíanse entrever sus formas bellas:  
La encarnadura, el torno, el colorido  
Que adivinaba el pensamiento en ellas,  
Contrastaban lo fino, lo gracioso,  
De su talle flexible y voluptuoso.

Además, al tocar el forte piano,  
Si no igualaba á Adán en la destreza,  
Le excedía en lo lindo de la mano  
Y en llevar el compás con la cabeza:  
Su voz era un dulcísimo soprano;  
Ni diré que cantaba con limpieza,  
Mas si algún desentono cometía,  
Su buena dentadura lo suplía.

Aunque de fierro, aunque de mármol fuera,  
¿Dónde encontrar un corazón tan frío  
Que á tantas cualidades resistiera?

Seguro está que no sería el mío;  
Y si tan arrogante alguno hubiera  
Que quisiese aceptar el desafío,  
En mirando bailar á doña Clara  
Las orejas apuesto á que la amara.

Don Alejo la vió y un cierto fuego  
De nueva calidad sintió en el alma,  
Desazón, inquietud, desasosiego,  
Que le robaban su primera calma:  
Bien habría querido desde luego  
Añadir á las otras esa palma,  
Grabar en su blasón esa conquista,  
Ese nombre agregar á aquella lista.

Mas no era fácil semejante empresa  
Con mujer tan presuada y orgullosa,  
Que se tenía en más que una princesa  
Y tenía más humos que una diosa:  
Mujer que su virtud guardaba ilesa  
Por vanidad y no por otra cosa;  
Ni este orgullo sálfae á la cara,  
Que ántes era un almibar doña Clara.

Por eso don Alejo el atrevido,  
El audaz don Alejo vacilaba,  
Que nunca había cosa tal sentido  
Como la que esta bella le inspiraba.  
Por más planes que hubiese concebido,  
Así que en su presencia se encontraba  
Todo el plan se cambiaba en un enredo,  
En duda, amor, placer, valor y miedo.

Si doña Clara al punto echó de ver  
Esta pasión, no lo sabré decir;  
Pues nada sé de astucias de mujer,

Ni aventuro sobre ellas mi sentir.  
Mucho menos alcanzo á comprender  
En qué diablos podfa consistir  
Que se viesen á tarde y á mañana  
Él en su calle y ella en su ventana.

Pasaba don Alejo y revolvía  
Y volvía á pasar y la miraba,  
Y ella ni á un advertirlo parecía  
Si no cuando al pasar la saludaba.  
Entonces al saludo respondía;  
Mas nada en sus maneras demostraba  
Que le diese importancia á tal cortejo,  
De que se daba al diablo don Alejo.

En esta situación, en este empeño  
El tiempo se pasaba, y el amante  
Iba perdiendo el apetito, el sueño  
Y la antigua alegría del semblante.  
Á la luz de los ojos de su dueño  
Ardía el infeliz solicitante  
Rondando en torno de la bella dama  
Cual mariposa en torno de la llama.

¿De cuándo acá tan tímido y cobarde?  
Se decía á sí mismo con despecho:  
¿Por qué ocultar las llamas en que arde  
Callado el corazón dentro del pecho?  
Tengo de hablar, y si he de hacerlo tarde  
Mejor será temprano. Dicho y hecho:  
Á la primera vez que la vió sola  
Acercóse á la reja y saludóla.

Don Alejo, en sus mientes cavilando,  
Lindas frases había prevenido  
Para decir su amor en tono blando,



Patético, elecuento y comedido  
 Cual convenfa al caso; pero cuando  
 Vió faz á faz al dueño apetecido,  
 Sin poder proferir un solo acento  
 Perdió el color y le faltó el aliento.

Como aquel que al saltar un ancho foso  
 Midiendo la distancia se prepara,  
 Y toma espacio y lánzase animoso,  
 Y corre al borde, y súbito se para  
 Arredrado del salto peligroso:  
 Del mismo modo, al ver á doña Clara  
 Arrugar el hermoso sobrecejo,  
 Se quedó como estatua don Alejo.

Y ella viendo pintado su desmayo  
 En la cara angustiada que tenfa,  
 Que herido parecía estar del rayo,  
 Tomó un aire de trisca é ironfa;  
 Y su rostro inclinando de soslayo,  
 Le dijo con maligna cortesfa  
 Y risa entre burlona y desdenosa:  
 «¡Iba usted á decirme alguna cosa?»

«Mal la mujer conoce quien presume,  
 «Á fuerza de suspiros obligarla;  
 «En vano se desvive y se consume  
 «En su necia pasión sin explicarla.  
 «*Valor, audacia:* en esto se resume  
 «La ciencia del amor y el resto es charla.»  
 Mas no penseis que esta sentencia es mía:  
 La digo porque Byron la decía,

«Cuando alzó don Alejo la cabeza  
 Para reconvenir á la inhumana  
 Por su feo desdén y su crudeza,

Mano á mano se halló con la ventana.  
 Atónito, corrido, en su fiereza  
 Clamaba á Lucifer con furia insana,  
 Y al marcharse tirándose del pelo  
 Oyó una carcajada: ¡qué consuelo!

No bien llegó á su casa el desdichado,  
 De infanda saña el corazón henchido,  
 Que se echó en su sillón desesperado,  
 Descompuesto el cabello y el vestido;  
 Y luego levántose endemoniado,  
 Y exhalando un sordísimo gemido,  
 Se puso á pasear como demente  
 Pronunciando el monólogo siguiente:

«Lengua de Barrabás que en los pasados  
 Tiempos, para mentir falsos amores  
 Veloz en gabinetes y en estrados  
 Parecías redoble de tambores,  
 Á manera de ciertos diputados  
 Que quisieran pasar por oradores:  
 ¿Cómo diablos ¡oh lengua! enmudeciste  
 Hoy que decir una verdad quisiste?»

Hizo una breve pausa, y levantando  
 La voz, como cantor en un *crescendo*  
 Que comienza en acento sordo y blando  
 Y progresivamente va subiendo,  
 Apostrofó á su ingrata declamando  
 Versos de Shakespeare; más traduciendo  
 Con la fidelidad con que interpreta  
 Cierta arenga de un belga la gaceta.

«Á woman sometimes scorns what best contents her,»  
 Fue el testo que tomó: testo que quiere  
 Decir que algunas veces la mujer

Hace burla de aquello que prefiere:  
 Y que lo que más finge aborrecer  
 Es lo mismo tal vez por que se muere;  
 Ni de su burla hay que asustarse tanto,  
 Que lo que empieza en *risa* acaba en *llanto*.

Todo esto no lo dice sólo el testo,  
 Ni hay idioma en el mundo tan lacónico  
 Que pueda en un renglón decir todo esto,  
 Inclusos el romano y el teutónico.  
 Mas los últimos versos son del resto  
 De un discurso satírico y sardónico  
 Que dice, no me acuerdo qué persona,  
 Del Drama «Los hidalgos de Verona».

Y prosiguió: mujer, yo te aborrezco!  
 Mujer falaz, artificiosa, ingrata!  
 Al escuchar tu nombre me enfurezco  
 Porque es tu nombre tósigo que mata!  
 Yo no quiero tu amor: yo no apetezco  
 Tu corrompido corazón de plata  
 Que solo vibra al retintín del oro!  
 Mujer . . . ¡maldita seas! . . . yo te adoro . . .

Yo te adoro . . . es decir, á pesar mío:  
 Te aborrezco y te adoro juntamente,  
 Como se juntan el calor y el frío  
 En el sudor glacial que arde mi frente:  
 Yo perdonara tu desdén impío;  
 Mas antes me arrojara en un torrente  
 Que perdonarte tu sangrienta mofa!  
 (Es algo metafísica esta estrofa.)

Dijo luego entre dientes otras cosas  
 De manera que apéna se entendían  
 Sino algunas palabras injuriosas



Que acaso sin querer se le salían:  
 Como *necias... coquetas... veleidosas....*  
 Y otras que bien presumo cual serían;  
 Ya se ve, don Alejo estaba loco;  
 Pero se fue calmando poco á poco.

¡Oh amor.... (este episodio es excelente,  
 El verso es suelto, fácil, bien hilado,  
 Y corre como el agua de una fuente).  
 ¡Oh amor.... (y buen trabajo me ha costado).  
 ¡Oh amor inconcebible, inconsecuente,  
 ¿Qué nombre te daré? (poned cuidado)  
 Si á veces más que amor pareces odio?  
 (Arrogante principio de episodio!)

¿Qué es el amor? Es un sublime arcano,  
 Símbolo del misterio de la vida.  
 ¿Qué es el amor? Es un capricho vano,  
 Un simple antojo, una ilusión fingida.  
 ¿Qué es el amor? Es un delirio insano  
 Que róe una existencia maldecida.  
 No hay del amor definición correcta  
 Y la da cual según su secta.

Preguntad á Platón: en su sistema  
 Es el amor un sentimiento puro,  
 Una llama invisible que no quema,  
 Y qué se yo—La escuela de Epicuro  
 Niega la esencia de esta unión suprema  
 Y nos pinta el amor carnal, impuro;  
 Aunque no fue Epicuro tan sensual,  
 Mas Aristipo lo entendió muy mal.

De unos y otros siguiendo la doctrina  
 Funda Rouseau la suya en la pureza  
 Del amor de Platón, al cual se inclina,

Y cree que por exceso de flaqueza  
 Tenemos que ceder á la rutina  
 De nuestra material naturaleza;  
 Mas que, aplacado un tanto este incentivo,  
 Vuela el alma al amor contemplativo.

Entre tantas escuelas y secciones  
 Sobre esta gran cuestión de *Erolojía*,  
 En que están divididos los campeones  
 De la moral y la filosofía,  
 Y entre este laberinto de opiniones,  
 La que prefiero á todas es la mía:  
 Y pues viene de perlas, os haré  
 Una sincera profesión de fe.

Yo creo en el amor *sentimental*  
 Y creo en la *amistad del corazón*,  
 Y en el *gusto*, también, *condicional*  
 De Rouseau, de Voltaire, de Richardsón,  
 (Con acento en la sílaba final):  
 Creo en la *simpatía*, en la *atracción*  
 De la filosofía de Rousel,  
 Y si otro amor hubiere, creo en él.

Creo también (lo digo con verdad)  
 En el desinterés de la mujer,  
 En su fina, y constante lealtad,  
 En su modo sublime de querer:  
 La mujer es un ángel de bondad  
 Incapaz de engañar ó de ofender:  
 Ni tiene gracia que lo diga yo,  
 Ellas mismas dirán si es cierto ó no.

Yo conozco sus prendas; pero al cabo  
 Vale más el callar, porque no gusto  
 De que puedan pensar que las alabo

Por mi propio interés: lo justo, justo;  
Ni acostumbro adular con menoscabo  
De la verdad, ni empleo el tono adusto  
Ó el estilo dogmático de un viejo. . . .  
Entretanto ¿qué hacía don Alejo?

Lo que entretanto don Alejo hacía  
Era estar recostado en un escaño  
Rendido á su dolor ¡quizá dormía!  
¿Vosotras lo extrañáis? yo no lo extraño.  
Si una pena durase todo un día  
Tan cruda como empieza, haría un año  
Que no saliera un verso pareado  
De mi cráneo vacío y oradado.

Dejémosle dormir enhorabuena,  
Que el sueño si no cura al desgraciado,  
Alíviale, á lo menos, de su pena;  
Á lo menos da tregua á su cuidado;  
Duerme el cautivo atado á su cadena,  
Duerme junto á sus armas el soldado,  
Duerme el piloto al pie del gobernalle,  
Y duermen los serenos en la calle

Duerman en paz, en paz mi cuento sigo:  
Apenas despertó de su letargo  
Un poco sosegado nuestro amigo  
De su gran pesadumbre, sin embargo  
De no estarlo del todo; como digo,  
Viéndose en el escaño largo á largo,  
Tendió los brazos y estiró el pescuezo  
Exhalando un suspiro y un bostezo.

También yo bostezara si tuviera  
De seguirle en su historia paso á paso  
Sin omitir ninguna fríolera;



No la habría emprendido en ese caso:  
 Un buen pintor que pinta una pradera  
 Dibuja al sol cayendo en el ocaso  
 Y al ganado paciendo en la verdura;  
 Mas no llena su cuadro con basura.

Baste, pues, el decir, «que recobrado,  
 Y del primer terror convalecido»  
 Tornó á su galanteo acostumbrado  
 Olvidando el desaire recibido.  
 (Esto se llama estar enamorado):  
 Ni desistió jamás de este partido  
 Aunque vió ser su diligencia vana  
 Pues siempre hallaba sola la ventana.

JOSÉ BATRES MONTÚFAR

(Guatemalteco)

---

**Fragmento de El reloj.**

(*Tradiciones de Guatemala*).

El de noviembre es clásico en la historia  
 Del reyno de Utatlan (hoy Guatemala)  
 Por la recordación de una victoria  
 Que en unión de los indios de Tlaxcala  
 Aquel héroe ganó: y en su memoria  
 Se hacía en este mes con pompa y gala  
 Un militar paseo, en la vigilia  
 Del día veinte y dos—Santa Cecilia.

Llegado, pues, aquel famoso día  
 En el año que vamos refiriendo,

Comenzó la función como solía  
Al són de las campanas y al estruendo  
De dos piezas ó tres de artillería . . . . .  
Ó fuese de arcabuces: no pretendo  
Que se me preste fe sobre este punto,  
Mas las salvas importan á mi asunto.

De gentes se cuajaron las esquinas,  
De damas se adornaron los balcones,  
Colgáronse los muros de cortinas,  
Se alegraron las calles con festones,  
Armáronse pependencias, tremolinas,  
Corrillos, carcajadas, estrujones,  
Pañuelos y sortijas se perdieron,  
Y muchachas también . . . pero volvieron . . .

Al són de chirimías y atabales  
Los de Tlaxcala claros descendientes,  
Llevando á cuestras arcos triunfales,  
La marcha precedían diligentes.  
Bellas plumas de pavos y quezales  
Coronaban los arcos relucientes,  
Y otros indios vestidos de soldados  
Los custodiaban de arcabuz armados.

Á caballo seguía la nobleza  
En unión del ilustre Ayuntamiento,  
Ostentando su brillo y gentileza  
En selecto y lucido regimiento.  
Cada corcel llevaba en la cabeza  
Un penacho ó florón: el paramento  
Era de plata y oro, y enrizadas  
La cola y crin con cintas enlazadas.

Cerraba la brillante cabalgata  
La Audiencia y la real Chancillería,

También bordado el traje de oro y plata  
 Más vistoso que el sol á medio día.  
 Vestido el Presidente de escarlata  
 Con más ostentación que un rey venía,  
 Trayendo á la derecha en su bridón  
 Al Alferez real con el pendón.

Por último venía paso á paso  
 El cuerpo provincial de los dragones,  
 De disciplina y de valor escaso,  
 En caballos muy flacos y trotones.  
 Al són de un mal tambor, sin hacer caso  
 De guardar formación, por pelotones,  
 Con mucha gravedad y muy despacio  
 Venía encaminándose á Palacio,

Cuyo balcón estaba rebozando  
 De damas y señores de gran cuenta,  
 El egregio paseo contemplando  
 Junto con la señora Presidenta.  
 Al ir los caballeros desfilando,  
 La excelsa multitud estaba atenta  
 (La llamo excelsa porque estaba en alto)  
 Viendo cada corveta y cada salto.

Pasó el primero don Martín Lamprea  
 Muy estirado en una yegua baya;  
 Tras él don Juan Gonorreitigorrea,  
 Natural de Pasajes, en Viscaya.  
 Seguíanles don Sancho Bocafea,  
 Don Luis Terraza, don Andres Malhaya,  
 Don Blas Cabral y don Manuel Cornada,  
 Hombre de una nariz desaforada.

Venía don Crisóstomo Zamporda  
 En un caballo negro salpicado:



Don Bruno Rueda en una yegua torda  
Le seguía torciéndose de lado.  
Cerca de él don Gregorio Panzagorda  
Hundía el lomo de un rocín melado,  
Y el de un overo don José Portilla,  
Agarrado del pico de la silla.

En un zaino de trote furibundo  
Don Tonino Lenguaza atrás venía:  
El hombre más chismoso de este mundo  
Y el más cobarde que en el reino había.  
Don Julio Mier iba á su lado, oriundo  
De Carmona, ciudad de Andalucía,  
Y con ellos don Marcos Brahamonde,  
Corregidor que fué de no sé donde.

Á estos seguía Don Julián Moncada,  
Teniente coronel, mayor de plaza;  
Mayordomo mayor de la Cruzada  
Y tercero del Carmen, dando traza  
De alcanzar á Don Cosme de Valnada  
Que montaba un bridón de buena raza,  
Y á don Justo Pastilla, que en su potro  
Con un estribo va más largo que otro.

No quiero fastidiar con los demás,  
Como los Garrafuerte, los Gallín,  
Los Peladas, los Moscas, los Reiyás,  
Los Trampeas, en número sin fin,  
Todos con sus lacayos por detrás  
Puesta la mano en la anca del rocín;  
Mas ¿quién son esas damas que los miran  
Desde el balcón, y viéndolos suspiran?

La Presidenta doña Petra Almonda  
Era la principal, y su sobrina

Doña Lucía, natural de Ronda,  
Muy salada gitana y muy ladina.  
Doña Isabel Sinnóes, linda y blonda,  
Doña Inés Tresamantes de Pesquina  
Y doña Cruz Malpara de Pezado,  
Les hacían la corte á cada lado.

Prendida la mantilla con hilvanes,  
Muy mirlada en su silla, se seguía  
Doña Coronación de Cienfustanes:  
Después doña Tomasa de Maldía  
Guiñando el ojo á todos los galanes;  
Luego doña Joaquina Cararpía  
Con el rostro muy seco y afligido,  
Por la muerte del séptimo marido.

Estaba allí doña Rosita Alpaca,  
Cuñada de un oidor de campanillas,  
Y doña Dorotea Tomaidaca  
Que cantaba muy bien las seguidillas.  
También doña Ana Espín, señora flaca  
Empeñada en cubrir las pantorrillas  
De doña Engracia Ordéz, señora gorda  
Que á la solicitud se hacía sorda.

Doña Clara Roblete, por supuesto,  
Á todas excedía en hermosura,  
En tez, en cara, en talle y en el resto,  
Y en el traje también, cuya pintura  
Haría si pudiera; mas sobre esto  
Nada sé, ni de frases de costura;  
¿Qué entiendo yo de nesgas, lazos, golas,  
Bebederos, jaretas ni escarolas?

Estas y otras bellezas sobrehumanas,  
El mirador magnífico cubriendo

Parecían hurfes y sultanas  
Que un bazar estuviesen presidiendo.  
Gordas y flacas, jóvenes y ancianas  
En silencio ¡oh prodigio! estaban viendo  
Pasar los caballeros, como digo,  
Cual si fuese el ejército enemigo.

Derrepente un clamor estrepitoso  
Se oyó rodar entre las damas bellas,  
Y un volver las cabezas, y un ansioso  
Mirar al mismo lado todas ellas.  
Así al ver algún cuerpo luminoso  
El campo atravesar de las estrellas  
Todos para mirarlo se voltean,  
Y á la vez dicen todos «vean! vean!»

¡Allá vienel! ¡allá vienel! ¡qué galán!  
Don Alejo es aquel que se adelanta!  
¡Allá viene montado en su alazán!  
Qué planta de animal! qué hermosa planta!  
Estas palabras circulando van,  
Y el eco del rumor que se levanta  
Va á repetir en su último reflejo:  
Aquel es. . . . allá viene. . . don Alejo!

En esto despuntaba por la plaza  
Más que Orlando gallardo el caballero,  
No cubierto de casco ni coraza,  
Sino de una casaca y un sombrero.  
Ni llevaba montante, lanza ó maza,  
Ni pulido broquel de duro acero,  
Mas un estoque armado en pedrería  
Que del dorado cinturón pendía.

Eran de raso blanco los calzones  
Llegándole no más que á las rodillas,



Cubiertas las costuras con galones  
Y sujetos al cuerpo con hevillas.  
No diré que alcanzase á los talones  
La casaca, mas si á las pantorrillas;  
De seda de Milán color de perla  
Y bordada que daba gusto verla.

La larga chupa al muslo descendía  
De igual color y de las mismas telas,  
Y una y otra cartera guarnecía  
Un hermoso alamar de lentejuelas.  
Por su brillo tal vez se juzgaría  
Que llevaba en los muslos escarcelas;  
Era el ropaje, en fin, de los mas ricos,  
Así como el sombrero de tres picos.

Tenía el alazán la frente blanca,  
Ancha nariz, cabeza breve y cuello,  
Largo y delgado ijar, redonda el anca,  
Robusto pecho, liberal resuello,  
Rasgado el ojo, la mirada franca,  
El brazo negro, levantado, bello,  
Que en tierra estampa el casco desdeñoso  
Como quien pisa el cráneo de un chismoso.

En el aire flotando su copete  
Iba el corcel erguido como un gallo;  
Y su dueño estirado del jarrete  
Parecía sultán en su serrallo.  
Las mujeres miraban al jinete  
Y los hombres miraban al caballo:  
Al par iba el rocín que el dueño ufano,  
Con fundamento igual para ser vano.

Al dar frente al balcón, con algazara  
Saludóle aquel círculo festivo,

Y en medio del bullicio, doña Clara  
Haciendo un ademán no poco esquivo,  
Decirles parecía con la cara:  
«Ese sultán que veis es mi cautivo,»  
Señal de que sentía allá en su pecho  
Cierta placer de orgullo satisfecho.

El desdeñado amante, con deseos  
De ostentar más y más su gallardía,  
Caracoles haciendo y escarcéos,  
Delante de las damas se lucía.  
Estando en estos saltos y paseos  
Su salva disparó la artillería. . . .  
(Por eso hablé de salvas; mas ahora,  
Si quereis, suprimidlas en buena hora.)

Al estallido los caballos fieros  
Parecían demonios desatados,  
Arrojando de sí á los caballeros  
Sobre los circunstantes apiñados:  
Volaron espadines y sombreros  
Y volaron también por todos lados  
Unas cuantas polvíferas pelucas  
Dando á luz los secretos de las nucas.

Aunque se hacía el alazan pedazos,  
Guardaba don Alejo los arzones  
Hasta que al repetir los cañonazos,  
No pudiendo sufrir los empellones,  
Soltó las riendas y alargó los brazos;  
Y mostrando el revés de sus calzones,  
Cayó haciendo á la noble concurrencia  
Una inversa y profunda reverencia.

Muy lejos de burlar al caballero  
Por aquella ridícula aventura,

Decían: qué valiente! qué ligero!  
 ¡Con qué gracia se cael qué soltura!  
 El aura popùlar con un guerrero  
 Hace siempre lo mismo y trasfigura  
 Cualquier ardid que le sugiere el miedo  
 En estratègia, en tàctica, en denuedo.

Don Alejo cayó! de su caída  
 Aizóse con más gloria, maspreciado:  
 Las mujeres temblaron por su vida,  
 Su reloj á los hombres dió cuidado;  
 La misma doña Clara conmovida,  
 Juzgándole en las piedras estrellado,  
 Tan pàlida se puso, que cualquiera,  
 Viéndola así, su novia la creyera.

De suerte que las damas lo notaron  
 Y afectando interés y simpatía  
 La causa del pavor le preguntaron;  
 Mas ella ¡mi marido! les decía;  
 Hacia Cabral entonces se tornaron  
 Y viendo que el caballo le cernía,  
 Exclamó á carcajadas la asamblea:  
 ¡Vean cual Pelanueces bambolea!

Juzga así el mundo. .etcétera (con esta  
 Dos etcéteras van). La blanca lumbre  
 De la luna bañaba la alta cresta  
 Del monte, y la aureola de su cumbre  
 Se empezaba á teñir cuando la fiesta  
 Dió fin con el refresco de costumbre  
 En casa del alférez, donde os ruego  
 Me permitáis llevaros desde luego.

Por no cansar no pasará revista  
 Á los helados, vinos y licores.



Ni haré la larga y dilatada lista  
De los variados dulces y las flores  
Que el olfato halagaban y la vista  
Con su grato perfume y sus colores;  
Ni de cuanta invención el arte engendra,  
Como las ricas tártaras de almendra.

Cubiertas de brillantes perendengues  
Cien beldades (es número hiperbólico)  
Digerían linsojas y merengues  
Con aire indiferente y melancólico.  
No harían más melindres y más dengues.  
Al tomar el brebaje más diabólico  
Que los que á vista del sorbete hacían;  
Pero ¿cómo ha de ser? se lo bebían.

Cerca de doña Clara colocados,  
Hartos de limonada y de rosquillas,  
Dos señores estaban reclinados  
Contra los espaldares de sus sillas,  
Hablando de cosechas, de ganados,  
Del precio del cacao en las Antillas,  
De las noticias últimas de España  
Y del conflicto de la Gran Bretaña.

El más mozo decía: «Estoy seguro  
Porque á mi me lo escriben de Valencia,  
De que estalló la guerra.» El más maduro  
Preguntóle: «Y qué dice su Excelencia?  
Es regular que en semejante apuro  
Dictará alguna seria providencia» . . . .  
—Tomal dispuso ya las necesarias,  
Como son rogativas y plegarias.»

—Y de Asturias qué escriben ¿será cierto  
Que se vá don Alejo en el verano?

—Dicen que sí: le llama don Roberto  
Á recibir las minas del hermano. . . .  
Oyendo doña Clara aquel acerto  
Dejó caer el vaso de la mano,  
El cual dando al más viejo en las rodillas,  
Fué rodando á sus pies á hacerse astillas.

El vaso! el va. . .clamó Cabral ansioso,  
Mas viendo el ceño á su mujer al paso,  
Concluyó con un gesto lastimoso  
Sin acabar de repetir «el vaso».  
Por enmendar el yerro de su esposo  
Y corrida la dama del fracaso,  
Díjole, dominando su sorpresa,  
«Conduce á estos señores á la mesa».

No andaba don Alejo tan remoto  
De la escena del cuádruplo cóngreso,  
Que no viese muy bien el vaso roto  
Y el cómo y el por qué de aquel suceso:  
Y vió la necedad y el alboroto  
Que metió don Cornelio, y que por eso  
Á refrescar le dijo doña Clara  
Que á entrambos caballeros se llevara.

Acercósele entonces el amante  
Con el valor que le faltó primero,  
Leyendo su ventura en el semblante  
Hora tan blando y antes tan severo;  
Y en voz le dijo tierna y suplicante:  
«No sabe usted lo mucho que la quiero,  
«Por Dios no esconda tan hermosa cara,  
«Clara! mi dulce, mi querida Clara!»

Ella más colorada que un celaje,  
Encendidos y lánguidos los ojos

Respondióle en suavísimo lenguaje  
No sé qué de peligros y de arrojos,  
Del susto del caballo y del viaje:  
Todo entre mil sonrisas y sonrojos,  
Con abandono tal y tal gracejo  
Que se quedaba absorto don Alejo.

Esta manera de decir su amor  
Parecerá trivial, pero no importa:  
Yo digo como César: la mejor  
Es la menos pensada y la más corta:  
Ni es posible otra cosa en el ardor  
De una declaración que el alma aborta  
En vértigo febril, que en su agonía  
El corazón al corazón envía.

Por lo demás, es esta mi manera,  
Y acaso dos ó tres de mis lectoras  
Podrían recordarla si no fuera  
Porque piensan en otras á estas horas.  
El éxito (compruébelo el que quiera)  
Excede al de las frases más sonoras  
Que anticipado el ánimo prepara,  
Díganlo don Alejo y doña Clara.

Dulce, como resbala de la fuente  
El cristal entre márgenes de flores,  
El tiempo resbalaba su corriente  
Sobre nuestros ternísimos actores.  
No quiero yo decir que enteramente  
Tuviesen ajustados sus amores:  
¿Dónde está la mujer tan sin orgullo,  
Que dé los brazos al primer arrullo?

En confuso rumor los caballeros  
Andaban ya buscando por las sillas



Látigos, abanicos y sombreros,  
Y las damas prendiendo sus mantillas,  
Y los criados llamando á los cocheros,  
Y dan Cornelio dando zancadillas  
Por hacer reverencias sempiternas  
Con la espada enredada entre las piernas.

Las señoras en pie para marcharse  
Con abrazos sin fin se despedían,  
Todas hablando juntas, sin curarse  
De lo que mutuamente se decían,  
Grato rumor que puede compararse  
Al que presumo ya que formarían,  
Por sonoras, por fuertes y por largas  
De Waterloo las últimas descargas.

Mas, en fin, una á una iban saliendo  
Llevando cada cual su cucurucho  
De los mejores dulces, y comiendo,  
Y sobre todo platicando mucho.  
Los caballeros íbanles siguiendo  
Como sigue á la garza el aguilucho,  
Y en los jacos montaban los lacayos  
Que partían veloces como rayos.

Fuerza fué, pues, á nuestros dos amantes  
Dejar sus dulces diálogos pendientes,  
Resueltos á seguirlos cuanto antes  
Y diciendo ternezas entre dientes.  
Por equivocación trocaron guantes  
(Acaso no serían diferentes)  
Y al protector estruendo de los coches  
Se dieron las postreras buenas noches.

Á dormir! á dormir! que estoy cansado  
Le dijo á doña Clara su marido

Cuando quedaron solos—¿Qué hora ha dado?  
—Las nueve—¡Con razón! Tremenda ha sido  
La jornada.... y el gasto.... demasiado,  
Y mañana el almuerzo.... ¡estoy lucido!  
¿No vienes á acostarte? ¿qué horas son  
Por el reloj?—Las nueve—Con razón!

Diez minutos después, Cabral dormía  
Y al lado suyo su mujer velaba;  
Así dió fin la fiesta de aquel día  
Que tanto en la ciudad se celebraba;  
El día veinte y dos se repetía  
La misma operación y se almorzaba  
En casa del Alférez, y acabado  
Volvía todo á su normal estado.

JOSE BATRES Y MONTÚFAR.

---

### La garza.

¡Oh tú de la onda immaculado lirio,  
Melancólica reina del estanque,  
Tan silenciosa, tan inmoble y límpida,  
Cual si te hubiesen cincelado en jaspel.

El destino á tus playas solitarias  
Condújome tal vez porque te cante,  
Y mústio como tú, cual tú infelice,  
Yo de cantarte hé mísero vate:

Ora te mire en la serena orilla,  
De mansedumbre y de dolor imagen,

Plegado al pecho el serpentino cuello,  
Y el pico entre los límpidos cristales:

Ora remando en compasado vuelo  
Cual blanca navecilla de los aires,  
El céfiro agitando con tus alas  
Como á la onda los remos de la nave;

Ora en las ramas del ciprés oscuro,  
Á la hada entre las sombras semejante,  
Vengas á oír en soledad sombría  
Los últimos murmullos de la tarde.

Sí: yo te canto, límpida garzota,  
Espléndida azucena de las aves,  
Más bella que la espuma del torrente  
Que del peñasco borbollando cae;

Rival de la paloma sin mancilla,  
Más pura que la nieve deslumbrante,  
Émula silenciosa de los cisnes.  
¡Salve garza gentil, mil veces salve!

Avara y caprichosa la Armonía  
Te cerró sus nectareos manantiales,  
Que sacian á sus tiernos ruseñores  
Y cisnes canos de argentinas fauces;

Mas te infundió Naturaleza artista  
En tu propia mudez bello lenguaje:  
De dolor te formó viviente estatua,  
Como á esculpirla no alcanzara el arte:

El dolor te inspiró más dulce y manso  
Su elegiaca expresión tan penetrante,  
Tu actitud modeló Melancolía,  
Inocencia te dió su albo ropage.



¿Qué haces allí oh nítida azucena  
Como sembrada en la anchurosa margen?  
¿Nuevo Narciso en el cristal contemplas  
Por ventura el albor de tu plumaje?

¿Ó en dolorosa soledad el duelo  
Haces tal vez de tu perdido amante,  
Ó de la tierna devorada prole  
Que en el robado nido ya no hallaste?

¿Comprendes tú mis vivas simpatías  
Cuando enhiestas el cuello por mirarme?  
¿Comprendiste mis votos y mis ansias,  
Viéndote ayer en tan terrible trance?

Asesino traidor de sutil planta,  
Oculto se te acerca entre los sauces. . . .  
¡Ay de ti. . . Ya te apunta. . . Ya la muerte  
Miro en tu pecho cándido cebarse!

Brilla entre el humo pálida la llama  
Las ondas salpicando, el plomo cae,  
Vuelas tú, yo respiro, y el estruendo  
Aun se prolonga por el ancho valle.

La muerte apenas con sus alas roza  
Tus blancas plumas que en el aura esparce,  
Que un breve instante en el espacio giran,  
Y van cayendo y en el agua yacen.

Oyera el cielo con piedad mis votos,  
Oígalos siempre así, siempre te guarde;  
Pero ¡ay! mi dulce amiga, ¡quién dijera  
Cual de los dos primero de aquí faltel

Víctima del instinto carnívoros  
De feroz cazador, tal vez más tarde  
Serás ¡ay Dios! y tu nevada pluma

Enrojecida en tu inocente sangrel

Y yo leve juguete del destino,  
Cual la hoja, de zañudos huracanes;  
Yo, cuyo sueño la tormenta arrulla,  
Yo, pobre alción en agitados mares;

Yo de tu lago vagabundo huésped,  
He de faltar también, tal vez más antes,  
La última sea acaso que mi planta  
Huelle las florecillas de estas márgenes.

Tal vez mañana por lejanos climas  
Huyendo vaya de la ley del sable,  
Si estas montañas de la paz asilo  
También atruena la civil barbarie.

¿Y quién preguntará, lirio de la onda,  
Donde la suerte nos echó inconstante?  
¿Qué fue de la garzota inmaculada;  
Qué de su errante y solitario vate,

Que por la orilla del risueño lago  
Vagaba un tiempo al declinar la tarde,  
Que en las someras raíces se sentaba  
De este frondoso y corpulento amate;

O en lo más alto de las altas cumbres,  
Por la ancha brecha que los montes parte,  
Allá en el horizonte delineados  
Gustaba contemplar sus patrios Andes?

¿Tú y él qué fueron sino arenas leves  
Que la onda trajo y que los vientos barren?  
Tú y él borrados de la leda estancia,  
Ella por siempre quedará inmutable:

Con sus florestas de agradables sombras,  
Sus auras puras, su fragancia suave,

Sus armonías, sus murmullos vagos,  
Su dulce paz, su soledad amable:

Con su torrente que espumantes masas  
Bramando arroja por los vagos aires,  
Á la profunda y peñascosa sima  
Donde las aguas con fragor se parten:

Con sus inmensas calcinadas rocas,  
Unas sobre otras, amagando al valle,  
Hórridas, por allá, desnudas y áridas,  
Del alma impía desolada imagen:

Aquí de vida y de verdor cubiertas,  
Con bosquecillos que en sus grietas nacen,  
Aprisionados en floridos lazos  
Que hacia el abismo suspendidos caen:

Con su apacible y cristalino lago,  
Donde se pinta encantador paisaje,  
En bella confusión, el llano, el monte,  
Las blancas nubes y el rebaño errante.

Aquí el nenúfar de rollizos tallos  
Su blanca flor sobre las ondas abre,  
Allí las algas el cristal matizan,  
Y allá rebullen los silvestres ánades.

En esta orilla la cañuela humilde,  
Abovedando sus flexibles haces,  
Risueñas grutas de verdor ameno  
Labra en el aire al ceferillo amante.

De entre la selva, por amor de la onda,  
Medrosos ciervos á la orilla salen,  
Y en la frescura de las claras linfas  
La sed apagan sus ardientes fauces.



Entre el follaje deliciosas pasan  
La estiva siesta las charleras aves;  
Y algún gemido sólomente se oye  
Que la paloma solitaria exhale.

Allá su barca el pescador desliza,  
La faz rizando del sereno estanque,  
Y al caer la tarde á la ribera vuelve,  
Donde la amarra con seguro cable,

Bajo el abrigo del sabino añoso,  
Que con sus ramas los cristales barre,  
Custodio eterno de las linfas puras  
En donde baña las desnudas raices.

¿Por qué medrosa la barquilla pasa  
Muy lejos siempre del peñón gigante,  
Que las nubes del trueno y del granizo  
Con ambas frentes audacioso parte?

Allí una cruz, como á cincel grabada  
Ve el viajador desde la opuesta margen,  
Y aquellos mustios solitarios sitios  
Las playas de la cruz oye nombrarles.

Allí verdosa y remansada la onda  
Las negras peñas en silencio lame,  
Bajo la triste sombra de una selva  
De impenetrable y lóbrego follaje.

Es tradición en la comarca crédula  
Que allí una joven infelice madre,  
Saltó por caso á su adorado niño,  
Y al hondo abismo se arrojó al instante.

Cuentan que allí la desastrada peña  
Aun manchas guarda de indeleble sangre;

Que en el silencio de la noche se oyen  
Herir el viento lastimeros ayes;

Que de la bella el gemebundo espíritu,  
Cual blanca niebla sobre la onda errante,  
Suele á la luz de las estrellas verse  
Cruzar la faz del solitario estanque.

Yo en esas horas de silencio y calma,  
Cuando á salir convida el aura suave,  
En las cálidas noches del estío,  
Allí á la luna contemplar me place;

Y oigo no más que la doliente queja  
Que al astro envían las nocturnas aves;  
El melancólico incansable grillo  
Que al bosque aduerme con rumor constante.

El manso viento que en las altas cumbres  
Murmullo blando entre los pinos hace,  
Como corrientes de lejanas aguas  
Que se oyen ir por ignorado cauce;

La vaga olilla que al peñasco azota,  
La mansa res cuando la yerba pace;  
Ó el monótono golpe del torrente  
Que alguna vez los céfiros me traen;

Vagos rumores de la triste noche,  
Que en la dormida soledad se esparcen,  
Encanto de las almas melancólicas,  
De los misterios de la noche amantes.

Eso no más oí, ni apariciones  
Jamás he visto por ninguna parte,  
Si no eres tú, que cual benigno genio  
Del lago siempre te encontré en las márgenes.

Allí, oh amiga, bondadoso el hado

Largo vivir sin inquietud te guarde  
Y un fin tranquilo entre tu nido de algas,  
Y á mí en los brazos de mi dulce madre.

JUAN DIÉGUEZ.

(Guatemalteco)

---

### Las tardes de Abril

¡Oh qué dicha el vagar por las campiñas,  
Apagado el hirviente pensamiento  
En dulce libertad, al fresco viento,  
Cuando toda la tierra es un pensil;  
Y alegre el inocente conejillo  
Con los truenos y lluvias tempraneras,  
Gusta salir del soto á las praderas,  
En las tardes bellísimas de Abril!

Tardes de encanto y de inefable dicha,  
De verdor, de armonías y de flores,  
En que velan del sol los resplandores  
Las nubes con suntuoso pabellón:  
En que retumba en lontananza el trueno,  
Cual voz doliente que exhaló natura,  
Que se escucha con plácida tristura,  
Que trae algún recuerdo al corazón.

Tardes en que, cual lágrimas de amores,  
Ricas gotas despréndense del cielo,  
Que refrigeran el sediento suelo,  
Que al lozano verdor dan brillantez:



Tardes ricas de vida y de belleza,  
De reclamos y trinos de las aves,  
De frescas auras y de olores suaves,  
Tardes de amor y muelle languidez.

Tardes de lluvia y sol, de luz y sombras,  
De diáfanos vapores y nublados,  
De negros nubarrones perfilados  
De oro y azul y espléndido arrebol;  
En que trasciende la regada tierra,  
De las *rosas* el humo al cielo sube,  
Y se ve sobre el fondo de la nube  
Caer la lluvia dorada por el sol.

Cuájanse los cafetos de jazmines,  
De escarlata el granado se salpica,  
La pasionaria, de verdor tan rica,  
Tiende á Flora fresquísimo dosel;  
Y la columna del esbelto dátil  
Tapiza la *pitahaya* trepadora:  
Con lujosos florones la decora,  
Pendientes del crinado capitel.

Tiende el prado su alfombra de azucenas,  
Las auras enriquecense de aromas,  
De tierno césped la llanura y lomas,  
La verde *chilca* de amarilla flor:

La madre tierra al fecundante arado  
Sus campos cede ya, los más floridos,  
Con sus lirios, de púrpura vestidos,  
Que á Ceres sacrifica el labrador.

En las rociadas copas de los árboles,  
Soñolientas las auras se adormecen,  
Á los pimpollos lánguidos remecen  
De cuando en cuando y á compás igual:

Y si el nublado sol sus velos rasga,  
 Los campos dora, la arboleda brilla,  
 Y una luz temblorosa es cada hojilla,  
 Destilando su gota de cristal.

Y el plátano sus lábares tremola,  
 Sus anchos abanicos la palmera,  
 Y sacude la verde cabellera  
 El desmayado lánguido saúz:

Se ostentan las pomposas *floripundias*,  
 Que cual ebúrneas campanillas penden,  
 De albura ricas y de olor trascienden,  
 Y el *trébol* y las *flores de la Cruz*.

Y en balsámicas ráfagas envía  
 Blanca esencia más suave que la rosa,  
 Como la rubia miel dulce y sabrosa,  
 El melífero silvestre *sugunai*;

Y el colibrí de lindos tornasoles  
 De flor en flor revuela susurrando,  
 Y en torno de ellas con rumor más blando.  
 Mil abejas vagarosas hay.

Apíñanse en las ramas los insectos  
 Que de la tierra humedecida brotan:  
 Caen, vagan, se agitan, se alborotan  
 En mil revuelos, con susurros mil;

Y con rudos conciertos los reptiles  
 Aturden incansables los pantanos,  
 La fresca lluvia saludando ufanos,  
 Festejando el regreso del Abril.

Seguido de su líbrico serrallo,  
 Con marcial arrogancia y donosura,  
 Trota el joven Sultán de la llanura,  
 El alazán de belicoso ardor:

La grey balando por la verde falda.  
 Baja en tropel al són del caramillo,  
 Y el estropeado tierno corderillo,  
 Bala también en brazos del pastor.

El ganado matiza el verde césped,  
 Los montes atronando brama el toro:  
 Su voz los ecos, cual clarín sonoro,  
 De monte en monte repitiendo van;

Y enarbolando las pintadas colas  
 Saltan los becerrillos por los prados,  
 Á otros balar se escuchan encerrados  
 Y á las madres mugir con tierno afán.

Hincha el viento la orquesta de los *tordos*,  
 Silba la cordoniz, canta el *triguero*,  
 Y á las nubes saluda el *clarinero*,  
 Esponjando el plumaje de turquí.

¡Con qué ternura los *censontles* trinan!  
 ¡Cuán blandos se querellan y se duelen!  
 Ya en la arboleda lamentarse suelen,  
 Ya brincan por el suelo aquí y allí.

Con no menor dulzura están cantando  
 Que esos tiernos alados trovadores,  
 Las silvestres palomas sus amores,  
 Repitiendo: *mi amor sólo eres tú*;

Y con inquieto afán y amante anhelo;  
 Perdidas en lejanas soledades,  
 Responden las ternísimas mitades:  
*Mi amor sólo eres tú, sólo eres tú.*

Himno de amor, divino epitalamio  
 Del pomposo himeneo de Natura  
 Es el Abril, de rica galanura,  
 Fiesta nupcial de la inmortal Creación:



Lira de Dios, modelo de belleza,  
 Que admira el vate y remedar no sabe,  
 Porque en su lira no hay la voz del ave,  
 Ni es aura del vergel su inspiración.

¡Oh qué dicha es vagar por las campiñas  
 En dulce libertad, al fresco viento,  
 Y apagado el hirviente pensamiento,  
 Tanta fiesta gozar! ¡Sólo gozar!

¡Oh cuán ledo á su choza el pastorcillo  
 Por lluvia del Abril vuelve bañado!  
 Pensando lo que piensa su ganado,  
 ¡Oh qué dicha, qué dicha es no pensar!

JUAN DIÉGUEZ.

### En alta mar

¡Céfiro, rápido lánzatel ¡rápido empújame y vivo!  
 Más redondas mis velas pon: ¡del proscrito á los lados,  
 Haz que tus silbos susurren dulces y dulces suspiren!  
 ¡Haz que pronto del patrio suelo se aleje mi barco!

¡Mar eterno! ¡por fin te miro, te oigo, te tengo!  
 Antes de verte hoy, te habíá ya adivinado;  
 ¡Hoy en torno mío tu cerco por fin desenvuelves!  
 ¡Cerco fatal, maravilla en que centro siempre yo-hago!

¡Ah, que esta gran maravilla conmigo forma armonía!  
 ¡Yo, proscrito, prófugo, pobre, infeliz, desterrado,  
 Lejos voy á morir del caro techo paterno,  
 Lejos ¡ay! de aquellas prendas que amé, que me amaron!

Tanto infortunio sólo debe llorarse en tu seno;  
¡Quién de su amor arrancado, y de patria, y de hogar, y de her-  
Solo en el mundo se mira, debe primero que muera, (manos!  
Darte su adiós, y, por última vez, contemplarte, Oceano?

—Yo por la tarde así, y en pie de mi nave en la popa,  
Alzo los ojos—¡miro! sólo tú y el espacio!  
Miro al sol que, rojo, ya medio hundido en tus aguas,  
Tiende, rozando tus crespas olas, el último rayo.

Y un pensamiento de luz entonces llena mi mente:  
¡Pienso que tú, tan largo, y tan ancho, y tan hondo, y tan vasto,  
Eres con toda tu mole, tus playas, tu inmenso horizonte,  
Sólo una gota de agua, que rueda de Dios en la mano!

Luego, cuando en hosca noche, al són de la lluvia,  
Poco á poco me voy durmiendo, en mi patria pensando,  
Sueño correr en el campo en que niño corrí tantas veces,  
Ver á mi madre que llora á su hijo, lanzarme á sus brazos ....

¡Y oigo junto entonces bramar tu voz incesante!  
¡Oigo bramar tu voz, de muerte vago presagio. . .  
Oigo las lonas que crujen, siento el barco que vuela!  
—Dejo entonces mis dulces sueños y á morir me preparo.

¡Oh, morir en el mar! ¡morir terrible y solemne,  
Digno del hombre! — ¡Por tumba el abismo, el cielo por paliol!  
¡Nadie que sepa dónde nuestro cadáver se halla!  
¡Que echa encima el mar sus olas—y el tiempo sus años!

JOSE EUSEBIO CARO.

(Colombiano)

---

### Una lágrima de felicidad

Solos, ayer, sentados en el lecho  
Do tu ternura coronó mi amor,  
Tú, la cabeza hundida entre mi pecho,  
Yo, circundando con abrazo estrecho  
Tu talle encantador;

Tranquila tú dormías, yo velaba.  
Llena de los perfumes del jardín,  
La fresca brisa por la reja entraba,  
Y nuestra alcoba toda embalsamaba  
De rosa y de jazmín.

Por cima de los árboles tendía  
Su largo rayo horizontal el sol,  
Desde el remoto ocaso do se hundía:  
¡Inmenso, en torno de él, resplandecía  
Un cielo de arreboll

Del sol siguiendo la postrera huella,  
Dispersas al acaso, aquí y allí,  
Asomaban, con luz trémula y bella,  
Hacia el oriente alguna ú otra estrella  
Sobre un fondo turquí.

Ningún rumor, ó voz, ó movimiento,  
Turbaba aquella dulce soledad;  
Sólo se oía susurrar el viento,  
Y oscilar, cual un péndulo, tu aliento  
Con plácida igualdad!

¡Oh! ¡yo me estremecí!.. ¡sí; de ventura  
Me estremecí, sintiendo en mi redor  
Aquella eterna, fúlgida natural



¡En mis brazos vencida tu hermosura!  
 ¡En mi pecho el amor!

Y, cual si alas súbito adquiriera,  
 Ó en las suyas me alzara un serafín,  
 ¡Mi alma rompió la corporal barrera,  
 Y huyó contigo, de una en otra esfera,  
 Con un vuelo sin fin!

Buscando allá con incansable anhelo  
 Para ti, para mí, para los dos,  
 Del tiempo y de la carne tras el velo,  
 Ese misterio que llamamos cielo;  
 ¡La eternidad de Dios!

Para fijar allí, seguro y fuerte,  
 Libre de todo mundanal vaivén,  
 Libre de los engaños de la suerte.  
 Libre de la inconstancia y de la muerte,  
 De nuestro amor el bien!

Y en un raptó de gloria, de imprevisto,  
 Lo que mi alma buscaba hallar creí;  
 Una secreta voz del paraíso  
 Dentro de mí gritóme: Dios lo quiso;  
 ¡Sea tuya allá y aquí!

Y enajenado, ciego, delirante,  
 Tu blando cuerpo, que el amor formó,  
 Traje contra mi pecho palpitante...  
 ¡Y en tu faz una lágrima quemante  
 De mis ojos cayó!

¡Ay! despertaste... Sobre mí pusiste  
 Tu mirada, feliz al despertar;  
 ¡Mas tu dulce sonrisa en ceño triste  
 Cambióse al punto que mis ojos viste  
 Aguados relumbrar!

De entonces acá... ¡oh amante idolatrada,  
 Mas sobrado celosa! huyes de mí;  
 Si á persuadirte voy, no escuchas nada,  
 Ó de sollozos clamas sofocada:

«¡Soy suya... y llora así!»

¡Oh! ¡no, dulce mitad del alma mía!  
 No injuries de tu amigo el corazón;  
 ¡Ay! ¡ese corazón en la alegría  
 Sólo sabe llorar, cual lloraría

El de otro en la aflicción!

El mundo, para mí de espinas lleno,  
 Jamás me dió do reclinar la sien;  
 Hoy, de la dicha en el primer estreno,  
 El lloro que vertí sobre tu seno

Encerraba un edén!

¡Oh!... ¡La esposa que joven y lozana  
 Diez hijos á su esposo regaló,  
 Y que después viuda, enferma, anciana,  
 Á sus diez hijos en edad temprana

Morir y enterrar vió:

Esa mujer, que penas ha sufrido  
 Cuantas puede sufrir una mujer;  
 Esa madre infeliz, que ha padecido  
 Lo que tan sólo la que madre ha sido

Alcanza á comprender:

Ella, pues, cuando á buenos y á malvados  
 Llame á juicio la trompa de Jehová,  
 Sus diez hijos al ver resucitados,  
 Al volver á tenerlos abrazados...

¡Oh! de amor llorará!

Y de esa madre el dulce y tierno llanto  
 Á la diestra de Dios la hará subir,

Y tal será su suavidad y encanto,  
Que en su alta gloria al serafín más santo  
De envidia hará gemir!

Mas ese llanto del amor materno,  
Vertido en la presencia del Señor,  
Al entrar de la vida al mundo eterno,  
¡No, no será más dulce ni más tierno  
Que el llanto de mi amor!

JOSE EUSEBIO CARO.

---

### Al Tequendama

Oír ansí tu trueno majestuoso  
¡Tremendo Tequendamal ansí sentarme  
A orillas de tu abismo pavoroso,  
Teniendo por dosel de parda nube  
El penacho que se alza por tu frente,  
Que, cual el polvo de la lid ardiente,  
En confundidos torbellinos sube.  
Quise también mezclar mi acento débil  
Al grande acento de tus muchas aguas,  
Y, respirando el aire de tu gloria,  
Ensazarla también con voz ferviente,  
Mi lira haciendo digna de memoria,  
Y arrojarla después á tu corriente.

Héme aquí contemplándote anhelante,  
Suspenso de tu abismo:  
Mi alma atónita, absorta, confundida



Con tan grande impresión te sigue ansiosa  
 En tu glorioso vuelo,  
 Y al querer comprenderte desfallece,  
 De tanta fuerza y majestad vencida.

Tu voz es cual la voz de un Dios que pasma  
 De asombro y de terror á las naciones;  
 Cual rimbomba el cañón de la pelea,  
 Y anuncia así de lejos al viajero  
 La hórrida majestad que te rodea.  
 Los ecos ensordecen y se cansan  
 De repetir la horrísona armonía  
 Que de ti suena en torno,  
 Cual si fueran los himnos de tu triunfo  
 Lleno de pompa y bélica armonía.  
 El águila asustada alza sus vuelos  
 Por el éter brillante á las montañas  
 Donde chillan hambrientos sus hijuelos.

Manso y tranquilo y sosegado corre  
 Lleno de majestad; y de repente  
 Cual dragón infernal alza la frente,  
 Sacude enfurecido  
 Las vedijudas greñas,  
 Se asoma al borde del abismo y brama,  
 Y se lanza iracundo  
 De un abismo á otro abismo más profundo  
 En sábanas lumbrosas de alba espuma,  
 Á ser despedazado entre las peñas.  
 La roca al golpe gime;  
 Hierve la onda atormentada y gira,  
 Se rompe, se revuelve, se comprime  
 Con clamoroso y desigual estruendo,  
 Ó como quien se queja y quien suspira,  
 Y como el humo de una gran hoguera

A torbellinos al Olimpo sube  
 De clara niebla en argentada nube;  
 Y el poderoso acento  
 De soledad en soledad, de un monte  
 A un monte más lejano, lleva el viento.

El Ángel Guardador de tus raudales  
 Aquí, de tarde, á contemplarte viene,  
 Y en ese altar de piedra que se avanza  
 Lleno de algas, de espuma zarpeado,  
 Se sienta, el ruido de tu choque oyendo.  
 Su cabeza de juncos ven ceñida  
 Y de silvestres ovas,  
 Y su capa de púrpura teñida,  
 Los montañeses, y oyen el concierto  
 De su laúd divino, al brillo incierto  
 De la pálida luna  
 Cuando en silencio está todo el desierto.

¡Prodigio del Creador! ¡oh! ¡nada falta  
 A tu glorial Pictórico horizonte  
 Delante se abre; antiguos como el mundo  
 Los árboles se elevan en tu monte;  
 Solemnes armonías  
 Resuenan en tu seno ancho y profundo:  
 Flores, aromas, luz y movimiento;  
 Aire esencial de vida en cada aliento;  
 Un cielo claro encima,  
 Como el alma de un niño, ven los ojos;  
 Y por diadema, para ornar tu frente,  
 Iris de oro, de púrpura y diamantes  
 Se cruzan sobre tí reverberantes.

Mas ¿dónde están ¡oh ríol aquellos pueblos  
 De esta región antiguos moradores?  
 ¿Qué se hicieron los Zipas triunfadores

Que se sentaban sobre el trono de oro,  
 Y que padres más bien que augustos reyes,  
 Con amor sonriendo y frente leda,  
 De dulce paz dictando iguales leyes,  
 Cual se gobierna una familia, al pueblo  
 Con el cayado patriarcal guiaban  
 Cual con riendas de seda?

¿En dónde el templo en láminas de oro  
 Resplandeciente al sol? ¿Á qué comarca  
 Trasladaron las aras en que ardía  
 El aroma suavísimo, entre el coro  
 De virginales voces noche y día?  
 ¿Dónde Aquimín? ¿el Bogotá? ¿el Tundama?  
 ¿Adónde el santo Sugamuxi, adónde?  
 Tu trueno asordador, como un lamento,  
 Es la voz sola que á mi voz responde.

¡Pobres indios, abyectos, decaídos  
 Del vigor varonil, desheredados  
 De este tan bello y tan fecundo suelo!  
 ¡Vosotros no poseéis de vuestra Patria  
 Sino el dulce aire, y el brillante cielo,  
 Ó una heredad cortísima! El arado  
 Rompe la tierra, y de las tumbas saca  
 Los ídolos pequeños, confundidos  
 Con el polvo sagrado  
 De un sacerdote, un Zipa, un Rey de Iraca.

Como se avanzan á este abismo oscuro  
 Y en él se pierden las pesadas ondas,  
 Así su pobre raza desaparece:  
 Parte cayó bajo el acero duro  
 De los conquistadores; en los hierros,  
 En infectas prisiones y sombrías,  
 Se marchitó su juventud lozana;



Otra se pierde en el extraño abrazo  
 Con sangre de verdugos confundida. . .  
 ¡Nación ayer, no existirá mañana!

¡Y este río caudal sigue corriendo  
 Como corrió desde la edad antigua!  
 ¡Y el trueno aterrador que estoy oyendo  
 Sonaba entonces como suena ahora,  
 Duro, rabioso, asordador, tremendo,  
 Como una eternidad devoradora;  
 Y sonará cuando al sepulcro caiga  
 Este hombre oscuro, débil, ignorado,  
 Que oyéndolo á su borde está sentadol

¡Oh! ¡qué objetos! ¡el hombre y Tequendamal  
 ¡El hombre sin poder, pincel, ni acento  
 Con que pintar lo que su mente inflama,  
 Que ayer nacido, vivirá un momento,  
 Y mañana en el polvo del sepulcro  
 De su vivir se apagará la llama!  
 ¡Y esta tremenda catarata, eterna,  
 Con esa voz cual la de mil tambores,  
 Cual ruido estrepitoso  
 De cien y cien caballos triunfadores  
 En el afán de una total derrota;  
 Y ese hervir fragoroso, inextinguible,  
 Y esa su roca, firme, estable, inmota,  
 Que alcanzará á los años de los años  
 Y del mundo á la edad la más remota!

¡Calma un momento el torbellino raudo  
 En que ruedas, oh río, al ciego abismo  
 Y ese fragor y la explosión del trueno!  
 ¡Disipa el pabellón de negra nube  
 Que cada instante de tu lecho sube  
 Para velar tu majestad! ¡Mi alma,

Mis deslumbrados ojos, mis oídos  
Sordos ya con el ruido de de tus aguas,  
Anhelan contemplarte un solo instante,  
Y dejarte después agradecidos!  
Porque tu vista bella  
Asombro, pasmo, horror sublime inspira,  
Y de verdad severa lección grande  
Deja en la mente con profunda huella.  
Aire de gloria y de virtud respira  
El hombre en ti: capaz de más se siente:  
De legar á los siglos su memoria,  
De ser un héroe, un santo ó un poeta;  
Y sacar de su lira  
Un són tan armonioso y tan sublime  
Como el iris que brilla por tu frente,  
Como el eco de triunfo que en ti gime.

JOSE JOAQUÍN ORTIZ.

(Colombiano)

---

### La Golondrina

¿De dónde vienes tú con sesgo vuelo,  
Alegre golondrina,  
Ahora que el sol el espacioso cielo  
De fuego con raudales ilumina?  
¿De dónde vienes ahora  
Que el monte y la colina  
Se crnan de nueva flor y nueva grana?  
¿Ahora que el torrente fragoroso

Por el campo oloroso  
Sus claras ondas rápido derrama?  
Ya pasó la estación de las tormentas,  
Ya las alegres Horas van danzando,  
Y de arrayán y flores mil coronas  
Sobre el paterno campo derramando.

Ese que ves tan verde y tan florido,  
Tu otero conocido;  
Y ese en que tu ala fugitiva rasa,  
Es tu claro torrente;  
Y ese tu dulce nido  
Que en el altar saliente  
Vuelves á hallar de nuestra pobre casa.

¡Oh! ¡sigue revolando vagarosa,  
Y sobre el campanario de la aldea  
Un momento reposa!  
Desde allí todo el campo se domina,  
Y las mieses que suave el viento orea,  
Y el lejano molino, y la musgosa  
Alta cruz del blanqueado cementerio  
Que en medio de los árboles se empinal...  
¡Tiende la vista desde allí gozosa,  
Y contempla tu patria deliciosa!

Al primer trueno del oscuro invierno,  
Y las lluvias primeras,  
Volaste abandonando las praderas  
Y tu apacible hogar y nido tierno.  
¿Á dónde entonces fuiste  
Con ala infatigable,  
Dejando atrás el horizonte triste  
Cubierto de tiniebla,  
En cuyo oscuro seno el sol de Mayo  
Mal alcanzaba á disipar la niebla,



Donde á intervalos con horror lucía  
De tormentosa nube el presto rayo?

Tal vez á las regiones del Oriente  
Pasaste con las brisas sonoras,  
Y del Meta en la rápida corriente  
Remojaste las alas temblorosas;  
Tal vez desde la huta del salvaje,  
Ó desde la alta torre ya en rüina  
De la antigua misión, viste la frente  
Doblar al sol detrás del horizonte  
Cual mar sin playa de la gran sabana  
De la risueña Arauca, ¡oh golondrina!  
En su tumba de azul, de oro y de grana;  
Y al revolar de la aura vespertina  
Trajo hasta ti la voz del gran desierto  
Quejas de bosque, són de ronco río,  
Y melodioso pío  
De las aves del campo solitarias,  
Formando todo espléndido concierto  
De júbilo solemne ó de plegarias.

¿Es venturoso, díme,  
El indio entre su selva primitiva,  
A quien la ley no oprime  
Y la cerviz altiva  
Tan sólo en el desierto  
Inclina al Grande Espíritu Sublime?  
¿Ó le siguen do quier las mismas penas  
Y del alma las mismas tempestades,  
Y el pobre corazón lo mismo gime  
Que en las grandes ciudades  
En medio de las vastas soledades,  
Oprimido de bárbaras cadenas?  
¡Oh! que también en el desierto crecen  
Flores para adornar la sepultura;

¡También brillan al sol de sus sabanas  
Lágrimas de dolor y de amargura!

En mi primera edad, con la luz pura  
Del sol, en el umbral de humilde techo,  
La banda de ruidosas golondrinas  
Miraba, henchido de placer el pecho,  
Ir y volver, y revolar contentas  
De la pajiza choza  
Á la extensa llanura,  
Cual pasa pronta y viva  
La luz de las tormentas,  
Rozando con el ala fugitiva  
Ya sobre la arboleda majestuosa,  
Ya sobre el ancho, azul, tranquilo lago,  
Ya sobre la éra antigua que llenaba  
La flor del amarillo jaramago.

Cuando era niño en casa de mis padres,  
Dejaba yo que se muriera el día,  
Y de las salas lóbregas, desiertas,  
Empujaba las puertas;  
Ó los duros cerrojos con trabajo  
De la antigua capilla descorría,  
Y á descansar entraba  
De golondrinas banda innumerable:  
Yo de un varal larguísimo auxiliado  
Y de otros niños de mi edad seguido,  
Por techos y cornisas implacable,  
Sin respetar el inocente nido,  
Á la avecilla tímida acosaba,  
Que prisionera luego  
Á una cárcel trístísima pasaba.

Mi sueño sin sosiego  
Al clarear el alba interrumpía,

Y á cortarles las alas temblorosas,  
Maligno niño, súbito corría.  
Hoy es, aun lo recuerdo! los chirridos  
De la avecilla dan en mis oídos,  
Y forcejando trémula la veo,  
Y aun siento entre mi mano  
De sus alas el rápido aleteo.

Una, y fué la postrera  
Infeliz prisionera,  
Con doloroso pío  
Enterneció mi alma,  
Y de repente dije:  
«¡Pobre! ¡vuelva á su campo!» y al momento  
Abrí la débil palma,  
¡Y ella rasgó precipitada el viento!

¿Á dónde huyó veloz el claro día  
De inocencia, de paz y de contento  
De la niñez afortunada mía?  
Tú volviste, avecilla venturosa,  
Á tu nido y los campos paternales,  
Sobre el ala del aura sonora,  
Pasados los funestos vendavales,  
Cuando en el puro ambiente se difunde  
De los floridos campos la fragancia;  
¡Mas á mi pobre corazón no vuelve  
La dulce paz de su dichosa infancia!

JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ..

---



## El Caballo

(Gonzalo de Oyón)

Mientras Gonzalo la afflictiva carta  
Con voz cortada y trémula lefa,  
Hernán abandonarle parecía  
En el delirio de su acerbo afán.  
Lee, y dejando atónito su albergue,  
*¡Hernán! ¡Hernán!* gritando, el monte atruena,  
Mas sólo el eco, que le burla, suena  
De lejos repitiendo: *¡Hernán! ¡Hernán!*

*¡Pubenza!* iba á decir; mas la palabra  
Muere en su labio cual la pura gota  
Que, entre la escarcha, del peñasco brota  
Y se hiela al salir del manantial.  
Se arma maquinalmente, y dando fuego  
Á su cabaña mísera y pajiza,  
Goza en ver reducidas á ceniza  
Trovas, historia y gloria terrenal.

Entonces por su mente trastornada  
Cruza un desesperado pensamiento,  
Y concibe frenético el intento  
De morir y dar fin á su dolor.  
*¡Yo traidor!* dice; el eco le remeda;  
*¡Traidor!* el desdichado repetía;  
*¡Traidor!* el monte á repetir volvía  
Entre sus rocas asperas,—*¡Traidor!*

Sintió dolor, sin obtener alivio;  
Ardió en rencor, sin pretender venganza;  
Lloró de amor, sin fe, sin esperanza  
Llamó á su Dios, su Dios le desoyó.

La gloria cortejó, le huyó la gloria;  
Al hombre condolió, y él le maldijo;  
Buscó un asilo entre la selva fijo,  
Y el eco de la selva le infamó.

Y ya gastada en la perpetua lucha,  
Desmaya al fin la humanidad vencida,  
Arrastrando en su rápida caída  
El alma que sucumbe á su pesar;  
El alma, por el polvo gobernada,  
Que se deja llevar lánguida y floja  
Cual por el huracán la seca hoja,  
Como el alga liviana por el mar.

—¡Vén, mi alazán! prorrumpe el desdichado;  
Vén por la última vez, sírveme ahora,  
Y este cancro mortal que me devora  
Hunde conmigo en los infiernos ya.  
Tú eres mi único bien; yo nada tengo,  
Nada que me detenga aquí en el mundo,  
Y si contigo en el infierno me hundo,  
Ningún pesar el alma llevará.

Ya es inútil luchar: es imposible  
Sufrir la ingrata, abrumadora carga  
De esta existencia degradada, amarga,  
Que no puede á la infamia resistir.  
Ante el soplo del viento del delito  
Mi virtud como lámpara se apaga.  
Ya que sólo al delito el mundo halaga,  
Huyamos de él; dejemos de vivir.

La calumnia me asalta como Anteo.  
En vano con mis hechos la confundo;  
Al caer, nuevas fuerzas la da el mundo  
Y vuelve más pujante á aparecer.

Adiós ¡oh Patria! Por haberte amado  
He perdido mi honor, estoy proscrito!  
Sí; amarte demasiado es el delito  
Que me hace hasta la infamia merecer.

¡Todo cede á la astucia! El vulgo es eco  
Ciego como esa roca que me infama:  
Me oyo llamar *traidor*, traidor me llama,  
Y calumnia por que oye calumniar.  
Mi nombre está manchado sin remedio. . .  
Va á maldecirme España. . . Eso es la historia;  
¡Eso vale tu infamia, eso tu gloria;  
Esos tus fallos son, Humanidad!

¡Vén, mi alazán! Y rápido se arroja  
Sobre el corcel; le aguija con fiereza,  
Y atraviesa veloz por la maleza,  
Desesperado y de la muerte en pos.  
Por sobre arbustos, zarzas, ramas, troncos,  
El caballo frenético se lanza.  
En alas del temor y la esperanza  
Van corcel y jinete. ¡Adiós! ¡Adiós!

Salva el caballo á saltos los arroyos  
Llevando entre los dientes el bocado,  
Y, del rudo acicate atormentado,  
Va su escape aumentando sin cesar:  
La rienda tensa con entrambas manos  
Lleva el jinete; la entreabierta boca  
Del fogoso animal los pechos toca,  
Y su hirviente nariz se oye tronar.

Hay en el corazón de la montaña  
Rauda torrente, que de breña en breña,  
De una sima á otra sima se despeña,  
Y como en un sepulcro va á correr.  
Ronco rodando, y turbulento siempre,



Estrella sus hirvientes borbotones  
Sobre enormes y negros pedrejones,  
Y conviértese en nieblas al caer.

Ante la masa de sus turbias ondas  
Que al abismo frenéticas descienden,  
Aquellas nieblas móviles extienden  
Un velo denso de flotante tul;  
Y al través de sus pliegues misteriosos  
Vese relampaguear la catarata  
Cuando, en rápidas ráfagas, desata;  
Y mece el viento el cortinaje azul.

Del hondo lecho al uno y otro lado  
Alzan dos rocas sus excelsas crestas,  
Ocultando sus frentes contrapuestas  
De nubes tempestuosas el vapor:  
El águila imperial la cima alcanza  
Y en sus cavernas lóbregas anida;  
En el bajo peñasco halla acogida  
Para su prole, impávido el condor.

En la inferior región, el triste buho  
Cual visión vaga que la noche exhala,  
Leve despliega de fantasma el ala  
Y halla en las sombras lóbrego solaz.  
Y hacia el borde empinado de esa roca  
Que la profunda cavidad domina,  
El Español frenético encamina  
Del noble potro la carrera audaz.

Álzase entre la selva estéril risco  
Desprovisto de arbustos y de grama,  
Do, por senda torcida, se derrama  
La arena, y forma vasto caracol.  
Por allí va Gonzalo, y con esfuerzo

Súbite al potro en la pendiente pára,  
Y cual si un enemigo divisara  
Lleva la diestra al sable el Español.

Al rayo de la luna que dibuja  
Su lengua sombra en la pardusca roca,  
Vese mover su convulsiva boca,  
Y su faz cadavérica vibrar.  
Mas luego con desdén suelta el acero,  
Al estrellado firmamento mira,  
Y con la mano trémula de ira  
Á los cielos parece amenazar.

¡Qué tentación sacrílega le asalta!  
¡Cuántos días se apiñan de amargural  
¡Cuánta ponzoña en ese instante apural  
¡Cuántos se juntan años de aficción!  
La venganza tal vez vino á llamarle,  
Al ver su honor á la merced de un hombre,  
¡Ayl y al sentir caer sobre su nombre  
Infamia eterna, eterna maldición.

O algún genio satánico, evocando  
Sus pasados recuerdos y tormentos,  
Dió formas y sarcásticos acentos  
Á los delirios hondos del amor.  
Y hablaba el infeliz, y con la diestra  
Algo de sus oídos sacudía,  
Y, golpeándose el hombro, pretendía  
Desechar algún peso abrumador.

—¡Sal, decía, fantasma, de mis ojos!  
¡Dejad, fieros sonidos, mis oídos! . . .  
¡Ah! pero ese fantasma, esos sonidos  
No me pueden dejar: los llevo aquí;  
Aquí, en la frente, en una venda estrecha

Está todo eso, y más, y más escrito,  
Y es de fuego la venda; y ni el delito  
¡Oh! ni el delito quema tanto así.

La sonrisa en tu rostro, Benalcázar,  
Del orgullo triunfante se eterniza...  
¡Ay! ¡cómo punzal y ¡cómo martiriza!  
¡Matal y deja por Dios de sonreír!...  
¡No hables así, Fernando! ¡calla!... ¡calla!...  
¡No!... no era él; pero ese fué el sonido:  
Se ha quedado zumbándome el oído  
El eco que se goza en repetir.

Y este eco de tormento me persigue,  
Sobre mis hombros siéntase burlando,  
Y está aquí eterno, eterno, remedando  
La voz de mi sacrílego opresor.  
Pubenza *iba* á ser tuya pero *es mía*,  
Dijo el eco satánico, y ahora  
Me grita con su voz atronadora:  
*¡Traidor!* siempre *¡traidor!* *¡traidor!* *¡traidor!*

Ah! ¿dónde estás, tirano infame, dónde?  
¡Allí! *con ella!*... Entre mis duros brazos  
El corazón te romperé en pedazos,  
Y arderé tu sacrílega ciudad...  
¡Venganza!... ¡No! que España es inocente;  
Y si el poder del Rey acá no alcanza...  
Es por eso mayor su confianza  
Y mayor debe ser mi lealtad.—

Dice, y como sintiendo la demora,  
Y delirante, al alazán anima,  
Que, rápido partiendo, por la cima  
Despeña los guijarros de tropel;  
Y de arena entre el pardo remolino



A saltos y acezando el risco escala,  
Y cual visión que ante la luz se exhala,  
Dobra la senda, y piérdese con él. . .

Mas vedle allí; que ya otra vez asoma  
Dominando el altísimo peñascol  
¡Oh! ¡cuál relumbra el argentado cascol  
Sobre el manto de negro vellorí!  
¡Adiós! ¡Adiós! que rápido galopa,  
El corcel empujando hacia el abismo!  
¡Adiós! ¡Adiós! que en un instante mismo  
Muerte y alivio va á buscar allí!

Ya llega al precipicio, ya en la orilla  
Contempla ufano el vórtice profundo  
De la cima espantosa, do iracundo  
Hierva el torrente en turbio borbotón.  
—¡Á morir! grita en éxtasis demente;  
Pero ante el borde que á su peso cede,  
El caballo espantado retrocede,  
Sordo á la brida, sordo al aguijón:

Saltado el ojo, eriza la melena,  
La espesa cola encoje zozobrado;  
Tiembla de pies y manos azogado;  
Bufa poniendo en arco la cerviz:  
La inquieta oreja hacia el peligro vuelta,  
Y el ancho pecho cándido de espuma,  
Brotada de fuego una radiante pluma  
De la convulsa, anchísima nariz.

Las ijadas rasgándole á espolazos,  
—¡Oh! mil veces cobarde y maldecido—  
Exclama el castellano enfurecido:  
—¡Quieras ó no, conmigo morirás!—  
Y al acero llevando la impia diestra

Va á desnudarle, el alazán lo siente,  
Y partiendo al sonido, de repente  
Salta á derecha, á izquierda, al frente, atrás.

Ya en el pie sostenido, ya en la mano,  
En corcovos listísimos se mueve;  
No hay posición que rápido no pruebe;  
Siempre en el aire estremecido va:  
Contra la roca, el pedrejón, el tronco,  
Se azota, y se alza, y clávase, y palpita,  
Y bufa ronco, y la cerviz agita;  
Mas siempre á plomo el Castellano está.

En la izquierda la rienda, en el estribo  
Firme la planta, amargo sonreía,  
Y con la diestra la cerviz le hería  
Despreciando su vano frenesí. . .  
Mas ¡ay! la planta en una grieta oscura  
Hunde el caballo, y se desploma, y rueda,  
Y herido, opreso, ensangrentado queda,  
Bajo su peso, el caballero allí.

Rueda por largo trecho enmarañado  
Entre el arzón y estribo maldiciendo;  
Sordo retumba el monte al bronco estruendo  
Y húndese el mundo en sepulcral pavor.  
Las alas leves el Silencio extiende,  
Sobre él descende á guisa de fantasma,  
Y acento, aliento y pensamiento pasma,  
Ahogando entre la síncope el dolor.

¡Héle allí, bajo el manto de la noche!  
¡Entre el sér y la nada suspendido!  
¡Sin el corcel, que en libertad ha huido!  
¡Con vial ¡No ha podido ni morir!  
¡Sin orgullo! ¡que el alma está marchital

¡Sin descansol en desmayo sólamente,  
Que no descansa quien dolor no siente,  
Sin morir, sin pensar, y sin vivir.

JULIO ARBOLEDA.

(Colombiano)

---

### Aures.

De peñón en peñón turbias saltando  
Las aguas de AURES descender se ven;  
La roca de granito socavado  
Con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla  
Temblorosos, condensan el vapor;  
Y en sus columpios trémulas vacilan  
Las gotas de agua que abrillanta el sol.

Se ve colgando en sus abismos hondos,  
Entretejido, el verde carrizal,  
Como de un cofre en el oscuro fondo  
Los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda  
Forman grutas do no penetra el sol,  
Como el toldo de mimbres y de palmas  
Que Lucina tejió para Endimión.

Reclinado á su sombra, ¡cuántas veces



Vi mi casa á lo lejos blanquear,  
Paloma oculta entre el ramaje verde,  
Oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba  
El humo ténue en espiral azul. . . .  
La dicha que forjaba entonces el alma  
Fresca la guarda la memoria aún.

Allí, á la sombra de esos verdes bosques,  
Correr los años de mi infancia vi;  
Los poblé de ilusiones cuando joven,  
Y cerca de ellos aspiré á morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia . . .  
Bastal las penas tienen su pudor,  
Y nombres hay que nunca se pronuncian  
Sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se levanta  
Blanco-azulado el humo del hogar;  
Ya ese fuego lo enciende mano extraña,  
Ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja  
Ve de la tarde á la rosada luz  
La amarilla vereda que serpea  
De su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas que prestan  
Al pasado su mágico color;  
Al través de la lluvia son más bellas  
Esas colinas que ilumina el sol.

¡Infancia, juventud, tiempos tranquilos,  
Visiones de placer, sueños de amor,

Heredad de mis padres, hondo río,  
Casita blanca. . . . y esperanza, adiós!

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

(Colombiano)

---

A Julia.

Juntos tú y yo vinimos á la vida,  
Llena tú de hermosura y yo de amor;  
Á ti vencido yo, tú á mí vencida,  
Nos hallamos por fin juntos los dos!  
Y como ruedan mansas, adormidas,  
Juntas las hondas en tranquila mar,  
Nuestras dos existencias siempre unidas  
Por el sendero de la vida van.

Tú asida de mi brazo, indiferente  
Sigue tu planta mi resuelto pie:  
Y de la senda en la áspera pendiente  
Á mi lado jamás temes caer.

Y tu mano en mi mano, paso á paso,  
Marchamos con descuido al porvenir,  
Sin temor de mirar el triste ocaso  
Donde tendrá nuestra ventura fin.

Con tu hechicero sonreír sombrío,  
Reclinado en tu seno angelical,  
De ese inocente corazón que es mío  
Escuchando el tranquilo palpitar.

Son nuestras almas como el vago ruido  
De dos flautas lejanas, cuyo són

En dulcísimo acento llega unido  
 De la noche callada entre el rumor;  
 Cual dos suspiros que al nacer se unieron  
 En un beso castísimo de amor;  
 Como el suave perfume que esparcieron  
 Flores distantes y la brisa unió.

¡Cuánta ternura en tu semblante miro!  
 ¡Que te miren mis ojos siempre así!  
 Nunca tu labio exhale ni un suspiro,  
 Y eso me basta para ser feliz!

¡Que en el sepulcro nuestros cuerpos moren  
 Bajo una misma lápida los dos!  
 ¡Mas mi muerte jamás tus ojos lloren,  
 Ni en la muerte tus ojos cierre yol

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

---

### Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia.

.....

Concluye la socola. De malezas  
 Queda la tierra vegetal desnuda.  
 Los árboles elevan sus cañones  
 Hasta perderse en prodigiosa altura,

Semejantes de un templo á los pilares,  
 Que sostienen su toldo de verdura;  
 Varales largos de ese palio inmenso,  
 De esa bóveda verde altas columnas.



El viento, en su follaje entretejido,  
Con voz ahogada y fúnebre susurra,  
Como un eco lejano de otro tiempo,  
Como un vago recuerdo de ventura.

Los árboles sacuden sus bejucos,  
Cual destrenzada cabellera rubia  
Donde tienen guardados los aromas  
Con que el ambiente, en su vaivén, perfuman.

De sus copas galanas se desprende  
Una constante embalsamada lluvia  
De frescas flores, de marchitas hojas,  
Verdes botones y amarillas frutas.

Muestra el cachimbo su follaje rojo,  
Cual canastillo que una ninfa pura,  
En la fiesta de Corpus, lleva ufana  
Entre la virgen, inocente turba.

El guayacán con su amarilla copa  
Luce á lo lejos en la selva oscura,  
Cual luce entre las nubes una estrella,  
Cual grano de oro que la jagua oculta.

El azuceno, el floro-azul, el caunce,  
Y el yarumo, en el monte se dibujan  
Como piedras preciosas que recaman  
El manto azul que con la brisa ondula.

Y sobre ellos gallarda se levanta,  
Meciendo sus racimos en la altura,  
Recta y flexible la altanera palma,  
Que aire mejor entre las nubes busca.

Ved otra vez á los robustos peones  
Que el mismo bosque secular circundan;

Divididos están en dos partidas,  
Y un capitán dirige cada una.

Su alegre charla, sus sonoras risas,  
No se oyen ya, ni su canción se escucha;  
De una grave atención cuidado serio  
Se halla pintado en sus facciones rudas.

En lugar del ligero calabozo  
La hacha aflada con su mano empuñan;  
Miran atentos el cañón del árbol,  
Su comba ven, su inclinación calculan.

Y á dos manos el hacha levantando,  
Con golpe igual y precisión segura,  
Y redoblando golpes sobre golpes,  
Cansan los ecos de la selva augusta.

Anchas astillas y cortezas leves  
Rápidamente por el aire cruzan;  
Á cada golpe el árbol se estremece,  
Tiemblan sus hojas, y vacila... y duda...

Tembloroso un momento cabecea,  
Cruje en su corte, y en graciosa curva  
Empieza á descender, y rechinando  
Sus ramas enlazadas se apañuscan;

Y silbando al caer cortando el viento,  
Despedazado por los aires zumba ...  
Sobre el tronco el peón apoya el hacha  
Y el trueno, al lejos, repetir escucha.

.....

Un mes se pasa. El sol desde la altura  
Manda á la Roza, vertical su rayo;  
Ya los troncos, las ramas y las hojas

Han tostado los vientos del verano.

Las hojas en las ramas se encartuchan,  
Sobre los troncos se blanquean los ramos,  
Y las secas cortezas se desprenden  
De trecho en trecho de los troncos largos.

Aquí y allá la enredadera verde  
Tímida muestra sus primeros tallos,  
La guadua ostenta su primer retoño  
De terciopelo de color castaño.

Ya el verano llegó para la quema;  
La Candelaria ya se va acercando;  
Es un domingo á medio día. El viento  
Barre las nubes en el cielo claro.

Por la orilla del monte los peones  
Vagan al rededor del derribado,  
Con los hachones de cortezas secas  
Con flexibles bejucos amarrados.

Prenden la punta del hachón con yesca,  
Y brotando la llama al ventearlo,  
Varios fogones en contorno encienden,  
La Roza toda en derredor cercando.

Lame la llama con su inquieta lengua  
La blanca barba á los tendidos palos;  
Prende en las hojas y chamizas secas,  
Y se avanza, temblante, serpeando.

Vese de lejos la espiral del humo,  
Que tenue brota caprichoso y blanco,  
O lento sube en copos sobre copos  
Como blanco algodón escarmenado.

La llama crece; envuelve la madera  
Y se retuerce en los nudosos brazos,



Y silba, y desigual chisporrotea,  
Lenguas de fuego por do quier lanzando.

Y el fuego, envuelto en remolinos de humo,  
Por los vientos contrarios azotado,  
Se alza á los cielos, ó á lo lejos prende  
Nuevas hogueras con creciente estrago.

Ensordecen los aires el traquido  
De las guaduas y troncos reventando,  
Del huracán el mugidor empuje,  
De las llamas el trueno redoblado.

Y nubes sobre nubes se amontonan  
Y se elevan, el cielo encapotando  
De un humo negro que arrebatara chispas,  
Pardas cenizas y quemados ramos.

Aves y fieras asustadas huyen;  
Pero encuentran el fuego á todos lados,  
El fuego, que se avanza lentamente  
Estrechando su círculo incendiario.

Al ave que su prole dejar teme,  
La encierra el humo, al rededor volando,  
Y con sus alas chamuscadas cae  
Junto del nido que le fué tan caro.

Aquí y allá se vuelve la serpiente  
Buscando una salida, y en su espanto  
Se exaspera, se enrosca, se retuerce,  
Y el fuego cierra el reducido campo.

Del aire al soplo se dilata el humo  
Hasta que llena el anchuroso espacio;  
Rosados se perciben los objetos;  
Redondo y rojo el sol se ve sin rayos.

Sobre el monte, la Roza y el contorno  
Tiende la noche su callado manto  
Bordado con las chispas del incendio  
Que parecen cocuyos revolando.

Y con la incierta luz de mil fogones,  
Restos aun vivos del ardiente estrago,  
Se ve de lejos la quemada Roza  
Cual vivac de un ejército acampado.

.....

¡Qué bello es el maiz! Mas la costumbre  
No nos deja admirar su bizarría,  
Ni agradecer al cielo ese presente,  
Sólo porque lo da todos los días.

El dón primero que «con mano larga»  
Al Nuevo Mundo el Hacedor destina;  
El más vistoso pabellón que undula  
De la virgen América en las cimas.

Contemplad una mata. Á cada lado  
De su caña robusta y amarilla,  
Penden sus tiernas hojas arqueadas,  
Por el ambiente jugueteón mecidas.

Su pie desnudo los anillos muestra  
Que á trecho igual sobre sus nudos brillan,  
Y racimos de dedos elegantes,  
En los cuales parece que se empina.

Más distantes las hojas hacia abajo,  
Más rectas y agrupadas hacia arriba,  
Donde empieza á mostrar tímidamente  
Sus blancos tilos la primera espiga,

Semejante á una joven de quince años,

De esbeltas formas y de frente erguida,  
Rodeada de alegres compañeras,  
Rebosando salud y ansiando dicha.

Forma el viento, al mover sus largas hojas,  
El rumor de dulzura indefinida  
De los trajes de seda que se rozan  
En el baile de bodas de una niña.

Se despliegan al sol y se levantan  
Ya doradas, temblando, las espigas,  
Que sobresalen cual penachos jaldes  
De un escuadrón en las revueltas filas.

Brota el blondo cabello del filote,  
Que muellemente al despuntar se inclina;  
El manso viento con sus hebras juega,  
Y cariñoso el sol las tuesta y riza.

La mata el seno suavemente abulta  
Donde la tusa aprisionada cría,  
Y allí los granos, como blancas perlas,  
Cuajan envueltos en sus hojas finas.

Los chócolos se ven á cada lado,  
Como rubios gemelos que reclinan  
En los costados de su joven madre  
Sus doradas y tiernas cabecitas.

—

El pajarero, niño de diez años,  
Desde su andamio sin cesar vigila  
Las bandadas de pájaros diversos  
Que hambrientos vienen á ese mar de espigas.

En el extremo de una vara larga  
Coloca su sombrero y su camisa,



Y silbando, y cantando, y dando gritos,  
Días enteros el sembrado cuida.

Con su churreta de flexibles guascas  
Que fuertemente al agitar rechina,  
Desbandadas las aves se dispersan,  
Y fugitivas corren las ardillas.

Los pericos en círculos volando  
En caprichosas espirales giran,  
Dando al sol su plumaje de esmeralda,  
Y al aire su salvaje algarabía.

Y sobre el verde manto de la Roza  
El amarillo de los toches brilla,  
Cual onzas de oro en la carpeta verde  
De una mesa de juego repartidas.

Meciéndose galán y enamorado  
Gentil turpial en la flexible espiga,  
Rubí con alas de azabache, ostenta  
Su bella pluma y su canción divina.

El duro pico del chamón desgarrar  
De las hojas del chócolo las fibras,  
Dejando ver sus granos cual los dientes  
De una bella al través de su sonrisa.

Su nido conoidal cuelga el gulungo  
De un árbol en las ramas extendidas,  
Y se columpia blandamente al viento,  
Incensario de rústica capilla.

La boba, el carriquí, la guacamaya,  
El afrechero, el diostedé, la mirla,  
Con sus pulmones de metal que aturden,  
Cantan, gritan, gorjean, silban, chillan.

.....

Á veces el patrón lleva á la Roza  
 Á los niños pequeños de la hacienda.  
 Después de conseguir con mil trabajos  
 Que conceda la madre la licencia.

Sale la gritadora alegre turba  
 Á asistir juguetona á la cogienda,  
 Con carrieles y jiqueras terciados  
 Cual los peones sus costales llevan.

¿Quién puede calcular las mil delicias  
 Que proporciona tan sabrosa fiesta . . . . ?  
 ¡Amalaya volver á aquellos tiempos!  
 ¡Amalaya esa edad pura y risueña!

Avaro guarda el corazón del hombre  
 Esos recuerdos que del niño quedan;  
 Ese rayo del sol en una cárcel,  
 Es el tesoro de la edad provecta.

También la juventud recuerdos guarda  
 De placeres sin fin . . . pero con mezcla.  
 Las memorias campestres de la infancia  
 Tienen siempre el sabor de la inocencia.

Esos recuerdos con olor de helecho  
 Son el idilio de la edad primera,  
 Son la planta parásita del hombre  
 Que, aun seco el árbol, su verdor conservan.

Pero, en tanto, vosotros, pobres socios  
 De una Escuela de Artes y de Ciencias,  
 Siempre en medio de libros y papeles  
 Y viviendo en ciudades opulentas;

Nacidos en la alcoba empapelada  
 De una casa sin patios y sin huerta,

Y que jamás otro árbol conocisteis  
Que el naranjo del patio de la escuela!

Vosotros ¡ay! cuyos primeros pasos  
Se dieron en alfombras y en esteras  
Y, lo que es más horrible, ¡con botines!  
¡Vosotros, que nacisteis con chaqueta!

¡Vosotros, que no os criasteis en camisa  
Cruzando montes y saltando cercas,  
¡Oh! no podéis saber, desventurados,  
Cuánta es la dicha que un recuerdo encierra!

¿Con cuál, decidme, alegraréis vosotros  
De la helada vejez las horas lentas,  
Si no tuvisteis perros ni gallinas,  
Ni habéis matado patos ni culebras?

No endulzarán vuestros postreros días  
El sabroso balar de las ovejas,  
De las vacas el nombre, uno por uno,  
La imagen del solar, piedra por piedra;

Las sabaletas conservadas vivas,  
Sirviendo de vivero una batea;  
Las moras y guayabas del rastrojo,  
El columpio del guamo de la huerta;

La golondrina á la oración volando  
Al rededor de las tostadas tejas,  
La queja del pichón aprisionado,  
La siempre dulce reprensión materna;

La cometa enredada en el papayo,  
Los primeros perritos de Marbella. . .  
En fin. . . vuestra vejez será horrorosa,  
Pues no habéis asistido á una cogienda,

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

---



## En el Niágara.

*(Contemplación)*

¡Ahi estas otra vez! . . . El mismo hechizo  
 Que años há conocí!—monstruo de gracia,  
 Blanco, fascinador, enorme, agosto,  
     Sultán de los torrentes  
 Muelle y sereno en tu sin par pujanza.  
 ¡Ahi estás! ¡siempre el Niágara! Perenne  
 En tu extático trance, en ese vértigo  
 De voluptad tremenda, sin cansarte  
 Nunca de ti, ni el hombre de admirarte.

¡Cómo cansarse! La belleza activa,  
 La siempre viva porque siempre pura,  
 No puede fatigar. Hija perfecta—  
 Sin medio humano—del exelso fiat  
 Que perpetuaron leyes inviolables  
 En su incesante acción, mimada hermana  
 Del firmamento, de la luz, del aire;  
 Huésped no expulsa del Edén perdido:  
 Esta hermosura es creación constante  
 Y original, donde trasciende el soplo  
 De su Autor soberano. Algo nos dice  
 Qué allí está Dios;—el nectar de embeleso  
 Y de reparación que á un tiempo mana.  
 Al contemplarla, en nuestro fondo bullen  
 Los dormitados gérmenes divinos,  
 Cual hierve al sol el ánima viviente  
 De la Naturaleza: y surge ansioso  
 El amor de familia, el de la eterna  
 É indisoluble; y como al mar la gota  
 Emancipada al fin de térreos lazos,

Como del pecho de la madre el niño,  
 Mudos de íntimo gozo nos prendemos  
 En comunión de eternidad con ella.  
 ¿Podrá Dios fatigar?—¡Ah! en lo que hasta  
 Hay encanto letal, triste principio  
 De inercia hostil á Dios, germen de muerte,  
 Gangrena de las almas secuestradas  
 De su raudal vivífico.....

Mas ¿dónde,  
 Mi mente descendió? Llámala al punto,  
 ¡Oh Niágara! y en tí la imagen vea  
 De las almas triunfantes; mire al Héroe  
 Sublime en su martirio; al Genio mire,  
 Sereno en la conciencia de su fuerza.  
 Distráeme, diviérteme, museo  
 De cataratas, fábrica de nubes;  
 Mar desfondado al peso de tus ondas;  
 Columnas que un omnipotente Alcides  
 Descolgó del Olimpo, entre dos vastos  
 Mediterráneos piélagos de un mundo. \*

Sigues, gigante excéntrico, gozando  
 Tu solitaria, inmemorial locura,  
 Digna de un dios. Descadenada sueltas  
 Del valle por la rápida pendiente  
 Tu oceánica mole; y poseído  
 Del raptó á que impetuoso te abandonas,  
 Ebrio del regocijo de tu fuerza.  
 No adviertes que ya el hombre ha sorprendido  
 Este retaso de titán, violando

\* El Niágara no es como nuestro Tequendama, una catarata, sino una vastísima línea de cataratas caprichosamente dispuestas. El contraste que hace con el estrecho, altísimo, sombrío y pavoroso Tequendama, no puede ser mas completo.

La agreste soledad; y que en tus bordes  
La hormiga semidios bulle, y se empina  
Á medirse contigo. . . . . ¡Ah, qué te importa!  
No cabes en la tierra, y de un arranque  
Vas á tomar por lecho el Oceano.

De los más lejos términos del globo  
Á visitarte vienen y á elevarse  
Con tu contemplación, reconociéndote  
Sin rival hermosura. En tus orillas  
Un sentimiento en lenguas mil proclama  
La grandeza de Dios y el inocente  
Triunfo de la inmortal Naturaleza.

Heredia te tributa entusiasmado  
El Niágara de su alma,—pavoroso  
Muy más que el de tus ondas; el activo  
Ciclope anglo-sajón, probando al mundo  
Que es digno amo de ti, con puente aéreo  
Salva tu abismo inmenso; y por su mano  
Te da su abrazo atlético de hierro  
Esto que el hombre (insecto de un instante  
Y atolondrado por su instante) llama  
La Civilización. El cielo mismo  
Tiende á tus pies esos divanes de ángeles,  
Nácar del firmamento; y oponiendo  
Á un puente, mil; al arte de los hombres  
El del Señor; suspende caprichoso,  
Cual la sonrisa de la paz del alma  
Entre los estertores del que muere,  
Su iris tranquilo en medio á tu desastre.

Basta para tu gloria, insigne muestra  
Del manantial de las bellezas; ara  
De la perpetua admiración del hombre.  
Yo, nada podré darte, aunque aspirara



Á unir mi nombre á tu famoso nombre;  
 Que soy la misma sombra que otro día  
 Á tus umbrales se asomó impasible,  
 Fantasma evanescente que en silencio  
 Va atravesando entre tu niebla fría. . . . .  
 Si al estruendo volcánico profundo  
 De tu derrumbamiento, cimbra en torno  
 La tierra estremecida, el viento llora,  
 Y aun tu cuenca de piedra conmovida  
 Sonora te responde: ¡ay! entretanto  
 Sordo mi corazón no te percibe  
 Ni en mi alma hierve el frenesí del canto.

Pero ¿qué á ti, si el mismo de aquel día  
 Ahí estás, en tu pompa y magno aliento,  
 Como yo aquí perenne en mi aislamiento  
 Y en su tedio infinito el alma mía!  
 Hoy te recorren otra vez mis ojos,  
 Mustios y melancólicos como antes,  
                     Divino anfiteatro,  
 Do entre un misterio de borrasca y nieblas  
 Luchan, cual en eterna pesadilla,  
 Monstruos de roca y Amazonas de agua.  
 En mí no hay lucha, no; y en tu presencia,  
 Más que tu alta beldad, me maravilla  
 Mi absorta postración, mi indiferencia.

Ese lago de leche que dormido  
 Yace á tus pies; esas tendidas hojas  
 De cuajada esmeralda, opacas, turbias,  
 Manto marino que tu cauce vela,  
 Cuyas inertes aplanadas olas  
 Atónitas al golpe, ignoran dónde  
 Seguir corriendo; ese ancho remolino  
 Que abajo las aguarda, y retorciéndose  
 Al empuje del mar que lo violenta

Torrente, arrojan el jazmín primero  
De su fresca guirnalda. . . .

¡Duerme, duerme

Casta y dulce visión! Duerme al arrullo  
Del mismo padre Niágara que un día  
Recién nacida te arrulló, \* y, no ha mucho,  
Recién feliz te prometió arrullarte.  
Duerme, y al par que á tus guirnaldas llegue  
El perdurable requiem que él te canta,  
Llegue á tu alma mi oración profunda,  
Llegue mi bendición á tu memoria.  
¡Bendita por que amaste! Más bendita  
Por no ser ya mujer, porque moriste  
Y desapareciste y descansaste  
Y descansó mi espíritu en tu fosa.  
Todo acabó perfectamente, todo,  
Como el Señor lo quiso. . . . Hoy el ausente  
Regresa al fin cerca de tí. Bien cerca  
Estamos otra vez: tú en tu sepulcro,  
Muerta, ¡es verdad! . . . y yo quizá más muerto  
Que tú, sobreviviéndome á mi mismo. . . .  
¡Silencio! ¡paz! No turbarán mis voces  
Á la que fué: más fácil turbarían,  
Niágara, tu tremendo arrobamiento.

En tí parece que comienza el mundo  
Soltándose de manos del Eterno  
Para emprender su curso sempiterno  
Por el éter profundo.  
Eres el cielo que á cubrir la tierra  
Desciendes, y velada en blancas nubes  
La majestad de Dios baja contigo.

\* En la vecina ciudad de Buffalo, las guirnaldas á que luego se alude son las sepulcrales, muy numerosas en los cementerios norte-americanos.





Á ese golpe mis ojos encontraron  
 Bella la tierra, el ánima divina:  
 Mundos de sentimiento en mi brotaron  
 Y fué tu sombra el sol que me ilumina.

Si esto es amor ¡oh joven! yo te amo,  
 Y si esto es gratitud, yo te bendigo;  
 Yo, mi adoradó, mi señor, te llamo:  
 ¡Que otras te den el título de amigo!

Te amo ¡qué gloria! Que al oirme el mundo  
 Me excre y burle, déspota y perverso:  
 Te amara aunque me odieras iracundo:  
 Fuera de ti ¿qué importa el universo?

Y no imploro tu amor, que siendo tuyo  
 Tu desprecio y desdén bendeciría;  
 Amarte, obedecerte, ese es mi orgullo:  
 Y amando tu desdén yo moriría.

Yo te idolatro indigna de tu afecto,  
 Sí, porque no hay mujer digna de ti,  
 ¡Pura imagen de Dios! ¡hombre perfecto!  
 ¡Proscripto arcangel que cruzó ante mí!

Yo he traslucido incógnito suplicio  
 En tu faz régia, en tu imponente voz:  
 La energía hay allí de un sacrificio,  
 Hay allí la tristeza de un adiós.

Siempre encanté con tu visión mis sueños,  
 ¡Ah, son tan dulces! ¡Siempre estás allí!  
 ¡Astro de sabrosísimos ensueños  
 En que forjo mil cielos para tí!

¡Y allí te vi feliz! Allí no pisas  
 El mundo indigno en que sufriendo estás,

Y son dulces, no amargas, tus sonrisas,  
Y nada enturbia el brillo de tu faz.

¡Oh! si el amor de una mujer valiera  
Por el santo dolor de un serafín!  
Por verte alegre hasta tu amor yo diera . . . .  
Mi porvenir, mi amor, mi sér, en fin.

¿Qué no hiciera por ti, soñado mío,  
Cuando es mi luz la huella de tu pie?  
Tu capricho esclavice mi albedrío,  
Palma de mártir bríndeme tu fe.

Profeta que á mi espíritu anunciaste  
La religión feliz del corazón,  
Y el amor al Dios grande me enseñaste  
Viendo su sombra en ti, su bendición!

¡Gracias! ¡gracias! mancebo poderoso  
De iluminada frente y pecho audaz,  
En todo bello, en todo generoso,  
De ningún mal, de todo bien capaz.

Así, cuando en instante incomparado  
Tu irresistible atmósfera sentí,  
Ciega, fatal, cual astro desquiciado,  
Me lancé á ti para abismarme en ti.

Para vivir en tu recuerdo extática,  
Y embellecer con él mi soledad;  
Para gozar con mi pasión fanática  
Ante la cual gritó la sociedad.

Para reír mirando tu sonrisa,  
Para llorar mirándote llorar,  
Para ser tu entusiasta poetisa  
Y contigo incesante delirar.

Para querer cuanto amas ó té ama,  
Y lo que odias ó te odia aborrecer:  
Eterna mariposa de tu llama,  
Fiel tutelar y sombra de tu sér.

Alma que siempre tu alma reproduzca,  
Corazón que lo tuyo sienta en mí,  
Ojo que siempre y por doquier te busca,  
Labios que ruegan sin cesar por ti.

Cuando me ves, mi sér se diviniza:  
Cuando te oigo, soy toda inspiración:  
Y ¡oh! si te dignas darme una sonrisa  
La dicha me sofoca el corazón.

Cuando respiro el fuego de tu aliento  
Mi seno necesito comprimir:  
Mi alma quiere volar á su elemento  
Y en una aspiración á tu alma ir.

Cuando roza tu brazo mi vestido,  
Cuando siento tu mano . . . ¡yo no sé! . . .  
Lívida salto atrás, cual león herido,  
Y tambalea trémulo mi pie.

Y si tú no eres tú . . . si das un paso,  
Desplomada á tus pies viérasme allí . . .  
¡La emoción infinita de un abrazo  
Era mucho . . . era un rayo para mí!

Dios, tu entero esplendor me abrasaría,  
Hombre, ante ti es más débil la mujer,  
Y nada, bien sacríflega y bien fría,  
La furia más intensa del placer.

Mas dicha ó infortunio . . . cualquier cosa  
Que me venga de ti, ¡bendita sea!



Tu esclava, tu creación besa orgullosa  
La mano que la inmola ó la endiosea.

Arrastrada hacia ti ciega me siento  
Cual á su abismo el Tequendama va:  
Húndame en él ó salte al firmamento,  
Siempre el golpe mi voz bendecirá.

Si te debo mis lágrimas mañana,  
Hoy por ti soy feliz: ¡amante soy!  
¡Piedad para tu pobre Bogotana!  
No sé lo que te dije... ¡loca estoy!

RAFAEL POMBO

---

### La Luna

Ya del Oriente en el confín profundo  
La Luna aparta el nebuloso velo,  
Y leve sienta en el dormido mundo  
Su casto pie con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,  
Su faz humilde al cielo levantada;  
Y el hondo azul con elocuencia muda  
Orbes sin fin ofrece á su mirada.

Un lucero no más lleva por guía  
Por himno funeral silencio santo,  
Por solo rumbo la región vacía,  
Y la insondable soledad por manto.

¡Cuán bella, oh Luna, á lo alto del espacio!

Por el turquí del éter lenta subes,  
Con ricas tintas de ópalo y topacio  
Franjando en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso  
De rizos copos, que tu lumbre tiñe;  
Y de la Noche el iris vaporoso  
La regia pompa de tu trono ciñe.

De allí desciende tu callada lumbre,  
Y en argentinas gasas se despliega  
De la nevada sierra por la cumbre  
Y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda oscura  
Á largos trechos el follaje tocas,  
Y tu albo resplandor sobre la altura  
En mármol torna las desnudas rocas;

Ó al pie del cerro do la roza humea,  
Con el matiz de la azucena bañas  
La blanca torre de vecina aldea  
En su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,  
Vense, á la luz, las fuentes y los ríos,  
En sus brillantes roscas envolviendo  
Prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundida, ¡oh Lunar!  
Vuelo al través de solitarias breñas  
Á los lejanos valles, do en su cuna  
De umbrosos bosques y encumbradas peñas,

El lago del Desierto reverbera,  
Adormecido, nítido, sereno,  
Sus montañas pintando en la ribera,  
Y el lujo de los cielos en su seno.

¡Oh! y estas son tus mágicas regiones,  
Donde la humana voz jamás se escucha,  
Laberintos de selvas y peñones  
En que tu rayo con las sombras lucha;

Porque los sombras odian tu mirada;  
Hijas del caos, por el mundo errantes;  
Náufragos restos de la antigua Nada,  
Que en el mar de la luz vagan flotantes.

Tu lumbre, empero, entre el vapor fulgura,  
Luce del cerro en la áspera pendiente,  
Y á trechos ilumina en la espesura  
El ímpetu salvaje del torrente;

En luminosas perlas se liquida  
Cuando en la espuma del raudal retoza,  
Ó con la fuente llora, que perdida  
Entre la oscura soledad solloza.

En la mansión oculta de las Ninfas  
Hendiendo el bosque á penetrar alcanza,  
Y alumbra al pie de despeñadas límpas  
De las Ondinas la nocturna danza.

Á tu mirada suspendido el viento,  
Ni árbol ni flor en el Desierto agita:  
No hay en los seres voz ni movimiento;  
El corazón del mundo no palpita. . .

Se acerca el centinela de la Muerte:  
¡Hé aquí el Silencio! Sólo en su presencia  
Su propia desnudez el alma advierte,  
Su propia voz escucha la conciencia.

Y pienso aún y con pavor medito  
Que del Silencio la insondable calma



De los sepulcros es tremendo grito  
Que no oye el cuerpo y que estremece el alma.

Y á su muda señal la Fantasía  
Rasgando altiva su mortal sudario,  
De lo infinito á la extensión sombría  
Remonta audaz el vuelo solitario.

Hasta el confín de los espacios hiende,  
Y desde allí contempla arrebatada  
El piélago de mundos que se extiende  
Por el callado abismo de la Nada! . . . .

El que vistió de nieve la alta sierra,  
De oscuridad las selvas seculares,  
De hielo el polo, de verdor la tierra  
De blando azul los cielos y los mares,

Echó también sobre tu faz un velo,  
Templando tu fulgor, para que el hombre  
Pueda los orbes numerar del cielo,  
Tiemble ante Dios, y su poder le asombre

Cruzo perdido el vasto firmamento,  
Á sumergirme torno entre mí mismo,  
Y se pierde otra vez mi pensamiento  
De mi propia existencia en el abismol

Delirios siento que mi mente aterran . . . .  
Los Andes á lo lejos enlutados  
Pienso que son las tumbas do se encierran  
Las cenizas de mundos ya juzgados. . . .

El último lucero en el Levante  
Asoma, y triste tu partida llora:  
Cayó de tu diadema ese diamante,  
Y adornará la frente de la aurora.

¡Oh Luna, adiós! Quisiera en mi despecho  
El vil lenguaje maldecir del hombre,  
Que tantas emociones en su pecho  
Deja que broten y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera y gime,  
Sintiéndose en la carne prisionera;  
Recuerda al verte su misión sublime  
Y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara  
Esta que siento, imagen de Dios mismo,  
Para tender su vuelo no bastara  
Del firmamento el infinito abismo;

Porque esos astros, cuya luz desmaya,  
Ante el brillo del alma, hija del cielo,  
No son siquiera arenas de la playa  
Del mar que se abre á su futuro vuelo.

DIEGO FALLÓN.

(Colombiano)

---

### A la palma del desierto.

¡Palma gentil, del bosque soberana!  
¡Ergue tu cuello ufana,  
Que ante tu excelso tronco, la techumbre  
De la alta selva apénas es alfombra  
Do tendida tu sombra  
Ondula del Ocaso á la áurea lumbre!

Sí, que del bosque el secular follaje  
Te rinde vasallaje,  
Al par que tú, con trémulos vaivenes,  
Audaz á la región del trueno subes  
Para que orlen las nubes  
Con diáfano cendal tus regias sienes.

Al desatarse allí tu copa al aire,  
¡Con qué gentil donaire  
El verde encaje mece cada rama!  
Tal, en brillante fiesta, ondula, juega,  
Se descoge ó repliega  
El abanico de andaluza dama.

Y si al hechizo de tu esbelto talle,  
Desde lejano valle  
Vuela á pulsar enamorado viento  
Tus muelles flecos en la noche umbría,  
Tu copa al cielo envía  
Himnos de amor en regalado acento.

De amor sin par; que al són de tu ramaje,  
Del árabe el linaje  
Midió feliz su primitiva cuna;  
Y sólo tú seguístele proscrito  
Al arrenal maldito  
Donde vaga sin rumbo y sin fortuna:

Do no se ve del matinal rocío  
El fúlgido atavío  
Al sol brillar sobre tus verdes frondas,  
Ni de sereno lago en la ribera  
Tu imágen hechicera  
Oscilar á tu pie bajo las onpas

Do no se escuchan trinos, ni el murmullo  
De fuentes, ni el arrullo



De palomas, ni brilla flor galana,  
 Verde sembrado ni lozano huerto:  
 ¡Sólo tú. . . y el Desiertol  
 ¡El rojo sol. . . y errante caravana! . . .

El sol que por centurias hiere en vano  
 Tu ramaje liviano,  
 Porque su rayo, á tu vaivén airoso,  
 Sobre tus hojas fascinado duerme,  
 ¡Que la hermosura inerme  
 Siempre el escollo fué del poderosol

Allí tu tronco estremecido cruje  
 Del Ábrego al empuje,  
 Que la arena levanta en turbia espira,  
 Y tu copa descuella siempre sola,  
 Pabellón que enarbola  
 El Amor sobre el campo de la Ira.

¿Ó acaso el yermo en tiempo primitivo  
 Al defender altivo  
 Su manto de verdor, luchando en vano.  
 Contra el poder que le dejó desnudo,  
 Salvar apenas pudo  
 Ese girón en su convulsa mano? . . .

¡Ah, sí! ¡Venid, y tras la huella mía  
 Seguidme hasta la ería  
 Llanura sin confín! Con la voltaria  
 Arena por alfombra, con la lumbre  
 Del cielo por techumbre,  
 Entremos en la ardiente y solitaria

Región del Exterminio: do triunfante  
 Sobre nube girante  
 De raudo polvoroso torbellino,

Su espectro cruza el ámbito infecundo!...  
Refiéjanse del mundo  
La informe cuna y el final destino.

Sobre este vasto espejo de la Nada,  
Donde la luz lanzada  
Sobre la faz del arenal bravío,  
—Como del siglo la rebelde ciencia—  
Derrocha su opulencia  
En alumbrar la Nada y el Vacío!

Menos traidora la Tiniebla, acata  
El pudor, y recata  
Su estéril seno en negra vestidura:  
La luz que á la Esperanza corta el vuelo  
Es tiniebla sin velo  
Que audaz se ostenta en desnudez impural

Si ¡desdichado suelo! tus raudales,  
Tus nieblas matinales  
Huyeron, con tu gala verdecida,  
Tus frutos, tus aromas y tus flores;  
Y te fueron traidores  
Aun los gérmenes mismos de la vidal

Y fue tu mismo ¡sol el incendiario!  
El Siroco nefario  
Que con lúgubre aullido el fuego atiza,  
Un tiempo el aura fue de tus jardines!  
Tu arena sin confines  
Es de tu antigua pompa la ceniza!

No el horizonte bástale por fosa;  
La ceniza rebosa  
Del cerco azul por sobre el linde vago,  
Y el mustio polvo, allí, de humanas greyes

Al polvo de los reyes  
Mezcla el Simún con pavoroso estrago.

Que los reyes que púrpura vistieron,  
Cetro y vida rindieron  
Ante el Poder que exalta y que destrona;  
Mas del frondoso reino la presea,  
En cuya sien cimbreaba  
De ondulante verdor triunfal corona;

Esa, que invicta en garbo y esbelteza,  
Prolífica adereza  
Reparador manjar en blando nido  
Que pródiga recata en su corona,  
Ó ya el óleo sazona  
Que de la pingüe oliva pone olvido;

Esa que herida en la procera frente,  
La vivífica fuente  
Mana, cuyo raudal emula ufano  
La blanca espuma que al nacer el día  
Exprime en la alquerfa  
De la vaquera la robusta mano;

La que opulenta en su collar espacia  
Con generosa audacia  
De cauteladas urnas los turgentes  
Senos, donde la cándida ambrosía  
Y el refrigerio cría  
Para sustento á desvalidas gentes;

La que de frutos mil ostenta opimo  
El pródigo racimo,  
Blasón y prez de su donoso tallo,  
No la vida rindió, que su diadema,  
Al par que regio emblema  
Tesoro y vida fue para el vasallo.



Por eso, aun hoy, allí, tu cetro impera,  
¡Munífica palmera,  
Honor y timbre de la ardiente zonal  
Tú conquistate inmarcesible vida  
Y reina fuiste ungida  
Por la mano que exalta y que destrona!

Y luego osaste intrépida y fecunda  
De la tribu errabunda  
Los destinos seguir hasta el Desierto,  
Y eres del adiar único amparo  
Y del oasis faro,  
Y en proceloso trance único puerto!

Y de tu blonda cuelgas al abrigo,  
Para rey y mendigo,  
Con largueza sin par que al mundo asombra,  
Del dátíl redentor el rico enjambre;  
Que el espectro del Hambre  
Jamás violó el recinto de tu sombra.

¡Jamás! . . . Cuando el Simún abate el vuelo  
Y al pavorido suelo  
Se desploma su inmenso torbellino,  
Tu copa exhala acentos de sirena  
Sobre la mar de arena,  
Que lejos oye el triste peregrino;

Y un grito al columbrarte en lontananza  
El peregrino lanza,  
Bendice á Alá y en su oración te nombra;  
Y tú le brindas fruto y dulce ambiente,  
Y acaricias su frente,  
Su tienda y su camello con tu sombra!

## Los cazadores y la perrilla

Es flaca sobre manera  
Toda humana previsión,  
Pues en más de una ocasión  
Sale lo que no se espera.

Salió al campo una mañana  
Un esperto cazador,  
El más hábil y el mejor  
Alumno que tuvo Diana.

Seguíale gran cuadrilla  
De ejercitados monteros,  
De ojeadores, ballesteros  
Y de mozos de trailla:

Van todos apercebidos  
Con las armas necesarias,  
Y llevan de castas varias  
Perros diestros y atrevidos,

Caballos de noble raza,  
Cornetas de monte; en fin,  
Cuanto exige Moratín  
En su poema «La Caza».

Levantán pronto una pieza,  
Un jabalí corpulento,  
Que huye veloz, rabo á viento,  
Y rompiendo la maleza.

Todos siguen con gran bulla  
Tras la cerdosa alimafia;  
Pero ella se dá tal maña  
Que á todos los aturulla;

Y aunque gastan todo el día  
En paradas, idas, vueltas,  
Y carreras y revueltas,

Es vana tanta porfía.

Ahora que los lectores  
Han visto de que manera  
Pudo burlarse la fiera  
De los tales cazadores,

Oígan lo que aconteció,  
Y aunque es suceso que admira,  
No piensen, no, que es mentira,  
Que lo cuenta quien lo vió.

Al pie de uno de los cerros  
Que batieron aquel día,  
Una viejilla vivía,  
Que oyó ladrar á los perros;  
Y con gana de saber  
En qué paraba la fiesta,  
Iba subiendo la cuesta,  
Á eso del anochecer.

Con ella iba una perrilla...  
Mas, sin pasar adelante,  
Es preciso que un instante  
Gastemos en describilla:

Perra de canes decana  
Y entre perras protoperra,  
Era tenida en su tierra  
Por perra antediluviana.

Flaco era el animalejo,  
El más flaco de los canes,  
Era el rastro, eran los manes  
De un cuasi-semi-ex-gozquejo;

Sarnosa era... digo mai,  
No era una perra sarnosa:  
Era una sarna perrosa  
Y en figura de animal;

Era, otrosí, derregada;  
La derribaba un resuello:



Puede decirse que aquello  
No era perra ni era nada,  
    Á ver, pues, la batahola  
La vieja al cerro subía,  
De la perra en compañía,  
Que era lo mismo que ir sola.  
    Por donde iba, hizo la suerte  
Que se hubiese el jabalí  
Escondido, por si así  
Se libraba de la muerte;  
    Empero, sintiendo luego  
Que por ahí andaba jente,  
Tuvo por cosa prudente  
Tomar las de Villadiego:  
    La vieja entonces, al ver  
Que escapaba por la loma,  
¡Sús! dijo por pura broma,  
Y la perra echó á correr.  
    Y aquella perra estenuada,  
Sombra de perra que fue,  
De la cual se dijo que  
No era perra ni era nada,  
    Aquella perrilla, sí,  
¡Cosa es de volverse loco!  
No pudo cojer tampoco  
Al maldito jabalí.

JOSE MANUEL MARROQUÍN.

(Colombiano)

---

## Epígrama

Hizo un retrato Ramón  
Torres, como de su mano,  
De un médico cirujano  
De inmensa reputación.  
Se lo mostró á una beata,  
Y ella, en lugar de exclamar,  
«No le falta más que hablar»,  
Lo que dijo fué: «Ya mata».

JOSE MANUEL MARROQUÍN.

---

## Epígrama

¿Crees en brujas, Garay?  
Dije á mi viejo criado.  
—«No, señor, porque es pecado;  
Pero haberlas sí las hay».

JOSE MANUEL MARROQUÍN.

---

## A la estatua del Libertador

*(En la plaza Mayor de Bogotá)*

Los que trabajamos por la Independencia  
hemos arado en el mar....

Veo nuestra obra destruida, y las maldi-  
ciones de los siglos caer sobre nuestras  
cabezas, como autores perversos de tan la-  
mentables mutaciones.

Palabras del *Libertador*.

Parece que Bolívar se arrepentía de su  
obra, y que estaba temeroso de haber he-  
cho un mal á los americanos del Sur con-  
duciéndolos á la Independencia. ¡Tanta era  
la impresión que hacían en su ánimo los  
crímenes cometidos por doquiera, y las re-  
vueltas continuas de las nuevas Repúblicas!

*Restrepo*, «Historia de Colombia», T. IV,  
p. 602.

¡Bolívar! No fascina  
Á tu escultor la Musa que te adora  
*Sobre el collado que á Junín domina,*  
Donde estragos fulmina  
Tu diestra de los Incas vengadora.

No le turba la Fama,  
Alada pregonera, que tu gloria  
Del mundo por los ámbitos derrama  
Y doquier te proclama  
Genio de la venganza y la victoria.

Él no supo el camino  
Por do el carro lanzaste de la guerra  
Que de Orinoco al Potosí argentino,  
Impetuoso vino  
Temblar haciendo en derredor la tierra.



Ni sordos atambores  
Oyó, ni en las abiertas capitales  
Entrar vió tus banderas tricolores  
    Bajo lluvia de flores  
Y al estruendo de músicas marciales.

Ni á sus ojos te ofreces  
Cuando, nuevo Reinaldo, á tí te olvidas,  
Y el hechizante filtro hasta las heces  
    Bebiendo, te adormeces  
Del Rímac en las márgenes floridas.

No en raptos de heroísmo,  
No en vértigo de triunfos y esplendores  
Admiró tu grandeza. Él á tí mismo  
    Te buscó en el abismo  
De recónditas luchas y dolores.

Te vió, si adolescente,  
Ya en el silencio de la gran ruína  
Que Roma encierra, apacentar tu mente  
    La soñadora frente  
Doblada al peso de misión divina;

Retando á las Españas,  
De América inflamar el seno inerte  
Con grito que remueve las montañas:  
    Solo, en playas extrañas,  
O entre escombros hundido, engrandecerte;

Y puesto el pensamiento  
Allí donde visión mortal no alcanza,  
Nuevon Colón en pérfido elemento,  
    Con profético aliento  
Avivar en tinieblas la esperanza;

Con mano compasiva

(No bien á la Fortuna has hecho esclava),  
Restituír su libertad nativa

Á una raza cautiva

Y á la prole infeliz que amamantaba;

Ó llevar de un segundo

Palante \* el corazón al templo santo,  
Mientras responde á tu dolor profundo

Con eco gemebundo

Fiel muchedumbre derramando llanto;

Ó en la región del hielo

Del Chimborazo hollar la cumbre cana,  
Y contemplar allí del tiempo el vuelo,

La inmensidad del cielo,

«La pequeñez de la grandeza humana.»

Vió el dolor que se ceba

En ti, á la hora en que el Eterno dijo:

«Quiérole ya purificar con nueva

Y terrífica prueba».

Colombia entonces te negó por hijo;

Y Envidia acusadora

Con torpe lengua usurpador te llama,

¡Mientras insignia cívica decora

Tu frente creadora

Que el honor de los Césares desama!

Ya el obsecado hermano

El arma revolvió contra tu pecho,

Y en el confín postrero colombiano-

Te brinda hidalgo hispano,

Si patria te faltó, su honrado techo.

\* Girardot.

Á ese asilo postrero,  
 Del piélago mezclándose al bramido  
 O al lejano clamor del marinero,  
 ¿Qué acento lastimero  
 Fúnebre vuela á golpear tu oído?

¿Qué asolación augura  
 La voz doliente que en los aires gira?  
 De negra ingratitud víctima pura,  
 En hórrida espesura,  
 ¡Cielos! el Héroe de Ayacucho espira.

En tan solemnes días  
 Por la orilla del mar, los pasos lentos,  
 Y cruzados los brazos cual solías,  
 Hondas melancolías  
 Exhalabas á veces en lamentos.

Ora pasara un ave,  
 Ya hender vieses el líquido elemento  
 Sin dejar rastro en él, velera nave,  
 Murmurabas: «¿Quién sabe  
 Si aré en la mar y edificué en el viento?»

En sordos aquilones  
 Oías con lúgubres señales:  
 «¿Si caerán sobre mí las maldiciones  
 De cien generaciones?  
 ¡Ay! desgraciado autor de tantos males!»

Brotar la alevosía  
 Viste, y á empuje de discordia brava  
 Bambolear la libertad. Gemía  
 Colombia en agonía;  
 Tu espíritu radioso declinaba.—

El noble estatuario,



Apartando fulgentes aureolas,  
De dudas en tu pecho solitario  
    Vió aquel tumulto vario:  
Vió el hondo abismo, las amargas olas! . . .

    Callando respondiste  
Á la íntima efusión con que él te nombra  
Cuando en fijar tu semejanza insiste,  
    Y hermosa, pero triste,  
Apareció tu veneranda sombra,

    Con ese aspecto, y esa  
Melancólica nube de tu ceño  
Que desengaño y aislamiento expresa;  
    Descendiste á la huesa,  
Y aun te acompaña en el eterno sueño.

    Inclinando la espada  
Tu brazo triunfador parece inerme;  
Terciado el grave manto; la mirada  
    En el suelo clavada;  
Mustia en tus labios la elocuencia duerme:

    Mágico á par de Dante  
*Tenerani* tu vasto pensamiento  
Renovó, concentró, y á tu semblante  
    Dió majestad cambiante,  
Y á tu austero callar múltiple acento.

    No tremendo, no adusto  
Revives; del fragor de la pelea  
Descansas ya . . . Mas tutelar agosto,  
    Doquier se alce tu busto,  
Con plácida elación se enseñoa;

    Y en tu serena altura  
Mártir perdonas, y recibes culto

Sublime en tu dolor sin amargura,  
De lisonja perjura  
Libre por siempre, y de cobarde insulto.

Y tu nombre en su vuelo  
Más que el de antiguos semidioses crece  
En tu edad misma y en tu propio suelo;  
Y tu historia sin velo  
Las grandezas que fueron oscurece!

El divinal aliento,  
Que anima á la materia y transfigura;  
Nobilísimo hermano sentimiento;  
Final recogimiento;  
Cuanto á el alma enaltece ó la depura,

En mística amalgama,  
Cual vago nimbo de tu excelsa frente,  
No imitación, veneración reclama:  
El que padre te aclama,  
Mezcla de orgullo y de vergüenza siente.

*¡Libertador!* Delante  
De esa efigie de bronce nadie pudo  
Pasar, sin que á otra esfera se levante,  
Y te lllore, y te cante,  
Con pasmo religioso, en himno mudo.

MIGUEL ANTONIO CARO.

(Colombiano)

## La victoria de Junín

*Canto á Bolívar*

El trueno horrendo que en fragor revienta  
Y sordo retumbando se dilata  
Por la inflamada esfera,  
Al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta  
La hispana muchedumbre  
Que más feroz que nunca amenazaba  
Á sangre y fuego eterna servidumbre:  
Y el canto de victoria  
Que en ecos mil discurre ensordeciendo  
El hondo valle y enriscada cumbre,  
Proclaman á Bolívar en la tierra  
Árbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo  
El arte humano osado levantaba  
Para hablar á los siglos y naciones;  
Templos, do esclavas manos  
Deificaban en pompa á sus tiranos,  
Ludibrio son del tiempo, que con su ala  
Débil las toca, y las derriba al suelo,  
Después que en fácil juego el fugaz viento  
Borró sus mentirosas inscripciones;  
Y bajo los escombros confundido  
Entre la sombra del eterno olvido,  
¡Oh de ambición y de miseria ejemplo!  
El sacerdote yace, el Dios y el templo.

Mas los sublimes montes, cuya frente  
Á la región etérea se levanta,



Que ven las tempestades á su planta  
 Brillar, rugir, romperse, disiparse;  
 Los Andes . . . las enormes, estupendas  
 Moles sentadas sobre bases de oro,  
 La tierra con su peso equilibrando,  
 Jamás se moverán. Ellos burlando  
 De ajena envidia y del protervo tiempo  
 La furia y el poder, serán eternos  
 De libertad y de victoria heraldos,  
 Que con eco profundo  
 Á la postrema edad dirán del mundo:  
 «Nosotros vimos de Junín el campo:  
 «Vimos que al desplegarse  
 «Del Perú y de Colombia las banderas,  
 «Se turban las legiones altaneras,  
 «Huye el fiero español despavorido,  
 «O pide paz rendido.  
 «Venció Bolívar: el Perú fue libre;  
 «Y en triunfal pompa Libertad sagrada  
 «En el templo del Sol fue colocada.

¿Quién me dará templar el voraz fuego  
 En que ardo todo yo? Trémula, incierta,  
 Torpe la mano va sobre la lira  
 Dando discorde són. ¿Quién me liberta  
 Del Dios que me fatiga . . . . .?  
 Siento unas veces la rebelde Musa  
 Cual bacante en furor vagar incierta  
 Por medio de las plazas bulliciosas,  
 O sola por las selvas silenciosas,  
 Ó las risueñas playas  
 Que manso lame el caudaloso Guayas:  
 Otras, el vuelo arrebatada tiende  
 Sobre los montes: y de allí descende  
 Al campo de Junín: y ardiendo en ira

Los numerosos escuadrones mira,  
Que al odiado pendón de España arbolan:  
Y en cristado morrión y peto armada  
Cual amazona fiera,  
Se mezcla entre las filas la primera  
De todos los guerreros,  
Y á combatir con ellos se adelanta,  
Triunfa con ellos y sus triunfos canta.

Tal en los siglos de virtud y gloria,  
Cuando el guerrero sólo y el poeta  
Eran dignos de honor y de memoria,  
La musa audaz de Píndaro divino,  
Cual intrépido atleta,  
En inmortal porfía  
Al griego estadio concurrir solía.  
Y en esto hirviendo y en amor de fama,  
Y del metro y del número impaciente,  
Pulsa su lira de oro sonora,  
Y alto asiento concede entre los dioses  
Al que fuera en la lid más valeroso,  
Ó al más afortunado.  
Pero luego envidiosa  
De la inmortalidad que les ha dado,  
Ciega se lanza al circo polvoroso,  
Las alas rapidísimas agita,  
Y al carro vencedor se precipita.  
Y desatando armónicos raudales  
Pide, disputa, gana,  
Ó arrebatada la palma á sus rivales.

¿Quién es aquel que el paso lento mueve  
Sobre el collado que á Junín domina?  
¿Que el campo desde allí mide, y el sitio  
Del combatir y del vencer designa?

¿Que la hueste contraria observa; cuenta,  
 Y en su mente la rompe y desordena,  
 Y á los más bravos á morir condena,  
 Cual águila caudal que se complace  
 Del alto cielo en divisar su presa  
 Que entre el rebaño mal segura paze?  
 ¿Quién el que ya descende  
 Pronto y apercebido á la pelea?  
 Preñada en tempestades le rodea  
 Nube tremenda: el brillo de su espada  
 Es el vivo reflejo de la gloria:  
 Su voz un trueno: su mirada un rayo.  
 ¿Quién aquel que al trabarse la batalla,  
 Ufano como Nuncio de victoria,  
 Un corcel impetuoso fatigando  
 Discurre sin cesar por todas partes . . . ?  
 ¿Quién, sino el hijo de Colombia y Marte?

Sonó su voz: «Peruanos,  
 Mirad allí los duros opresores,  
 De vuestra patria. Bravos Colombianos  
 En cien crudas batallas vencedores,  
 Mirad allí los enemigos fieros  
 Que buscando venís desde Orinoco:  
 Suya es la fuerza, y el valor es vuestro,  
 Vuestra será la gloria;  
 Pues lidiar con valor y por la patria  
 Es el mejor presajio de victoria,  
 Acometed: que siempre  
 De quien se atreve más el triunfo ha sido;  
 Quien no espera vencer, ya está vencido.»

Dice: y al punto cual fugaces carros,  
 Que dada la señal, parten, y en densos  
 De arena y polvo torbellinos ruedan;



Arden los ejes; se estremece el suelo;  
Estrépito confuso asorda el cielo;  
Y en medio del afán cada cual teme  
Que los demás adelantarse puedan:  
Así los ordenados escuadrones  
Que del Iris reflejan los colores  
Ó la imagen del sol en sus pendones,  
Se avanzan á la lid. Oh! ¡quién temiera,  
Quién, que su ímpetu mismo los perdiera!

Perdersel no, jamás: que en la pelea  
Los arrastra y anima é importuna  
De Bolívar el genio y la fortuna.  
Llama improviso al bravo Necochea;  
Y mostrándole el campo,  
Partir, acometer, vencer le manda,  
Y el guerrero esforzado,  
Otra vez vencedor y otra cantando,  
Dentro en el corazón por patria jura  
Cumplir la orden fatal; y á la victoria  
Ó á noble y cierta muerte se apresura.

Ya el formidable estruendo  
Del atambor en uno y otro bando;  
Y el són de las trompetas clamoroso,  
Y el relinchar del alazán fogoso,  
Que erguida la cerviz y el ojo ardiendo,  
En bélico furor salta impaciente  
Donde más se encrucece la pelea;  
Y el silbo de las balas que rasgando  
El aire llevan por do quier la muerte;  
Y el choque asaz horrendo  
De selvas densas de ferradas picas;  
Y el brillo y estridor de los aceros  
Que al sol reflectan sanguinosos visos;

Y espadas, lanzas, miembros esparcidos  
Ó en torrentes de sangre arrebatados,  
Y el violento tropel de los guerreros  
Que más feroces mientras más heridos,  
Dando y volviendo el golpe redoblado,  
Mueren, mas no se rinden. . . Todo anuncia  
Que el momento ha llegado,  
En el gran libro del Destino escrito,  
De la venganza al pueblo americano,  
De mengua y de baldón al castellano.

Si el fanatismo con sus furias todas,  
Hijas del negro averno, me inflamara,  
Y mi pecho y mi musa enardeciera  
En tartáreo furor, del león de España,  
Al ver dudoso el triunfo, me atreviera  
Á pintar el rencor y horrible saña.  
Ruje atroz, y cobrando  
Más fuerza en su despecho se abalanza,  
Abriéndose ancha calle entre las haces  
Por medio el fuego y contrapuestas lanzas,  
Rayos respira, mortandad y estrago,  
Y sin pararse á devorar la presa,  
Prosigue en su furor, y en cada huella  
Deja de negra sangre un hondo lago.

En tanto el argentino valeroso  
Recuerda que vencer se le ha mandado;  
Y no ya cual caudillo, cual soldado  
Los formidables ímpetus contiene  
Y uno en contra de ciento se sostiene,  
Como tigre furiosa  
De valiosos mastines acosada,  
Que guardan el redil, mata, destroza,  
Auyenta sus contrarios; y aunque herida  
Sale con la victoria y con la vida.

¡Oh capitán valiente,  
Blasón ilustre de tu ilustre patria,  
No morirás: tu nombre eternamente  
En nuestros fastos sonará glorioso,  
Y bellas ninfas de tu Plata undoso  
Á tu gloria darán sonoro canto  
Y á tu ingrato destino acerbo llanto.

Ya el intrépido Miller aparece  
Y el desigual combate restablece.  
Bajo su mando ufana  
Marchar se ve la juventud peruana  
Ardiente, firme, á perecer resuelta,  
Si acaso el hado infiel vencer le niega.  
En el arduo conflicto opone ciega  
Á los adversos dardos firmes pechos,  
Y otro nombre conquista con sus hechos.

¿Son esos los garzones delicados  
Entre seda y aromas arrullados?  
¿Los hijos del placer son esos fieros?  
Si: que los que ántes desatar no osaban  
Los dulces lazos de jazmín y rosa  
Con que amor y placer los enredaban,  
Hoy ya con mano fuerte  
La cadena quebrantan poderosa  
Que ató sus pies, y vuelan denodados  
Á los campos de muerte y gloria cierta,  
Apenas la alta fama los despierta  
De los guerreros que su cara patria  
En tres lustros de sangre libertaron;  
Y apenas el querido  
Nombre de libertad su pecho inflama,  
Y de amor patrio la celeste llama  
Prende en su corazón adormecido.



Tal el joven Aquiles  
Que en infame disfraz y en ocio blando  
De lánguidos suspiros,  
Los destinos de Grecia dilatando,  
Vive cautivo en la beldad de Sciros;  
Los ojos pace en el vistoso alarde  
De arreos y de galas femeniles  
Que de India y Tiro y Menfis opulenta  
Curiosos mercadantes le encarecen.  
Mas á su vista apenas resplandecen  
Pavés, espada y yelmo que entre gasas  
El Itacense astuto le presenta:  
Pásmase . . . se recobra, y con violenta  
Mano el templado acero arrebatando,  
Rasga y arroja las indignas tocas,  
Parte, traspasa el mar y en la troyana  
Arena, muerte, asolación, espanto  
Difunde por do quier: todo le cede . . .  
Aun Héctor retrocede . . . . .  
Y cae al fin; y en derredor tres veces  
Su sangriento cadáver profanado  
Al veloz carro atado  
Del vencedor inexorable y duro,  
El polvo barre del sagrado muro.

Ora mi lira resonar debía  
Del nombre y las hazañas portentosas  
De tantos capitanes que este día  
La palma del valor se disputaron,  
Digna de todos . . . Carbajal . . . . y Silva . . . .  
Y Suarez . . . y otros mil . . . Mas de improvisó  
La espada de Bolívar aparece,  
Y á todos los guerreros,  
Como el sol á los astros, oscurece:

Yo acaso mas osado le cantara,

Si la meónia Musa me prestara  
La resonante trompa que otro tiempo  
Cantaba al crudo Marte entre los Traces,  
Bien animando las terribles haces,  
Bien los fieros caballos, que la lumbre  
De la éjida de Palas espantaba.

Tal el héroe brillaba  
Por las primeras filas discurriendo.  
Se oye su voz, su acero resplandece  
Do mas la pugna y el peligro crece.  
Nada le puede resistir . . . Y es fama  
¡Oh portento inauditol  
Que el bello nombre de Colombia escrito  
Sobre su frente en torno despedía  
Rayos de luz tan viva y refulgente  
Que deslumbrado el Español desmaya,  
Tiembla, pierde la voz, el movimiento:  
Sólo para la fuga tiene aliento.

Así cuando en la noche algún malvado  
Va á descargar el brazo levantado;  
Si de improviso lanza un rayo el cielo,  
Se pasma, y el puñal trémulo suelta:  
Hielo mortal á su furor sucede;  
Tiembla y horrorizado retrocede.  
Ya no hay más combatir. El enemigo  
El campo todo y la victoria cede.  
Huye cual siervo herido; y á donde huye:  
Allí encuentra la muerte. Los caballos  
Que fueron su esperanza en la pelea,  
Heridos, espantados, por el campo  
Ó entre las filas vagan, salpicando  
El suelo en sangre que su crin gotea;  
Derriban al ginete, lo atropellan,

Y las catervas van despavoridas,  
Ó unas con otras con terror se estrellan.

Crece la confusión, crece el espanto:  
Y al impulso del aire, que vibrando  
Sube en clamores y alaridos lleno,  
Tremen las cumbres que respeta el trueno.  
Y discurriendo el vencedor en tanto  
Por cima de cadáveres y heridos  
Postra al que huye, perdona á los rendidos.

Padre del universo, Sol radioso,  
Dios del Perú, modera omnipotente  
El ardor de tu carro impetüoso  
Y no escondas tu luz indeficiente. . . .  
Una hora más de luz. . . . Pero esta hora  
No fué la del Destino. El dios oía  
El voto de su pueblo; y de la frente  
El cerco de diamantes desceñía.  
En fugaz rayo el horizonte dora:  
En mayor disco ménos luz ofrece,  
Y veloz tras los Andes se oscurece.

Tendió su manto lóbrego la noche:  
Y las reliquias del perdido bando,  
Con sus tristes y atónitos caudillos,  
Corren sin saber dónde espavoridas,  
Y de su sombra misma se estremecen.  
Y al fin en las tinieblas ocultando  
Su afrenta y su pavor desaparecen.

¡Victoria por la patria! ¡oh Dios! Victoria.  
Triunfo á Colombia: y á Bolívar gloria.

Ya el ronco parche y el clarín sonoro  
No á presagiar batalla y muerte suena,



Ni á enfurecer las almas: mas se estrena  
En alentar el bullicioso coro  
De vivas y patrióticas canciones.  
Arden cien pinos: y á su faz las sombras  
Huyeron, cual poco antes desbandadas  
Huyeron de la Espada de Colombia  
Las vandálicas huestes debeladas.

En torno de la lumbre,  
El nombre de Bolívar repitiendo  
Y las hazañas de tan claro día,  
Los jefes, y la alegre muchedumbre,  
Consumen en acordes libaciones  
De Baco y Ceres los celestes dones.

«Victoria, paz, clamaban,  
Paz para siempre. Furia de la guerra,  
Húndete al hondo averno derrocada;  
Ya cesa el mal y el llanto de la tierra.  
Paz para siempre. La sanguinea espada,  
Ó cubierta de orín ignominioso,  
Ó en el útil arado trasformada,  
Nuevas leyes dará. Las varias gentes  
Del mundo, que á despecho de los cielos  
Y del ignoto ponto proceloso,  
Abrió á Colón su audacia ó su codicia,  
Todas ya para siempre recobraron  
En Junín libertad, gloria y reposo.»

*Gloria, mas no reposo;* de repente  
Clamó una voz de lo alto de los cielos.  
Y á los ecos los ecos por tres veces  
*Gloria, mas no reposo,* respondieron.  
El suelo tiembla; y cual fulgentes faros  
De los Andes las cúspides ardieron.  
Y de la noche el pavoroso manto

Se trasparente, y rásgase, y el éter  
Allá lejos purísimo aparece,  
Y en rósea luz bañado resplandece.

Cuando improviso, veneranda sombra  
En faz serena y ademán agosto  
Entre cándidas nubes se levanta.  
Del hombro izquierdo nebuloso manto  
Pende, y su diestra aéreo cetro rije:  
Su mirar noble pero no sañudo;  
Y nieblas fijuraban á su plantas  
Penacho, arco, carcax, flechas y escudo:  
Una zona de estrellas  
Glorificaba en derredor su frente  
Y la borla imperial de ella pendiente.

Miró à Junín: y plácida sonrisa  
Vagó sobre su faz. «Hijos, decía,  
Generación del Sol afortunada,  
Que con placer yo puedo llamar mía.  
Yo soy Huaina Capac: soy el postrero  
Del vástago sagrado:  
Dichoso Rey, mas padre desgraciado.  
De esta mansión de paz y luz he visto  
Correr las tres centurias  
De maldición, de sangre y servidumbre:  
Y el imperio regido por las furias.»

«No hay punto en estos valles y estos cerros  
Que no mande tristísimas memorias.  
Torrentes mil de sangre se cruzaron  
Aquí y allí: las tribus numerosas  
Al ruido del cañón se disiparon:  
Y los restos mortales de mi gente  
Aun á las mismas rocas fecundaron.  
Mas allá un hijo espira entre los hierros»

De su sagrada majestad indignos  
 Un insolente y vil aventurero  
 Y un iracundo sacerdote fueron  
 De un poderoso rey los asesinos...  
 ¡Tantos horrores y maldades tantas  
 Por el oro que hollaban nuestras plantas!»

«Y mi Huascar también, ¡Yo no viví!  
 Que de vivir, lo juro, bastaría,  
 Sobrara á debelar la hidra española  
 Está mi diestra triunfadora, sola.»  
 Y nuestro suelo, que ama sobre todos  
 El Sol mi padre, en el estrago fiero  
 No fué, ¡oh dolor! ni el solo, ni el primero.  
 Que mis caros hermanos  
 El gran Guatimozín y Motezuma  
 Conmigo el caso acerbo lamentaron.  
 De su nefaria muerte y cautiverio,  
 Y la devastación del grande imperio,  
 En riqueza y poder igual al mío...  
 Hoy con noble desdén ambos recuerdan  
 El ultraje inaudito, y entre fiestas  
 Alevosas e ldardo prevenido,  
 Y el lecho en vivas ascuas encendido.»

«Guerra al usurpador. —¿Qué le debemos?  
 ¿Luces, costumbres, religión ó leyes...?  
 Si ellos fueron estúpidos, viciosos,  
 Feroces, y por fin supersticiosos!  
 ¿Qué religión? ¿la de Jesús?... ¡Blasfemos!  
 Sangre, plomo veloz, cadenas fueron  
 Los sacramentos santos que trajeron.  
 ¡Oh religión! ¡oh fuente pura y santa  
 De amor y de consuelo para el hombre!  
 ¡Cuántos males se hicieron en tu nombre!



¿Y qué lazos de amor . . . ? Por los oficios  
 De la hospitalidad más generosa  
 Hierros nos dan: por gratitud suplicios.  
 Todos, si todos: ménos uno solo;  
 El martir del amor americano:  
 De paz, de caridad, apóstol santo;  
 Divino Casas, de otra patria digno.  
 Nos amó hasta morir.—Por tanto ahora  
 En el emperreo entre los Incas mora.»

«En tanto la hora inevitable vino  
 Que con diamante señaló el destino,  
 Á la venganza y gloria de mi pueblo.  
 Y se alza el vengador.—Desde otros mares  
 Como sonante tempestad se acerca:  
 Y fulminó. Y del Inca en la Peana,  
 Que el tiempo y un poder furial profana,  
 Cual de un Dios irritado en los altares,  
 Las víctimas cayeron á millares.  
 ¡Oh campos de Junín! . . . ¡Oh predilecto  
 Hijo y Amigo y Vengador del Inca!  
 ¡Oh pueblos que formáis un pueblo solo  
 Y una familia, y todos sois mis hijos!  
 Vivid, triunfad. . . . »

El Inca esclarecido  
 Iba á seguir: mas de repente queda  
 En éxtasis profundo embebecido:  
 Atónito en el cielo  
 Ambos ojos inmóviles ponía,  
 Y en la improvisa inspiración absorto  
 La sombra de una estatua parecía.

Cobró la voz al fin. «Pueblos decía,  
 La página fatal ante mis ojos  
 Desenvolvió el Destino, salpicada

Toda en purpúrea sangre; mas en torno  
También en bello resplandor bañada.  
Jefe de mi nación, nobles guerreros,  
Oid cuanto mi oráculo os previene,  
Y requerid los ínclitos aceros,  
Y en vez de cantos nueva alarma suene:  
Que en otros campos de inmortal memoria  
La Patria os pide, y el Destino os manda  
Otro afán, nueva lid, mayor victoria.»  
Las legiones atónitas oían:  
Mas luego que se anuncia otro combate,  
Se alzan, arman, y al orden de batalla  
Ufanos y prestísimas corrieran;  
Y ya de acometer la voz esperan.  
Reina el silencio. Mas de su alta nube  
El Inca exclama: «De ese ardor es digna  
La ardua lid que os espera;  
Ardua, terrible, pero al fin postrera.  
Ese adalid vencido  
Vuela en su fuga á mi sagrada Cuzco;  
Y en su furia insensata  
Gentes, armas, tesoros arrebató,  
Y á nuevo azar entrega su fortuna.  
Venganza, indignación, furor le inflaman,  
Y allá en su pecho hierven como fuegos  
Que de un volcán en las entrañas braman.»

«Marcha: y el mismo campo donde ciegos  
En sangrienta porfía  
Los primeros tiranos disputaron  
Cuál de ellos solo dominar debía,  
Pues el poder y el oro dividido  
Templar su ardiente fiebre no podía:  
En ese campo, que á discordia agena  
Debió su infausto nombre, y la cadena

Que después arrastró todo el imperio;  
 Allí, no sin misterio  
 Venganza y gloria nos darán los Cielos.  
 ¡Oh valle de Ayacucho bienhadado!  
 Campo serás de gloria y de venganza. . . .  
 Mas no sin sangre . . . . . Yo me estremeciera  
 Si mi ser inmortal no lo impidiera!»

«Allí Bolívar, en su heroica mente  
 Mayores pensamientos revolviendo,  
 El nuevo triunfo trazará, y haciendo  
 De su genio y poder un nuevo ensayo,  
 Al joven Sucre prestará su rayo.  
 Al joven animoso,  
 Á quien el Ecuador, montes y ríos,  
 Dos veces aclamaron victorioso.  
 Ya se verá en la frente del guerrero  
 Toda el alma del héroe reflejada,  
 Que él le quiso infundir de una mirada.»

«Como torrentes desde la alta cumbre  
 Al valle en mil raudales despeñados,  
 Vendrán los hijos de la infanda Iberia,  
 Soberbios en su fiera muchedumbre,  
 Cuando á su encuentro volará impaciente  
 Tu juventud, Colombia belicosa,  
 Y la tuya, ¡oh Perú! de fama ansiosa,  
 Y el caudillo impertérrito á su frente.»

«¡Atroz, horrendo choque, de azar lleno!  
 Cual aturde y espanta en su estallido  
 De hórrida tempestad el postrer trueno.  
 Arder en fuego el aire,  
 En humo y polvo oscurecerse el cielo,  
 Y con la sangre en que rebosa el suelo  
 Se verá el Apurímac de repente



«Embravecer su rápida corriente.»

«Mientras que en sierras y hondos precipicios  
 A la hueste enemiga  
 El impaciente Córdova fatiga:  
 Córdova á quien inflama  
 Fuego de edad, y amor de patria y fama;  
 Córdova en cuyas sienes con bello arte  
 Crecen y se entrelazan  
 Tu mirto Vénus, tus laureles Marte,  
 Con su Miller los Úsares recuerdan  
 El nombre de Junín: Vargas su nombre,  
 Y vencedor el suyo con su Lara  
 En cien hazañas cada cual mas clara.»

Allá por otra parte,  
 Sereno, pero siempre infatigable,  
 Terrible cual su nombre, batallando  
 Se presenta La Mar: y se apresura  
 La tarda rota del proterbo bando.  
 Era su antiguo voto, por la patria  
 Combatir y morir. Dios complacido  
 Combatir y vencer le ha concedido.  
 Mártir del pundonor, hé aquí tu día.  
 Ya la calumnia impía  
 Bajo tu pie bramando confundida.  
 Te sonrie la Patria agradecida.  
 Y tu nombre glorioso,  
 Al armónico canto que resuena  
 En las floridas márgenes del Guayas,  
 Que por oírlo su corriente enfrena,  
 Se mezclará; y el pecho de tu amigo,  
 Tus hazañas cantando y tu ventura,  
 Palpitará de gozo y de ternura.»

«Lo grande y peligroso

Hiela al cobarde, irrita al animoso.  
 ¡Qué intrepidez! qué súbito coraje  
 El brazo agita y en el pecho prende  
 Del que su patria y libertad defiende!  
 El menor resistir es nuevo ultraje.  
 El ginete impetuoso,  
 El fulmíneo arcabuz de sí arrojando,  
 Lánzase á tierra con el hierro en mano,  
 Pues le parece en trance tan dudoso  
 Lento el caballo, perezoso el plomo.  
 Crece el ardor.—Ya cede en toda parte  
 El número al valor, la fuerza al arte.»  
 «Y el Ibero arrogante en las memorias  
 De sus pasadas glorias,  
 Firme, feroz resiste: y ya en idea  
 Bajo triunfales arcos, que alzar debe  
 La sojuzgada Lima, se pasea.  
 Mas su afán, su ilusión, sus artes. . . nada,  
 Ni la resuelta y numerosa tropa  
 Le sirve. Cede al ímpetu tremendo:  
 Y el arma de Baylén rindió cayendo  
 El vencedor del vencedor de Europa.  
 Perdió el valor, mas no las iras pierde,  
 Y en furibunda rabia el polvo muerde.  
 Alza el párpado grave, y sanguinosos  
 Ruedan sus ojos y sus dientes crujen:  
 Mira la luz: se indigna de mirarla:  
 Acusa, insulta al cielo: y de sus labios  
 Cárdenos, espumosos,  
 Votos y negra sangre y hiel brotando,  
 En vano, un vengador, muere invocando.»

«Ah: ya diviso míseras reliquias  
 Con todos sus caudillos y humillados  
 Venir, pidiendo paz. Y ¡generoso

En nombre de Bolívar y la Patria  
No se la niega el Vencedor glorioso.  
Y su triunfo sangriento,  
Con el ramo feliz de paz corona.  
Que si Patria y honor le arman la mano  
Arde en venganza el pecho americano;  
Y cuando vence, todo lo perdona.»

«Las voces, el clamor de los que vencen,  
Y de Quinó las ásperas montañas,  
Y los cóncavos senos de la tierra,  
Y los ecos sin fin de la ardua sierra,  
Todo repite sin cesar, victoria.»

«Y las bullantes linfas de Apurímac  
Y las fugaces linfas de Ucayale  
Se unen, y unidas llevan presurosas  
En sonante murmullo y alba espuma,  
Con palmas en las manos y coronas,  
Esta nueva feliz al Amazonas.  
Y el espléndido Rey al punto ordena  
Á sus delfines, ninfas y sirenas,  
Que en clamorosos plácidos cantares  
Tu gran victoria anuncien á los mares.»

«Salud, ¡oh Vencedor! ¡oh Sucre! vence,  
Y de nuevo laurel orla tu frente.  
Alta esperanza de tu ensigne patria,  
Como la palma al margen de un torrente  
Crece tu nombre. . . . Y sola, en este día  
Tu gloria, sin Bolívar, brillaría.  
Tal se ve Héspero arder en su carrera;  
Y del nocturno cielo  
Suyo el imperio sin la Luna fuera.»

«Por las manos de Sucre la Victoria



Ciñe á Bolívar lauro inmarcesible:  
 ¡Oh Triunfador! la palma de Ayacucho,  
 Fatiga eterna al bronce de la Fama,  
 Segunda vez Libertador te aclama.

«Esta es la hora feliz. Desde aquí empieza  
 La nueva edad al Inca prometida  
 De libertad, de paz y de grandeza.  
 Rompiste la cadena aborrecida:  
 La rebelde cerviz hispana hollaste:  
 Grande gloria alcanzaste;  
 Pero mayor te espera, si á mi Pueblo  
 Así cual á la guerra lo conformas,  
 Y á conquistar su libertad le empeñas;  
 La rara y ardua ciencia  
 De merecer la paz y vivir libre  
 Con voz y ejemplo y con poder le enseñas.»

«Yo con riendas de seda regí al Pueblo,  
 Y cual padre le amé; mas no quisiera  
 Que el cetro de los Incas renaciera:  
 Que ya se vió algún Inca, que teniendo  
 El terrible poder todo en su mano,  
 Comenzó padre, y acabó tirano.  
 Yo fuf conquistador, ya me avergüenzo  
 Del glorioso y sangriento ministerio;  
 Pues un conquistador, el más humano,  
 Formar, mas no regir debe un imperio.»

«Por no trillada senda, de la gloria  
 Al templo vuelas, ínclito Bolívar.  
 Que ese poder tremendo que te fía  
 De los Padres el íntegro senado,  
 Si otro tiempo perder á Roma pudo,  
 En tu potente mano  
 Es á la Libertad del Pueblo escudo.»

«Oh Libertad, el Héroe que podía  
Ser el brazo de Marte sanguinario,  
Ese es tu sacerdote más celoso,  
Y el primero que toma el incensario,  
Y á tu ara se inclina silencioso.  
Oh Libertad. Si al Pueblo Americano  
La solemne misión ha dado el Cielo  
De domeñar el mónstruo de la guerra,  
Y delatar tu imperio soberano  
Por las regiones todas de la tierra,  
Y por las ondas todas de los mares,  
No temas, con este Héroe, que algún día  
Eclipse el ciego error tus resplandores,  
Superstición profane tus altares,  
Ni que insulte tu ley la tiranía:  
Ya tu imperio y tu culto son eternos.  
Y cual restauras en su antigua gloria  
Del santo y poderoso  
Pacha-Cámec el templo portentoso;  
Tiempo vendrá, mi oráculo no miente,  
En que darás á pueblos destronados  
Su majestad ingénita y su solio,  
Animarás las ruinas de Cartago,  
Relevarás en Grecia el Areopago,  
Y en la humillada Roma el Capitolio.»

«Tuya será, Bolívar, esta gloria:  
Tuya romper el yugo de los reyes,  
Y á su despecho entronizar las leyes;  
Y la discordia en áspides crinada,  
Por tu brazo en cien nudos aherrojada,  
Ante los Haces santos confundidas  
Harás temblar las armas parricidas.

«Ya las hondas entrañas de la tierra

En larga vena ofrecen el tesoro  
 Que en ellas guarda el sol, y nuestros montes.  
 Los valles regarán con lava de oro.  
 Y el pueblo primogénito dichoso  
 De libertad, que sobre todos tanto  
 Por su poder y gloria se enaltece,  
 Como entre sus estrellas  
 La estrella de Virginia resplandece,  
 Nos da el ósculo santo  
 De amistad fraternal. Y las naciones  
 Del remoto emisferio celebrado,  
 Al contemplar el vuelo arrebatado  
 De nuestras musas y artes,  
 Como iguales amigos nos saludan;  
 Con el tridente abriendo la carrera  
 La Reina de los mares la primera.

«Será perpetua ¡oh pueblos! esta gloria  
 Y vuestra libertad incontrastable  
 Contra el poder y liga detestable  
 De todos los tiranos conjurados,  
 Si en lazo federal de polo á polo  
 En la guerra y la paz vivís unidos.  
 Vuestra fuerza es la unión. Union ¡oh pueblos!  
 Para ser libres y jamás vencidos.  
 Esta unión, este lazo poderoso  
 La gran cadena de los Andes sea,  
 Que en fortísimo enlace se dilatan  
 Del uno al otro mar: las tempestades  
 Del cielo ardiendo en fuego se arrebatan,  
 Erupciones volcánicas arrasan  
 Campos, pueblos, vastísimas regiones,  
 Y amenazan horrendas convulsiones  
 El globo destrozando desde el profundo:  
 Ellos, empero, firmes y serenos



Ven el estrago funeral del mundo.

«Esta es, Bolívar, aun mayor hazaña  
Que destrozár el férreo cetro á España,  
Y es digna de tí solo. En tanto triunfa. . .  
Ya se alzan los magníficos trofeos.  
Y tu nombre aclamado  
Por las vecinas y remotas gentes  
En lenguas, voces, metros diferentes,  
Recorrerá la serie de los siglos  
En las alas del canto arrebatado. . . .  
Y en medie del conuento numeroso,  
La voz de Guayas crece  
Y á las más resonantes enmudece.  
«Tú la salud y honor de nuestro pueblo  
Serás viviendo, y ángel poderoso  
Que lo proteja cuando  
Tarde al empíreo el vuelo arrebatas,  
Y entre los claros Incas  
Á la diestra de Manco te sentares.

«Así place al Destino. ¡Oh! ved al Cóndor,  
Al peruviano rey del pueblo aéreo,  
Á quien ya cede el águila el imperio,  
Vedle cual desplegando en nuevas galas  
Las espléndidas alas  
Sublime á la región del Sol se eleva,  
Y el alto augurio que os revelo aprueba.

«Marchad, marchad Guerreros,  
Y apresurad el día de la gloria:  
Que en la fragosa márgen de Apurímac  
Con palmas os espera la Victoria.»  
Dijo el Inca, y las bóvedas etéreas  
De par en par se abrieron,

En viva luz y resplandor brillaron  
Y en celestiales cantos resonaron.

Era el coro de cándidas Vestales;  
Las vírgenes del Sol, que rodando  
Al Inca como á sumo sacerdote,  
En gozo santo y ecos virginales  
En torno van cantado  
Del Sol las alabanzas inmortales.

«Alma eterna del mundo,  
Dios santo del Perú, padre del Inca,  
En tu giro fecundo  
Gózate sin cesar, Luz bienhechora,  
Viendo ya libre el pueblo que te adora.»

La tiniebla de sangre y servidumbre  
Que ofuscaba la lumbre  
De tu radiante faz, pura y serena,  
Se dispó, y en cantos se convierte  
La querella de muerte  
Y el ruido antiguo de servil cadena.

Aquí la Libertad buscó un asilo,  
Amable peregrina;  
Y ya lo encuentra plácido y tranquilo.  
Y aquí poner la diosa  
Quiere su templo y ara milagrosa.  
Aquí olvidada de su cara Helvecia,  
Se viene á consolar de la ruina  
De los altares que le alzó la Grecia,  
Y en todos sus oráculos proclama  
Que al Madalén y al Rímac bullicioso  
Ya sobre el Tiber y el Eurotas ama.

¡Oh padre, oh claro Sol! no desampares:

Este suelo jamás, ni estos altares.  
Tu vivífico ardor todos los seres  
Anima y reproduce: por ti viven  
Y acción, salud, placer, beldad reciben.  
Tú al labrador despiertas,  
Y á las aves canoras  
En tus primeras horas:  
Y son tuyos sus cantos matinales.  
Por ti siente el guerrero  
En amor patrio enardecida el alma,  
Y al pie de tu ara rinde placentero  
Su laurel y su palma:  
Y tuyos son sus cánticos marciales.  
Fecunda ¡oh Soll tu tierra;  
Y los males repara de la guerra .

Da á nuestros campos frutos abundosos  
Aunque niegues el brillo á los metales:  
Da naves á los puertos;  
Pueblos á los desiertos;  
Á las armas victoria;  
Alas al genio y á las Musas gloria.

Dios del Perú, sostén, salva, conforta  
El brazo que te venga:  
No para nuevas lides sanguinosas,  
Que miran con horror madres y esposas;  
Sino para poner á olas civiles  
Límites ciertos, y que en paz florezcan  
De la alma Paz los dones soberanos:  
Y arredre á sediciosos y á tiranos.

Brilla con nueva luz, rey de los cielos,  
Brilla con nueva luz en aquel día  
Del triunfo que magnífica prepara



Á su Libertador la patria mfa.  
 ¡Pompa digna del Inca y del imperio  
 Que hoy de su ruina á nuevo ser revive!

Abre tus puertas, opulenta Lima,  
 Abate tus murallas y recibe  
 Al noble triunfador que rodëado  
 De pueblos numerosos, y aclamado  
 Angel de la esperanza,  
 Y Genio de la paz y de la gloria,  
 En inefable majestad se avanza.

Las musas y las artes revolando  
 En tornó van del carro esplendoroso;  
 Y los pendones patrios vencedores  
 Al aire vago ondean, de Iris los colores.  
 Y en ágil planta y en gentiles formas  
 Dando al viento el cabello desparcido  
 De flores matizado,  
 Cual las Horas del Sol raudas y bellas,  
 Saltan en derredor lindas doncellas  
 En giro no estudiado;  
 Las glorias de su patria  
 En sus patrios cantares celebrando;  
 Y en sus pulidas manos levantando,  
 Albos y tersos como el seno de ellas,  
 Cien primorosos vasos de alabastro  
 Que espiran fragantísimos aromas,  
 Y de su centro se derrama y sube  
 Por los cerúleos ámbitos del cielo  
 De ondoso incienso trasparente nube.

Cierran la pompa espléndidos trofeos,  
 Y por delante en larga serie marchan  
 Humildes, confundidos,

Los pueblos y los jefes ya vencidos.  
 Allá procede el Ástur belicoso;  
 Allí va el Catalán infatigable,  
 Y el agreste Celtíbero indomable,  
 Y el Cántabro feroz que á la romana  
 Cadena el cuello sugetó el postrero;  
 Y el Andaluz liviano,  
 Y el adusto y severo Castellano.  
 Ya el áureo Tajo cetro y nombre cede;  
 Y las que antes graciosas  
 Fueron honor del fabuloso suelo,  
 Ninfas del Tormes y el Genil, en duelo  
 Se esconden silenciosas:  
 Y el grande Betis viendo ya marchita  
 Su sacra oliva, menos orgulloso.  
 Paga su antiguo feudo al mar undoso.

El Sol suspenso en la mitad del cielo  
 Aplaudirá esta pompa.—¡Oh Sol, oh Padre,  
 Tu luz rompa y disipe  
 Las sombras del antiguo cautiverio;  
 Tu luz nos dé el imperio;  
 Tu luz la libertad nos restituya;  
 Tuya es la tierra, y la victoria es tuya!»

Cesó el canto. Los cielos aplaudieron,  
 Y en plácido fulgor resplandecieron.  
 Todos quedan atónitos. Y en tanto  
 Tras la dorada nube el Inca santo,  
 Y las santas Vestales se escondieron.

Mas ¿cuál audacia te elevó á los cielos,  
 Humilde Musa mía? ¡Oh! no reveles  
 Á los seres mortales  
 En débil canto arcanos celestiales!  
 Y ciñan otros la apolínea rama

Y siéntense á la mesa de los dioses,  
Y los arrulle la parlera fama,  
Que es la gloria y tormento de la vida..  
Yo volveré á mi flauta conocida  
Libre vagando por el bosque umbrío  
De naranjos y opacos tamarindos,  
Ó entre el rosal pintado y oloroso  
Que matiza la margen de mi río,  
Ó entre risueños campos do en pomposo  
Trono piramidal y alta corona  
La piña ostenta el cetro de Pomona.  
Y me diré feliz si mereciese,  
Al colgar esta lira en que he cantado  
En tono menos dino  
La gloria y el destino  
Del venturoso Pueblo Americano:  
Yo me diré feliz, si mereciere  
Por premio á mi osadía,  
Una mirada tierna de las Gracias,  
Y el aprecio y amor de mis hermanos,  
Una sonrisa de la patria mía,  
Y el odio y el furor de los tiranos.

JOSE JOAQUÍN OLMEDO\*

(Ecuatoriano)\*

---

Al general Flores

*vencedor en Mimarica*

Cual águila inesperta, que impelida  
Del regio instinto de su estirpe clara,  
Emprende el precoz vuelo



En atrevido ensayo,  
Y elevándose ufana, envanecida,  
Sobre las nubes que atormenta el rayo,  
No en el peligro de su ardor repara,  
Y á su ambicioso anhelo  
Estrecha viene la mitad del cielo:

Mas de improviso deslumbrada, ciega,  
Sin saber donde va, pierde el aliento,  
Y á la merced del viento  
Ya su destino y su salud entrega:  
Ó por su solo peso descendiendo  
Se encuentra por acaso  
En medio de su selva conocida,  
Y allí la luz huyendo, se guarece,  
Y de fatiga y de pavor vencida,  
Renunciando al imperio, desfallece:

Así mi Musa un día  
Sintió la tierra huir bajo su planta,  
Y osó escalar los cielos no teniendo  
Mas genio que amor patrio y osadía.  
En la región eterea se declara  
Grande Sacerdotiza de los Incas;  
Abre el templo del Sol: flores y ofrendas-  
Esparce sobre el ara:  
Ciñe la estola espléndida y la tiara:  
Inquieta, atormentada  
De un dios, que dentro el pecho no le cabe;  
Profiere en alta voz lo que no sabe,  
Por ciega inspiración. Tiemblan los reyes-  
Escuchando el oráculo tremendo:  
Revelaciones, leyes  
Dicta al Pueblo: describe las batallas;  
De la Patria predice la victoria,

Y la aplaude en seráficos cantares:  
De los Incas deifica la memoria,  
Y á sus manes sagrados,  
Si tumba le faltó, levanta altares.

Mas cuando ya su triunfo absorto canta,  
Atras la vista torna,  
Mide al abismo que salvó, y se espanta.  
Tiembla, deja caer el refulgente  
Sacro diadema que sus sienes orna,  
Y flaco el pecho, el ánimo doliente,  
Cual si volviera de un delirio siente,  
Y de la santa agitación rendida,  
Quedó en lento deliquio adormecida.

En vano el bronce fratricida truena,  
Y de las armas rompe el estallido;  
Y al recrugar el carro de la guerra  
Se siente en torno retemblar la tierra.

Y el atroz silbo de rabiosas sierpes  
Que la Discordia enreda á su melena,  
En sed mortal los pechos enfurece;  
Y de la antigua silla de los Incas  
Hasta do bate el mar los altos muros  
De la noble heredera de Cartago,  
Todo es horror y confusión y estrago:

En vano, ¡oh Dios! del medio  
De las olas civiles, con sorpresa,  
Joven, graciosa, de esperanzas llena,  
Una nueva República aparece;  
Cual la diosa de amor y de belleza  
Coronada de rosas y azahares,  
Con que el ambiente plácido perfuma,  
Surgió sobre la hirviente y alba espuma,

Del mar nacida á serenar los mares:

Y en vano sobre el margen populoso  
Del rico Tames y bullente Rima,  
En verso numeroso  
Canoras voces se alzan despertando  
La Musa de Junín. . . . que el sacro fuego  
De inspiración cesó; lánguido espira;  
Y el canto silencio  
Duerme sobre las cuerdas de su lira.

Mas nunca el genio muere: y con su aliento  
La tierra, el firmamento,  
El mármol, y cadáveres anima.

Ya está dentro de mí. Veloces vientos  
Anunciad á las gentes  
Un nuevo canto de victoria. Dadme  
Laurel y palmas y alas esplendentes;  
Volvedme el estro santo,  
Que ya en el seno siento hervir el canto.

¿Á dónde huyendo del paterno techo  
Corre la juventud precipitada?  
En sus ojos furor, rabia en su pecho,  
Y en su mano blandiendo ensangrentada  
Un tizón infernal: cual civil Parca  
Ciega discurre, tala, y sus horrendas  
Huellas en sangre y en cenizas marca.

Leyes y patria y libertad proclaman. . . .  
Y oro, sangre, poder. . . . esas sus leyes,  
Esa es la libertad, de que se llaman  
Íncritos vengadores. . . .

Y en los enormes montes interpuestos,  
Y en el soberbio inexpunable alcázar,



Que de lejos ostenta  
La reina del Pacífico opulenta,  
La insolente esperanza  
Ponen de triunfo cierto y de venganza.

Corren al triunfo cierto . . . y un abismo  
Se abrió bajo sus pies . . . que los horrores  
De tanta sedición, los alaridos  
Que entre las ruinas salen, los clamores  
De tantos pueblos íntegros y fieles,  
El rayo concitaron que dormía  
Allá en el seno de su nube umbría.

Ese es el adalid á quien dió el cielo  
Valor, consejo, previsión y audacia.  
Al arduo empeño, á la mayor desgracia  
Le sobra el corazón. Todo le cede:  
Sirve á su voz la suerte, ante su Genio  
El peligro espantado retrocede.

Flores los pueblos claman: y los montes  
Que la escena magnífica decoran,  
Flores, repiten sin cesar. Los ecos  
Ávidos unos á otros se devoran  
Y en inquietud perpetua se suceden  
Como olas de la mar. Sordos aterran  
La turba pertinaz, que espavorida  
Huye; y no sabe dónde—que do quiera  
Los ecos la persiguen,—y do quiera  
El espectro del héroe la intimida.

Así cuando una nube repentina  
Enluta el cielo, cuando el sol declina,  
Se afanan los pastores recogiendo  
El rebaño que padece descuidado.  
Mas si imprevisto estalla un trueno horrendo,

El tímido ganado  
 Se aturde, se dispersa desoyendo  
 Del fiel mastín inútiles clamores;  
 Se pierde en precipicios espantosos,  
 Que más lo apartan del redil querido;  
 Y entre tantos horrores  
 Vagan, tiemblan, caen confundidos  
 Ganados y mastines y pastores.

Oyó la voz doliente de la Patria  
 Su siempre fiel guerrero;  
 Y desnudando el invencible acero,  
 Se avanza; y los valientes capitanes  
 En cien lides gloriosas le rodean,  
 Y dar paz á la Patria, ó morir firmes  
 Sobre la cruz de sus espadas juran. . . .

Él habla: y á su acento  
 Todo en torno es acción y movimiento.  
 Armas, tormentos bélicos. . . y cuanto  
 Elemento de guerra y de victoria  
 Da el suelo, forma el arte, el genio crea,  
 Se apresta, ó aparece por encanto.  
 Gime el yunque, la fragua centellea,  
 Brota naves el mar, tropas la tierra. . .  
 Aquí y allí la juventud se adiestra . . .  
 Á la terrible y desigual palestra. . .  
 Y el caballo impaciente  
 De freno y de reposo,  
 Se indigna, escarba el suelo polvoroso:  
 Impávido, insolente,  
 Demanda la señal: bufa, amenaza,  
 Tiemblan sus miembros; su ojo reverbera;  
 Enarca la cerviz, la alza arrogante  
 De prominente oreja coronada;  
 Y al viento derramada,

La crin luciente de su cuello enhiesto,  
 Ufano da en fantástica carrera  
 Mil y mil pasos sin salir del puesto.

Mayor afán, agitación, tumulto  
 Reina en el bando opuesto.  
 Armas les da el furor: la ambición ciega  
 Constancia. . . obstinación. ¡Cuán impotente  
 Dió voces la razón! . . . Y en vano el cielo  
 Los aterra con signos portentosos.  
 Nocturnas sombras vagan por el suelo  
 Exhalando alaridos lastimosos;  
 Rayos sanguíneos las tinieblas aran  
 En pálido fulgor; y por la noche  
 Sones terribles de uno al otro extremo  
 De la espantosa bóveda se oyeron:  
 Se hiende el monte; el huracán estalla,  
 Y es todo el aire un campo de batalla.

Y en medio de la pompa más solemne,  
 Las imágenes santas derribadas,  
 ¡Qué horror! del alto pedestal cayeron,  
 Del insienso sacrílego indignadas.

¿Veis allá lejos ominosa nube  
 Ondeando en polvo de revuelta arena,  
 Que densa se derrama y lenta sube? . . .  
 Allí está Minarica. La Discordia  
 Allí sus haces crédulas ordena:  
 Las convoca, las cuenta, las inflama . . .  
 Las inflama . . . después las desenfrena.

Flores vuela al encuentro: y cuandoalzada  
 Sobre la hostil cerviz resplandecía  
 Su espada, reconoce sus hermanos:  
 Lejos de sí la arroja: y les ofrece  
 El seno abierto y las inermes manos.



Mas fiera la facción se enorgullece:  
 Razón, ruego, amistad y paz desdeña.  
 Triunfa al verse rogada,  
 Y en ilusión y en arrogancia crece;  
 Que rara vez clemencia generosa  
 El monstruo del furor civil domeña,  
 Y aun más los viles pechos escandece.

Tornó del héroe á relumbrar la espada:  
 Y esta fué la señal. Los combatientes  
 Con firme paso y exultantes frentes  
 Se acometen, se mezclan... De una parte  
 El número y el ímpetu... de la otra  
 Arte, valor, serenidad: doquiera  
 Furor y sangre... Y á las armas sangre  
 Aun más infame que el orfín, empaña:  
 Y los pendones patrios encontrados,  
 Rotos y en sangre flotan empapados.  
 Crestados yelmos, miembros palpitantes,  
 Erizan la campaña...  
 Y los troncos humanos  
 Se revuelcan, amagan:  
 È impotentes de herir, siquiera insultan  
 Mientras los restos de vital aliento  
 Entre sus labios macilentos vagan.

Los antiguos amigos, los hermanos  
 Se encuentran, se conocen... y se abrazan...  
 Con el abrazo de furente saña.

Ni tregua, ni piedad.—¿Quién me retira  
 De esta escena de horror?—Rompe tu lira,  
 Doliente Musa mía; y antes deja  
 Por siempre sepultada en noche oscura  
 Tanta guerra civil. ¡Oh! tú no seas  
 Quien á la edad futura  
 Quiera en durable verso revelarla:

Que si mengua, ó escándalo resulta,  
Honra más la verdad, quien más la oculta.

Como rayo entre nube tormentosa  
Serpea fulminando, y veloz huye:  
Vuelve á brillar, la tempestad disipa,  
Y su esplendor al cielo restituye;  
Así la espada del invicto Flores  
Por entre los espesos escuadrones  
Va sin ley cierta, brilla . . . y desaparecen.  
A los uno aterra su presencia:  
Otros piedad clamando, se rindieron:  
Y á los que fuerte para huir, huyeron,  
Los alcanzó en su fuga la clemencia.

¡Salud, ó claro Vencedor! ¡O firme  
Brazo, columna, y gloria de la patria!  
Por ti la asolación, por ti el estruendo  
Bélico cesa, y la inspirada Musa  
Despertó dando arrebatado canto.  
Por ti la Patria el merecido llanto  
Templa al mirar el hecatombe horrendo  
Que es precio de la paz. Por ti recobran  
Su paz los pueblos, y su prez las artes;  
La alma Temis su santo ministerio;  
Su antiguo honor los patrios estandartes,  
La Ley su cetro, Libertad su imperio:  
Y las sombras de Guachi desoladas,  
De su afrenta y dolor quedan vengadas.

Rey de los Andes, la árdua frente inclina.  
Que pase el Vencedor. A nuestras playas  
Dirije el paso victorioso, en tanto  
Que el himno sacro la amistad entona,  
Y fausta la Victoria le destina

Triunfales pompas en su caro Guayas,  
Y en este Canto espléndida corona.

JOSE JOAQUÍN OLMEDO.

A un poeta

*Que en el rigor del invierno se ocupaba en hacer versos.*

Miro el Pindo arrebozado  
Con redingote de nieve,  
Y helada en medio del curso  
Á la fuente de Hipocrene;  
Las musas en la cocina  
Encendiendo un olmo verde,  
Y el buen Apolo en la cama  
Hasta las ocho ó las nueve,  
Sin tocar ni áun castañetas,  
Sin cantar ni áun en falsete,  
Se están mano sobre mano,  
Dándose diente con diente;  
Y tú Fabio, muy sereno  
En tu silla ó taburete,  
Escribiendo que te pelas  
Y haciendo coplas que hierves.  
¿Eres poeta de lana  
Que tanto frío no sientes?  
¿Ó es tu vena chimenea  
Que carámbanos disuelve?  
Todo sensitivo gime,



Todo vejetable muere,  
Todas las aguas se hielan,  
Todos los vientos se mueven;  
Llora el mármol, suda el bronce,  
Y la tierra penitente  
Está entre hielos y escarchas  
Por sus primaveras verdes.

Desnudo el campo se mira,  
Blanco, pero nunca *ad messen*,  
Y entre obelisco de yelo  
Yace esqueleto de nieve.

Pobres y ricos tiritan,  
Mas éstos con pingües vientres  
Les sobra para animales  
Estar cubiertos de pieles.

Y aquellos que en viles trapos  
Mal del frío se defienden,  
Es mayor el desabrigo  
Que en sus barrigas padecen.

Como nuevas solamandras,  
Los hombres y las mujeres,  
Entre el fuego se recrean,  
Allí comen, allí beben.

Y el pobre preste que corre  
En pos de un muerto que hiede,  
Después de tiritar salmos  
Dice una misa que duele.

Todo el mundo en ocio pasa  
Los días que siendo breves,  
Con grande majadería,  
Si no hiela, ó neva ó llueve.

Febo, que es el suspirado  
Recreo de los vivientes,  
Entre frazadas de nubes  
Suele asomar las más veces.

Y aunque en despejado cielo  
Á nuestro emisferio asciende,  
Apenas da media vuelta  
Se vuelve á su gabinete,  
Dejando que las estrellas  
Las demás horas gobiernen  
Con rigurosos edictos  
De oscuridad y destemples.

¿Cómo no ha de ser del mundo  
Tan miserable la suerte,  
Si le falta la asistencia  
De su activo presidente?

Este es el tiempo que llaman  
Invierno todas las gentes,  
Que en boca de un alemán  
Es infierno propiamente.

Y tú en temporal tan fiero,  
Quieta y sosegadamente,  
En pensamientos te hielas  
Y en conceptos te disuelves.

Con el compás del ingenio  
Cual estático Arquimédes,  
Estás midiendo la esfera  
De tu soberana mente.

Rara frescura, por cierto,  
Humor de tan alto temple  
Que no se destembla á un norte  
Ni á los hielos se estremece.

Tu fortaleza me admira,  
Tus romances me divierten;  
Pero, con perdón amigo,  
El que prometí no esperes;

Porque está tan crudo el tiempo,  
Y tan helada la fuente,  
Que no es fácil que destile

Ningún pensamiento alegre.

Á cada letra se enjendra  
Un sabañón que me hiere,  
Y á cada concepto airoso  
Una pechuguera fuerte.

El alma siempre en cucullas  
Por el gran frío que siente,  
Ni estender un pie de verso  
Ni elevarse un poco puede.

Longanizas muy heladas  
Todos mis dedos parecen,  
Y no sé que tengo manos  
Sino por lo que me duelen.

Así, amigo, Dios te guarde  
Para otros tantos diciembres,  
Cuantas son las primaveras  
Que en tus poesías viertes.

RAMÓN VIESCAS

(Ecuatoriano)

---

### La Araña y la Oruga

#### *Fábula.*

Bajo un vaso cristalino  
Suelo encerrar las orugas  
Para saber cuándo y cómo  
En mariposas se mudan.  
Este insecto por instinto



Para la muerte acostumbra  
Disponerse en un retiro  
Lejos del comercio y bulla.  
En abstinencia perpetua,  
Y con vigilancia suma,  
Sus postrimeros instantes  
Toda su atención ocupan.  
De cierto humor glutinoso  
Que de sus entrañas purga,  
Con delgados hilos teje  
Las fatales ligaduras.  
Contra lo terso del vaso  
Repetidas hebras cruza,  
Y sobre ellas sus cenizas  
Y las esperanzas funda.  
Allí con impulso propio  
La antigua piel se desnuda,  
Y bajo el nombre de ninfa  
Una bolsa lo sepulta.  
Pasados algunos días,  
En que el calor la fecunda,  
Ya mariposa brillante  
Sale volando de la urna.

Observando este portento  
Una vez, como otras muchas,  
Vi en un pequeño resquicio  
Que estaba una araña oculta.  
Entre el vaso y la pared  
Estendió su tela astuta  
Con cuyo doloso arbitrio  
Su efímera vida busca.  
Atisbando cautelosa  
Á un gusano en su clausura,  
Entre dientes murmuraba,

Haciéndole mofa y burla:

«¡Qué raro tema, decía,  
Á este vicho preocupal  
No come, bebe, ni duerme,  
Pensando solo en la tumba.  
¡Pobre diablo, con qué empeño,  
Con qué calor, y qué furia  
Ha tomado por oficio  
Labrarse la sepultura!  
Las entrañas se devana,  
Y para morir madruga:  
De las delicias se priva,  
Y hasta el pellejo renuncia.  
Yo también me desentraño,  
Pero por la causa justa  
De procurarme la vida  
Y placeres, que la endulzan.  
Al sólo nombre de muerte  
El cuerpo se me espeluzna,  
Su más remoto peligro  
Me hace guardar esta gruta.»

Oyólo todo el gusano,  
Y con su voz moribunda  
Le dijo: «Los dos tenemos  
Razón en nuestra conducta.  
Tú en otra vida no esperas,  
Así, en la presente, gustas  
De sus placeres, y temes  
Que la muerte los destruya.  
Yo voy alegre al sepulcro,  
Y aun lo prevengo de industria,  
Porque la muerte es el medio  
De mejorar mi fortuna.»

Ahora soy gusano humilde  
Que me arrastro con angustia,  
Y mañana ave del cielo  
Volaré por las alturas.»

Lo mismo decir pudiera  
Un fraile de la cartuja  
Contestándole á Voltaire  
Los sarcasmos y las zumbas.  
Siglo que ilustrado llaman  
Las arañas de que abundas,  
Aprovecha las lecciones  
Con que un gusano te alumbra.

R. J. GARCÍA GOYENA.

(Ecuatoriano) \*

---

### El Venado, la Serpiente y la Paloma

Por una vereda estrecha  
Un ciervo se dirigía  
Á una siembra de sandía  
Que se hallaba ya en cosecha.

Aunque este bruto es hermoso  
Por su figura elegante,  
Hace muy mal caminante  
Por lo cobarde y medroso.

\* Aunque este autor figura en varias antologías ecuatorianas, motivo por el cual le damos cabida en este sitio, algunos escritores centro-americanos aseguran que nació en Guatemala.



Del más leve movimiento  
Entre las hojas, recela;  
De un pajarillo que vuela,  
Del ruido que causa el viento.

Pausadamente camina;  
Á cada paso orejea;  
Todo cuanto le rodea  
Con atención examina.

Pasando, pues, de este modo,  
Y andando por intervalos,  
Llegó á una puente de palos,  
Puesta por el mucho lodo.

Tímido aquí se retrae,  
Y circularmente mira,  
Una oreja atrás retira,  
Y otra por delante atrae.

Elevada la cabeza,  
Hiere con la mano el suelo;  
Pára el rabo pequeñuelo,  
Que sacude con viveza.

Á todas partes se vuelve,  
Y no viendo otros senderos,  
Continuar por los maderos  
Su caminata resuelve.

Pero al dar el primer paso,  
Silbó una astuta serpiente,  
Diciéndole: «Holal detente,  
«Y evitarás un fracaso.

«Yo ví al hombre fraudulento  
«Que estaba con mil fatigas

«Acomodando esas vigas,  
«Aunque ignoro con qué intento.

«Con todo, no dificulto,  
«Siendo del hombre tal obra,  
«En quien la malicia sobra,  
«Que ha de haber engaño oculto.

«Si te pareciere vano  
«Mi recelo, yo te juro  
«Que no pondrás pie seguro  
«Donde el hombre ha puesto mano»

No sabe entonces, suspenso,  
Qué hacerse el pobre animal,  
Porque el dicho lodazal  
En longitud era inmenso.

Por el tiro más estrecho  
De latitud, es muy largo  
Para el salto; sin embargo,  
Brinca y se atolla hasta el pecho.

Su corpulencia le vale,  
Y con diligencia mucha  
Contra el lodo espeso lucha,  
Y á la orilla opuesta sale.

Al fin ya de la jornada,  
Enlodado, sucio y puerco,  
Se vió delante del cerco  
De aquella fruta vedada.

Iba á pasar, sin embargo,  
Por un portillo, y observa  
Que oculto bajo la hierba  
Estaba por dentro un lazo.

Suspéndese vacilante,  
Y entre las ramas se asoma  
Una sencilla paloma  
Diciendo: «Pase adelante:

«No ponga reparo, amigo:  
«Nada hay aquí que le asombre:  
«Yo miro salir al hombre  
«Y entrar por ese postigo.

«Siendo él tan sabio y experto,  
«Libre va que se expusiera  
«Á ningún riesgo, aunque fuera  
«Remoto y el más incierto.»

Hé aquí que nuestro venado  
Se anima, y al punto entra:  
Sin saber cómo se encuentra  
Por el pescuezo lazado.

Brinca con esfuerzo y salta,  
Tira, jala y se despecha,  
El lazo más se le estrecha  
Y el aliento ya le falta.

Con voz ronca y oprimida  
Dijo por última vez:  
«La prudencia y sencillez  
«Son peligros de la vida.»

Tierna juventud humana  
De este siglo diez y nueve,  
Al Evangelio se debe  
La máxima soberana:

Simplicidad imprudente  
Es paloma peligrosa,



Y prudencia maliciosa  
Es mortífera serpiente.

Llega al colmo de la ciencia  
Quien unir á un tiempo sabe  
De este reptil y aquella ave  
La sencillez y prudencia.

R. I. GARCÍA GOYENA.

---

Odisea del alma

(*Fragmento*)

Hasta mi estancia entre el confuso ruido  
Que forma la ciudad en la mañana,  
En alas de la brisa conducido,  
Ha llegado, al travez de mi ventana,  
De distantes vacadas el mugido:

De amor y alarma alto y profundo acento;  
Largo clamor de tristes vibraciones;  
Ronco grito, ardoroso llamamiento  
Que por lentas graduales inflexiones,  
Acaba en un hondísimo lamento:

En cuyos tiernos sonos prolongados  
La salvaje hermosura y la tristeza  
Se siente de los bosques y los prados,  
De las rudas montañas y collados,  
De toda la inmortal naturaleza....

Al oírlo, en fantásticos *mirajes*,  
Ha cruzado delante de mi alma,  
Bajo hermosos espléndidos celajes,  
Panorama feliz de agreste calma,  
Risueños cuadros, rústicos paisajes:

Un encantado valle, al que sombríos  
Bosques dan paz, misterios y frescura;  
Entre el follaje blancos caseríos;  
Campos amenos de feraz verdura;  
Murmuradores espumosos ríos . . . .

Y de amor y ternura estremecida,  
Abandonando el mísero Presente,  
Mi alma llorosa, en instantánea huida,  
Ha remontado hasta su antigua fuente  
El dilatado curso de mi vida.

¡Vuelvo á ser niño! Veinte y nueve años  
Para mí no han pasado, de dolores,  
De inquietudes y acerbos desengaños . . . .  
En torno á la heredad de mis mayores  
Mugen, al alba, inquietos los rebaños:

Su nota resonante y altanera  
Alza á lo lejos vigilante gallo;  
Y el silencio y la paz de la pradera,  
Sólo turba el clamor de alguna fiera  
Ó el vibrante relincho de un caballo;

Al oriente del cielo aun tenebroso  
Tiñe ya leve azul el horizonte,  
Y su rayo indistinto y misterioso,  
Bajando oblicuo del lejano monte,  
Baña los mudos campos en reposo;

Bajo su influjo con gentil sonrisa,

Lentamente la tierra despertando,  
De su niebla despójase indecisa,  
Cual de velo importuno; y ya la brisa  
Pasa ramas y flores columpiando;

Orlado el río de salvajes cañas  
Que unen lianas y agrestes madre selvas,  
Con sesgo curso y músicas extrañas  
Desciende entre las ásperas montañas  
Que, al fondo, cubren azuladas selvas;

Entre el follaje del vecino huerto  
Corren las fuentes con parleras ondas,  
Y el coro de las aves, ya despierto,  
Salta y entona el matinal concierto  
Bajo las verdes y temblantes frondas.

Allá, en lo interior de la alquería,  
En mi oscuro aposento, abro los ojos  
De pronto heridos por la luz del día  
Que, entrando por la junta celosía,  
Raya la sombra en trémulos manojos.

Y aún empapado en plácido beleño  
Mi sér, entre ese vago claroscuro  
De luz y sombra, de vigilia y sueño,  
Y entre el grave misterio del Futuro  
Y el presente dulcísimo y risueño,

Indeciso, confuso y soñoliento,  
Flota y revuela en giro vagabundo,  
Cual si el alma cerniérase un momento  
Entre el postrer confín del firmamento  
Y los primeros límites del mundo.

Pero al fin mis sentidos indolentes  
Á la vida despiertan extasiados



Al lejano rumor de los torrentes,  
Al murmullo sonoro de las fuentes,  
Al profundo balar de los ganados.

En la vecina estancia, á mis abuelos  
Oyendo estoy que con murmullos graves  
Alzan sus diurnas preces á los Cielos;  
Y en el jardín, despiertos con las aves,  
Juegan ya mis hermanos pequeñuelos.

Por los patios y vastos corredores  
La agitación percibo y los afanes  
De labriegos que aprestan sus labores  
Entre confusos rústicos rumores  
Y al agudo ladrido de los canes;

Y oigo también las voces diferentes  
De la turba de siervos que, á porfía,  
Pasando de las trojes á las fuentes,  
Principian ya con manos diligentes  
Las faenas domésticas del día;

¡Y, presidiendo á esa campestre escena,  
Trasunto de los tiempos patriarcales,  
Grave, afectuosa, musical, serena,  
Con acentos sublimes é inmortales  
La voz sagrada de mi madre suenal

Al eco de esa voz sonora y pura,  
De magia llena y de celeste calma,  
Como un himno de incógnita dulzura,  
Henchida siento hasta su fondo el alma  
De adoración y de filial ternura;

Y desde allí, ya estática divisa  
Mi mente su bellissimo semblante,  
Y, á otra ninguna igual, esa sonrisa,

Suave cual del Edén fragante brisa,  
Cual la luz de los astros, rutilante.

¡Esa sonrisa, donde á toda hora,  
Mi alma encontró felicidad cumplida,  
Y cuya luz perenne y seductora  
Fué la celeste misteriosa aurora  
Que alumbró la mañana de mi vidual

¡Perpetuo manantial, donde bebía  
Mi sér, en dulce calma venturosa,  
Néctar divino, mágica ambrosía . . . .  
Y que espero encontrar en algún día  
En la infinita Eternidad gloriosa!

Y mientras que oigo así, desde mi lecho,  
Resonar esa voz en lontananza  
Del santo hogar bajo el tranquilo techo,  
Siento latir mi estremecido pecho  
De ansiedad, de ambición y de esperanza.

Arder yo siento dentro el alma mía  
Precoz, secreta, irresistible llama;  
Y lleno el Porvenir de poesía,  
Se ostenta ante mi absorta fantasía  
Como un vasto y sublime panorama;

Y mi ardoroso espíritu nutrido  
De la Grecia y de Roma en las lecciones,  
Y de sus vates por la voz mecido,  
Queda por largo espacio sumergido  
En grandiosos ensueños y visiones . . . .

La vida ante mi vista se despliega  
De la edad juvenil en los dinteles,  
Cual noble circo, cual palestra griega

En campo inmenso que el Eurotas riega  
Entre bosques de mirtos y laureles:

Más allá de las ondas cristalinas,  
Como un risueño marco, sus alturas  
Muestran frondosas plácidas colinas,  
Por cuyas misteriosas espesuras  
Cruzan faunos y ninfas peregrinas;

Cerca ya del confín del horizonte,  
Envuelta en nieblas blancas y confusas,  
La sacra cima elévase bifronte  
Del misterioso inaccesible monte  
Mansión divina de las castas Musas;

Del alto Olimpo en la remota cumbre  
Muestran los dioses sus augustas sombras . . .  
Y, del sol de la Grecia entre la lumbre,  
Del valle por las fértiles alfombras  
Se agita rumorosa muchedumbre.

Revestidos de clámides brillantes,  
Y en círculo de vasto, inmenso radio,  
Agolpados sin fin los circunstantes,  
Con ansiedad profunda, sus semblantes  
Vuelven al centro del glorioso estadio;

¡Percibo allí! las lenguas diferentes  
De cien extraños pueblos y naciones,  
Los clamores de ansiosos combatientes,  
La voz de los heraldos impacientes,  
Temblar penachos y flotar pendones! . . .

¡Y suena, al fin, para el ardiente atleta  
La alta señal! . . . en polvorosa nube  
Se precipita hacia la ansiada meta



La lidiadora multitud inquieta;  
Y el gran rumor hasta el empíreo sube.

Y sólo, entre la vasta polvareda,  
Se ve, que cubre el anchuroso campo,  
El rauda huir de una ferviente rueda,  
Ó el refulgir de un eje que remeda  
En denso nublo repentino lampo;

Ó la ansiosa figura de un auriga  
Que, en el ardor de la marcial contienda,  
Desdeñoso del riesgo y la fatiga,  
Sus corceles indómitos hostiga,  
Tendido, audaz, sobre la suelta rienda.

Y llega al fin hasta la opuesta valla  
El tropel de los carros: grito inmenso  
Por todo el circo en derredor estalla;  
Mas inmóvil, después, el pueblo calla  
Del fallo de los árbitros suspenso ...

¡Y pronuncia una voz en alto grito,  
De los triunfantes los excelsos nombres,  
Que cunden de la arena en el circuito,  
Y que, en eco creciente é infinito,  
De siglo en siglo escucharán los hombres!

Soberbia, altiva, en rumuroso vuelo,  
Cual fúlgido celeste meteoro  
Que, rasgando los aires, baja al suelo,  
Tiende veloz por el azul del cielo,  
La Victoria inmortal sus alas de oro;

É inmarcesibles palmas y coronas  
Arroja á los insignes vencedores,  
Por sobre el vulgo de diversas zonas  
Que llena el campo con sus mil rumores,

Como la grande voz del Amazonas.

Y en pos surgiendo la gigante Fama  
Hasta el cenit entre esplendente pompa,  
Con rostro audaz que el entusiasmo inflama,  
El triunfo al orbe atónito proclama  
En su vibrante sonora trompa.

Y el gran concurso en cánticos triunfales  
Rompe, y en *vivas* y entusiastas coros  
*Al feliz vencedor de sus rivales,*  
Al compás de las músicas marciales,  
Y al estruendo de címbalos sonoros.

Y allá de las frondosas arboledas  
Por los claros y opacas lontananzas,  
De los efebos y las ninfas ledas  
Cruzar se miran las festivas ruedas  
Y el círculo armonioso de sus danzas . . . .

Y entre las multitudes agitadas  
Como al soplo del austro espesas mieses,  
Ó cual ondas del mar, contemplo alzadas  
De los héroes las frentes coronadas,  
Por cima de los fúlgidos paveses.

Y en las gradas, después, de excelso templo  
Inundado en ilíseas claridades,  
En celeste apoteosis los contemplo,  
Como sublime é inmortal ejemplo  
Á las remotas pósteras edades.

NUMA P. LLONA

(Ecuatoriano)

---

## Los caballeros del Apocalipsis

*(Cuadro de Mr. Cluysenaar)*

Ciegos huyen en rápida carrera;  
Y, de terror en hondo paroxismo,  
En confuso escuadrón y espesa hilera,  
Derechos corren al profundo abismo:

En largas horas, en combate crudo,  
Á invencible falange resistieron;  
Mas arrojando al fin lanza y escudo,  
La rauda grúpa del corcel volvieron:

Pálidos, polvorosos, jadēantes,  
Tendidos con espanto en los arzones,  
Cual lívidos fantasmas, anhelantes  
Aguijan sin descanso sus bridones;

Toscos soldados, fieros capitanes,  
Revueltos huyen como indócil horda,  
Y de sus voladores alazanes  
El sonante tropel la tierra asorda;

Por la llanura y la infecunda arena,  
Por fragosas pendientes y peñascos,  
Cual sordo trueno á la distancia suena  
El rudo golpe de los férreos cascos;

El horizonte y soledad agreste  
Devora ardiente su mirada ansiosa,  
Y cerca ya la vencedora hueste  
Les parece sentir, que les acosa;

Y sentir les parece ya el rüido  
Del contrario bridón que les alcanza,



Y en su espalda su ardiente resoplido,  
Y entre sus carnes la punzante lanza! . . .

Por entre el polvo, á la menguada lumbre,  
La expresión de los hórridos afanes  
Se ve de la apiñada muchedumbre,  
Y sus desesperados ademanes!

El uno, allá en el fondo al firmamento  
Dirige inenarrable una mirada,  
Y alza en su mano trémula, sangriento,  
El trozo inútil de su rota espada!

Crujiendo el otro de furor los dientes,  
De su fuga en los ímpetus veloces,  
Ambos brazos abiertos é impotentes  
Al cielo eleva, con airadas voces!

Y ayes, imprecaciones y gemidos  
Por el rigor lanzando de los Hados,  
Todos por fuerza incógnita impelidos,  
Todos en confusión atropellados,

Allá van! cual ondeante se arrebatada  
Furibunda corriente estruendorosa,  
Y, cual rauda viviente catarata,  
Van á hundirse en la sima pavorosa!

Horror! horror!! . . . de todos el primero,  
Cuando áun el brío del corcel irrita,  
Desde el borde del gran despeñadero  
Ya al abismo sin fin se precipita;

Quiere el bruto cejar; mas, acosado  
Por el recio talón ó aguda espuela,  
Ciego ya de dolor, desatentado,  
Sobre el vacío despeñado vuela;

En lo alto las pupilas dilatadas  
De hórrido espanto las narices hincha,  
Y convulso, y las crines erizadas,  
Con alarido fúnebre relincha . . . .

Y el ginete el escuálido semblante  
Entre sus brazos con horror oculta,  
Y, de angustia infinita palpitante,  
En el profundo abismo se sepulta . . .

¡Pintor sombrío! en la visión siniestra  
Que en el lienzo fijó tu osada mano,  
La fantasía sin cesar me muestra  
La triste imagen del destino humano!

De la vida en la lid, el hombre agota  
Todo el vigor de sus robustos años;  
Mas cede al fin ante la hueste ignota  
De Dolores y adustos Desengaños;

Y, estremecido de su gran miseria,  
El sér,—sobreponiéndose al espanto  
Del bruto vil de la soez materia  
Y á su propio terror y su quebranto,—

Por el furor injusto ó la venganza  
Acosado, sin tregua, de la Suerte,—  
Dando un adiós eterno á la esperanza . . . .  
Se arroja en el abismo de la muerte!

NUMA P. LLONA

---

### La Locomotora

•

Ni el cóndor de los Andes, que alza el vuelo  
Desde su nido hasta la azul región,  
Y rasgando la túnica del cielo  
Hiende las nubes que ilumina el sol;

Ni el fiero musulmán de tez morena,  
Cabalgando en el árabe corcel,  
Que corre y graba en la movible arena  
La media luna de su herrado pie;

Ni el barco humeante cuyo peso abrumba  
Y fatiga las olas de la mar,  
Que huyen gimiendo en desgarrada espuma  
Como luciente polvo de cristal;

Ni el aeronauta audaz, ni la ligera  
Góndola del Adriático veloz,  
Aventajan al monstruo en la carrera,  
Con sus alas de fuego y de vapor.

¿No veis? Ya rueda. De su entraña hirviente  
Que bulle cual la lava del volcán,  
Arroja larga flecha de humo ardiente,  
Como la blanca espuma de la mar.

Lanza á las nubes estridente grito  
En su hálito de fuego abrasador,  
Y corre arrebatando á lo infinito  
El ala del relámpago y la voz.

Comprime sus entrañas bullidoras,  
En su seno palpita el frenesí,  
Y el monstruo vuela á devorar las horas,



Y el tiempo y el espacio y el confín.

Más que el torrente que á la mar ligero  
Se arrastra en pavorosa rapidez,  
Agitando sus músculos de acero  
Corre el monstruo del siglo sobre el riel.

Parece apenas que la tierra toca,  
Pasando como el rápido aquilón,  
Y olas vomita de su ardiente boca,  
Jadeante con hórrido estertor.

Y el muro, el árbol, la montaña, el río,  
Todo se ve en un vértigo girar,  
Como sombras de un loco desvarío,  
En un baile fantástico, infernal.

Vuela y esparce, retemblando el suelo,  
Sus huellas de rocío y de carbón,  
Mientras fluctúa en el azul del cielo,  
Cual larga nube, su penacho en pos.

¡Terrestre Leviatán! ¡Vuela! ¡Devoral  
Con tu ala de vapor azota el viento;  
¡Lleva á la noche el rayo de la aurora  
Y al hombre esclavizado el pensamiento!

Como antorcha del siglo brilladora,  
Alumbra al pueblo de la luz sediento,  
Para que escriba en su pendón de guerra:  
—«¡El pueblo es rey y su sitio la tierra!»

CARLOS AUGUSTO SALAVERRY

(Peruano)

## Al Illimani

¡Salve, Illimani! Majestuoso, inmenso,  
Solitario, levantas hasta el cielo  
Tu frente, que corona eterno hielo,  
Do en vano vibra el sol su rayo intenso.

La voz del hombre nunca ha resonado  
De tus profundos huecos en el seno:  
Sólo al rugir del viento y al del trueno  
El eco de tu mole ha contestado.

El águila caudal nunca ha pasado  
Los muros diamantinos de tu hielo;  
Nunca la leve sombra de su vuelo  
Tus fúlgidos cristales ha cruzado.

Unido con los cielos, en la tierra  
Inmenso bien derrama tu presencia;  
En tu torno difundes la existencia,  
Cuyo germen fecundo en ti se encierra.

Miro á tu planta selvas silenciosas,  
Do el pino, el cedro y el limón se mecen,  
Y en donde al lado de la piña crecen  
Pálido aroma, purpurinas rosas.

Las flores su fragancia deliciosa  
En honra tuya exhalan, y un presente  
De gratitud y amor puro, inocente,  
Te ofrecen en el aura vagarosa.

De tu cima descuélgase el torrente  
Que al saltar se deshace en leve espuma;  
Y, aparece al través de blanca bruma,  
Un iris nacarado y refulgente.

El agua, que descende estrepitosa,  
Domado su furor, en manso giro  
Corre pura, cual es puro el suspiro  
Del pecho de una virgen candorosa.

Burlas el aquilón y las tormentas,  
Que en ti se estrellan con furor insano;  
Al golpe mismo de la fuerte mano  
Del tiempo airado, inmóvil te presentas.

El luminar del día á ti primero  
Humildemente rinde su tributo;  
Y cuando al mundo cubre opaco luto,  
Aun brilla en ti su rayo postrimero.

En la noche serena, tu alta cumbre  
Baña apacible con su luz brillante  
La luna, que embellece su semblante  
Al reflejar en ti su clara lumbre.

Ora corona tu elevada cresta  
La nube electrizada que se inflama  
Al resplandor del rayo, cuya llama  
Muestra tu mole colosal enhiesta.

Los rayos que serpean por tu frente,  
¿Son para ti cual son los pensamientos  
De dolor y amargura, que sangrientos  
Y horribles atraviesan por mi mente?

¿Ó son cual la guirnalda que las sienas  
Ciñe de los mortales venturosos  
Que en el bullicio del festín gozosos  
Encontrar juzgan sazonados bienes?

¡Lo ignoro! Pero siento que el delirio  
De la pasión el alma ya no agita;



Siento que el corazón ya no palpita  
En la voraz hoguera del martirio.

Bajo la fresca sombra de una palma  
He buscado á tu planta dulce asilo:  
Ya mi pecho se aduerme más tranquilo,  
Gozando de la paz la suave calma.

De Jehová el poder en ti se ostenta;  
En ti la cifra de su nombre miro;  
En ti su majestad sublime admiro;  
Su eternidad en ti se me presenta.

¡Cómo! ¿Cual Dios, eterno tú serías?  
¡No! que en la tierra todo desaparece,  
Escepto el alma, á quien benigno ofrece  
Dios en el cielo más dichosos días.

Cuando él con su soplo te deshaga,  
Yo miraré desde el excelso cielo,  
En el caos perderse tu albo hielo,  
Cual blanca vela que la mar se traga.

MANUEL JOSE CORTÉS

(Boliviano)

---

### Deseos

Si yo fuera la brisa pasajera,  
Aliento perfumado de las flores,  
Enredado en tu suelta cabellera  
Murmurara á tu oído mis amores.

Quisiera ser alguna flor nacida  
Entre las flores del jardín ameno,  
Verme por ti del tallo desprendida  
Y marchitarme sobre tu albo seno.

Si fuera un astro de la noche umbría,  
De blanca luz, de límpidos destellos,  
Amoroso mi luz reflejaría  
En ese blanco de tus ojos bellos.

Si fuera un pensamiento audaz, profundo,  
Que conmoviera al orbe en un instante,  
Desdeñaría de ocupar el mundo  
Por ocupar tu corazón amante.

Quisiera ser un verso delicado  
De melodiosa y fácil armonía,  
Sentirme en tu memoria conservado  
Y pasar por tus labios, alma mía.

Quisiera ser la fuente cristalina  
Para halagarte con murmullo leve,  
Reflejar tu hermosura peregrina  
Y besar con amor tu planta breve.

Si ave fuera de mágicos encantos,  
Siempre girando amante en tu presencia,  
Te ofrecería en melodiosos cantos  
Mi libertad, mi amor y mi existencia.

Si fuera un Dios, dichoso te entregara  
Mi poder, mi existencia y mi albedrío,  
Y la morada celestial trocara  
Por un instante de tu amor, bien mío.

EUSEBIO LILLO

(Chileno)

---

## La Cruz

*(Celiar)*

De un verde montecillo en la colina  
Hay una pobre tumba solitaria,  
Que la luna tristísima ilumina  
Cual desmayada antorcha funeraria:  
Y sobre ella lánguida se inclina  
Una hermosa fragante pasionaria,  
Que recogiendo de la aurora el llanto,  
Le forma con sus hojas rico manto.

No hay allí ni doradas inscripciones,  
Ni marmóreos ornatos, ni grandeza,  
Ni del arte las vanas profusiones  
Con que cubre su polvo la riqueza;  
Ni tampoco se ven inspiraciones  
Consagradas al genio ó la belleza,  
Ni de los bravos á su patria fieles  
La cifra coronada de laureles.

Pero en medio la calma pavorosa  
Que allí en silencio aterrador preside,  
Una cruz se levanta misteriosa,  
Que al caminante una plegaria pide;  
Y aunque de tosco leño, silenciosa,  
Con su sombra, no más, tremenda mide  
El corto espacio do cual vil gusano  
Muere encerrado nuestro orgullo humano.

Y el viento de la noche que murmura  
Con amoroso lánguido silbido,  
Se detiene en la yerta sepultura



Entre los brazos de la cruz perdido;  
Y luego al despedirse con ternura  
Exhala un melancólico gemido,  
Que se prolonga cual la voz sonora  
De una cuerda que vibra tembladora.

Entonces, preludiando sus congojas,  
Coronada de pálida guirnalda,  
En los ombúes de rasgadas hojas  
Tiende sus alas de jazmín y gualda;  
Y cuando asoma con sus crines rojas  
El sol, volviendo la gigante espalda,  
Otra vez á la cruz más amoroso  
Vuela y se apaga murmurando ansioso.

Y cada hora que pasa del diurno  
Planeta entre planetas el primero,  
El gaucho que cruza taciturno  
Aquel solo y tristísimo sendero,  
Al caer el crepúsculo nocturno  
Detiene su fogoso parejero,  
Y ante la sacra efigie solitaria,  
Religioso murmura una plegaria.

Y dicen los viandantes que á esa hora  
Se ve cruzar un bulto misterioso,  
Encubriendo la faz aterradora  
Bajo el ancho capuz de un religioso;  
Y que allí arrodillado gime y llora,  
Hasta que el sol radiando majestuoso,  
Cual vencedor en fulgurante coche,  
Va tragando las sombras de la noche.

¿Quién sería aquel hombre? . . . No era el cura  
Sino un joven de negra cabellera,  
Que del áspero monte en la espesura,

Mitigar su dolor y angustia fiera  
En penitente soledad procura . . .  
Cuenta la tradición que Carlos era,  
Y que vivía solitario, donde  
Los caros restos de su amada esconde.

Allí, junto á la cruz . . . ceniza fría  
De los fieles amantes que murieron,  
Cuando su altivo corazón creía  
Ver colmada la dicha que perdieron:  
Dicha celeste que brillara un día  
Como los votos que en su amor se hicieron,  
Dicha que pasa cual fugaz centella,  
Cuanto más grande y anhelada y bella.

Fueron allí á enterrarse tumultuosas  
Tantas vagas ardientes ilusiones,  
Y se hundieron allí más ardorosas  
La memoria y la sed de sus pasiones.  
Del sepulcro las alas pavorosas  
Apagaron sus hondas emociones,  
Y lozana brotó de su ceniza  
La emblemática flor que la tapiza.

Bellísimos los dos y afortunados,  
Llenos de gracia y virginal hechizo,  
Nacieron para amar y ser amados  
Cual obra en que el Creador se satisfizo.  
Al placer y virtud predestinados  
Con mano liberal su amor los hizo,  
Y pura colocó sobre su frente  
La aureola del ángel inocente.

Se vieron y se amaron, cuando apenas  
De la infancia el pensil abandonaban,  
Y los dos por camino de azucenas

Bajo un cielo de azahares dormitaban;  
Visiones de placer siempre serenas  
Sus angélicas horas arrullaban,  
Y todavía de sus ojos bellos  
El dolor no empañaba los destellos.

Era dulce y tranquila su mirada,  
Natural y ternísimo su acento,  
Gallarda su presencia y descuidada,  
Melancólico acaso el pensamiento,  
Y en toda su persona derramada  
Tal potencia de vida y sentimiento,  
Que bastaba mirarlos un instante  
Para sentir el pecho palpitante.

Imagen de los seres que idealiza  
El que en un cielo de zafir pasea  
Pensamiento de amor que se desliza  
Cuando la mente ardiendo centellea.  
Soñada perfección que diviniza  
El inspirado vate allá en su idea,  
Ángel ó genio, aparición ó sombra,  
Que admira el alma, pero nunca nombra.

Al punto se sintieron atraídos  
Por misteriosa oculta simpatía,  
Oyeron de su pecho los latidos  
Responderse en unísona armonía;  
Se encontraron sus ojos poseídos  
De pasión, embriaguez y poesía,  
Se hablaron una vez, se comprendieron,  
Y á un tiempo «¡yo te adoro!» se dijeron.

Y creyendo era eterna su ventura,  
Embriagados de amor en su delirio,  
Adormecidos por letal dulzura,



Olvidaron amando su martirio,  
Porque su alma cándida era pura  
Como la hoja de naciente lirio  
Cuando á los rayos de la luz primera  
Se estremece en el tallo placentera.

Pasó como un relámpago la calma  
Que un momento tranquilos disfrutaron,  
Y cual las flores de tendida palma  
Sus verdes ilusiones se agostaron;  
Llena de dudas y postrada el alma,  
Siguiendo el sueño que á la par forjaron,  
Veló sus ojos con traidora venda  
Y los lanzó por descarriada senda.

La mano del destino encarnizada  
Rompió en su frente la nupcial diadema,  
Y cual la sombra al cuerpo encadenada  
Persiguiólos tremendo su anatema;  
Y para colmo de infortunio, airada  
En oblación á su venganza extrema,  
Torció la diestra del hispano fiero  
Y hundió en el pecho de Isabel su acero.

¡Pobre Isabell... Inmaculada virgen  
En aras del amor sacrificada,  
Tu afecto celestial tenía su origen  
Escondido de Dios en la mirada:  
Pero los males que al mortal afligen  
Rompiendo la corteza delicada,  
Dejaron escapar sublime y pura  
La llama de tu vida y hermosura.

Y volaste á otra esfera más dichosa  
Do serafines y ángeles en coro,  
Para que subas tú, nubes de rosa

Te forman de sus alas con el oro.  
Allí con armonía misteriosa  
Te reciben cual célico tesoro,  
Y el radiante fulgor que te acompaña  
De luz y aromas el espacio baña.

Desde allí me arrebató tu hermosura...  
Como en las noches del florido enero  
Sublime idea que al pasar murmura  
Las armonías del amor primero;  
Cuando el ardiente corazón procura,  
Extasiado en delirio pasajero,  
Traducir con sonido la belleza  
Que ostenta en derredor naturaleza.

Era Isabel un ángel, no podía  
Emponzoñado el hálito del vicio  
Profanar el santuario donde ardía  
La llama de su amor en sacrificio.  
El genio que sus pasos dirigía,  
Antes de hundirla en hondo precipicio,  
La arrebató del mundo, y entre nubes  
Siguió el vuelo de fúlgidos querubens.

Era Isabel un ángel: fuerza era  
Cumpliese como ángel su destino,  
Y por ajenas culpas mártir fuera  
Sin hallar una flor en su camino,  
Para ser en los cielos medianera  
Del que adoraba con amor divino,  
Y á quien purificando su alianza  
Inclinó del Eterno la balanza.

Pues si esforzado, en desigual contienda,  
Luchó con su destino brazo á brazo,  
Y si indomable siempre, noble ofrenda

Colocó de la patria en el regazo;  
 Si ató arrogante su pajiza tienda  
 De iberos pabellones con el lazo,  
 Y en la tierra, en el llano, en la cuchilla,  
 Brilló siempre con mengua de Castilla;

Crímenes luego y sed de nombradía  
 Deshojaron el lauro de sus sienas,  
 Mientras más altanero en su osadía  
 Provocaba á los cielos con desdenes;  
 Y al lucir de expiación terrible el día,  
 En que probó del hado los vaivenes,  
 Aplacó del Eterno el justo encono  
 Prosternada Isabel ante su trono .

No menos infeliz el castellano  
 Dominar sus pasiones nunca pudo,  
 Y en el delirio de su mente insano,  
 Cubierto del poder con el escudo,  
 ¿Qué no ajó y mancilló su torpe mano?  
 ¿Qué no cayó por tierra al choque rudo  
 De su tremendo enojo? . . . Rayo ardiente  
 Que del crimen lanzóle en el torrente,

Y esa mujer sublime no podía  
 Consagrar á ninguno su ternura;  
 Cualquiera de los dos marchitaría  
 La flor de su ilusión como ella pura;  
 Y ninguno, ninguno merecía  
 Profanar su seráfica hermosura,  
 Ni desgarrar la venda encantadora  
 Que le ocultaba la verdad traidora .

La realidad amarga de la vida  
 No acibaró sus últimos instantes;  
 Por el dolor y el infortunio herida,



Tan amorosa y pura como antes,  
Cerró sus bellos ojos; y adormida,  
En las áureas esferas rutilantes  
Fué á despertar del encantado sueño  
Que le brindaba el porvenir risueño.

¡Dormid, sombras, dormid!... ¡Tibia la luna  
Os preste melancólica su lumbre,  
Y las nocturnas brisas, una á una,  
Sobre esa cruz, en varia muchedumbre,  
Murmuren los cantares que en la cuna  
Con acento de paz y dulcedumbre  
Le canta dirigiéndose al Eterno,  
La cariñosa madre al niño tierno.

¡Dormid, sombras, dormid!... y lentamente,  
Destrenzándose en ondas bullidoras,  
Un arroyo de margen transparente  
Os cuente con su voz las tardas horas!...  
¡Dormid, sombras, dormid!... y reluciente  
Escondida en las ramas tembladoras  
Multitud de avecillas, ciento á ciento  
Trinen á par del amoroso viento!

Y tú ¡oh tumbal que guardas sus amores  
Y con ellos también su triste historia,  
Conserva en derredor fragantes flores  
Que recuerden al mundo su memoria.  
Quizá uno de tantos trovadores,  
Más feliz, ó más digno de la gloria,  
Te inmortalice vencedor un día  
Con cantares de espléndida armonía.

¡No me olvides, y adiós!... Débil mi canto  
Entre mis labios trémulos espira:  
Siento en mis ojos resbalar el llanto,

Y enmudeciendo la sonante lira,  
 En vez del fuego varonil y santo  
 Con que el poeta creador se inspira,  
 ¡Imagen del dolor, rodando brilla  
 Una lágrima ardiente en mi mejilla!

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES

(Uruguayo)

---

La leyenda patria

*Fragmentos*

III.

Mirad: del URUGUAY en las espumas,  
 Del URUGUAY querido  
 Brota un rayo de luz desconocido  
 Que, desgarrando el seno de las brumas,  
 Atraviesa la noche del olvido.  
 Semeja el fleco ardiente que colora  
 Á la lejana estrella vespertina  
 Que el sueño de las tardes ilumina.  
 Es primero un albor . . . luego una aurora . . .  
 Luego un nimbo de luz de la colina . . .  
 Luego aviva . . . y se eleva . . . y se dilata,  
 Y, encendiendo el secreto de la niebla,  
 En fragoroso incendio se desata  
 Que, en el cercano monte,  
 Destrenza su abrasada cabellera,

Y salpica de luz el horizonte,  
Y en el cielo uruguayo reverbera.

Despiertan los barqueros . . . ya es la hora;  
Y, al chocar de los remos sobre el río,  
Alzan la barcarola de la aurora  
De ritmo audaz y cadencioso brío,  
La eterna barcarola redentora.  
Caen de los sauces las dormidas arpas  
Por impalpable mano arrebatadas;  
La selva entona de la patria historia  
Los no aprendidos salmos inmortales;  
Al beso de la luz se alza la guerra,  
Y brotan de la tierra  
Palpitantes recuerdos á raudales.  
En luminosa ebullición sonora  
Los átomos alados  
Nadan en luz en torno de la aurora.  
Y despiertan los cantos olvidados  
Que en el juncal dormían,  
Los que en el bosque errantes se escondían,  
Los que en las nieblas mudos se arropaban,  
Ó sin eco en el aire discurrían,  
È, impulsos sin objeto, desmayaban.  
Y entre la luz los cantos, los latidos,  
Roja, intensa mirada  
Que por el campo de la patria hermoso  
Paseó la libertad, pisan la frente  
Del húmedo arenal *Treinta y Tres Hombres*:  
*Treinta y Tres Hombres* que mi mente adora,  
Encarnación, viviente melodía,  
Diana triunfal, leyenda redentora  
Del alma heroica de la patria mía.



## IV

Helos allí. . . . Con ademán sañudo,  
 Cárdeno el labio y la pupila ardiente,  
 De batallar el acerado escudo  
 Embrazan sin temblar: ciñen la frente  
 Con el pesado casco del guerrero,  
 Y altivo un reto lanzan  
 Que se estrella en el rostro del tirano;  
 Que cabalga los aires,  
 Y rueda y se dilata y se desborda,  
 Como de ruina y destrucción sedienta,  
 Embozada en su parda vestidura,  
 Lleva sobre sus hombros la tormenta  
 La voz de Dios. . . . Clavado en la llanura,  
 Del nuevo *Sinat* sobre la espalda,  
 Como león que sacude la melena,  
 Azota el aire y estremece el asta  
 El pabellón de LIBERTAD Ó MUERTE  
 Que el aura agita de presagios llena.  
 Vibrando está en los labios de los héroes  
 El santo juramente  
 De MUERTE Ó LIBERTAD, firme, grandioso,  
 Que da á los hombres de virtud ejemplo,  
 Y se esparce solemne y poderoso,  
 Cual se difunde el salmo religioso  
 Por las calladas bóvedas del templo.

.....

## VI

El alma que á su cuerpo retornaba,  
 Hirviente circulando  
 Se infiltró, como un hálito de fuego,

En las venas del pueblo, despertando  
Á su paso entre bosques y llanuras  
Las auroras dormidas,  
Y los marciales cantos que aguardaban,  
Á medio formular entre los labios,  
Alas para volar. El comprimido  
Grito de guerra remeció los aires;  
Hervor de multitudes  
Brotó de entre los bosques más lejanos;  
El casco del corcel hirió la tierra  
Con temeroso són; el de los llanos  
Clamor inmenso repitió la sierra,  
Y se cernieron con siniestro vuelo,  
Hasta azotar con sus armadas alas  
El verde pabellón de las almenas,  
Aves en cuyas garras  
Cuélgan aún anillos de cadenas,  
Que, al chocarse, derraman en el viento  
Rumor de imprecaciones,  
Murmillos de tumultos invisibles,  
Fragmentos de canciones,  
Y metálicos golpes repetidos,  
Cuyo ritmo se ajusta  
De un corazón de bronce á los latidos.

Al sentir las cruzar entre las sombras,  
Lívidos los espectros  
Que acechan los insomnios del tirano  
En ronda descompuesta é imposible  
En su almohada se alzaron,  
Y poblaron sus horas agitadas  
Las visiones de muerte atropelladas.  
Rodaron las corrientes sacudidas,  
El incendio rodó por nuestro suelo,  
El PLATA rebramó sordas querellas

Y, como aliadas que aprestaba el cielo,  
 Sus alas encendidas  
 Agitaron temblando las estrellas.

.....

## VII

¡SARANDÍ! ¡SARANDÍ! . . . ¡Santa memoria,  
 Primicia del valor, ósculo ardiente  
 Que imprimieron los labios de la gloria  
 En nuestra joven ardorosa frente!  
 Yo al pronunciar tu nombre,  
 De hinojos, la cabeza descubierta,  
 Entre las cuerdas de mi lira siento  
 Que nace, crece y estridente estalla  
 Todo el fragor de las solemnes horas  
 Que escucharon la voz de tu batalla;  
 Cuando *el héroe*, los héroes encontraron  
 Tardo el corcel y perezoso el plomo;  
 Las sedientas espadas abrevaron  
 De roja sangre en el reciente lago,  
 Y del tirano en la olvidada tumba  
 La cuna de sus hijos levantaron.  
 ¡SARANDÍ! Con tu aliento poderoso  
 Sus alas formaría la tormenta  
 Para azotar la espalda del coloso  
 Revuelto mar, y publicar su afrenta.  
 Yo en tu potente espíritu me agito,  
 Lato en tu corazón, ardo en tus ojos,  
 Y en la idea, corcel de lo infinito,  
 Sobre tus rudos hombros sustentada,  
 Siento flotar mi vida, condensada  
 En un grito de honor, eterno grito.

En tus vastas laderas  
 Deja que se dilate el pensamiento



Y respire el aliento  
De aquellas auras de tu honor primeras,  
Auras de libertad que en su regazo  
Hasta Dios condujeron,  
El sello á recibir de eterna vida,  
Con las almas de bravos que cayeron,  
El alma de la patria redimida.  
Los himnos de tu aurora  
Deja que el labio vibre.  
¡Paso al pueblo novel! ¡Sonó su hora!  
«Que quien sabe morir, sabe ser libre.»

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

(Uruguayo)

---

## El desierto

(*La Cautiva*)

Il s vont. L'espace est grand.

*Hugo.*

Era la tarde, y la hora  
En que el sol la cresta dora  
De los Andes. El Desierto  
Inconmensurable, abierto,  
Y misterioso á sus pies  
Se extiende; triste el semblante,  
Solitario y taciturno,  
Como el mar, cuando un instante,

Al crepúsculo nocturno,  
Pone rienda á su altivez.

Gira en vano, reconcentra  
Su inmensidad, y no encuentra  
La vista, en su vivo anhelo,  
Do fijar su fugaz vuelo,  
Como el pájaro en el mar.  
Doquier campos y heredades  
Del ave y bruto guaridas;  
Doquier cielo y soledades  
De Dios sólo conocidas,  
Que Él solo puede sondar.

Á veces la tribu errante  
Sobre el potro rozagante,  
Cuyas crines altaneras  
Flotan al viento ligeras,  
Lo cruza cual torbellino,  
Y pasa; ó su toldería  
Sobre la grama frondosa  
Asienta, esperando el día  
Duerme, tranquila reposa,  
Sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas,  
Sublimes y á par sencillas,  
Sembró le fecunda mano  
De Dios allí! ¡Cuánto arcano  
Que no es dado al mundo ver!  
La humilde hierba, el insecto,  
La aura aromática y pura,  
El silencio, el triste aspecto  
De la grandiosa llanura,  
El pálido anochecer.

Las armonías del viento  
Dicen más al pensamiento  
Que todo cuanto á porfía  
La vana filosofía  
Pretende altiva enseñar.  
¿Qué pincel podrá pintarlas  
Sin deslucir su belleza?  
¿Qué lengua humana alabarlas?  
Sólo el genio su grandeza  
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente  
Reclinaba en Occidente,  
Derramando por la esfera  
De su rubia cabellera  
El desmayado fulgor.  
Serenos y diáfanos el cielo,  
Sobre la gala verdosa  
De la llanura, azul velo  
Espancaba, misteriosa  
Sombra dando á su color.

El aura moviendo apenas  
Sus olas de aroma llenas,  
Entre la hierba bullía  
Del campo que parecía  
Como un piélago ondear.  
Y la tierra, contemplando  
Del astro rey la partida,  
Callaba manifestando,  
Como en una despedida,  
En su semblante pesar.

Sólo á ratos, altanero  
Relinchaba un bruto fiero  
Aquí ó allá, en la campaña;



Bramaba un toro de saña,  
Rugía un tigre feroz:  
Ó, las nubes contemplando,  
Como extático y gozoso,  
El Yajá de cuando en cuando  
Turbaba el mundo reposo  
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía  
Que el vasto horizonte ardía:  
La silenciosa llanura  
Fué quedando más oscura,  
Más pardo el cielo, y en él  
Con luz trémula brillaba  
Una que otra estrella, y luego  
Á los ojos se ocultaba,  
Como vacilante fuego  
En soberbio chapitel.

El crepúsculo, entretanto,  
Con su claroscuro manto  
Veló la tierra; una faja  
Negra como una mortaja,  
El occidente cubrió:  
Mientras la noche bajando  
Lenta venía, la calma,  
Que contempla suspirando  
Inquieta á veces el alma,  
Con el silencio reinó.

Entonces, como el rüido  
Que suele hacer el tronido  
Cuando retumba lejano,  
Se oyó en el tranquilo llano  
Sordo y confuso clamor;  
Se perdió... y luego violento,

Como baladro espantoso  
De turba inmensa, en el viento  
Se dilató sonoroso  
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante  
Del ágil potro arrogante  
El duro suelo temblaba,  
Y envuelto en polvo cruzaba,  
Como animado tropel,  
Velozmente cabalgando;  
Víanse lanzas agudas,  
Cabezas, crines ondeando,  
Y como formas desnudas  
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba  
Con su alarido perturba  
Las calladas soledades  
De Dios, do las tempestades  
Sólo se oyen resonar?  
¿Qué humana planta orgullosa  
Se atreve á ollar el desierto,  
Cuando todo en él reposa?  
¿Quién viene seguro puerto  
En sus yermos á buscar?

¡Oíd! Ya se acerca el bando  
De salvajes atronando,  
Todo el campo convecino.  
¡Mirad! Como torbellino  
Hiende el espacio veloz.  
El fiero ímpetu no enfrena  
Del bruto que arroja espuma;  
Vaga al viento su melena,  
Y con ligereza suma

Pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene  
 ¿De qué su gozo proviene?  
 ¿Por qué grita, corre, vuela,  
 Clavando al bruto la espuela,  
 Sin mirar al rededor?  
 ¡Ved! que las puntas ufanas  
 De sus lanzas por despojos,  
 Llevan cabezas humanas,  
 Cuyos inflamados ojos  
 Respirar aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje  
 Al indomable coraje  
 Que abatió su alevosía,  
 Y su rencor todavía  
 Mira con torpe placer  
 Las cabezas que cortaron  
 Sus inhumanos cuchillos,  
 Exclamando:— «Ya pagaron  
 Del cristiano los caudillos  
 El feudo á nuestro poder.

«Ya los ranchos do vivieron,  
 Presa de las llamas fueron,  
 Y muerde el polvo abatida  
 Su pujanza tan erguida.  
 ¿Dónde sus bravos están?  
 Vengan hoy del vituperio  
 Sus mujeres, sus infantes,  
 Que gimen en cautiverio,  
 Á libertar, y como antes  
 Nuestras lanzas probarán.»

Tal decía; y bajo el callo



Del indómito caballo,  
Crujiendo el suelo temblaba;  
Hueco y sordo retumbaba  
Su grito en la soledad.  
Mientras la noche, cubierto  
El rostro en manto nubloso,  
Echó en el vasto desierto  
Su silencio pavoroso,  
Su sombría majestad.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.  
(Argentino)

---

### Tucumán

(Fragmento del poema AVELLANEDA).

¿Conocéis esa tierra bendecida  
Por la fecunda mano del Creador,  
De cuyo virgen seno sin medida,  
Fluye como el aroma de la flor  
La balsámica esencia de la vida?

Tierra de los naranjos y las flores,  
De las selvas y pájaros cantores,  
Que el Inca poseyera, hermosa joya  
De su corona regia, donde crece  
El camote y la rica chirimoya,  
Y el naranjero sin cesar florece.

Donde el sacro laurel ambicionado  
Galardón del poeta y del soldado,

Al rayo desafía entre la nube  
 Á par del cedro que gallardo sube,  
 Y el pacará que al viajador asombra,  
 Cien jinetes cobija con su sombra.

Donde el zorzal y la calandria artistas-  
 De ingénuu inspiración, en el verano,  
 Cuando reina sin par melancolía  
 En las selvas, el premio soberano  
 Se disputan del canto y la armonía.

Las casas son verjeles  
 Donde habitó la paz y la abundancia  
 En tiempos más felices, cuando fieles  
 Á la costumbre y fe de sus mayores,  
 Ó avenidos tal vez con su ignorancia,  
 Vivían sus tranquilos moradores.  
 Pero hoy ya no es así; de esos hogares  
 La paz huyó ante la civil contienda,  
 Y quedaron el llanto y los pesares,  
 De las pasiones dolorosa ofrenda.

¡Cómo admirarla lograreis sin verla,  
 Ni por bosquejo alguno conocerla  
 De pluma ó de pincel! Cuando el invierno  
 Con el soplo glacial de sus montañas  
 Viene el raudal eterno  
 De vida á amortiguar en sus entrañas,  
 Una virgen parece adormecida  
 Sobre lecho de rosas,  
 Con las galas de ayer en torno suyo,  
 Medio marchitas ya, pero olorosas.

Duerme y no duerme, sueña;  
 Oye soñando el plácido murmullo  
 Del festín y la danza, el alborozo

Del expansivo gozo,  
Y el recuerdo de todo en la sonrisa  
De su plácido rostro se diseña,  
Como si el fresco animador volviera  
Á respirar de perfumada brisa.

Despues la primavera  
Con su templado sol y sus rumores,  
Su concierto de pájaros cantores,  
Á electrizar sus miembros adormidos  
Llega, y baña en lumbre sus sentidos;  
Y la virgen despierta  
De su sueño fugaz y se levanta,  
Radiante de alegría y de frescura,  
De gracia y de hermosura;  
Y á engalanar empieza  
Con corona de mirtos y arrayanes  
Su espléndida cabeza,  
Y su seno con ramos de mil flores  
De distintos matices y colores  
Y á perfumarse con esencias puras,  
Derramando por montes y llanuras  
De su eterna beldad los resplandores;  
Hasta que el sol de la estación ardiente  
Subir hace á su frente  
Todo el intenso ardor, toda la vida  
Que entre su seno inmaculado anida,  
Revistiendo de pompa y de grandeza  
Su joven y magnífica belleza.

Tierra de promisión y de renombre,  
Engendra en sus entrañas virginales  
Cuanto apetece y necesita el hombre  
Para vivir feliz: en animales,  
En frutas y productos tropicales,



En colosal vegetación. En vano  
El adusto verano  
La quema con su sol; el Aconquija,  
Que entre las nubes fija  
La nevada cerviz, de sus raudales  
El tesoro derrama, y la fecunda,  
La baña con sus frígidos alientos,  
Y sus campos sedientos  
De fresca lluvia y de vigor inunda.

¡Cuán bella entonces es! Al pensamiento  
¡Cuánto inspira de luz y arrobamiento!  
¡Cuanto de eterna nutrición le ofrece!  
La mirada de Dios bañar parece  
Sus campiñas y claros horizontes,  
Y transformar con su inefable hechizo  
Sus selvas y sus montes  
En otro Paraíso!

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

---

### La agitación

¡Imposible arrancar del alma mía  
Sino acentos de amor! Caber no puede  
Donde impera tu imagen adorada,  
Patria, gloria, amistad... cuanto solía  
Mi pecho conmover... ¡ya todo cede  
Á la ardiente mirada  
De tus luceros bellos!

Mal mi grado á sus mágicos destellos  
Mi turbulente vida está sujeta,  
Como al influjo de fatal cometa.  
Cede el bajel al ímpetu rugiente  
Del huracán sañudo  
Y al puerto amigo arrebatarse siente  
Ó va á estrellarse en el peñasco rudo:  
Así en la fiebre do anhelando gira  
Esta alma delirante,  
Tus ojos son ¡Amira,  
Los que entre el puerto y el peñasco errante,  
Sin elección, perdido el albedrío,  
La oscilación del huracán le imprimen,  
Y en ciego desvarío  
Lánzase á la virtud, ¡lánzase al crimen.

¿Y este vaivén continuo, esta perpetua  
Comoción es la vida?— ¡Cuántas horas  
Mudo, yerto, insensible,  
Como la piedra en que sentado estaba,  
En seguir ¡las sonoras  
Ondas de la corriente que pasaba,  
Inerte consumí!  
¡Cuántas, la vista atenta,  
Iba siguiendo estúpido la lenta  
Sombra que en derredor del tronco huía!

Campo de soledad, yo te buscaba  
Porque el mundo decía  
Que la felicidad en tí habitaba,  
Y en aquel corazón que la invocaba  
Su misterioso bálsamo vertía.  
Mi corazón de fuego  
En tí no la encontró: floresta humbría,  
Silenciosa montaña, campo triste,

Yo la paz de la vida te pedía,  
Tú la paz de la tumba me ofreciste.

Felicidad, ¿dó estás? Este vacío  
Que al dilatarse el corazón no llena,  
Ven, ocúpalo tú. Si ronco suena  
El guerrero clarín, y á la matanza  
El hombre vuela contra el hombre, díme:  
¿Bastaráme empuñar la férrea lanza  
Y á la pugna volar? Cuando mi diestra  
Al son triunfal de los preñados bronce  
En sangre bañe la mortal palestra,  
Misteriosa deidad, ¿te hallaré entonces?

En el tropel del mundo  
Yo también te busqué. Torvo guerrero,  
Sobre carro veloz de lauro ornado  
Agitando el acero,  
En lágrimas y sangre salpicado,  
Rauda al cruzar la turba peregrina,  
« ¡Felicidad, felicidad! » clamaba,  
Y en tanto: « aquí domina »,  
Otro desde la tumba le gritaba.

¿En la vida? ¿En la muerte?  
¿Dónde estás para mí?—¡Silencio mudo!  
¡Y las horas corrían!...  
¡Y los años volaban!...  
Las hojas de los árboles caían,  
Las hojas en los árboles brotaban.

¡Una mujer! con su flotante velo  
Tocó al pasar mi frente:  
Trocóse en fuego de mi pecho el hielo,  
Mis entrañas temblaron de repente:  
Los brazos tiendo á la fantasma bella,



Mas al asirla, alzada  
VÍ una ara ante mis pies, y detrás de ella,  
Mi visión adorada:  
Y un misterioso acento que decía:  
« ¡Profanación... delito! »  
Y en su abatida frente se leía  
Un juramento escrito.  
Mi planta no, mas de mi pecho ciego  
Llegó un lamento á penetrar su oído.  
¡Y en sus trémulos labios tocó el fuego  
De mi ardiente gemido!  
Abrió sus ojos por la vez primera  
Lanzándome una lánguida mirada,  
Cual si sus puertas el infierno abriera  
Á un alma condenada.

¡Ahl! ¿qué me importa? Agitación sublime,  
¡Yo te adoro! Tú eres  
Alma de mi existencia.—Oprime, oprime  
Un corazón á quien la calma espanta,  
Inunda, inunda mi mejilla en lloro;  
Clamar me oirás entre congoja tanta:  
Agitación sublime, ¡yo te adoro!

VENTURA DE LA VEGA.  
(Argentino)

---

### Rosas

*El 25 de Mayo de 1850.*

Rosas! Rosas! un genio sin segundo  
Formó á su antojo tu destino extraño:

Después de Satanás, nadie en el mundo,  
Cual tú, hizo menos bien ni tanto daño.

Abortado de un crimen has querido  
Que se hermanen tus obras con tu origen:  
Y, jamás del delito arrepentido,  
Sólo las horas de quietud te aflijen.

Con las llamas del Tártaro encendida  
Una nube de sangre te rodea;  
Y en todo el horizonte de tu vida  
Sangre ¡bárbaro! y sangre y sangre humea.

Tu mano conmoviera como el rayo  
Los cimientos de un templo; y, de repente,  
Desde el altar los ídolos de Mayo  
Vertieron sangre de su rota frente.

La justicia se acerca religiosa  
Á llamar en la tumba de Belgrano;  
Y ese muerto inmortal abre su losa,  
Alzando al cielo su impotente mano

La Libertad se escapa con la Gloria  
Á esconderse en las grietas de los Andes,  
Reclamando á los hielos la memoria  
De aquellos tiempos en que fueron grandes.

Los ídolos y el tiempo desaparecen;  
Se apagan los radiantes luminares;  
Y en sangre inmaculada se enrojecen  
Los fragmentos de piras y de altares.

Gloria, nombre, virtud, patria argentina,  
Todo parece do tu pie se estampa;  
Todo hacen polvo, en tu ambición de ruina  
Bajo el casco los potros de tu pampa.

Y bien, Rosas ¿después? tal es— atiende—  
La pregunta de Dios y de la historia:  
Ese DESPUES que acusa ó que defiende  
En la ruina de un pueblo, ó en su gloria.

Ese DESPUES fatal á que te reta  
Sobre el cadáver de la patria mía,  
En mi voz inspirada de poeta  
La voz tremenda del que alumbró el día.

Habla; y, en pos la destrucción, responde:  
¿Dó están las obras que erigió tu mano?  
¿Dónde tu creación? las bases dónde  
De grande idea ó pensamiento vano?

¿Qué mente hubiste en tu sangriento insomnio  
Que á tanto crimen te impeliese tanto?  
¡Aparta, aparta, aborto del demonio  
Que haces el mal para gozar del llanto!

La raza humana se horroriza al verte,  
Hiena del Indo transformada en hombre;  
Mas ¡ay de tí que un día al comprenderte  
No te odiará, despreciará tu nombre!

El tiempo sus momentos te ha ofrecido;  
La fortuna ha rozado tu cabeza;  
Y, bárbaro y no más, tú no has sabido  
Ni ganar tiempo, ni ganar grandeza.

Tumbaste una república, y tu frente  
Con diadema imperial no elevas ledo;  
Murió la libertad, y, omnipotente,  
Esclavo vives de tu propio miedo.

Quieres ser rey, y temes se convierta  
En la corona de Milán la tuya;



Quieres ser grande y tu ánima no acierta  
Como elevarte de la esfera suya.

Tu reino es el imperio de la muerte;  
Tu grandeza el terror por tus delitos;  
Y tu ambición, tu libertad, tu suerte  
Abrir sepulcras y formar proscritos.

Gaucha salvaje de la pampa ruda,  
Eso, no es gloria ni valor ni vida;  
Eso es sólo matar porque desnuda  
Te dieron una espada fratricida.

Y, grande criminal en la memoria  
Del mundo entero, de tu crimen lleno,  
Serás reptir que pisará la historia  
Con asco de tu forma y tu veneno!

Nerón da fuego á Roma y lo contempla,  
Y hay no sé qué de heróico en tal delito;  
Mas tú, con alma que el demonio templa,  
Cuanto haces lleva la miseria escrito.

Ningún Atrida al peligrar vacila,  
Y tú, más que ellos para el mal temblaste;  
Y, más sangriento que el sangriento Atila,  
Jamás la sangre de la lid miraste.

En todas esas águilas que asieron  
La humanidad y, en fiebre carnicera,  
Con sus garras metálicas la hirieron,  
Cupo alguna virtud: valor siquiera.

Pero tu corazón sólo rebosa  
De miserias y crímenes y vicios,  
Con una sed estúpida y rabiosa  
De hacer el mal y de inventar suplicios.

Ni siquiera te debes el destino  
Con que tu sed de sangre has apagado;  
Tigre que te encontraste en el camino  
Un herido león que has devorado.

Espíritu del mal nacido al mundo,  
No has sido bueno ni contigo mismo;  
Y sólo dejarás un nombre inmundo  
Al descender á tu primer abismo.

Te nombrarán las madres á sus hijos  
Cuando asustarlos en la cuna quieran  
Y ellos temblando y en tu imagen fijos  
Se dormirán soñando que te vieron.

Los trovadores pagarán tributo  
Á los cuentos que invente tu memoria;  
Y, excecando tus crímenes sin fruto,  
Rudo y vulgar te llamará la historia.

¡Ah, que casi tus crímenes bendigo,  
Ante el enojo de la patria mía,  
Porque sufras tan bárbaro castigo  
Mientras alumbre el luminar del día!

Porque mientras el sol brille en el Plata,  
Aquel castigo sufrirás eterno;  
Nunca á tu nombre la memoria, ingrata:  
Nunca á tu maldición el pecho, tierno.

Y por último azote de tu suerte,  
Verás, al espirar, que se levanta  
Bello y triunfante y poderoso y fuerte  
El pueblo que ultrajaste con tu planta.

Pues no habrá en él, de tus aleves manos,  
Más que una mancha sobre el cuello apenas:

Que tú no puedes, vulgo de tiranos,  
Ni dejar la señal de tus cadenas.

JOSE MÁRMOL.

(Argentino)

---

### Las Nubes

(Fragmento de «El Peregrino».)

Gloria á vosotros, vaporosos velos,  
Que flotáis en la frente de los cielos,  
    Como alientos perdidos  
Del que arrojó los astros encendidos;  
    Ó cual leves encajes  
Que velan de su rostro la hermosura,  
Enseñando al través de los celajes  
De sus azules ojos la dulzura,  
El alabastro de su frente hermosa,  
    Su labio de corales,  
    Y en bellas espirales  
Su cabellera de oro luminosa.

¿O sois, decidme, acaso, los reflejos  
Del alma de mi Dios? ¿Bendice al mundo  
Cuando de oro y azul pintáis la esfera  
    Y derramáis colores  
Ricos en fantasías y en amores  
Como los años de la edad primera?



¿Contempla el orbe y de placer sonrío  
Cuando á la frente cándida del alba  
Asomáis con el tinte de la rosa,  
Cual el rubor al pálido semblante  
De virgen candorosa  
Al primer verso de su tierno amante?

Al contemplar el mundo,  
¿Se acuerda de su bello paraíso,  
Y que el hombre infeliz cambiarlo quiso  
Por el que habita lodazal inmundo:  
Y por el hombre siente,  
Y se le anubla de pesar la frente  
Cuando quedáis en la tranquila tarde  
Con esa luz fantástica sombría,  
Entre el sér y no sér del tibio día?

¿Sois el imán entonces misterioso  
Que arrastra á meditar el pensamiento,  
Y agita silencioso  
Dentro del corazón el sufrimiento?  
¿Quién en vosotras húmedos los ojos  
No clavó alguna vez, cuando del día  
Va muriendo la luz, cual va muriendo  
Del alma, con los años, la alegría,  
Y la enlutada noche hasta el ocaso  
Llega, cual la vejez, paso tras paso!

Decid, nubes, decid, ¿sois los reflejos  
Del alma de mi Dios? . . . El rudo crimen  
De la obcecada humanidad primera  
Arrancó de sus labios soberanos  
Tremenda maldición. Cayó en la frente  
De la obra de sus manos  
El rayo de su voz omnipetente;  
Y vosotras rodando por la esfera,

Hidrópicos los senos,  
Lanzanteis cual torrente furibundo,  
Entre millón de truenos  
Las aguas del diluvio sobre el mundo.

Cuarenta veces la inundada tierra  
En sus ejes rodó; y en todas ellas  
No iluminara el sol ni las estrellas  
Las sombras del airado firmamento;  
Y tan sólo á vosotros en contino  
Y rápido volar negras mirara  
Lanzando en torbellino  
Á su maldita frente  
Las ondas y las ondas del torrente.  
Cumpliósse el fallo irrevocable y justo  
Del poderoso Juez del universo,  
Y á su semblante, adusto  
Al castigar el crimen del perverso,  
Azomó la alegría,  
Y vosotras con ella  
Bañadas del color del claro día,  
Al decir *basta* y levantar del Arca  
El porvenir del mundo en el Patriarca.

Allí está con la réproba Sodoma  
Su maldición también. Allí vosotras  
Al eco de su voz acudis luego,  
Y en encendidas fuentes se desploma  
De vuestro rojo seno un mar de fuego...  
Y al volver el semblante  
De la hirviente ceniza el Sér divino,  
En pos de su camino  
Vais siguiendo su planta  
A iluminar de Abraham la ciudad santa.

Allí exhala Jesús el postrimero

Dolorido suspiro en el madero:  
Allí también ¡oh nubes misteriosas!  
Pálidas os contemplo y silenciosas  
Cubrir la luz del luminar del cielo  
Y por el Hombre-Dios vestir de duelo.  
Decid, nubes, decid ¿sois el reflejo  
Del alma de mi Dios? ¿Sois sus enojos,  
Y el eco de su acento,  
Y el fuego de sus ojos  
Terrible centellando,  
Cuando en montes trepáis al firmamento  
La recia y ruda tempestad rodando?  
Ese trueno, ¿es su voz? Esa serpiente  
De fugitiva luz, ¿es la mirada  
Que lanza de repente  
Al volar su carroza de topacios  
Chispeando estrepitosa en los espacios?

¡Salud, nubes, salud! . . ¡Sí, sois las bellas  
Luces de un rico y eternal espejo,  
Donde el Dios que conserva las estrellas  
De su alta voluntad muestra el reflejo!  
Y por eso de amor nos extasiamos  
Cuando azuláis los cielos,  
Bellas cual los primeros dulces años;  
Y tímidos temblamos  
Cuando os tornáis encapotados velos,  
Tristes como los tristes desengaños.  
Y en la tarde tranquila  
Por eso el corazón medita y flota  
En la mar de recuerdos dilatada,  
Y del cáliz del alma tibia gota  
Empaña la pupila,  
Fija en el horizonte la mirada,  
Por vuestro imán fatídico arrastrada,



¡Ayl! ¡cuántas veces de la verde orilla  
Del río cuyas ondas arrullaron  
Mis sueños al nacer, húmeda en llanto  
La pálida mejilla,  
Mis ojos en vosotras se clavaron!

¡Y no era aún infeliz! ¡Aún no la mente,  
Desplegando la momia de la vida,  
Al corazón valiente  
Con su esqueleto lívido asustara,  
Y el corazón, volviendo  
La vista entristecida,  
Sus lazos con el mundo desatará!

Pero ya un no sé qué de misterioso  
En el fondo de mi alma se escondía,  
Y os procuraba inquieto y silencioso  
Entre el sér y no sér del tibio día.  
Así la joven que inexperta siente  
La primera impresión dentro del alma,  
Sin saber el por qué de sus sonrojos,  
Teme y evita los extraños ojos,  
Y, el corazón sin calma,  
Por el jardín, perdida,  
En las flores se fija distraída.  
¡Cuántas veces proscrito y peregrino,  
Sin amor, sin hogar, sin esperanza,  
Desde extranjera roca  
Os contemplé llorando mi destino,  
Y con esa expresión que nunca alcanza  
El labio á repetir, el alma mía,  
Os contó sus pesares,  
Triste como el crepúsculo del día,  
Desde la arena de extranjeros mares!  
Hay momentos ¡oh nubes!

Que misterioso eléctrico fluido  
El alma con vosotras armoniza,  
Y al hombre, con el polvo confundido,  
Ángel segunda voz lo diviniza.

Os he visto cubrir los horizontes  
Del cielo tropical, y erais ¡oh nubes!  
De oro y rubíes movedizos montes.  
Si tiene el Hacedor trono y querubes,  
Ni el trono es más espléndido de galas,  
Ni las pequeñas alas  
De los querubes bellos  
Más bordados de fulgidos destellos.  
Allí mi fantasía  
Ahogaba los recuerdos con deseos,  
Y en dulces devaneos  
Menos os daba mi alma que os pedía.  
Allí el amor de mi adorada hermosa  
Era un perfume, emanación de vida;  
Allí era la mujer purpúrea rosa  
De la guirnalda del Señor caída.

Mas ¡ay! también del aterido polo  
Cubrís los cielos como pardo manto;  
Y yo desde un bajel perdido y solo,  
Donde nadie cantó, nubes; os canto.

Despeñadas cruzáis el firmamento,  
Rápidas como herido pensamiento,  
Y atónita os contempla  
Mi alma, como el enojo soberano  
Lanzado en derredor de este Oceano,  
Que encarcelado y solo  
Entre el linde de América y del mundo,  
Maldice de su cárcel los confines,  
Y en rudos parasismos

Sacudiendo sus crines,  
 Salta de los abismos  
 Para invadir los cielos furibundo.

Y desde el frágil tembloroso leño,  
 Dios y la humanidad en mi memoria,  
 La humanidad con su doliente ceño,  
 Dios con su poderío y con su gloria.  
 Decid, nubes, decid ¿quién un tributo  
 No os rindió alguna vez? En el contento,  
 Ó con el alma en luto,  
 ¿Qué mortal no os ha dado un pensamiento?

En las noches serenas,  
 Cuando flotáis en torno de la luna  
 Cual ondas de humo de encendida pasta,  
 Que, sostenidas en el aire apenas,  
 Soplo sutil á deshacerlas basta,  
 El corazón dolido,  
 ¿Qué madre no ha llorado con vosotras  
 El dulce fruto de su amor perdido;  
 Ó amorosa y prolija,  
 No imaginó entre flores,  
 El porvenir de su inocente hija? .

Qué virgen no os ha dicho sus amores,  
 Ó la tardía ausencia  
 Del ídolo feliz de su existencia?  
 En la noche sombría,  
 Cuando voláis en densa muchedumbre,  
 Como inquietas ideas  
 De recóndita negra incertidumbre,  
 ¿Adónde el alma impía  
 Que miró sin temor al cielo airado?  
 ¿Qué genio no ha volado  
 En alas de su ardiente fantasía?



Qué desterrado, acaso,  
En los velos de nácar y zafiro  
Que bajáis al Ocaso,  
No ha mandado á su patria algún suspiro?

JOSE MÁRMOL.

---

Los trópicos

( *El Peregrino.* )

¡Los trópicos! Radiante palacio del Crucero,  
Foco de luz que vierte torrentes por do quier!  
Entre vosotros toda la creación rebosa  
De gracia y opulencia, vigor y robústez.

Cuanda miró imperfecta la creación tercera  
Y decretó el diluvio desde su trono Dios,  
Naturaleza, llena de timidez y frío,  
Huyendo de los polos al trópico subió.

Y cuando dijo: «¡basta!», volviéndola sus ojos,  
Y decretando al mundo su nuevo porvenir,  
Alientos de su boca los trópicos sintieron  
Y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entonces, como premio del hospedaje santo,  
Naturaleza en ellos su trono levantó,  
Dorado con las luces de la primer mirada,  
Bañado con el ámbar del hálito de Dios.

Y derramó las rosas, las cristalinas fuentes,  
Los bosques de azucenas, de mirto y arrayán;

Las aves que la arrullan en melodía eterna,  
Y por su linde ríos más anchos que la mar.

Las sierras y los montes, en colosales formas,  
Se visten con las nubes, de la cintura al pie:  
Las tempestades ruedan, y cuando al sol ocultan,  
Lo mira de los montes la esmeraltada sien.

Su seno, engalanado de primavera eterna,  
No habita ese bandido del Andes morador,  
Que de las duras placas de sempiterna nieve  
Se escapa entre las nubes á desafiar el sol.

Habitan confundidos la tigre y el jilguero,  
Tucanos, guacamayos, el león y la torcaz;  
Y todos, cuando tiende su oscuridad la noche,  
Se duermen bajo el dátíl, en lechos de azahar.

La tierra de sus poros vegetación exhala,  
Formando pabellones para burlar el sol,  
Su luz no necesita, pues tiene del diamante,  
Del oro y del topacio magnífico esplendor.

Naturaleza virgen, hermosa, radiante,  
No emana sino vida, y amor, y brillantez:  
Donde cayó una gota del llanto de la aurora,  
Nace una flor, y de ésta nace un jardín después.

Así como la niña de quince primaveras,  
De gracias rebosando, de virginal amor,  
No bien recibe el soplo de enamorado aliento  
Cuando á su rostro brotan las rosas del rubor.

¡Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde,  
Resbala como tibia suspiro de mujer,  
Y en voluptuosos giros besándonos la frente,  
Se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Mas ¡ay! otra indecible, sublime maravilla,  
Los trópicos encierran, magnífica: la luz.  
La luz ardiente, roja, clarísima, brillante,  
En ondas se derrama por el espacio azul.

¿Adónde está el acento que describir pudiera  
El alba, el mediodía, la tarde tropical,  
Un rayo solamente del sol en el ocaso,  
Ó del millón de estrellas un astro nada más?

Allí la luz que baña los cielos y los montes  
Se toca, se resiste, se siente difundir:  
Es una catarata de fuego despeñada  
En olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo,  
Que, cual si reflejase de placas de metal,  
Traspasa como flecha de imperceptible punta  
La cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos, espléndidos, radiantes,  
Que en torbellinos brota la frente de Jehová,  
Parado en las alturas del Ecuador, mirando  
Los ejes de la tierra por si á doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa, vivifica  
La tierra que recibe los rayos de su sien,  
É hidrópica de vida, revienta por los poros,  
Vegetación manando para alfombrar su pie.

Y cuando por las tardes, al sople de la brisa,  
Se parten las montañas flotantes de vapor,  
Las luces son entonces vivientes inflamados  
Que en grupos se amontonan á despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses  
Caracoleando giran en derredor á él,



Y azules mariposas en bosques de rosales  
Coronan esparcidas su rubicunda sien.

Y más arriba, cisnes de espléndido plumaje  
Nadando sobre lagos con lindes de coral,  
Saludan al postrero suspiro de la tarde  
Que vaga como el pardo perfume del altar.

La tarde, que parece, mirando las estrellas  
Que asoman indecisas con pálido color,  
Como las tiernas hijas en torno de la madre  
Cuando recibe su alma la mano del Señor.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos  
Las fantasías bellas de los poetas van,  
Son ellas las que brillan en rutilantes mares  
Allá en los horizontes del cielo tropical.

Allí las afecciones se avivan en el alma;  
Allí se poetiza la vida y el amor;  
Allí es poeta el hombre; allí los pensamientos  
Discurren solamente por la región de Dios.

Un poco más... y el mustio color de las estrellas  
Al paso de la noche se aviva en el cenit,  
Hasta quedar el cielo bordado de diamantes  
Que por engaste llevan aureolas de rubí.

Brillantes, despejadas, inspiradoras, leves,  
Parecen las ideas del infinito Sér,  
Que vagan por el éter en glóbulos de lumbre.  
Así que de su mente se escapan una vez;

Y en medio de ellas, rubia, cercana transparente,  
Con iris y aureolas espléndidas de luz,  
La luna se presenta como la Virgen madre  
Que pasa bendiciendo los hijos de Jesús.

## Fausto

( *Fragmentos.* )

Ya la luna se escondía,  
Y el lucero se apagaba,  
Y ya también comenzaba  
Á venir clariando el día.

¿No ha visto usted de un yesquero  
Loca una chispa salir,  
Como dos varas seguir,  
Y de ahí perderse, aparceró?

Pues de ese modo, cuñao,  
Caminaban las estrellas  
A morir, sin quedar de ellas  
Ni un triste rastro borrao.

De los campos el aliento  
Como sahumerio venía,  
Y alegre ya se ponía  
El ganao en movimiento.

En los verdes arbolitos  
Gotas de cristal brillaban,  
Y al suelo se descolgaban  
Cantando los pajaritos.

Y era, amigaso, un contento  
Ver los junquillos doblarse,  
Y los claveles cimbrarse  
Al soplo del manso viento.

Y al tiempo de reventar  
El botón de alg una rosa,

Venir una mariposa  
Y comenzarlo á chupar.

.....

Vea los pingos....

—¡Ah, hijitos!

Son dos fletes soberanos.

—¡Como si fueran hermanos

Bebiendo el agua juntitos!

—¿Sabe que es linda la mar?

—¡La viera de mañanita,

Cuando agatas la puntita

Del sol comienza á asomar!

Usté ve venir á esa hora  
Roncando la marejada,  
Y ve en la espuma encrespada.  
Los colores de la aurora.

Á veces con viento en la anca.  
Y con la vela al solsito,  
Se ve cruzar un barquito  
Como una paloma blanca.

Otras, usté ve patente  
Venir boyando un islote,  
Y es que trai á un camalote  
Cabrestiendo la corriente.

Y con un campo quebrao  
Bien se puede comparar,  
Cuando el lomo empieza á hinchar  
El río medio alterao.

Las olas chicas, cansadas  
Á la playa agatas vienen,



Y allí en lamber se entretienen  
Las arenitas labradas.

Es lindo ver en los ratos  
En que la mar ha bajao,  
Cair volando al displayao  
Gaviotas, garzas y patos.

Y en las toscas es divino  
Mirar las olas quebrarse,  
Como al fin viene á estrellarse  
El hombre con su destino.

Y no sé qué da el mirar  
Cuando barrosa y bramando  
Sierras de agua viene alzando  
Embravecida la mar.

Parece que el Dios del cielo  
Se amostrase retobao,  
Al mirar tanto pecao  
Como se ve en este suelo.

Y es cosa de bendecir  
Cuando el Señor la serena,  
Sobre ancha cama de arena  
Obligándola á dormir.

.....  
—Al rato el lienzo subió  
Y desecha y lagrimiendo,  
Contra una máquina hilando  
La rubia se apareció.

La pobre dentró á quejarse  
Tan amargamente allí,  
Que yo á mis ojos sentí  
Dos lágrimas asomarse.

—¡Qué vergüenza!

— Puede ser;

Pero, amigo, confiese  
Que á usted también lo enternece  
El llanto de una mujer.

Cuando á usted un hombre lo ofende,  
Ya sin mirar para atrás  
Pela el flamenco y ¡sas! ¡tras!  
Dos puñaladas le priende.

Y cuando la autoridad  
La *partida* le ha soltao,  
Usted en su overo rosao  
Bebiendo los vientos va.

Nades de usted se despega  
Porque se haiga desgraciao,  
Y es muy bien agasajao  
En cualquier rancho á que llega.

Si es hombre trabajador  
Ande quiera gana el pan:  
Para eso con usted van  
Bolas, lazo y maniador.

Pasa el tiempo, vuelve al pago,  
Y cuanto más larga ha sido  
Su ausencia, usted es recibido  
Con más gusto y más halago.

Engaña usted á una infeliz,  
Y para mayor vergüenza,  
Va y le cerdea la trenza  
Antes de hacerse perdiz.

La ata, si le da la gana,  
En la cola de su overo,

Y le muestra al mundo entero  
La trenza de ña Julana.

Si ella tuviese un hermano,  
Y en su rancho miserable  
Hubiera colgao un sable,  
Juera otra cosa paisano.

Pero sola y despreciada  
En el mundo ¿qué ha de hacer?  
¿Á quién la cara volver?  
¿Ande llevar la pisada?

Soltar al aire su queja  
Será su solo consuelo,  
Y empapar con llanto el pelo  
Del hijo que usté le deja.

.....

El sol ya se iba poniendo,  
La claridá se ahuyentaba,  
Y la noche se acercaba  
Su negro poncho tendiendo.

Ya las estrellas brillantes  
Una por una salían,  
Y los montes parecían  
Batallones de gigantes.

Ya las ovejas balaban  
En el corral prisioneras,  
Y ya las aves caseras  
Sobre el alero ganaban.

El toque de la oración  
Triste los aires rompía,  
Y entre sombras se movía  
El cespó sauce llorón.



Ya sobre la agua estancada  
De silenciosa laguna,  
Al asomarse, la luna  
Se miraba retratada.

Y haciendo un extraño ruido,  
En las hojas trompezaban  
Los pájaros que volaban  
Á guarecerse en su nido.

Ya del sereno brillando  
La hoja de la higuera estaba,  
Y la lechuza pasaba  
De trecho en trecho chillando.

.....

ESTANISLAO DEL CAMPO,  
(Argentino)

---

### El nido de cóndores.

#### I

En la negra tiniebla se destaca,  
Como un brazo extendido hacia el vacío  
Para imponer silencio á sus rumores,  
Un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda,  
De nieve que gotea  
Como la negra sangre de una herida  
Abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes  
Van pasando calladas,  
Como tropas de espectros que dispersan  
Las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! ¡Pero hay algo  
En el peñasco mismo,  
Que se mueve y palpita cual si fuera  
El corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores, colgado  
De su cuello gigante,  
Que el viento de las cumbres balancea  
Como un pendón flotante.

¡Es un nido de cóndores andinos,  
En cuyo negro seno,  
Parece que fermentan las borrascas,  
Y que dormita el trueno!

Aquella negra masa se estremece  
Con inquietud extraña:  
¡Es que sueña con algo que lo agita  
El viejo morador de la montaña!

¡No sueña con el valle, ni la sierra,  
De encantadoras galas;  
Ni menos con la espuma del torrente  
Que humedeció sus alas!

¡No sueña con el pico inaccesible  
Que en la noche se inflama  
Despeñando por riscos y quebradas  
Sus tímpanos de llama!

¡No sueña con la nube voladora  
Que pasó en la mañana

Arrastrando en los campos del espacio  
Su túnica de granal

¡Muchas nubes pasaron á su vista,  
Holló muchos volcanes,  
Su plumaje mojaron y rizaron  
Torrentes y huracanes!

Es algo más querido lo que causa  
Su agitación extraña:  
¡Un recuerdo que bulle en la cabeza  
Del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía,  
Vencedor inclemente,  
Trayendo los despojos palpitantes  
En la garra potente,

Bajaban dos viajeros presurosos  
La rápida ladera;  
Un niño y un anciano de alta talla  
Y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano  
Con acento vibrante,  
« Vendrá, exclamaba el héroe predilecto  
De esta cumbre gigante.»

El cóndor al oírlo batió el vuelo;  
Lanzó ronco graznido,  
Y fué á posar el ala fatigada  
Sobre el desierto nido.

¡Inquieto, tembloroso como herido  
De fúnebre congoja,  
Pasó la noche, y sorprendiólo el alba  
Con su pupila roja!



## II

Enjambre de recuerdos punzadores  
Pasaban en tropel por su memoria,  
Recuerdo de otro tiempo de esplendores,  
De otro tiempo de gloria,  
¡En que era breve espacio á su ardimiento  
La anchurosa región del vago viento!

Blanco el cuello y el ala reluciente,  
Iba en pos de la niebla fugitiva,  
Dando caza á las nubes en Oriente;  
¡Ó con mirada altiva  
En la garra pujante se apoyaba,  
Cual se apoya un titán sobre su claval

Una mañana—¡inolvidable día!—  
Ya iba á soltar el vuelo soberano  
Para surcar la inmensidad sombría  
Y descender al llano,  
Á celebrar con ansia convulsiva  
Su sangriento festín de carne viva,

Cuando sintió un rumor nunca escuchado  
En las hondas gargantas de Occidente;  
El rumor del torrente desatado,  
¡La colera rugiente  
Del volcán que en horrible paroxismo  
Se revuelca en el fondo del abismo!

Choque de armas y cánticos de guerra  
Resonaron después. Relincho agudo  
Lanzó el corcel de la argentina tierra  
Desde el peñasco mudo;  
¡Y vibraron los bélicos clarines  
Del Ande gigantesco en los confines!

Crecida muchedumbre se agolpaba  
 Cual las ondas del mar en sus linderos;  
 Infantes y jinetes avanzaban  
 Desnudos los aceros,  
 ¡Y atónita al sentirlos la montaña,  
 Bajó la frente, y desgarró su entraña! \*  
 ¿Dónde van? ¿Dónde van? ¡Dios los empuja!  
 Amor de patria y libertad los guía;  
 ¡Donde más fuerte la tormenta ruja,  
 Donde la onda bravía  
 Más ruda azote el piélago profundo,  
 Van á morir ó libertar un mundo!

## III

Pensativo á su frente, cual si fuera  
 En muda discusión con el destino,  
 Iba el héroe inmortal que en la ribera  
 Del gran río argentino,  
 Al león hispánico asió de la melena  
 ¡Y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor lo miró, voló del Ande  
 Á la cresta más alta repitiendo  
 Con estridente grito: «¡éste es el grandel»  
 Y San Martín oyendo,  
 Cual si fuera el presagio de la historia,  
 Dijo á su vez: «¡mirad! ¡ésa es mi glorial»

## IV

Siempre batiendo el ala silbadora,  
 Cabalgando en las nubes y en los vientos,  
 Lo halló la noche y sorprendió la aurora;

¡Y á sus rancos acentos,  
Tembló de espanto el español sereno  
En los umbrales del hogar ajeno!

Un día... se detuvo; había sentido  
El estridor de la feroz pelea;  
Viento de tempestad llevó á su oído  
Rugidos de marea;  
¡Y descendió á la cumbre de una sierra,  
La corva garra abierta, en són de guerra!

¡Porfiada era la lid!—Por las laderas  
Bajaban los bizarros batallones,  
Y penachos, espadas y cimeras,  
Cureñas y cañones,  
Como heridos de un vértigo tremendo,  
En la sima fatal iban cayendo.

¡Porfiada era la lid!—En la humareda  
La enseña de los libres ondeaba  
Acariciada por la brisa leda  
Que sus pliegues hinchaba:  
¡Y al fin, entre relámpagos de gloria,  
Vino á alzarla en sus brazos la victorial \*

Lanzó el cóndor un grito de alegría,  
Grito inmenso de júbilo salvaje;  
Y desplegando en la extensión vacía  
Su vistoso plumaje,  
Fué esparciendo por sierras y por llanos  
Girones de estandartes castellanos.

## V.

Desde entonces, jinete del vacío,  
Cabalgando en nublados y huracanes,

\* Batalla de Chacabuco. — 12 de Febrero de 1817.



En la cumbre, en el páramo sombrío,  
 Tras hielos y volcanes,  
 Fué siguiendo los vívidos fulgores  
 De la bandera azul de sus amores.

La vió al borde del mar, que se empinaba  
 Para verla pasar, y que en la lira  
 De bronce de sus olas, entonaba,  
 Como un grito de ira,  
 El himno con que rompe las cadenas  
 De su cárcel de rocas y de arenas!

La vió en Maipu, en Junín, y hasta en aquella  
 Noche de maldición, noche de duelo,  
 En que desapareció como una estrella  
 Tras las nubes del cielo;  
 Y al compás de sus lúgubres graznidos  
 Fué sembrando el espanto en los dormidos. \*

¡Siempre tras ella, siempre! Hasta que un día  
 La luz de un nuevo sol alumbró al mundo:  
 El sol de libertad que aparecía  
 Tras nublado profundo,  
 Y envuelto en su magnífica vislumbre,  
 Tornó soberbio á la nativa cumbre.

## VI.

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero  
 En el calvo señor de la montaña!  
 Por eso se agitaba entre su nido  
 Con inquietud extraña;  
 Y al beso de la luz del sol naciente  
 Volvió otra vez á sacudir las alas  
 Y á perderse en las nubes del Oriente.

\* Sorpresa de Cancha Rayada. 19 de Marzo de 1813.

¿Á dónde va? ¿Qué vértigo lo lleva?  
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?  
¡Va á esperar del Atlántico en la orilla  
Los sagrados despojos  
De aquel gran vencedor de vencedores,  
Á cuyo solo nombre se postraban  
Tiranos y opresores!

¡Va á posarse en la cresta de una roca,  
Batida por las ondas y los vientos,  
Allá, donde se queja la ribera  
Con amargo lamento,  
Porque sintió pasar planta extranjera  
Y no sintió tronar el escarmiento!

¡Y allá estará! Cuando la nave asome  
Portadora del héroe y de la gloria,  
Cuando el mar patagón alce á su paso  
Los himnos de victoria,  
Volverá á saludarlo, como un día  
En la cumbre del Ande,  
Para decir al mundo: ¡Este es el grande!

OLEGARIO V. ANDRADE.

---

### Atlántida

(Fragmento.)

¡Soberbio mar, engendrador de mundos,  
Inquieto mar Atlante,  
Que ora manso, ora horrible, en giro eterno,

Ya imitando el fragor de roncadas lides,  
Ya gritos de angustiadas multitudes,  
Ó gemidos de sombras lastimeras,  
Te vuelcas y sacudes  
En la estrecha prisión de tus riberas!  
¡Soberbio mar, de cuyo fondo un día  
La colosal cabeza levantaron,  
Coronada de liquen y espadañas,  
Al ronco són de tempestad bravía,  
Náufragos del abismo, las montañas,  
Mientras del cielo en la extensión desierta,  
Que eternas sombras por doquier velaban,  
Lanzaba el primer sol su rayo de oro,  
Inmensa flor de luz recién abierta,  
Sobre la cual en armonioso coro  
Enjambres de planetas revolaban!

Tú eres el mismo mar que alzaste un día,  
Bajo arcadas fantásticas de brumas,  
Al vaivén de las olas adormido,  
Y envuelto dulcemente  
En pañales de espumas,  
Girones de la túnica de armiño  
De tus playas bravías,  
Huérfano de la historia, un mundo niño.

¡Con cuánto amor velabas  
Su cuna, y qué sombrías  
Nieblas sobre su frente despleabas,  
Para que el aire errante, el viento inquieto,  
Y el astro vagabundo  
No fuesen á contarle tu secreto  
Á la codicia insana de cetro mundo!

¡Con qué ansiedad te alzabas,  
El labio mudo, palpitante el seno,



Á interrogar el horizonte obscuro  
De vagas sombras y rumores lleno,  
Cuando el alba indecisa aparecía,  
Mensajera de Dios en el Oriente,  
Trayéndote perfumes de los cielos  
Para mojar tu frentel  
¡Y qué grito salvaje,  
Mezcla de rabia y de pavor, lanzabas,  
Retorciendo los brazos,  
Cuando una vela errante aparecía,  
Y en la tarde, traía  
Bramando el oleaje  
De algún bajel deshecho los pedazos!

Siglos pasaron sobre el mundo y siglos  
Guardaron el secreto.

Lo presintió Platón cuando, sentado  
En las rocas de Eugina, contemplaba  
Las sombras que en silencio descendían  
Á posarse en las cumbres del Himeto,  
Y el misterioso diálogo entablaba  
Con las olas inquietas  
Que á sus pies se arrastraban y gemían.  
Adivinó su nombre, hija postrera  
Del tiempo, destinada  
Á celebrar las bodas del futuro  
En sus campos de eterna primavera,  
Y la llamó la Atlántida soñada.

Pero Dios reservaba  
La empresa ruda al genio renaciente  
De la latina raza, domadora  
De pueblos, combatiente  
De las grandes batallas de la historia;  
Y cuando fué la hora,  
Colón apareció sobre la nave

Del destino del mundo portadora.  
Y la nave avanzó, y el Oceano,  
Huraño y turbulento,  
Lanzó al encuentro del bajel latino  
Los negros aquilones,  
Y á su frente, rugiendo, el torbellino,  
Jinete en el relámpago sangriento.  
Pero la nave fué, y el hondo arcano  
Cayó roto en pedazos,  
Y despertó la Atlántida soñada  
De un pobre visionario entre los brazos.

Era lo que buscaba  
El genio inquieto de la vieja raza,  
Debelador de tronos y coronas;  
Era lo que soñaba:  
Ámbito y luz en apartadas zonas.  
Hélo armado otra vez, no ya arrastrando  
El sangriento sudario del pasado,  
Ni de negros recuerdos bajo el peso,  
Sino en pos de grandiosas ilusiones,  
La libertad, la gloria y el progreso.

Nada le falta ya. Lleva en el seno  
El insondable afán de lo infinito,  
Y lo infinito por doquier le llama,  
De las montañas con el hondo grito  
Y de los mares con la voz de trueno.  
Tiene el altar que Roma  
Quiso en vano construir con los escombros  
Del templo egipcio y la pagoda indiana;  
Altar en que profese eternamente  
Un culto solo la conciencia humana.  
Y el Andes, con sus gradas ciclopeas,  
Con sus rojas antorchas de volcanes,

Será el altar de fulgurantes velos  
En que el himno inmortal de las ideas  
La tierra entera elevará á los cielos.

¡Campo inmenso á su afán! Allá dormidas  
Bajo el arco triunfal de mil colores  
Del trópico esplendente,  
Las Antillas levantan la cabeza,  
De la naciente luz á los albores,  
Como bandadas de aves fugitivas  
Que arrullaron al mar con sus extrañas  
Canciones plañideras,  
Y que secan al sol las blancas alas  
Para emprender el vuelo á otras riberas.

Allá Méjico está: sobre dos mares  
Alzada cual granítica atalaya,  
Parece que aún espía  
La castellana flota que se acerca  
Del golfo azteca á la arenosa playa.  
Y más allá Colombia, adormecida  
Del Tequendama al retemblar profundo,  
Colombia la opulenta,  
Que parece llevar en las entrañas  
La inagotable juventud del mundo.

¡Salve, zona feliz, región querida  
Del almo sol que tus encantos ceta,  
Inmenso hogar de animación y vida,  
Cuna del gran Bolívar, Venezuelal  
Todo en tu suelo es grande:  
Los astros que te alumbran desde arriba  
Con eterno, sangriento centelleo;  
El genio, el heroísmo,  
Volcán que hizo erupción con ronco estruendo  
En la cumbre inmortal de San Mateo.



Tendida al pie del Ande,  
Viuda infeliz sobre entreabierta huesa,  
Yace la Roma de los Incas, rota  
La vieja espada en la contienda grande,  
La frente hundida en la tiniebla obscura;  
Mas no ha muerto el Perú, que la derrota  
Germen es en los pueblos varoniles  
De redención futura,  
Y entonces, cuando llegue  
Para su suelo la estación propicia  
Del trabajo, que cura y regenera,  
Y brille al fin el sol de la justicia  
Tras largos días de vergüenza y lloro,  
El rojo manto que á su espalda flota  
Las mieses bordarán de flores de oro.

¡Bolivial La heredera del gigante  
Nacido al pie del Ávila;  
Su genio inquieto y su valor constante  
Tiene para las luchas de la vida;  
Sueña en batallas hoy, pero no importa,  
Sueña también en anchos horizontes,  
En que, en vez de cureñas y cañones,  
Sienta rodar la audaz locomotora  
Cortando valles y escalando montes.  
Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra,  
Pero más fuerte en el trabajo, vuelve  
Á colgar en el techo  
Las vengadoras armas, convencido  
De que es estéril siempre la victoria  
De la fuerza brutal sobre el derecho.

El Uruguay que, combatiendo, entrega  
Su seno á las caricias del progreso;  
El Brasil, que recibe

Del mar Atlante el estruendoso beso,  
Y al que sólo falta  
El ser más libre para ser más grande;  
Y la región bendita,  
Sublime desposada de la gloria,  
Que baña el Plata y que limita el Ande.

¡De pie para cantarla, que es la patria,  
La patria bendecida,  
Siempre en pos de sublimes ideales;  
El pueblo joven que arrulló en la cuna  
El rumor de los himnos inmortales,  
Y que hoy llama al festín de su opulencia  
A cuantos rinden culto  
Á la sagrada libertad, hermana  
Del arte, del progreso y de la ciencia!  
La patria, que ensanchó sus horizontes  
Rompiendo las barreras  
Que en otrora su espíritu aterraron,  
Y á cuyo paso en los nevados montes  
Del Génesis los ecos despertaron.  
La patria, que olvidada  
De la civil querella, arrojó lejos  
El fratricida acero,  
Y que lleva orgullosa  
La corona de espigas en la frente,  
Menos pesada que el laurel guerrero.  
¡La patria! En ella cabe  
Cuanto de grande el pensamiento alcanza,  
En ella el sol de redención se enciende,  
Ella al encuentro del futuro avanza,  
Y su mano del Plata desbordante  
La inmensa copa á las naciones tiende.

¡Ámbito inmenso, abierto



De la latina raza al hondo anhelo  
El mar, el mar gigante, la montaña  
En eterno coloquio con el cielo,  
Y mas allá el desierto;  
Acá ríos que corren desbordados,  
Allí valles que ondean  
Como ríos eternos de verdura,  
Los bosques á los bosques enlazados.  
Doquier la libertad, doquier la vida  
Palpitando en el aire, en la pradera,  
Y en explosión magnífica encendida.

¡Atlántida encantada  
Que Platón presintió! Promesa de oro  
Del porvenir humano, reservada  
Á la raza fecunda  
Cuyo seno engendró para la historia  
Los césares del genio y de la espada;  
Aquí va á realizar lo que no pudo  
Del mundo antiguo en los escombros yertos,  
La más bella visión de sus visiones:  
Al himno colosal de los desiertos,  
La eterna comunión de las naciones.

OLEGARIO V. ANDRADE.

---

### Á mi hija María de Pilar

Tengo en el valle de la vida un lirio:  
Mi dulce hija. Placidez, candor,  
Luz en la noche acerba del martirio,  
Perla del mar en que se hundió mi amor.



Su nombre es armonía. Todo en ella  
Modestia, gentileza, suavidad;  
Destello azul de mi eclipsada estrella,  
Que reflejó otro mundo y otra edad.

Color de bronce antiguo es su cabello;  
De las espigas en sazón, la tez;  
El talle de Polimnia, erguido el cuello:  
Dátil nuevo de Smirna en su esbeltez.

Su labio carmesí destila el zumo  
De la fresca granada, y es su andar  
Gracioso y ligero como el humo  
De los perfumes suaves del altar.

Dicen sus grandes ojos: inocencia.  
Su frente: inspiración. Es tanto así,  
Que de ella emana la divina esencia  
Del estro bullidor surgente en mí.

Dina y Raquel llamaránla su hermana;  
La clara fuente, ninfa; el campo, flor;  
Yo, de mi huerto la primer manzana,  
De mi selva salvaje el ruiseñor.

Parece que su mente siempre al cielo  
Levanta, y se arrobase en contemplar  
Las azuladas cumbres del Carmelo,  
Ó la profunda inmensidad del mar.

Á su lado el espíritu se eleva,  
Y se aspira el olor de la virtud;  
Mi vida en ondas mansas se renueva  
Remontando á la noble juventud.

Si envuelta entre sus velos la contemplo,  
Me aparecen las vírgenes de Sion,

Cruzando con sus lámparas el templo,  
Palpitante en los labios la oración.

Y cuando fina á recibirme avanza,  
La imagino, en su tierna languidez,  
El ángel soñador de la esperanza  
Que me sonrió en la tierra alguna vez.

De sus caricias el tesoro es mío;  
Ella mi lira de marfil templó,  
Y con rosas fragantes del estío  
Mis cabellos, ya blancos, coronó.

¡Si la viese hoy la madre! ¿Quién podría  
Su júbilo, su gloria traducir?  
¡Oh mi muerta adorada! ¡Oh mi Soffa! . . .  
¿Por qué tan sola te dejé partir? . . .

La que mimara infante, es virgen pura,  
Coronada de mirto y azahar;  
Mirra escogida, incienso de la altura,  
En mi zozobra oriente y luminar . . .

Busqué la playa y encontré el desierto;  
Las arenas quemáronme los pies:  
Marcho al azar de mi destino incierto,  
Sin hoy, y sin mañana, y sin después.

Vén, hija, vén, que el templo está derruido;  
Sus columnas tumbara el vendaval;  
Salva el fuego sagrado allí encendido  
Por un amor que se sintió inmortal.

Arca viva, tus rumbos, en la sombra,  
Custodio de tu dicha, seguiré;  
La campiña á tu paso es verde alfombra,  
Contigo en claras linfas beberé.

El tronco aislado te dará su arrimo.  
Aún hay murmullos en la agreste vid;  
Yo el pámpano incoloro, tú el racimo:  
¡Aves del cielo, céfiros, venid!

El hálito vital de tu alborada  
Refresque puro, halagador mi sien.  
Tú empiezas, yo termino la jornada,  
¡Dios te conduzca al suspirado edén!

CARLOS GUIDO Y SPANO.  
(Argentino)

---

### Nenia

En idioma guaraní,  
Una joven paraguaya  
Tiernas endechas ensaya  
Cantando en el arpa así,  
En idioma guaraní:

¡Llora, llora urutaú \*  
En las ramas del yatay, \*\*  
Ya no existe el Paraguay  
Donde nací como tú,  
Llora, llora urutaú!

En el dulce Lambaré  
Feliz era en mi cabaña;  
Vino la guerra, y su saña

\* *Urutaú*: ave de dulcísimo canto.

\*\* *Yatay*: palmera.



No ha dejado nada en pie  
En el dulce Lambaré.

Padre, madre, hermanos ¡ay!  
Todo en el mundo he perdido;  
En mi corazón partido  
Sólo amargas penas hay;  
Padre, madre, hermanos ¡ay!

De un verde ubirapitá,  
Mi novio, que combatió  
Como un héroe en el Timbó,  
Al pie sepultado está  
De un verde ubirapitá!

Rasgado el blanco tipoy \*  
Tengo en señal de mi duelo,  
Y en aquel sagrado suelo  
De rodillas siempre estoy,  
Rasgado el blanco tipoy.

Lo mataron los cambá \*\*  
No pudiéndolo rendir;  
Él fué el último en salir  
De Curuçu y Humaitá;  
¡Lo mataron los cambá!

¿Por qué, cielos, no morí  
Cuando me estrechó triunfante  
Entre sus brazos mi amante  
Después de Curupaití?  
¿Por qué, cielos, no morí?

¡Llora, llora urutaú,  
En las ramas del yatay;

\* *Tipoy*: saya blanca que usan las paraguayas.

\*\* *Cambá*: los negros.

Ya no existe el Paraguay  
Donde nací como tú;  
Llora, llora urutaúl!

CARLOS GUIDO Y SPANO.

---

### Mármol

¿Ves ese mármol palpitante; oh Lidia,  
En sus finos contornos tan correcto?  
Pues á fuerza de ser noble y perfecto,  
En vez de admiración, causará envidia.

Quién le censura con velada insidia  
Sin poder precisar nunca el defecto;  
Quién, á las obras del cincel afecto,  
De sus mismos primores se fastidia.

«Aquí está, dice, el genio comprimido  
En el molde de un arte cuyo encanto  
Brilla cual luz fosforescente y fatua.»

¡Oh, dejadle pasar! No ha comprendido  
De lo sublime el gran secreto: en tanto,  
Augusta en su beldad se alza la estatua.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

---

A Martín de la Quintana, en la muerte de su  
hijo Hugo.

¡Perdiste el hijo amado! ..  
¿Quién á tal duelo el bálsamo presume?  
¡Fresco lirio tronchado,  
Apenas entreabierto ya agostado,  
Exhaló al alba el celestial perfume!

La jaula está vacía  
Del ave tierna que alegró la casa  
En dulce y fausto día;  
La cuna, ayer caliente, hoy está fría,  
Como una tumba en que el amor fracasal. . .

Acaso la Inocencia,  
Que vela ante los ángeles dormidos,  
Lamenta allí la ausencia  
Del que dejó, al partir, por toda herencia,  
Sonrisas y juguetes esparcidos.

La Muerte en asechanza  
Medita el golpe entre la sombra oculta:  
Derribe sin tardanza  
Al que lleva perdida la esperanza  
Y triste en vida el corazón sepulta.

¡Pero á un precioso niño! ..  
Misterio atroz, sentencia formidable  
Que abomina el cariño.  
¡El tigre salva, inmólase el armaño!  
¡Oh mundo incomprensible y miserable!

Encierra los despojos  
De tu hijo en urna de ónix bien labrada,  
Pues fué luz de tus ojos;



Como envuelve el colono en los rastros  
La hierba campesina en flor segada,

Yo llevaré mi ofrenda  
Del niño muerto á la mansión obscura;  
Mirra aún tengo en mi tienda,  
Y la sabré quemar, de afecto en prenda,  
Uniendo la blancura á la blancura.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

---

### La Oración

Oye la voz con que á los cielos llama  
El universo que en la tarde gime,  
Y alza al Creador sublime  
La oración que en tu labio se derrama:  
Siente la estrofa que la mar murmura,  
Contempla el sol que su corona humilla,  
¡Oh mortal criatural  
Y dobla sobre el polvo la rodilla.

Madre Naturaleza,  
¡Cómo se templa enternecida el alma  
En tu hora de calma,  
Al eco universal de tu tristeza!  
¡Cómo en el hordo anheló  
Que el inmortal espíritu remueve,  
En tu misterio la esperanza bebe,  
La majestad que le sublima al cielo!

Todo en la tarde á la oración levanta,

Todo en el alma universal se anida,  
Y la creación, en éxtasis caída,  
Como arpa eolia su plegaria canta.

Rueda la mar sus gigantescas olas  
Con manso y perezoso movimiento  
Hasta el desierto de las playas solas  
Donde dormita el viento:  
El último crepúsculo que baña  
Con el color de fúnebre desmayo  
La inmensidad del infinito ambiente,  
Apaga el tornasol de la montaña  
Que levanta la frente  
Para mirar el rayo, último rayo,  
Del sol que se derrumba al occidente.

El desierto sereno  
Tiembra al paso del bruto, que se abriga  
Entre la selva amiga,  
De extraño afán y mansedumbre lleno:  
El bosque bullicioso  
Repliega en el silencio su follaje  
Sobre el ave salvaje  
Y el pájaro medroso;  
Y como un alma tímida y errante  
La sombra sale que en la selva espía  
El último crepúsculo del día  
Para tender su ala vacilante.

¡Soledad, soledad! Sobre tu mundo  
Cruza veloz la brisa pasajera,  
Leve como el aliento estremecido  
Que arranca el estertor al moribundo:  
Parece que dijera  
« ¡Silencio! » á la Creación con su gemido.  
Entonces en la bóveda azulada

Abre como las flores el lucero,  
Y allá, sobre su límpida mirada,  
En el zenit del orbe,  
Vaga armonía suena  
Que el espíritu absorbe  
Y de sublime adoración le llena.

Alza la frente que la angustia vana  
Abisma en el infierno de tu duelo,  
¡Oh criatura humana!  
Y oye ese canto que te llama al cielo.

¡Oh tarde majestuosa!  
¡Cómo muestras á Dios en tu grandeza,  
Cómo brota la vida misteriosa  
Bajo tu aliento de inmortal tristeza!  
En el eco lejano  
Habla una voz que al corazón halaga  
Como la voz del padre y del hermano,  
Y en el suspiro de la brisa vaga  
Que entre el cabello de la frente anida  
Su secreto murmullo,  
¡Oh! de la madre el cariñoso arrullo  
Parece hablar al alma conmovida.

Sobre la cuenca lóbrega retumba  
El salvaje alarido del torrente  
Que cuelga en la pendiente  
Y al antro pavoroso se derrumba:  
Brama y se precipita,  
Su golpe tiembla en el abismo hueco,  
Y horrorizado el eco  
Se asoma á las vorágines y grita.

La hoja que se mueve  
Hace temblar el corazón con ella;



Parece el rumor leve  
 De una sombra evocada,  
 Y en la luz temblorosa de la estrella  
 Hay alguien que nos manda una mirada.

Hay una planta que se tuerce y gime  
 Y la piedad invoca  
 Bajo el pie cauteloso que la oprime:  
 Hay una rama que al pasar nos toca,  
 Una tímida rama:  
 Hay una flor que se abre con delicia  
 Y su lluvia de pétalos derrama  
 Bajo el ojo mortal que la acaricia:  
 En las quimeras de la errante sombra  
 Se borra y se diseña  
 Una pálida mano que hace seña,  
 Y un labio sonriente que nos nombra . . .  
 Sobre el mundo desierto  
 La soledad, como un fantasma, mira,  
 Y resucita, y se estremece, y gira  
 La vida de lo muerto.

¡Oh mortal criatural  
 ¿No siente á Dios la esencia de tu vida?  
 Es que en el alma universal fundida  
 Aspira á Él tu alma con tristeza;  
 Es que la majestad de la grandeza  
 El corazón inunda de ternura.

¡Oh tarde, tarde bella  
 Que vuelcas sobre el mundo el firmamento  
 En el fulgor de tu primer estrella!  
 Tú me templas el alma solitaria:  
 Siento en tu seno una armonía, siento  
 Como un ángel que llora . . .

¡Oh Dios! es la plegaria  
Con que en la tarde la Creación te adoral

RICARDO GUTIERREZ.  
(Argentino)

---

A Lucía

( *La Fibra salvaje.* )

« Oyeme por piedad. Deja que lleve  
Sobre la onda de la brisa leve  
Que se estrella en tu oído,  
El canto de este amor que mi alma bebe  
En la fuente del cielo;  
En ese insomne anhelo  
De infinita ventura, que la mano  
De Dios omnipotente  
Encendió en nuestra frente  
Como diadema del linaje humano.

Créf que la celeste simpatía  
Que hasta ti me arrastraba,  
Era inocente afán del alma mía,  
Que el valor de tu alma comprendía  
Y con sencillo afecto lo pagaba.  
Cref después que tu inspirada frente,  
Y la nobleza de tu rostro bello,  
Y aquel divino escorzo de tu cuello,  
Y aquel fulgor ardiente  
De tus ojos sombríos,  
Eran visiones de los ojos míos;

Una ilusión ligera  
De la amistad galana,  
Que perfuma y que viste  
Al noble objeto de su fe primera  
Con el misterio de la tarde triste  
Y el purísimo albor de la mañana.

Y en aquel insensato desvarío  
Donde el amor que empieza  
Confunde la amistad y la ternura,  
El poder seductor de la pureza  
Y el prestigio fatal de la hermosura,  
Perdí mi corazón, que te seguía,  
Perdí mi corazón que te soñaba,  
Y en torno de tu atmósfera vivía,  
Y con tu dulce aliento me embriagaba.

¡Y todo eso era amor! Mi alma entera  
Se refugió á mi seno sollozando...  
¡Ah! todo, todo era  
Éxtasis celestial del sentimiento  
Que en cada melodía de tu acento  
Iba mi corazón avasallando!

¡Te amé! ¡Te amé en el alma! ¿Qué valdría  
Sin esa luz tu espléndida hermosura?  
Lo que valdría el mármol de Carrara  
En la veta más pura,  
Antes que la creación de Miguel Ángel  
Con su cincel divino lo animara.

¡Tiempo de agitación! ¡Oh, cuántas veces  
Se volcó en un suspiro  
La palabra de amor sobre mi labio,  
Y el temor del agravio  
Dándole en mi sonrisa extraño giro,



La refugiaba al seno  
Del miserable corazón amante  
Que te halló como un astro radiante  
En el sagrado del hogar ajeno!

¡Tiempo de agitación! La vida mía  
Era como las olas del oceano  
Que se destrozan sin cesar y en vano  
En la roca sombría!  
El mundo todo, la creación entera  
Yo con tu imagen celestial llenaba,  
Y mi existencia era  
Como el reflejo de tu luz fulgente  
Que estrellado en mi frente  
Bajo mi sueño mismo centellaba.

¡Pobre de mí! Bajo la luz incierta  
Del rayo melancólico y postrero  
De una tarde de enero,  
Te soñé adormecida,  
Y si eres bella como un sol, despierta,  
¡Oh! más hermosa te encontré dormida.

¡Ah! ¡Con qué inmensa y celestial ternura  
Sonreía tu labio suavemente,  
Irradiando en tu frente  
El puro albor de tu infantil dulzura!

Como una melodía era el murmullo  
De tu leve respiro,  
Y era como el arrullo de un suspiro  
De tu aliento purísimo el arrullo.

En majestuoso escorzo reclinado  
Tu cuello de alabastro se doblaba;  
Y el brazo torneado  
Oculto en la hechicera

Cascada de tu blonda cabellera,  
Tu frente pensativa rodeaba.

¡Pobre de mí! Tu palpitante seno,  
Como la espuma de la mar en calma,  
Se agitaba sereno,  
Y al dar cada latido,  
Tu corazón querido  
Llenaba con su música mi alma.

Y yo tu aliento angelical bebía,  
Y tu inspirada frente acariciaba,  
Y en ver me embebecía  
Que tu granado labio sonreía  
Si mi nombre á tu oído murmuraba.

Sobre tu rostro bello  
Vagaba como un soplo el alma mía  
Y en tu dormido párpado posaba;  
En torno de tu cuello  
Sus temblorosas alas oprimía,  
Y en mecer me encantaba  
Las ondas de tu espléndido cabello.

Y cuando el alma loca  
Iba á posar su vuelo  
En el risueño nido de tu boca,  
Como extraviada tórtola que gime,  
Se disipó mi cielo  
Y desperté de mi ilusión sublime! . . .

¡Tú no eres para mí! . . . y el alma loca  
Á tu alrededor enamorada gira,  
Y mi mano te toca,  
Y mi trémulo labio febriciente

Se nutre en el ambiente  
Donde tu aliento abrasador suspira.

¡Tú no eres para mí! . . . y el mundo, el cielo,  
Todo se me refleja en tu mirada,  
Y con febril anhelo  
Envidio el polvo del humilde suelo  
Donde deja su rastro tu pisada.

¡Tú no eres para mí! . . . y el pecho mío  
Donde golpea en vano  
Toda ambición del corazón humano,  
Tiembla como una gota de rocío  
Cuando en el aire leve,  
Como el rumor del lánguido follaje,  
Ondulante se mueve  
El voluptuoso pliegue de tu traje. . .

¡Adiós! Mi planta de tu umbral se aleja,  
Y como aquel que para siempre deja  
Los templos de su tierra en lontananza,  
Mi corazón partido  
Deja á la puerta de tu hogar querido  
El último fulgor de su esperanza.

    Mi corazón es fuerte  
Porque su fibra se templó en el mundo  
Bajo el tremendo golpe de la suerte.  
Mi alma, recogida  
En su dolor profundo,  
Puede con el naufragio de mi vida.  
¡Adiós! Solo y errante  
Cruzaré sobre el polvo de la tierra  
Con máscara de dicha en el semblante,  
Y sofocando un corazón maldito



Que, como atroz delito,  
El más sublime amor del alma encierra.»

RICARDO GUTIÉRREZ.

---

Siempre viva.

Cuando partí, su corazón, ya mío,  
Lanzó su vida de mi planta en pos:  
Aquel nido de amor quedó sombrío  
Como tumba sin lágrimas... vacío  
Como el alma sin Dios,

¿Por qué mi paso errante en su camino  
No se desvió del rancho de su hogar,  
Cuando triste, y doliente, y peregrino,  
El martirio de amor de mi destino  
Arrastraba al azar?

¿Fué tan cruel Mis ojos con empeño  
La envolvían en rayos de pasión,  
Para arrancar á la quietud del sueño  
Su ternura de tórtola sin dueño  
Dormida en su prisión.

Tenía la inocencia, esa fortuna  
Reservada á los pobres del saber,  
Y á quince años, hermana de la luna,  
Guardaba aún el sello de la cuna  
Su alma de mujer.

Me amó por fin: con lánguida mirada  
Buscó la mfa su pupila azul;  
Como el sol que corona una alborada,  
El amor en su frente inmaculada  
Tendió su rojo tul.

Por las tardes vagábamos unidos  
Rozando mi tostado á su alazán:  
Ella, trémula siempre ante los nidos,  
Con tumultuoso oleaje de latidos  
Revelaba su afán.

Muchas veces á mí se adelantaba  
Lanzando á la carrera su corcel.  
Y una rama á los molles arrancaba:  
—¿La quieres para ti?—me preguntaba,  
—Se parece al laurel.

O si no, con las flores de los tolas,  
Miniaturas de nácar del jazmín,  
Que en racimos abrían sus corolas,  
Tachonaba sus trenzas, dueñas solas  
Del agreste jardín;

Y radiante de júbilo venía  
Su victoria en mis ojos á buscar;  
—¿No es verdad que estoy bella,—me decía,—  
Que soy tu sueño, que tu lira es mfa,  
Que me vas á cantar?

Otras veces las cuestas empinadas  
Ascendía, siguiendo el caracol  
De la senda tortuosa en las quebradas,  
Cubierta con las alas desplegadas  
De su gorra de sol.

El vaivén de su cuerpo en la montura

Revelaba abandono y languidez:  
 Se doblaba su mórbida cintura  
 Como rama de sauce que asegura  
 Dos nidos á la vez.

Yo entonces la seguía; y orgullosa  
 De guiarme en la marcha:—¡Por aquí!—  
 Repetía mil veces afanosa,  
 Y murmuraba á intervalos quejosa:  
 —¡No tan lejos de mí!

Pensativa otras veces, como inquieta  
 Del abismo sin luz del porvenir,  
 Parecía á mis sueños de poeta  
 Estrella de crepúsculo, sujeta  
 Á temblar . . . y á morir.

Entonces de las manos me tomaba,  
 Me atraía hacia ella, y, sin querer,  
 Su secreto en mi oído abandonaba:  
 —Esa pampa tan verde,—murmuraba—  
 ¡Qué hermosa debe ser!

¡Y qué bella! ¡Y qué tierna! No colora  
 El cielo el sol como el amor su faz;  
 Su sonrisa era el beso de una aurora,  
 Su palabra, caricia tembladora,  
 Arrullo de torcaz.

Todo pasó: la arena del camino  
 Marcó otra vez la huella de mi pie,  
 Y triste, y solitario, y peregrino,  
 Con la sombra inmortal de mi destino  
 Del valle me alejé.

¡Fue cruel, muy cruel! Alma perdida  
 En la noche sin astros del dolor,



Al amor sollozante de mi vida  
La inmolé sobre el ara conmovida  
Por mi eterno clamor.

¡Ah! pero en vano amuralló la ausencia  
De mi memoria el enlutado altar:  
¡Mártir de mi delirio y tu inocencia,  
Dios te ató en aquel día á mi conciencia:  
No te puedo olvidar!

Tu adiós, tu último adiós, vibra en mi oído  
Como el eco tenaz de la expiación;  
Rayo de luna á mi pupila asido,  
Tu blanca imagen arrullando el nido  
Es mi eterna visión.

MARTIN CORONADO.  
(Argentino)

---

### En el hogar

*A mi madre.*

En el fondo de antigua chimenea,  
Entre rojas y azules llamaradas,  
El negro trozo de carbón chispea,  
Y de su luz los rayos inseguros,  
Al desplegar las alas encantadas,  
Luchan y oscilan en los blancos muros.

En un rincón tranquilo de la pieza,  
Sobre una piel de tigre acurrucado  
Y hundida en la penumbra la cabeza,

Duerme mi perro fiel, el noble amigo  
Que, en todas partes, encontré á mi lado,  
Pronto á gozar ó á padecer conmigo.

Fuera, la lluvia con furor azota  
El cerrado cristal de la ventana,  
Y, en su murmullo, el inconstante viento,  
En una triste y quejumbrosa nota,  
De la arboleda ó de la mar lejana  
Traer parece el inmortal lamento.

Junto al fuego sentado, con el brío  
Y el entusiasmo de la edad primera,  
Yo dejo errar el pensamiento mío  
Sobre las alas de cualquier quimera;  
Y como enjambres de áureas mariposas  
Que, á los rayos de un sol de primavera,  
En torno giran de las frescas rosas,  
Los dulces sueños de mi amor de niño  
Vuelven, cual antes, á cercar mi vida,  
Y en el fondo del alma entristecida  
Se abre la flor de mi primer cariño.

¿No la veis?... ¡Es mi madre! Sonriente,  
Parada al borde de mi tierna cuna,  
Próspera y grande sueña mi fortuna  
Y el labio imprime en mi dormida frente;  
Y luego, al verme despertar, su canto  
Une, feliz, á la oración sencilla,  
Y, en su semblante candoroso brilla,  
De su ternura el inefable llanto.

¡Cuadro de amor y de virtudes! Bastas  
Para llenar mi corazón entero!  
Mas, cual las aves en el roto alero,  
Otras visiones, como aquella, castas,

También se albergan en la mente mía,  
Y cuando el labio con afán las nombra,  
Cantando salen á la luz del día.

La vieja, rota y desteñida alfombra,  
Donde rodaba, en inocente juego,  
Bajo el ombú de centenaria sombra,  
Ó donde acaso, en mi infantil locura,  
Soñé, ofuscado por mi orgullo ciego,  
Alzar Babeles y escalar la altura;  
El mueblaje, el retrato suspendido  
Á la vieja pared; el alfabeto,  
Con balbuciente rapidez leído ;  
Todos son trozos de mi pobre historia,  
Y á todo está mi corazón sujeto  
Por algún hilo de feliz memoria.

Aquí no llega del combate humano  
El grito de dolor ó de victoria  
Que lanza el hombre, al agitarse en vano:  
Todo la paz de la virtud respira,  
Todo al inquieto corazón serena,  
Y el alma libre, cual gigante lira,  
Á cada soplo del recuerdo suena.

Aún no concibo cómo pude, lleno  
De loco orgullo, abandonar un día,  
Paterna casa, tu inviolable seno,  
De tus amores el calor fecundo,  
Y todo cuanto, en la niñez, me hacía  
Amar á Dios y bendecir el mundo.

¡Cara pagué mi ingratitud! Mi frente  
Á los golpes cedió de los pesares,  
Mis fuerzas se agotaron lentamente,  
Y mi ardorosa juventud, vencida,



Cual rota barca en agitados mares,  
Sola y sin rumbo atravesó la vida.

Pero ¡qué importa! Del paterno techo  
Otra vez á la sombra me reposo,  
Y junto á cuanto conocí dichoso,  
Cual antes vuelve á palpitar mi pecho.  
¡Nada ha cambiado! De la alegre infancia  
Siempre la pura y virginal fragancia,  
Como perfume de marchitas rosas,  
Impregna el aire de mi humilde estancia;  
Y hasta entre el polvo del sillón ajado,  
De aquellos días y de aquellas cosas  
Algún recuerdo me dejó el pasado.

¡Ahl cuando venga, enamorada, un día,  
La tierna virgen de mis sueños de oro  
Á ser mitad de la existencia mía,  
Podáis también, en armonioso coro,  
Dulces objetos en que vivo preso,  
Darle, felices, el primer saludo,  
Mientras se pose mi anhelante beso,  
Cual ave fiel, sobre su labio mudo!

Ella sólo le falta á mi ventura  
Para que eterna y sin rival se crea,  
Y ella vendrá como la lumbre pura  
De un nuevo sol, á iluminar mi paso,  
Á ser el molde de mi propia idea  
Y el dulce asilo de mi triste ocaso.

Quizás entonces, si otra vez rendido,  
Sin fe en el cielo, con el alma fría,  
Torno ¡oh mi hogar! á tu caliente nido,  
Pueda cual hoy, en tu feliz sosiego,

Soñar las glorias de distante día,  
Junto á la luz del moribundo fuego.

DOMINGO D. MARTIN TO.

---

### Echeverría

#### I

Era esa pampa dilatada y sola,  
Sin otra vida que la vida aquella  
Que hace rodar la ola  
Y girar en los cielos una estrella;  
Sin más palabra que la voz vibrante  
Del buitre carnicero,  
El alarido de la tribu errante,  
Y el soplo del pampero.  
Faltaba el alma á la extensión vacía;  
Á los vientos del llano,  
Un rumor cadencioso, una armonía  
Que sólo brota el corazón humano.

Su lumbre derramaba  
El sol, siguiendo su fatal camino;  
La luna, su destello soñoliento;  
Pero al cielo faltaba  
Un astro, el astro del amor divino,  
Y á la tierra el fulgor del pensamiento.

Sentir, pensar... Suprema, única vida;  
¡Para la sed del alma, única fuente!  
Sobre la tierra, que á vivir convida,  
¿Bastarnos puede, acaso,  
Un astro que se eleva del oriente  
Y se oculta en silencio en el ocaso?

Nada dice al espíritu  
 La noche taciturna,  
 Encorvando su bóveda sombría  
 Como una inmensa urna  
 Sobre la tierra desmayada y fría,  
 Si en la sombra lejana  
 De sus antros sin nombre,  
 No destella la mente soberana  
 Y no palpita el corazón del hombre.

El vuelo de las aves,  
 De la laguna el musical rüido,  
 Las mil voces süaves  
 Que el viento imprime al pajonal dormido...  
 ¡Ah! todo ese concierto  
 En vano resonaba,  
 Porque allá, sin un eco, se apagaba  
 En los profundos senos del desierto!

## II

Llegó por fin el memorable día  
 En que la Patria despertó á los sonos  
 De mágica armonía ;  
 En que todos sus himnos se juntaron  
 Y súbito estallaron  
 En la lira inmortal de Echeverría.

Como surgiendo de silente abismo,  
 El Mundo americano  
 Alborozado se escuchó á sí mismo:  
 El Plata oyó su trueno;  
 La Pampa, sus rumores;  
 Y el verjel tucumano,  
 Prestando oído á su agitado seno,  
 Sobre el poeta derramó sus flores.



Desde la hierba humilde,  
Hasta el ombú de copa gigantea;  
Desde el ave rastrera que no alcanza  
De los cielos la altura,  
Hasta el chajá que allí se balancea  
Y, á cada nube oscura,  
Á grito herido sus alertas lanza:  
Todo tiene un acento  
En su estrofa divina,  
Pues no hay soplo, latido, movimiento,  
Que no traiga á sus versos el aliento  
De la tierra argentina.

## III

Una tarde sintió dentro del pecho  
Esa fuerza expansiva  
Que hace parezca el horizonte estrecho  
De la ciudad nativa ;  
Y tendido en el lomo rozagante  
Del potro pampeano,  
Campos y campos devoró anhelante  
Y allá en la sombra se perdió del llano.

La noche era tranquila ;  
En la faz del desierto  
Clavaban las estrellas la pupila,  
Con esa mezcla de ansiedad y pena  
Con que miramos en la tierra á un muerto.

¿Qué hablaron al poeta  
Esos murmullos de la noche en calma,  
Del carrizal nacidos,  
Que cantan, al pasar, en los oídos,  
Y lloran en el alma?  
¿Qué historia le contaron?

¿Qué dolorosa y fúnebre quimera,  
Que sus ojos en llanto se empañaron  
Y detuvo del potro la carrera?

¡Era que oyó el gemido  
De un pecho desgarrado,  
Un grito por tres veces repetido  
Y de nadie escuchado !  
¡Era que de su lira generosa  
Cayó en la cuerda viva,  
Como gota de lluvia, luminosa,  
La lágrima infeliz de la *cautiva!*

## IV

En vano entre sus toldos el salvaje  
Esclavizó á *Marta*:  
En sus sueños geniales el poeta,  
En el distante aduar, la presentía.  
Para él nació; para su gloria fueron  
Aquellas formas armoniosas, bellas;  
Esos ojos que lágrimas vertieron  
Hasta empaparle el corazón con ellas.

Él reflejó en su espíritu doliente  
Su historia sin ventura;  
Él la siguió como paterna sombra,  
Por la vasta llanura;  
Él hizo que las gotas de su llanto  
En las almas sensibles se volcaran,  
Y los ojos enjutos  
De todo un pueblo á humedecer llegaran.

Rosa temprana en un erial caída,  
Él recogió sus hojas una á una,  
Entregadas ¡oh Dios! por la fortuna  
Á todas las tormentas de la vida;

Y en las cadencias de su verso alado,  
Dulce, insinuante, musical, sereno,  
Vino y vertió su aroma delicado  
De nuestra patria en el materno seno.

Desde entonces hay cantos de ternura,  
Rumor de besos en la pampa inmensa;  
Hay un alma que piensa,  
Una fibra que late á cada paso;  
Y derrama su lumbre perdurable  
El astro hermoso que la vida encierra,  
El astro del amor, puro, inefable,  
Que no rueda al ocaso,  
Que no empañan tormentas de la tierra.

## V

¡República Argentina, madre mál  
¡Felices ¡ah! los que tu sien miraron  
De frescos lauros coronarse un dñal  
Los que tu suelo estéril fecundaron  
Con sangre de sus venas,  
Y anillo por anillo, las cadenas  
De la oprobiosa esclavitud, trozaron!

Para aquellos heroicos corazones  
Era música grata,  
Del Pacífico al Plata,  
El solemne tronar de tus cañones.  
Sólo á ellos fué dado  
Contemplar esa mágica belleza  
Con que, rotas las brumas del pasado,  
Se levantó tu juvenil cabeza;  
Sólo á ellos, beber en el reguero  
De viva luz, que derramó en tu frente,  
De Moreno, la mente,  
De San Martín, el inflexible acero.



¡Con qué íntimo gozo,  
 Tus hijos, fuertes en su amor profundo,  
 Te colocaron en excelso asiento  
 Para mostrarte independiente al mundo,  
 Independiente y libre. .  
 Libre no, que era esclavo el pensamiento!

El filo de la espada  
 Cortar puede los lazos  
 Que á un pueblo oprimen de otro pueblo en brazos;  
 Mas aquellos que inerte  
 El alma dejan á merced extraña,  
 Que hasta el rayo de sol en que se baña  
 Le dan quebrado por ajeno prisma,  
 Como el diamante con su propio polvo,  
 Sólo se cortan con el alma misma.

Y Echeverría los cortó. Su mente  
 Hirió como una espada,  
 De resplandores acerados llena,  
 Las viejas ligaduras  
 Que la conciencia de la Patria, atada  
 Tuvieron ¡ay! á la conciencia ajena!

¡Y fué la libertad! ¡Y el pensamiento,  
 Tomó las alas del nativo cóndor  
 Para escalar audaz el firmamento;  
 Para arrojar de la región del rayo,  
 En páginas de fuego,  
 El *Dogma* excelso que, inspirado en Mayo,  
 Fué norma y guía de la patria luego!

## VI

Profundas melodías  
 Vagaban en la atmósfera serena,  
 Como el fúnebre acento de la quena

Que sollozaba en los antiguos días:  
 Dulces cantos de amor, que eran al alma  
 Claridad y rocío:  
 El triste desengaño, el negro hastío,  
 La esperanza risueña...  
 ¡Ah! todo ese universo  
 Revivió en los *Consuelos*, y su verso  
 Se apoderó de la mujer porteña.

Él las dijo al oído  
 Tantos sueños de amor, que el alma encienden;  
 Tanto vago secreto,  
 De esos que ellas aprenden  
 Como las aves á construir su nido,  
 Que aun su nombre es amado  
 Como un recuerdo de amorosa historia,  
 Cuya doliente evocación consuela;  
 Y aun llevan, en ofrenda á su memoria,  
 Ornando sus hechizos,  
 La cándida *diamela*  
 Que él, con sus manos, enlazó á sus rizos.

## VII

Llegó el tiempo fatal, llegó la hora  
 En que de nubes se cubrió y de duelo  
 La faz tranquila del hermoso cielo  
 Que vió de Mayo la primera aurora.  
 Como fiera traidora  
 Que avanza oculta en tempestad sombría,  
 La libertad rasgando y el derecho,  
 La garra de la infame tiranía  
 De Buenos Aires se clavó en el pecho!...

¡Adiós, sueños de amor! ¡Adiós, hermosas  
 Que á la sien del poeta  
 Ofrenda hicisteis de tejidas rosas!

Él, todavía, la mirada inquieta  
 Vuelve á vosotras, de la nave ingrata  
 Que lo lleva al destierro y á la muerte  
 Sobre las olas del airado Plata.

¡Se ausentó para siempre! Solitario  
 Quedó su corazón, pues no cabía  
 En su íntimo santuario,  
 Otro amor que su patria, ni otro cielo  
 Que aquel sublime y grande,  
 Que se dilata del platino estuario,  
 En arco inmenso, hasta la sien del Ande.

Brotó de su alma, en su postrera noche,  
 Una lágrima ardiente,  
 De bendición para la patria ausente;  
 Para el tirano, de viril reproche;  
 Y herido al fin por la implacable saña  
 Del destino, se hundió como los astros,  
 Dejando en torno luminosos rastros,  
 En el sepulcro de la tierra extraña.

¡Oh injusticial ¡Oh dolor!... Patria de Mayo,  
 ¿Dónde están del poeta los despojos?  
 ¿Brilla en su tumba de tu sol el rayo?  
 ¿La misma luz que acarició sus ojos?  
 ¿Duerme, madre, en tu seno  
 El hijo tuyo, el corazón valiente,  
 El que ni en llanto humedeció ni en sangre  
 El vivo lauro que ciñó á tu frente?

¡No, que el cantor de la llanura, yace  
 De su pueblo olvidadol...  
 Ayer no más, trayendo las cenizas  
 Del héroe invicto, del primer soldado,  
 Llena de pompa y luz y movimiento,  
 Rozando aquella tumba solitaria



Pasó la nave; y su estertor profundo,  
Hizo temblar la copa funeraria  
De los cipreses, en dolientes coros,  
Al huir gallarda á la natal ribera,  
Revolviendo los hélices sonoros  
Y suelta al aire la triunfal bandera.

¡Quedó esa tumba abandonada!... Empero,  
Él fué también libertador; guerrero  
De la lucha más noble. *La Cautiva*,  
Que el sentimiento nacional exalta,  
Y su estandarte victorioso ondea,  
Es, como Maipo y Ayacucho y Salta,  
El triunfo de una idea.

¡Poetas! De la Patria es nuestra lira,  
La inspiración sagrada  
Que en sed de gloria, al ideal aspiral  
Y si queremos de los hijos nuestros  
Tan sólo una mirada,  
No de frío desdén, de noble orgullo,  
Venid, y entrelazadas nuestras manos,  
Sigamos esa estrella que nos guía:  
Lancémonos nosotros, sus hermanos,  
Por la senda inmortal de Echeverría.

RAFAEL OBLIGADO.  
(Argentino)

---

### El hogar vacío

¡Ay! tu hogar está húmedo y sombrío,  
De tu encanto vacío,

De todos tus reflejos despojado!  
¡El aire que agitaba tus cabellos,  
    Como no juega en ellos,¡  
Circula entre los árboles callado!

Se caen marchitas, al abrir, las rosas  
    Que, frescas y olorosas,  
Ayer refan en tus sienes bellas;  
Y crecen las acacias tan lozanas,  
    Que cubren las ventanas  
Por donde nos miraban las estrellas.

Como uno y otro día no te vieron,  
    Tus tórtolas huyeron,  
Aquellas que, amorosas y sencillas,  
Sobre tu casto seno se empinaban,  
    Y tus labios besaban  
Golpeando con sus alas tus mejillas.

¡Quién sabe dónde están, adónde han ido  
    Á suspender su nido!  
Extrañas son las que en el bosque moran,  
Las que se mecen en sus verdes cañas,  
    Y á tu recuerdo extrañas  
Las que en tu sauce predilecto lloran.

Todavía aquel árbol eminente  
    Sobre el balcón saliente  
Deja, inclinado, que su copa oscile;  
Pero ya no entrelazan en los muros  
    Sus vástagos oscuros  
La madreSelva y el jazmín de Chile.

Crece hierba salvaje en las macetas,  
    Colmadas de violetas,  
Que tú regabas al morir el día;  
Y ruedan por los patios desbandadas

Las hojas arrancadas  
De aquel naranjo que tu edad tenía.

Las limpias aguas del raudal cercano  
Que en tu rosada mano  
Beber solías con afán sonriente,  
Cuando del linde de tu hogar se alejan,  
Parece que se quejan,  
Que van llorando por su dueño ausente.

¡Las olas son que en apacibles horas  
Copiaron, seductoras,  
De tu frente de niña la azucena!  
¡Las mismas olas que, no bien llegaban,  
Tendiéndose, buscaban  
Algún hoyuelo de tu pie en la arena!

Como en los días del ardiente enero,  
La jaula del jilguero  
Aún cuelga del parral fresco y umbroso;  
Pero ¡ay! en vez del que quisiste tanto,  
Hay otro cuyo canto  
Es un gemido de dolor medroso.

Así mi lira llorará tu ausencia.  
Tu cándida existencia  
Cual blanca nube se elevó del suelo  
Y en lo infinito desplegó sus galas...  
Los que nacen con alas,  
¡Qué pronto suben de la tierra al cielo!

RAFAEL OBLIGADO.

---



## La muerte del payador

(SANTOS VEGA.— *Tradiciones argentinas*)

Bajo el ombú corpulento,  
De las tórtolas amado,  
Porque su nido han labrado  
Allí al amparo del viento,  
En el amplísimo asiento  
Que la raíz desparrama,  
Donde en las siestas la llama  
De nuestro sol no se allega,  
Dormido está Santos Vega,  
*Aquel de la larga fama.*

En los ramajes vecinos  
Ha colgado, silenciosa,  
La guitarra melodiosa  
De los cantos argentinos.  
Al pasar los campesinos,  
Ante Vega se detienen;  
En silencio se convienen  
Á guardarle allí dormido;  
Y hacen señas no hagan ruido  
Los que están á los que vienen.

El más viejo se adelanta  
Del grupo inmóvil, y llega  
Á palpar á Santos Vega,  
Moviendo apenas la planta.  
Una morocha que encanta  
Por su aire suelto y travieso,  
Causa eléctrico embeleso  
Porque, gentil y bizarra,  
Se aproxima á la guitarra  
Y en las cuerdas pone un beso.

Turba entonces el sagrado  
Silencio que á Vega cerca  
Un jinete que se acerca  
Á la carrera lanzado;  
Retumba el desierto hollado  
Por el casco volador;  
Y aunque el grupo, en su estupor,  
Contenerlo pretendía,  
Llega, salta, lo desvía,  
Y sacude al payador.

No bien el rostro sombrío  
De aquel hombre mudos vieron,  
Horrorizados, sintieron  
Temblar las carnes de frío.  
Miró en torno con bravío  
Y desenvuelto ademán,  
Y dijo:—«Entre los que están  
No tengo ningún amigo,  
Pero, al fin, para testigo,  
Lo mismo es Pedro que Juan.»

Alzó Vega la alta frente,  
Y le contempló un instante,  
Enseñando en el semblante  
Cierto hastío indiferente.  
—«Por fin, dijo fríamente  
El recién llegado, estamos  
Juntos los dos, y encontramos  
La ocasión, que estos provocan,  
De saber cómo se chocan  
Las canciones que cantamos.»

Así diciendo, enseñó  
Una guitarra en sus manos,  
Y en los raigones cercanos

Preludiando se sentó.  
Vega entonces sonrió,  
Y al volverse al instrumento,  
La morocha hasta su asiento  
Ya su guitarra traía,  
Con un gesto que decía:  
«La he besado hace un momento.»

Juan Sin Ropa (se llamaba  
Juan Sin Ropa el forastero)  
Comenzó por un ligero  
Dulce acorde que encantaba.  
Y con voz que modulaba  
Blandamente los sonidos,  
Cantó *tristes* nunca oídos,  
Cantó *cielos* no escuchados,  
Que llevaban, derramados,  
La embriaguez á los sentidos.

Santos Vega oyó suspenso  
Al cantor, y toda inquieta,  
Sintió su alma de poeta  
Como un aleteo inmenso.  
Luego, en un prelude intenso,  
Hirió las cuerdas sonoras,  
Y cantó de las auroras  
Y las tardes pampeanas,  
Endechas americanas  
Más dulces que aquellas horas.

Al dar Vega fin al canto,  
Ya una triste noche oscura  
Desplegaba en la llanura  
Las tinieblas de su manto.  
Juan Sin Ropa se alzó en tanto,  
Bajo el árbol se empinó,



Un verde gajo tocó,  
Y tembló la muchedumbre,  
Porque, echando roja lumbre,  
Aquel gajo se inflamó.

Chispearon sus miradas,  
Y torciendo el talle esbelto,  
Fué á sentarse, medio envuelto  
Por las rojas llamaradas.  
¡Oh, qué voces levantadas  
Las que entonces se escucharon!  
¡Cuántos ecos despertaron  
En la Pampa misteriosa,  
Á esa música grandiosa  
Que los vientos se llevaron!

Era aquella esa canción  
Que en el alma sólo vibra,  
Modulada en cada fibra  
Secreta del corazón;  
El orgullo, la ambición,  
Los más íntimos anhelos,  
Los desmayos y los vuelos  
Del espíritu genial,  
Que va en pos del ideal  
Cómo el condor á los cielos.

Era el grito poderoso  
Del progreso, dado al viento;  
El solemne llamamiento  
Al combate más glorioso.  
Era, en medio del reposo  
De la Pampa, ayer dormida,  
La visión ennoblecida  
Del trabajo, antes no honrado;  
La promesa del arado  
Que abre cauces á la vida.

Como en mágico espejismo,  
 Al compás de ese concierto,  
 Mil ciudades el desierto  
 Levantaba de sí mismo.  
 Y á la par que en el abismo  
 Una edad se desmorona,  
 Al conjuro, en la ancha zona  
 Derramábase la Europa,  
 Que sin duda Juan Sin Ropa  
 Era la ciencia en persona.

Oyó Vega embebecido  
 Aquel himno prodigioso,  
 É, inclinando el rostro hermoso,  
 Dijo:— «Sé que me has vencido.»  
 El semblante, humedecido  
 Por nobles gotas de llanto,  
 Volvió á la joven, su encanto,  
 Y en los ojos de su amada  
 Clavó una larga mirada,  
 Y entonó su postrer canto:

—«Adiós, luz del alma mía,  
 Adiós, flor de mis llanuras,  
 Manantial de las dulzuras  
 Que mi espíritu bebía;  
 Adiós, mi única alegría,  
 Dulce afán de mi existir;  
 Santos Vega se va á hundir  
 En lo inmenso de esos llanos ..  
 ¡Lo han vencido! Llegó, hermanos,  
 El momento de morir.»

Aún sus lágrimas cayeron  
 En la guitarra, copiosas,  
 Y las cuerdas temblorosas

—«Cuidado con los nidos,» nos decía  
Mi madre en el umbral;  
Pero digan horneros y zorzales  
Si les valió la maternal piedad.

Lejos ya de su vista, á un algarrobo  
Trepaba el más audaz,  
Y con los ojos de mil ansias llenos,  
Esperaban en grupo los demás.

En el horno de barro, construído  
Para vivir y amar,  
Introducía sus rosados dedos  
El pequeño aprendiz de gavián;

Y, del pico ó el ala destrozada,  
¡Nunca vista crueldad!  
Asiendo los polluelos, uno á uno  
Los arrojaba con desdén triunfal.

Y era entonces de ver el alboroto  
Y el bullicioso afán,  
De aquel enjambre de inocentes niños  
Que así destruía un inocente hogar.

Otras veces, del río en la corriente,  
Al cárdeno fulgor  
Que desde el fondo de la Pampa envía,  
En sesgo rayo, el moribundo sol;

En agitado, en revoltoso grupo,  
Y alegre confusión,  
Los juncales rozando de la orilla,  
Con mis hermanas navegaba yo.

Una, los brazos en el agua hundiendo,  
Tendíase á estribor,



Y sonreía á la rizada espuma  
Que la canoa abandonaba en pos.

Otra, imprudente, á la inclinada borda  
Lanzándose veloz,  
Entre sus manos victoriosa alzaba  
Del camalote la celeste flor.

Esta, la caña de pescar volvía,  
Enviando en derredor  
Menudas gotas que al caer brillaban  
En los cabellos de las otras dos.

Batiendo luego las rosadas palmas,  
Reía, porque vió  
Medrosa hundirse en la corriente un ave  
Al desusado y repentino són.

Pero si alguna al levantar los ojos,  
Mostraba el mirador,  
Donde mi madre á vigilarnos iba,  
Gritaban todas á la vez: «¡adiós!»

¡Oh dulces años! Por entonces era  
Nuestro goce mayor,  
Hurtar las flores que en las islas abren,  
Y de sus aves escuchar la voz.

Las pasionarias, las achiras de oro,  
Y el seño punzó,  
Eran ofrendas que mi madre amaba  
Porque á sus hijos se las daba Dios.

¡Ingrato, ingrato si el recuerdo suyo  
Arranco al corazón,  
Si yendo en pos del oropel mundano  
El hombre olvida lo que el niño amó!

RAFAEL OBLIGADO.

---

## R o s a

*(Capítulo de un poema inédito)*

¡Oh del amor primero,  
Bandadas de celestes ilusiones,  
Que con vuelo suavísimo y ligero  
Venís á acariciar los corazones!  
¡Feliz de aquel espíritu inocente  
Que es de vosotras predilecto nido,  
Sí, porque ese ha bebido  
Del alma dicha en la inexhausta fuente!

Sobre la tierra oscura,  
Sobre este mar de inexplorada orilla,  
Sólo la luz radiante  
De vuestras alas á lo lejos brilla.  
Y cuando, agonizante,  
El náufrago infeliz de la existencia,  
Una mirada inenarrable lanza  
Á vosotras, vosotras todavía  
En la noche lucís de la agonía  
Como el faro inmortal de la esperanza.

¡Celestes ilusiones!  
¡Hijas gloriosas del amor humano!  
¿Qué encanto soberano  
Vuestra presencia mágica desprende  
Sobre el alma aún dormida,  
Que apenas la tocáis, nace á la vida,  
Y en sonrosada claridad se enciende?

Vuestra ala luminosa,  
Desprendido relámpago del cielo,  
Ha tocado en su vuelo  
La sien morena de la inerme Rosa.

Ella, en plácida calma,  
Abrió, como una flor en la ribera,  
Sin saberlo siquiera,  
Á las caricias de la vida el alma;  
Y así como las flores,  
Volviéndose inexpertas al oriente.  
Se visten de colores  
Brillando ledas bajo el sol naciente,  
Rosa, á su vez, por natural instinto,  
Ciegamente atraída,  
Volvió el alma hacia aquella que era el astro  
Del cielo azul de su risueña vida.

Y la volvió sin vacilar un punto,  
Aunque á veces sentía  
Una extraña y fatal melancolía,  
De la ansiedad del corazón trasunto;  
Una inquietud doliente,  
Un íntimo vacío,  
Que ella intenta arrojar fuera del pecho  
Con un simple «¡Dios mío!»  
Un ansia de gemir ocultamente,  
Que la conduce á divagar á solas  
Por la rambla vecina,  
Donde, desde que sufre, se imagina  
Que la acompañan á llorar las olas.

Su vago pensamiento,  
Como su amigo el picaflor, pasaba  
De la sombra á la luz en un momento;  
Aquí se reposaba  
En ameno jardín, y entre las rosas  
Más frescas y olorosas,  
La rica miel de la ilusión libaba;  
En fuentes cristalinas  
Humedecía, más allá, las plumas;



Pero extraviado luego en densas brumas,  
Se desgarraba en ásperas espinas.

Entonces, de sus ojos,  
Lágrimas ¡ay! del corazón caían,  
Y desolada y trémula, buscaba  
Los árboles coposos  
Que en más obscura sombra la envolvían,  
Que eran más silenciosos,  
Que nunca por Octubre florecían.

Y abriendo entre los dedos sonrosados  
Una navaja de pulido acero,  
Dos nombres enlazados  
Grababa de algún tronco en la corteza;  
Besábalos primero;  
Cual si oírla pudieran, les hablaba;  
Y en dicha se trocaba  
Con esto sólo su fugaz tristeza.

Vagaba cierto día por el bosque,  
De la tarde á los cárdenos reflejos.  
Se oían á lo lejos  
Los golpes de las hachas, repetidos,  
Y á veces, como fúnebres lamentos,  
Los últimos chasquidos  
Conque el tronco al caer hiere los vientos.

Dado al olvido por la niña hermosa,  
El ramillete aquel de margaritas,  
Con sus flores marchitas  
Mustio besaba el corazón de Rosa.  
Mas ¿qué extraño, si el alma,  
Según ella creía,  
Abandonada por su solo dueño,  
También, como el risueño  
Ramillete de ayer, se le moría?

¡Vosotras melancólicas palomas,  
Que en las tardes serenas  
Venís, salvando las campestres lomas,  
Á llorar en las islas vuestras penas:  
Benditas sois porque gimiendo ahora  
En los ramajes del sauzal sombrío,  
Acompañáis la tórtola del río  
Que igual secreto entre los sauces llora!

¡Y vosotros también, negros boyeros,  
Que á los laureles suspendéis asidos,  
Cual columpios ligeros,  
En largos cestos, los fibrosos nidos,  
Dignos sois de alabanza,  
Porque en las copas deteniendo el vuelo,  
Animáis de la niña la esperanza  
Cantando amores á la faz del cielo!

Pero Rosa no escucha: lentamente  
Camina por la senda sombreada,  
Inclinados los ojos y la frente;  
Con el silencio del dolor, callada.  
Abrióse de repente  
Un ancho claro en la mitad del monte;  
En torno se veía  
Arder con viva llama el horizonte;  
Y un grupo de espinillos que allí había,  
Inmóviles y coposos,  
En rutilantes mallas parecía  
Envuelto por los rayos luminosos.

Rosa hacia ellos dirigió sus pasos,  
Y á punto de llegar, hirió su oído  
El golpe conocido  
De un hacha, y se detuvo, pero luego

Viendo al oculto leñador, la sangre  
Saltóle al rostro convertida en fuego.

En ese mismo instante,  
Á herir el tronco de un aroma, alzaba  
Jorge el filo tajante;  
Mas Rosa, que de cerca le observaba,  
Lanzó un grito del alma, un hondo grito  
De dolor infinito,  
Que resonó en los árboles lejanos;  
Y sin temor del formidable acero,  
Cubriendo el tronco con las breves manos,  
Mientras el joven, levantada el hacha,  
Horrorizado la miraba y frío,  
—«¡No, le dijo, no quiero  
Que lo derribes, porque es tuyo y mío!»  
—«Rosa, Rosa ¿qué has hecho?»  
Jorge exclamó con indecible espanto,  
Y corriendo hacia ella estremecido,  
La alzó en sus brazos y oprimió en su pecho.  
—«Fué, contestó la niña, en risa y llanto  
Bañada, y en rubores encendida,  
Fué por guardar un nombre que yo quiero  
Mucho más que á mi vida.  
Fué por salvar tu nombre solamente,  
Grabado todo entero  
En esta cifra por mi mano escrita,  
Donde suelo colgar un pensamiento  
Que aquí no se marchita  
Porque celoso lo arrebatara el viento.»  
¡Oh dulce y santa ingenuidad! ¡Tesoro  
De las almas hermosas y serenas,  
Más puro que el rocío  
En los estambres de oro  
De las primeras blancas azucenas!



Á su encanto rendido  
Y el pecho aún por la emoción opreso,  
Tomó Jorge de Rosa las mejillas,  
Cual se hace con los niños, en sus manos,  
Y la besó en la frente con el beso  
Que se dan los hermanos.

Y en busca del distante caserío,  
Él mudo y pensativo, ella medrosa,  
Siguieron juntos costeano el río  
Sin mirarse siquiera,  
En tanto que sus sombras, proyectadas  
Por la luz vespertina en la ribera,  
Marchaban enlazadas  
Como en vaga y dulcísima quimera.

Entonces un isleño  
Joven y hermoso, adelantó sañudo  
Hacia el grupo risueño  
De espinillos; buscó con la mirada,  
La cifra allí por el amor grabada  
En un tronco desnudo;  
Y con nervioso anhelo,  
Pujante el brazo, arrebatao en odio,  
Aquel árbol custodio  
De dos hachazos derribó en el suelo.

RAFAEL OBLIGADO.

---

# ÍNDICE

## DE LAS MATERIAS Y AUTORES CONTENIDOS EN ESTE TOMO

	<u>Página</u>
<b>ANDRÉS BELLO — <i>venezolano</i></b>	
Silva á la Agricultura de la Zona Tórrida.....	5
Alocución á la Poesía.....	16
La oración por todos (imitación de Víctor Hugo).....	22
<b>RAFAEL MARÍA BARALT — <i>venezolano</i></b>	
Á Cristóbal Colón.....	31
<b>ABIGAÍL LOZANO — <i>venezolano</i></b>	
Á la noche.....	39
<b>VICENTE CAMACHO — <i>venezolano</i></b>	
Última luz.....	41
<b>JOSÉ ANTONIO CALCAÑO — <i>venezolano</i></b>	
En la instalación del Concilio Ecuménico.....	44
En un cementerio.....	50
<b>FRANCISCO G. PARDO — <i>venezolano</i></b>	
La gloria del Libertador.....	54
<b>ELOY ESCOBAR — <i>venezolano</i></b>	
El Castillo Derruído.....	59
<b>MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA — <i>venezolano</i></b>	
Gloria.....	60

DOMINGO R. HERNÁNDEZ — *venezolano*

Á una indiana..... 62

JOSÉ JOAQUÍN PESADO — *mexicano*

Visión del Juicio Final (Jerusalem) . . . . . 64

Rendimiento enamorado . . . . . 69

Una tempestad, de noche, en Orizaba . . . . . 73

El pico de Orizaba . . . . . 74

La Princesa de Colhuacán (Leyendas mexicanas)..... 75

MANUEL CARPIO — *mexicano*

El monte Sinaí..... 81

México..... 84

GUILLERMO PRIETO — *mexicano*

El lago de Catemaco . . . . . 92

Grandeza del hombre como obra de Dios..... 97

JOSÉ BERNARDO DE COUTO — *mexicano*

El verano . . . . . 99

IGNACIO M. ALTAMIRANO — *mexicano*

Las amapolas . . . . . 101

JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS — *mexicano*

Ecos . . . . . 104

MANUEL ACUÑA — *mexicano*

Ante un cadáver . . . . . 105

MANUEL M. FLORES — *mexicano*

Ausencia . . . . . 108

Eva . . . . . 109

JUSTO SIERRA — *mexicano*

En la distribución de premios de la Exposición . . . . . 115

JUAN DE DIOS PEZA — *mexicano*

Tras de los mares . . . . . 117

César en casa..... 120

Reyerta infantil . . . . . 122



VICENTE RIVA PALACIO — *mexicano*

Amor ..... 124

SALVADOR DÍAZ MIRÓN — *mexicano*

Víctor Hugo ..... 127

Preludios..... 132

Á Byron ..... 136

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA — *cubano*

Al Niágara..... 139

En el Teocalli de Cholulá..... 143

En una tempestad..... 148

JOSÉ JACINTO MILANÉS — *cubano*

La madrugada. .... 150

GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN VALDÉS — *cubano*

La flor de la caña ..... 154

JUAN CLEMENTE ZENEA — *cubano*

Entonces..... 157

GERTBUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA — *cubana*

Á la poetisa habanera Luisa Franchi-Alfaro ..... 159

El pescador — *Romance*..... 161

RAFAEL MARÍA MENDIVE — *cubano*

Á un arroyo..... 165

JOSÉ JOAQUÍN PALMA — *cubano*

Á la señorita F. Figueredo y Socarrás, en su muerte ..... 168

Á un arroyo..... 172

MATÍAS CÓRDOBA — *guatemalteco*

La tentativa del León y el éxito de su empresa..... 174

JOSÉ BATRES Y MONTÚFAR — *guatemalteco*

Fragmento de El reloj..... 186

Fragmento de El reloj..... 196

JUAN DIÉGUEZ — *guatemalteco*

La garza ..... 209

Las tardes de abril..... 216

JOSÉ EUSEBIO CARO — *colombiano*

En alta mar.....	220
Una lágrima de felicidad.....	222

JOSÉ JOAQUÍN ORTÍZ — *colombiano*

Al Tequendama.....	225
La golondrina.....	230

JULIO ARBOLEDA — *colombiano*

El caballo ( <i>Gonzalo de Oyón</i> ).....	235
--	-----

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ — *colombiano*

Aures.....	243
Á Julia.....	245
Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia.....	246

RAFAEL POMBO — *colombiano*

En el Niágara.....	256
Mi amor.....	263

DIEGO FALLON — *colombiano*

La luna.....	267
Á la palma del desierto.....	271

JOSÉ MANUEL MARROQUÍN — *colombiano*

Los cazadores y la perrilla.....	277
Epigrama.....	280
Epigrama.....	280

MIGUEL A. CARO — *colombiano*

Á la estatua del Libertador.....	281
----------------------------------	-----

JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO — *ecuatoriano*

La victoria de Junín.....	287
Al general Flores, vencedor en Miñarica.....	314

RAMÓN VIESCAS — *ecuatoriano*

Á un poeta que en el rigor del invierno se ocupaba en hacer versos.....	323
---	-----

R. J. GARCÍA GOYENA — *ecuatoriano*

La Araña y la Oruga.....	326
El Venado, la Serpiente y la Paloma.....	329

NUMA P. LLONA — <i>ecuatoriano</i>	
Odisea del alma .....	333
Los caballeros del Apocalipsis .....	341
CARLOS AUGUSTO SALAVERRY — <i>peruano</i>	
La locomotora .....	344
MANUEL JOSÉ CORTÉS — <i>boliviano</i>	
Al Illimani .....	346
EUSEBIO LILLO — <i>chileno</i>	
Deseos .....	348
ALEJANDRO MAGARIÑO CERVANTES — <i>uruguayo</i>	
La Cruz ( <i>Celiar</i> ) .....	350
JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN — <i>uruguayo</i>	
La leyenda patria ( <i>Fragmento</i> ) .....	358
ESTEBAN ECHEVERRÍA — <i>argentino</i>	
El desierto .....	363
Tucumán ( <i>Avellaneda</i> ) .....	369
VENTURA DE LA VEGA — <i>argentino</i>	
La agitación .....	372
JOSÉ MÁRMOL — <i>argentino</i>	
Rosas .....	375
Las Nubes .....	380
Los trópicos .....	387
ESTANISLAO DEL CAMPO — <i>argentino</i>	
Fausto ( <i>fragmentos</i> ) .....	391
OLEGARIO V. ANDRADE — <i>argentino</i>	
El nido de cóndores .....	396
Atlántida ( <i>fragmento</i> ) .....	403
CARLOS GUIDO Y SPANO — <i>argentino</i>	
Á mi hija María del Pilar .....	410
Nenia .....	413
Mármol .....	415
Á Martín de la Quintana, en la muerte de su hijo Hugo .....	416



	<u>Página</u>
RICARDO GUTIÉRREZ — <i>argentino</i>	
La Oración .....	417
Á Lucía ( <i>La Fibra salvaje</i> ) .....	421
MARTÍN CORONADO — <i>argentino</i>	
Siempreviva .....	426
DOMINGO D. MARTINTO — <i>argentino</i>	
En el hogar .....	429
RAFAEL OBLIGADO — <i>argentino</i>	
Echeverría .....	433
El hogar vacío .....	441
La muerte del payador ( <i>Santos Vega</i> ) .....	444
El hogar paterno .....	449
Rosa ( <i>Capítulo de un poema inédito</i> ) .....	453

---



